

REVISTA

X

12B(19-25)

DE

SANTIAGO.

Tomo Cuarto.



SANTIAGO.

IMPRESA CHILENA, CALLE DE VALDIVIA,

NUMERO 21 — ABRIL DE

1850.

5306

OBSERVACIONES

SOBRE LA

ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA EN EL INSTITUTO NACIONAL.

Estado de la enseñanza—Errores que se deben combatir—J. B. Say—
J. Garnier.

Nadie ignora que la enseñanza de la economía política es una cosa nueva entre nosotros, como lo es la ciencia misma, aun en las naciones mas cultas de la Europa. Sin embargo, si nos fijamos en la fecha del decreto que dió existencia a la *clase de economía*, que actualmente se cursa en el instituto nacional, como estudio preparatorio para la carrera del foro; i sobre todo si atendemos al ensanche que han tomado en estos últimos años los estudios económicos en las naciones civilizadas, nos sorprendemos naturalmente al ver lo poco que se ha hecho entre nosotros por este ramo importantísimo del saber humano. Hasta ahora, el estudio de la economía política no ha pasado de una mera formula exigida por la lei, i con la cual se ha cumplido a voluntad del profesor, descartando del texto las cuestiones que le placia segun la mas o ménos aplicacion de los alumnos. Varias causas han podido influir en tan raro proceder; i sin entrar a investigar por ahora las que no son de nuestro propósito, nos ocuparemos tan solo en este artículo, de dos que consideramos mui principales, tales son: lo inútil que se cree entre nosotros los estudios económicos

i lo defectuosa e inadecuada, que es como texto, la obra del célebre J. B. Say.

Aunque hemos dicho i repetimos que la economia política es una ciencia nueva, mas no por eso deja de ser ya en el día uno de los ramos mas importantes del saber, i una de las conquistas mas brillantes del entendimiento. Entre nosotros debia ser profesada como el complemento indispensable i necesario de la educacion científica i liberal que se dá a la juventud estudiosa, a fin de que sus teorías derramadas por toda la sociedad, fuesen comprensibles a todas las intelijencias i pudieran tener una aplicacion práctica i social, o por lo ménos pudieramos ver nuestros errores a su luz.

Ya ha llegado entre nosotros el tiempo en que debemos sacudir ese quietismo irracional ese optimismo fatal que ha sido la fé de nuestros padres i que fué el patrimonio legado por la tarda i pesada marcha de la metrópoli. ¡Es tiempo ya de ver i examinar a la luz de la experiencia i de la razon los principios sobre que reposan nuestras instituciones civiles políticas i administrativas, para apoyar i ensanchar lo bueno, o estirpar de raiz todo lo malo. Este es un gran deber que pesa sobre la jeneracion que se levanta i que mas tarde está llamada a rejir los altos e importantes destinos de la patria, sea como lejisladores, como ministros, o como empleados en los diversos ramos de la administracion pública.

No es posible concebir cómo [los jóvenes que, o por la voluntad de sus padres, o por su propia vocacion se dedican a la carrera de las letras, puedan mirar con indiferencia el estudio de la economia política. Bien es cierto, que hasta ahora se han contentado con un aprendizaje incompleto de la nomenclatura de la ciencia i con una que otra cuestion abstracta que no tiene aplicacion ninguna entre nosotros. ¿De qué nos sirve, por ejemplo, saber si las máquinas son útiles i si han producido bienes o malos a las naciones que las han adoptado, cuando no tenemos ni una fábrica de tejidos i cuando aunque se bicieran en Chile los inventos industriales mas sorprendentes, nos faltarían siempre brazos para lo mas preciso i nadie se habria de morir de hambre, porque tal cosa sucediera? De esta clase son los estudios que se hacen en el día en el Instituto Nacional; lo que no puede ménos de producir, en los educandos un desafecto por la ciencia i un hastio matador por esta clase de estudios. Pero dígaseles ¿conviene establecer fábricas en Chile? ¿qué medios serian mas

a propósito para conseguirlo? ¿Es bueno nuestro sistema de impuestos? ¿de qué defectos adolece, i cómo pudiera hacerse desaparecer? ¿qué reformas pudieran hacerse en nuestro sistema monetario? i otras muchas cuestiones de esta naturaleza, tan importantes para nuestra industria, como para nuestra riqueza, i se vería entónces cuán diferente rumbo tomaban esta clase de estudios i cuál era la importancia que se les daba. La historia está comprobando a cada instante que ninguna gran reforma, ninguna gran medida se ha sancionado en las sociedades humanas sin haber sido ántes una teoría discutida por hombres competentes i aceptada por la ciencia. Este es el modo como procede la humanidad, de la teoría a la práctica, de los principios a los hechos; porque tambien es el mas lójico i el que puede exponer a ménos contratiempos funestos, cuando se ensayan principios nuevos en una nacion.

No faltan quienes crean, que la economía política, como lo indica su nombre, es la ciencia que enseña a conservar lo adquirido. Otros, que es una ciencia de puras teorías, irrealizables en su mayor parte. Finalmente, los mas piensan, que es un lujo de saber mostrar dedicacion por una ciencia que solo creen buena para los ministros de hacienda u otros altos personajes de la administracion. Pero todos los que así creen se engañan tristemente.

En cuanto a los primeros es fácil convencerlos con sus propios argumentos; porque si la economía política es la ciencia que enseña a ahorrar, verificándose esto en el círculo de una familia, ¿con cuánta mayor razon no interesaria a todos en un estado? Las rentas públicas son un sagrado que es necesario no tocar sino en beneficio de la comunidad, la dilapidacion o mal empleo de ellas produce necesariamente la ruina del estado: la historia acredita con frecuencia esta verdad.

Es cierto que muchas teorías de la ciencia económica tienen hasta ahora una verdad relativa, es decir, que la experiencia no ha demostrado aun su certidumbre absoluta; sea, porque todavia no se han puesto en práctica por circunstancias particulares de los pueblos, sea porque para la ciencia misma no son aun verdades reconocidas. Pero no sucede lo mismo con los principios que sirven de base a la ciencia, con esos principios que son el resultado de la observacion de los hechos i sobre los cuales ningun hombre de buen sentido se atreve a dudar; la teoría del valor por ejemplo, la utilidad del crédito i el modo de estable-

cerlo, los *bancos*; los principios que reglan la *produccion* i el *consumo*, *impuestos*, *poblacion* etc. son partes de la ciencia de que tiene todos los hombres competentes, ideas exactas i justas; que su verdad está reconocida, i si alguna vez varían en la aplicación es efecto de circunstancias momentáneas. Además, ¿qué ciencia no tiene sus secretos i sus misterios donde no han penetrado todavía sus adeptos? La economía política por excelencia tiene su parte especulativa i su parte práctica, aunque sea la ciencia de los hechos, tiene sin embargo sus teorías que pueden variar o sesgar en sus aplicaciones; pero no por esto se debe renegar de la ciencia misma. Los que así piensan incurren en una inconsecuencia inexcusable pidiéndole a la economía lo que no exigirían de las mismas matemáticas. Sin embargo, tal es el punto de vista en que se colocan los excépticos de que tratamos i combatimos.

El dominio de la economía política es mucho mas extenso i jeneral de lo que se cree. Es verdad, que un ministro de hacienda debe tener un conocimiento perfecto no solo de los recursos del estado sino tambien de las teorías de la ciencia. El gobierno de la fortuna pública no puede confiarse a ciudadanos que no hayan hecho previamente un estudio detenido de las leyes que reglan la formación, distribución i consumo de las riquezas; que no conozcan las funciones de la moneda, que no sepan lo que quiere decir en economía política, *valor*, *capital*, *renta*, que no hayan fijado su atención sobre el orijen i condiciones del crédito, el sistema de impuestos, aduanas, mercados i otros muchos puntos tan importantes como necesarios. Las consecuencias de una buena medida tomada a tiempo son tan benéficas, su influjo se hace sentir de un modo tan inmediato en la sociedad, que es necesario estar prevenido de todos los elementos necesarios ántes de ejecutarla. La economía política va derecho al fondo de las cosas, su objeto principal es el interés vital i constitutivo de la sociedad. El problema que ella resuelve es este: «Hacer vivir sobre un espacio dado el mayor número de hombres del mejor modo posible.» I por esto se comprenderá que su objeto no es el medio, sino mas bien el fin, el punto primordial de la sociabilidad humana. Esto es, considerando la ciencia tan solo bajo un punto de vista elevado.

Pero supongamos que el comerciante i el agricultor pudiesen conocer teóricamente, no por instinto como ahora sucede, cómo se obtienen productos mejores, mas abundantes i al ménos cos-

to posible; o bien, cuáles son los mercados donde pudieran venderse con mas ventaja; qué mejoras se podrian obtener con la introduccion de máquinas o con el empleo de distintos métodos de los que se conocen i otras muchas cosas análogas que la ciencia económica ha sistematizado. ¿Cuántos bienes no reportaria la sociedad entera de estos conocimientos? ¿Cuán grande no seria la actividad social, el ahorro, i la riqueza que producirian?

Es verdad que el alcance de la experiencia i la energia del in-tor privado bastan para poner a cualquiera al corriente de lo que mas convenga a la administracion de sus intereses; pero nadie dudará que un estudio teórico i a *priori* de todas estas cosas produciria grandes e incontestables ventajas. El comerciante, el industrial i el agricultor que lo hubieran hecho aprenderian mas pronto i a ménos costo, todo lo que podrian aprovechar estableciendo una sabia proporcion entre su capital fijo i su capital circulante, una exactitud rigurosa en su contabilidad, i un empleo discreto de las fuerzas de sus trabajadores i de sus primeras materias. Hai tambien otra clase de lecciones, otra especie de aprendizaje de que los productores podrian sacar una gran ventaja i que son de una competencia esclusiva de la economía política.

Es mucho sin duda que la ciencia enseñe el modo de hacer la produccion mas hábil i fecunda; pero podria tambien poner en guardia a los productores contra los frecuentes peligros de la exhuberancia de produccion i el recargo i abundancia del mercado que es su consecuencia inmediata; porque este es el orijen principal de la crisis moderna, i aunque no se presenta de un modo espantoso a la imaginacion no por eso deja de ser una verdadera calamidad.

En fin la enseñanza de la economía política tal como la concebimos trazaria a los hombres de estado, a los administradores i en una palabra a todos los hombres de razon i de sentimiento, sin excluir a nuestros mismos ricos, una línea de conducta mas racional i mas liberal que la empleada hasta aquí. La economía política les enseñaria que la mejora de la existencia material, la buena conducta i los conocimientos útiles, todo lo que puede dar independecia i realce al pueblo está en el interes de todos: aprenderian que todo lo que puede destruir en él sus malos hábitos e impulsarlo a la práctica de la economía doméstica de la templanza, u otras virtudes, sirve para elevar i mejorar la condicion del trabajador tan vicioso todavia entre nosotros. En-

tónces se comprobaria hasta la evidencia este axioma de que ningun hombre bien intencionado puede ya dudar en el dia: que hacer jerminal una virtud en el pueblo es crear una fuerza viva, una fuerza productiva, i que darle con el gusto de un modesto *confort* el trabajo que puede satisfacerlo es conquistar para el orden social su primera i mas preciosa garantia de estabilidad.

Para llegar a conseguir tan laudable propósito, es necesario principiar por algo, ya que nada se ha hecho hasta aqui. La enseñanza de la economía política tal como se halla establecida en el Instituto Nacional no solo es insuficiente para aquello; sino tambien que retrae i hasta inspira el hastío de la ciencia misma. El *tratado de Economía política de J. B. Say*, tiene como texto dos gravísimos inconvenientes: el primero, es ser una obra que no se escribió con ese objeto i por lo mismo demasiado larga i recargada de doctrinas i explicaciones que fatigan la atención del alumno i le hacen odioso el estudio; i la segunda i principal, es, que desde que se escribió la obra a la fecha la ciencia ha hecho conquistas importantes, porque la marcha de las cosas ha despertado nuevas cuestiones, i la discusión ha traído a la arena nuevos principios. Hai una multitud de teorías sobre las cuales aunque dijo algo Say, han adelantado despues muchísimo; la libertad del trabajo, la libertad de los cambios, la del comercio, la teoría del valor i otras muchas de esta naturaleza, si bien trató de algunas de ellas, sus escritos se hallan combatidos por sábios i profundos escritores que es indispensable leerlos para saber el verdadero estado de la ciencia.

Ademas, las obras de los escritores europeos por muy sábias i profundas que sean, no nos pueden servir a nosotros en algunas cuestiones económicas sino tan solo como libros de consulta i de estudio; porque ya hemos dicho otra vez; que las repúblicas sub-americanas tienen sus peculiaridades que seria imposible desatender si se tratase de establecer entre nosotros las medidas adoptadas en Europa para ciertos casos dados. Necesitamos pues que el profesor que se dedique a la enseñanza de la economía entre nosotros, haga un estudio particular de todas estas *peculiaridades* para que pueda trasmitirlas a los alumnos i estos a su vez puedan dar una aplicación práctica al estudio; así como lo dan a las matemáticas, a las ciencias morales u otras.

La práctica que se observa en el Instituto Nacional en algunas

clases superiores de hacer disertar al alumno por escrito sobre alguna materia de las que cursa, creemos que seria mui conveniente extenderla a la clase de economía con tal que los asuntos que se elijiesen fuesen nacionales. Este medio a falta de otro mas adecuado para interesar al alumno i darle a conocer el estado económico del pais produciria inmensas ventajas. Las cuestiones económicas estan a la órden del dia; el bienestar del pueblo es la primera necesidad, el justo empleo de sus fuerzas, la principal riqueza, i remover todos los obstáculos que se oponen a la produccion i fácil salida de los productos debe ser el primer anhelo de todo hombre que se interese en la cosa pública, i mal podria darse un paso adelante en la carrera del progreso i de la perfectibilidad sin tomar en cuenta todas estas cuestiones de primer órden i haberlas estudiado bajo todos sus aspectos. Para conseguir esto es indispensable no recargar demasiado la atencion del alumno con verdades históricas, que ninguna aplicacion práctica puede hacer de ellas. Quisieramos que el estudio de la economía tomara desde luego un tinte mas local, una tendencia mas práctica, un espíritu mas nacional, porque así se le prestaria mas atencion que la que se le presta i despertaria mayor interés.

Los *elementos de Economía política de J. Garnier*, es una obrita clara, concisa i comprensiva, de un mérito inestimable como texto i que podria servir en gran parte para llenar el objeto que hemos indicado. Tiene tambien la ventaja de ser corta i jeneral, lo que permite al profesor estender sus explicaciones a todo aquello que él crea que debe preferirse en el estudio; ha sido escrita, segun parece, despues de un detenido i concienzudo estudio de las obras de los mejores maestros de la ciencia, desde Smith hasta Rossi i Chevalier i preparará sin duda, la intelijencia de sus doctrinas. «Hecha para agradar a los hombres que saben, dice David, i a los que quieren saber, ninguna lectura es mas a propósito para formar el juicio de la jeneracion que se levanta i para procurarle la especie de instruccion que ménos recibe, aunque es la mas necesaria para todas las circunstancias de la vida. A esto se agrega que no podia aparecer en un tiempo mas a propósito, en que pululan los desvarios mas sistemáticos; i en que las teorías mas falsas elaboradas por el espíritu de monopolio se muestran con mayor impudencia que la que se hubieran atrevido a mostrar en el siglo XVIII i cuando Quesnay, Gour-

may, Turgot i otros espíritus eminentes principiaban a dar los primeros golpes a su fatal omnipotencia.» (1)

Recien llegó aquí la obra de M. J. Garnier muchas personas competentes que la leyeron la consideraron mui a propósito para la enseñanza i entre ellas el honorable i digno Sr. Rector de la Universidad. Desde entónces se pensó en adoptarla para el Instituto nacional, i si no hemos sido mal informados, se encargó a una persona su traduccion. Nada sabemos sobre lo que haya sucedido despues ni el motivo porque no se haya llevado adelante aquel pensamiento; pero el hecho es que despues de tres años las cosas continúan como entónces estaban con notable perjuicio de la enseñanza de este importantísimo ramo del saber. Es necesario pues sacudir una apatía reprehensible cuando se trata ostensiblemente de mejorar el texto para la enseñanza de una ciencia tan necesaria para nosotros, i sobre la cual no tenemos todavia mas que teorías imperfectas é inaplicables a nuestra situacion actual.

En el interválo de tiempo trascurrido desde que se conoció aquí el libro de J. Garnier hasta la fecha, se ha hecho por el autor una nueva edicion corregida i considerablemente aumentada i en el cual ha hecho considerables esfuerzos para mejorar su trabajo: no ha variado de plan pero ha tratado de llenar mejor el que se habia propuesto i en un volúmen pequeño de 400 páginas ha formado un curso completo de la ciencia económica segun refiere Mr. Dunoyer.

Mr. Garnier no pertenece por sus doctrinas a esos reformadores imprudentes de que, por desgracia, se encuentra plagada ahora la sociedad francesa; tampoco pertenece a esos escritores excéntricos que tienen la pretension de removerlo todo i de rehacer la ciencia i hasta la misma sociedad. Bien al contrario, sus pretensiones modestas i sabias toman la sociedad tal como es, como la han formado sus instintos, sus necesidades, sus antecedentes; i de las leyes económicas que la han rejido, ha formado su doctrina sin descuidar ni perder de vista las observaciones de los sabios i los libros de los economistas distinguidos. El autor partiendo de datos adquiridos no se ha propuesto aun dilucidar algunas cuestiones nuevas de la ciencia i formar asi lo que pudiera llamarse su doctrina; ha tomado la ciencia tal como la ha encontrado, i del estudio detenido de todas las obras de

(1) Journal des Economistes T. 8.º Pág. 55.

los pensadores eminentes ha formado un conjunto claro i sustancial de todos los principios de la ciencia.

Concluyamos pues de una vez por plantear cuanto ántes en el Instituto Nacional la enseñanza de la economía política por el texto que hemos examinado a la lijera; porque sin disputa es el mejor que se conoce hasta ahora en la culta Europa i el único que puede llenar mejor el objeto del aprendizaje de este importantísimo ramo de las ciencias.

CRISTÓVAL VALDEZ.

ESQUICIOS

DE LA CIUDAD DE WASHINGTON,

I ALGUNAS LÍNEAS SUELTAS.

What exile from himself can flee?
To zones, though more and more remote,
Still, still pursues, where-e'er I be,
The-of life blight the démon Thought.

Byron.

¿Quién puede huir de sí? ¿qué desterrado?...²
Siempre ¡ai! me sigue con malvado intento,
Aun en el país mas apartado,
El diablo de la vida—el pensamiento.

Trad. de F. Muntadas.

A LOS EE. DE LA REVISTA DE SANTIAGO

Amigos míos:

1 Solitario en la vasta soledad de la capital de la Federación Americana me muero de aburrimiento, i de ántes que llegue este fatal trance me he echado a andar de acá para acullá mirando i observando esta u otra vista hermosa de los contornos, esa o aquella escena que se desenvolvía a mi presencia. De todo ello envío a Uds. el resultado, esquicio tomado a la lijera, como un legado que a *mi muerte* dejo a la amistad de Uds.

Solitario vivo en la vasta soledad de estos mundos; i esto parecerá chanza, i extraño a Uds. que me conocen como aficionado a todo lo que es bulla i tertulia. Pero es el caso que en el verano, Washington es como el malecon del Mapocho a las 12 de un día de enero.

Todos los habitantes de esta bendita ciudad son aves de paso que en la presente estacion emigran a bandadas ácia el norte para librarse del

Calor infernal que reina en ella. En este tiempo, difícil sería encontrarse con un amigo, colega o conocido ni aun con el ángel de la guarda, porque hasta éste creo que roba a su misión terrenal algunos días, i se escapa en busca de aire mas fresco i respirable.

Al pasearme por la ancha avenida de Pensilvania, mas de una vez me he figurado que era el monarca de este páramo erial en que la única frente que miraba al cielo era la mia. Mecido en tales sueños de ambición que, dígame lo que se quiera, tienen su deleite i su poesía, me reconozco como el señor de estos lugares, i envío *mil bendiciones* al Ministro de Relaciones Exteriores de mi Gobierno, que merced a su *raro interés* por mí me hace pasar una vida de delicadas ilusiones, bajo el cielo de Washington, cuando todo el mundo se escapa de aquí.

Por lo que hace a lo *positivo*, verdad es que ello no se acuerda muy bien con mis ilusiones i humos de monarca; lo que hace que el Secretario de la Legación de Chile se arrastre pesadamente con su pobre máquina por entre la constelación de Legaciones de los países soberanos que aquí residen en invierno. Pero nuestra República no cae por eso de su puesto: es una estrella que brilla con luz propia i que a pesar de todo irradiará. No obstante, i sin vanidad algo es a costa mia.

Puedo asegurar a Uds. que todas mis esperanzas se han frustrado, todos mis proyectos han fracasado. Rodeado siempre de trabajo i sin poder visitar el país, ningún provecho me prometo de mi permanencia aquí. Estudios, i ciencias i observaciones; de que estaba llena mi cabeza, han cedido el puesto a ocupaciones materiales i a un desaliento que cada día crece.

Aquí en Washington nada hai que aprender.—En país extranjero todo llama la atención. Parece que el alma puesta en una escena de impresiones distintas se hace observadora i filósofa, i cuanto la rodea excita su actividad. Mil pensamientos surgen de su seno que van a tejer el drama de una vida nueva i a atesorar un acopio de conocimientos i talvez de tristes recuerdos para lo futuro. En un viaje por países extendidos i variados, donde se ve bullir i radiar el fluido misterioso de la civilización, donde pululan las invenciones del ingenio, i asombran i pasan los resultados inmensos que realiza, el viajero sacaría gran provecho, i su narración interesaría en las pinturas de las admirables creaciones del hombre.

Aquí en Washington nada se aprende; i se puede visitar esto solo como curiosidad. Sin embargo, ofrece en sus alrededores escenas de una naturaleza tranquila, decoraciones sencillas llenas de delicadeza i de primor; i como nada hai que estudiar i que observar, ellas suelen servirme de solaz i entretenimiento.—Algunos lijeros bosquejos, i alguna que otra línea que se le ha caído a la pluma sobre el papel van a ofrecer a Uds. una muestra de ellas, mis amigos, i a llevarles las saludes i la amistad de

F. S. ASTABURUAGA.

Washington D. C. agosto de 1847.

LA CIUDAD DE WASHINGTON.

Washington es conocida por la ciudad de las magníficas distancias. La avenida misma de Pensilvania, el collar de perlas de esta andrajosa matrona, no es un cordón seguido de edificios, que haga parecer que los vecinos se aproximan. Fuera de esta calle con pocas excepciones, toda ella ofrece la vista de un gran arrabal, con trozos cuadrados de edificios de 42 a 45 varas de frente i otras tantas de fondo. Los árboles que los rodean les dan una fisonomía rústica, i el aspecto de una población que abandonada por la planta del hombre, va entrando en los dominios de una naturaleza agreste.

Sin embargo se reconoce aquí las trazas de una ciudad reina, i se encuentra en ella mucho de bello i de elegante. Sus hermosos i elevados edificios públicos ocupando los puntos mas altos i a distancias convenientes, parecen las almenas que coronan graciosamente la fortaleza de la Union, i al Capitolio puede llamársele el torreón mas inexpugnable.

La Capital del Gobierno Federal está sentada sobre un plano suavemente ondeado i elevado entre el ángulo recto que forma la ribera izquierda del Potomac i la derecha del riachuelo *Eastern Branch*, o Anacostia. Su latitud norte es de 38° 52'. La área que comprende la ciudad es vastísima (131.684,476 pies cuadrados), i entró esto en los cálculos del Jeneral Washington, porque pretendió echar en ella los fundamentos de una gran metrópoli, vasta cabeza que correspondiese a las gigantes cas dimensiones de los miembros de la Union.

Vista en el plano o diseño trazado por sus fundadores, la ciudad de Washington da un golpe de vista imponente i grande. Véanse sus calles tiradas a cordel corriendo de norte a sur, cortadas en ángulos rectos por otras de oriente a occidente, e intersecadas por anchas avenidas que extendiéndose a veces hasta cuatro millas van a desembocar al Capitolio, o Casa Presidencial: por la parte del oriente i del sur, esas mismas avenidas i calles se las ve descabezar en las márgenes de dos rios navegables i bellamente delineados. ¡Vista de este modo la ciudad, repito, sorprende al viajero; pero observada en su forma real, pisando su suelo, bajo las impresiones que arroja, la tradicion i carácter que

representa, el cuadro pierde su hechizo i la encantada ilusion de una soberbia capital se desvanece: una miserable realidad ocupa su lugar, causando la pena de esperauza frustrada.

Nada podrá ser mas magnífico que Washington cuando cuente medio millon de habitantes; porque creo que pocas ciudades se encuentran mas bella i convenientemente situadas. Sus contornos son mui hermosos i pintorescos: hermosos bosques le forman un lindo marco que la circunda en todas direcciones; i un rio espacioso se estiende a sus pies como una alfombra de plata.

Los edificios públicos de Washington son bastante buenos, aunque no del gusto mas correcto. El Capitolio, la Casa Presidencial toda de piedra por el órden jónico i con parques espaciosos i cercados de verjas, el correo jeneral de mármo! blanco, la Oficina de Patentes con un pórtico como el del Partenon i columnas de 18 pies de circunferencia, i la Tesorería Jeneral con un fróntis de 31 columnas estriadas i 150 oficinas, son los edificios principales i que mas llaman la atencion.

El Capitolio es el centro de Washington. Desde allí principia la denominacion de las calles que está fundada en un sistema mui sencillo, particularmente para los extrajeros. Las que corren de oriente a occidente están marcadas con las letras del alfabeto ingles; las de norte a sur con las cifras numéricas: tienen por lo regular 20 varas de ancho. Las avenidas que cortan el plano de la ciudad diagonalmente llevan los nombres de varios de los Estados de la Union, i son aun mas anchas. La de Pensilvania va a parar hasta George-Town, corriendo cerca de cuatro millas i con un ancho de 40 varas. En las diferentes intersecciones en que se cortan las avenidas i las calles se forman 1160 placetas i placetuelas.

Todas las aceras están enbaldosadas, i a su lado exterior corren hileras de árboles que con sus ramas sombrósas forman un elegante i verde quitasol. No hai calle, avenida ni placeta en que no se vea una gran variedad de árboles. El hipocastaño, el ácere blanco, el hilo americano, el sicomoro, el sauce de Babilonia, etc. están esparcidos por todos lados: ellos forman el pórtico de los edificios de Washington, el resalto de la fachada coronado de sus frondosas copas. Nada mas bello i grato que pasear en días abrasadores debajo de estas bóvedas de verdura formadas por el follaje de los árboles. No sé si es el gusto decidido que tengo por los vegetales lo que me hace mirar la plantacion de árboles en la calle como el sistema mas conducente a adorar i embellecer las ciudades: en todas las de Estados-Unidos los hai en abundancia. ¡Cuánto mas hermosas i animadas no aparecerían la calles de Santiago adornadas con varios de nuestros árboles del sur! Serian la guirnalda verde que ceñiria la frente de nuestros desairados edificios.

He aquí la historia de esta ciudad. En 1790 dió una lei el Congreso para establecer, conforme a la Constitucion, el asiento permanente del Gobierno Federal. El lugar fue escojido por el Jeneral Washington, entónces Presidente, i bajo su direccion se trazó la planta de ésta ciudad. En 1791 parece que principiò a delineaarse en unos terrenos comprendi-

dos en el territorio de Maryland, que sus dueños habian cedido al Gobierno. Al principio se le dió el nombre de ciudad *Federal*, que se cambió despues en el que hoy lleva. En 1800 i a fines de la administracion de Juan Adams se trasladó aquí el Gobierno Federal, i el año siguiente abrió en ella sus sesiones el Congreso, quedando bajo la direccion de este cuerpo.

Durante la última guerra de los Estados-Unidos con la Gran-Bretaña fue tomada en agosto de 1814 por las tropas inglesas al mando del Jeneral Ross. Mucha parte de la ciudad fue entregada a las llamas, principalmente los edificios públicos. Despues de aquel año ha seguido prosperando, i ya en 1840, el último censo contenia una poblacion de 23,364. Como no es comerciante ni manufacturera, su aumento está en una proporcion mui inferior a la de las otras ciudades de la Union.

Dos palabras sobre Washington como sociedad.—Ella se distingue por su franqueza, i por un aire de expansion i cosmopolitismo que no arroja viso ninguno local. Las Washingtonianas son por lo regular amables i obsequiosas, i llenas de dulzura i suavidad. Son finas i siempre señoras en sus maneras i su porte; no es esto tan comun en los hombres. No se encuentra entre ellas bellezas que fascinen, que arrebatan; pero hai muchas hermosas, i muchas expresivas i dulces: son mui afables.— Siguen jeneralmente en el vestir la moda inglesa. Dentro de casa están a toda hora en cuerpo, i en la calle, de la que gustan mucho por vía de paseo, llevan de rigor sombrero segun la estacion, i su sombrilla, sin advertirse en esto nada de particular que no usen nuestras elegantes de Santiago i Valparaiso.

Cuando el Congreso no está en sesion la sociedad es reducida; pero en el invierno crece de dia en dia. A la reunion de aquel cuerpo confluyen numerosas familias. Entónces es sin disputa Washington la ciudad mas alegre de los Estados-Unidos: aquí se da cita todo lo mas elegante i lo mas dispuesto de la Federacion. Ya la animacion no cesa. El Cuerpo Diplomático i los particulares abren sus salones, i las notas armoniosas del piano i el ruido de la orquesta del sarao se suceden en un jiro rápido. La Rotunda, la Libreria del Congreso, i las galerías de ámbas Cámaras desbordan de señoras i caballeros; i la *Pennsylvania avenue* ve rodar cien carruajes. ¡Vaya! la capital ha vestido sus galas, la larga vestidura de una reina.—Un teatro es la verdadera imájen de la ciudad de Washington. Entrese al teatro cuando la representacion ha concluido; la luz está apagada, las lunetas vacias, los palcos sin una dama; i las decoraciones se ven colocadas sin orden, el telon a medio caer, etc. Tal es esta ciudad durante el verano. Pero en el invierno es aquel mismo teatro en el momento de abrirse la escena de con drama de Shakspeare o una ópera de Donizzeti o Verdi: todo se ve inundado de luz, i el concurso se siente alborozado; en los palcos chispea radiante la belleza, i del proscenio se derraman raudales de poesia o armonía.

EL 4 DE JULIO.

Este día es el aniversario de la independencia de los Estados Unidos. El 4 de julio de 1776 se verificó ese gran acontecimiento que no ha sido sin consecuencia para lo futuro.

En este día de tantos recuerdos para el Norte Americano se alzan en sus anchurosos límites millones de almas independientes para honrar las tradiciones de la revolucion, bendecir el feliz estado constitucional de su sociedad i extasiarse en la bella perspectiva de su porvenir. Este es un hecho grande sin duda, pero no es mas que el preludio del que despues se ha realizado en esta parte de América: ayer no mas un puñado de hombres i hoi esa vasta masa de poblacion que asombra; una nacion que se levanta como un gigante.....

Las tradiciones de aquel suceso están vivas i palpitantes en la cabeza de cada ciudadano Norte-americano, i las celebran con una especie de culto en el día de su aniversario. Mas este no corre a desplegar toda su majestad por entre el alboroto i entusiasmo con que vemos aproximarse nuestro 18 de Setiembre. Aqui el ciudadano es todo; el Gobierno nada. El entusiasmo está en cada uno; en cada uno la conviccion, la creencia, la fe de los recuerdos i misterios de este día. Cada uno se siente alborozado, lleno de placer, i el corazon enajenado; pero la alegria no estalla en ruidosas algazaras, ni en tumultuosas manifestaciones de júbilo. Ella es tranquila; mas tan jeneral que dificilmente habrá habitantes de la Union que no se sientan en su pascua nacional.—Es el día del pueblo, del ciudadano; así es que el Gobierno jeneral ni el de cada Estado hace mucho por celebrarlo—es la mas querida atribucion del pueblo—celebrar i aclamar el 4 de julio. Entónces verdaderamente sobrenadan en su memoria mil hechos de valor, de independencia i de patriotismo, mil nombres gloriosos, Washington, Franklin, La Fayette, etc. La imaginacion se traslada a aquella época i les presta colores i formas; los exhibe a la vista del ciudadano majestuoso, como estatuas que se las siente anhelar i polpitar.....

Tan jeneral i tan variados son los modos de festejar la visita del bien-venido huésped 4 de julio, que será largo el contarlos. Las familias convidan a sus amigos para pasar el día en una de las quintas de los hermosos alrededores de Washington. Una abierta franqueza, buen humor, algunas botellas del mejor champaña, un poco de música, etc. hacen el gasto de la fiesta i forman una partida de las mas agradables.

Mi amigo Carlisle i su madre, una señora llena del perfume de la amabilidad, i cuya casa es el tipo del norte americano fino i obsequioso, me convidaron para que las acompañase a pasar este día en el campo, i confieso que la tal partida ha sido la mas agradable que he tenido en este país. En nuestro camino encontrabamos bajo los arboles de trecho en trecho grupos de niños, de blancos, de negros, etc. con los semblantes

llenos de centento celebrando el aniversario con juegos, con una botella, o con un hurrah!.....

Hai una cosa en el aniversario de estos Estados que talvez no es considerada como se debe, i que es el carácter en que difiere del de nosotros. El 4 de julio es en la historia de este pais no una peripecia o un nudo que le hace en'rar en un nuevo estado de cosas; no es una mudanza de condicion, ni el escape del dominio de un señor tirano i cruel para pasar a la libertad. El Acta de la Independencia es el manifiesto i la declaracion de guerra dirigidos a un pueblo aliado, cuyos compromisos habia violado: es el guante arrojado por un señor feudatario a un injusto principe que le ha inferido un agravio directo.

La guerra de la revolucion no es una guerra para conquistar la libertad, sino para afianzar esa misma libertad que vino a establecerse en estas rejiones conducida por los Peregrinos, los austeros i rijidos Puritanos. La libertad vino con las colonias, creció con ellas, se extendió con ellas a la par. En el dia de la Independencia no se hizo mas que una enérgica protesta contra los avances de un poderoso, que dió orijen al famoso combate singular entre John Bull i su hermano Jonathan, combate conocido con el nombre de *guerra de la Independencia*. Jonathan desarmó en el duelo a su hermano, i los derechos de ámbos quedaron establecidos i reconocidos.—Esta viótoría i este reconocimiento es lo que celebra con entusiasmo el pueblo Norte-Americano el 4 de julio de cada año.

ALREDEDORES DE WASHINGTON.

En los alrededores de Washington hai varias quintas en que sus dueños reunen cuanto puede contribuir al recreo i a la fantasia, hermanados con la comodidad i el provecho. Estas casas de campo están rodeadas de toda la belleza de la naturaleza i del arte. Algunas de ellas ademas de esta circunstancia se hallan sentadas en los oteros i eminencias inmediatos a Washington, desarrollando a su frente lindas perspectivas, vistas pintorescas que encantan al alma indiferente a lo bello. Quien haya estado en la hermosa quinta del Sr. Causten, suegro del Sr. Carvallo, ese vasto mirador sentado sobre un basamento de bosques, o en la romántica i pulida casa de campo del banquero Riggs, i tienda la vista sobre Washington i el Potomac, ese solo puede formar idea de lo que es un paisaje sobre el lienzo de la naturaleza.

En ese paisaje están derramados con profusion i con maestría, las tintas, los matices, los grupos, los contrastes i las armonías. Allá aparece la capital con su desgrenada cabellera, conjunto de edificios poéticamente desordenados que van a mojar sus pies en Potomac. Ejidos i sembrados interrumpen i entrecortan el gran manto de bosques que cuelga de los hombros de aquella, figurando el rio la ancha cinta azul que lo ajusta a su cintura.

Jamas he visto paisajes tan poéticos como los que se miran desde los

puntos indicados. La vista alcanza a dominar una extension mui considerable. Siguiendo a lo largo del rio se descubre Alejandria a la márjen opuesta i mas allá sobre la linea del horizonte i casi en la embocadura se columbra el antiguo Fuerte de Washington. Los buques de vapor i de vela se deslizan sobre su superficie como aves de blanco plumaje que hacen recordar el nombre de *Rio de los Cisnes* que los indios daban al Potomac. Mas acá se ven el Astillero i el Arsenal, i el puente de una milla de largo, que se abre para dar paso a los buques. En el centro se empina el Capitolio, i hasta cerca de allí van a parar esas enormes anfisbenas que lo mismo corren ácia adelante que ácia atras, esos dragones humeantes que cabalga el hombre para atravesar en pocos minutos distancias inmensas.

La casa de campo del Sr. Riggs, está construida por un modelo caprichoso de esta especie de arquitectura. Trabajada a toda costa de nada carece para proporcionar el recreo i la comodidad a toda una familia. Sus prados i bosquesillos son hermosísimos.—Una de las cosas que me llamó la atencion fue una elegante caballeriza, bajo un plan nuevo adaptado particularmente para preservar los caballos de las enfermedades consiguientes al poco aseo i a la humedad, i de la cual espero mandar una descripcion prolija para los aficionados.

Por ahora nada digo sobre esta materia con referencia a la agricultura: me remito a los artículos que ántes de ahora he mandado a Chile.

EL ENTIERRO DE UNA NEGRA.

Eran las 7 de la tarde de un dia de julio. El sol caía tras los montes de occidente de Washington, tiñendo de delicados colores i celajes el horizonte. Sus últimos rayos debilitados por los vapores de la atmósfera daban a la caída de la tarde ese tinte sombrío i melancólico del crepúsculo.

Yo marchaba a lo largo de la calle 44 i advertí que en direccion mia venia una multitud de pueblo. Luego supe que era un entierro que se dirigia al cementerio de los Metodistas, i me detuve para ver la ceremonia.

Era el funeral de una mujer negra que perteneció a la sociedad católica de la jente de color: un pariente suyo quiso que se le diese sepultura en el cementerio de los Metodistas, aunque era católica. Todas las personas del acompañamiento eran negras i de aquella Sociedad, i mui pocos hombres. Desde la puerta del cementerio iban abriendo una calle de dos filas por donde debia pasar el ataúd que conducian cuatro o seis negros.

El cortejo fúnebre solo constaba, como dije, de mujeres; estaban uniformemente vestidas con un traje blanco i sobre los hombros cayéndoles hasta la cintura un capotillo negro. En la cabeza llevaban un tocado, o turbante de linon blanco, i sobre el pecho colgaba de una cinta blanca

una cruz de plata, distintivo i emblema de esa Sociedad de caridad. Después de enfilarse esas mujeres de vestiduras blancas i rostros atezados, se puso en movimiento el ataúd.

Precedió a este acto un silencio que dejaba percibir la respiracion de los asistentes, i talvez se sentian los latidos del corazon que en esos momentos solemnes se ajita con violencia: después, todas a una voz prorrumpieron en un canto triste.—Era el canto fúnebre de despedida, los postrimeros acentos de la relijion que se entonaban sobre la tierra a aquellos despojos de la muerte. De este modo fueron a dejar hasta la huesa a la compañera que las abandonaba en la vida.

El canto, el pensamiento meditativo que revolaba sobre la frente de cada uno, daba a ese mortuorio un carácter i relijioso, i la escena un tinte sombrío i melancólico que me hizo una impresion profunda. La circunstancia de ser todos negros (mas de doscientos), el objeto para que se reunian, el lazo que ataba esa comunidad bajo las alas de la caridad católica, esa comunidad de una raza degradada i despreciada en este país que parece excluida de la humanidad, todo contribuia a despertar en el espectador sentimientos relijiosos i reflexiones tristes.

Los ecos lastimeros que se elevaban al cielo, se habian confundido con la oracion de la tarde, i comenzaban a apagarse como se apagaba lentamente a la venida de la sombra las luces del dia, i como se apagó la vida de la pobre negra que quedaba en el campo de los muertos. La ceremonia i el canto habian cesado; la noche velaba todas las tumbas i los frambuesos i cipreces bajo su velo pardo. El silencio era profundo: no se oia mas que el melancólico susurro de la brasa resbalando por las hojas de los árboles i el canto monótono del grillo celebrando con el ruido de sus alas la venida de la sombra; el tordo poligloto, o pájaro pantomimo, dominado por el silencio, habia cesado de hacer oír sus quiebros i variadas notas. Nada perturbaba aquella quietud solemne de la naturaleza en paz.....

Todos se habian ya retirado, i yo era el único que quedaba, sumido en una profunda abstraccion; hasta que la voz del portero me advirtió que era tarde, i me retiré del cementerio.

EL CAPITOLIO.

Es el edificio de primer orden de los Estados Unidos: el coloso de la ciudad de Washington. Se alza orgulloso en el centro de esta capital, como la representacion del jenio gigantesco de la Union Norte-americana. Vésele de pié con la vista fija en el oriente sobre el declive de suave collado que le sirve de peana, empinando su soberbia cabeza a 145 pies i extendiendo sus brazos a una dilatada abertura. Domina todos los objetos vecinos i alrededores, i deja en el observador una impresion de grandeza.

Este edificio tiene la figura de una cruz: sus brazos se extienden de norte a sur; 352 pies, i tienen de altura hasta el tope del domo que co-

Tiene cada brazo, 70 pies. En el centro hai una espaciosa rotunda sobre el segundo piso de 96 pies de diámetro i otros tantos de alto. Remata en lo alto en una cúpula o gran domo rodeado de una balaustrada que le dá una elevacion de 145 pies. La fachada principal está al oriente, i conduce directamente a la rotunda. Tiene al occidente otra con una galería. Todo el edificio fué concluido en 1827 habiendo sufrido desde 1793 en que se sentó por Washington la piedra angular muchas interrupciones i el incendio por los ingleses el año 1814. El costo de su ereccion incluyendo las reparaciones i alteraciones que en él se han hecho subia en 1827 a 4 millon, 746,718 pesos.—Contiene en sí la Cámara del Senado, la sala de representantes, la de la Corte Suprema, la Biblioteca, i un crecido número de oficinas correspondientes a estos cuerpos, i todas las piezas necesarias para todos sus menesteres i comodidad.

Este gran edificio consta de tres pisos, sentados los dos superiores sobre un órden sucesivo de basamentos de estructura dórica: en el exterior los cuerpos superiores presentan una muestra del órden corintio. Todo es de piedra sillar, blanqueado, para ocultar los vestijios del humo que dejó el incendio del año 44.

El Capitolio está rodeado de una verja de fierro sentada sobre un basamento de piedra labrada. Esta verja rodea una area que comprende treinta acres de terreno, destinado para parque, prados, etc. A la parte del Oeste tiene un hermoso campo con varias avenidas que guian a la escala de esta parte del capitolio. Todo está alfombrado de grama i trébol; i una variedad de árboles indíjenas forman calles i grupos i ofrecen un lugar de paseo hermosísimo. Tiene tambien dos fuentes de mármol, viveros de lindos peces. A la parte del oriente se encuentra un dilatado parque con multitud de árboles colocados en calles i en el centro se levanta la estatua de Washington. Al frente hai un estanque de peces de figura elíptica rodeado de una barandilla o antepecho de fierro. Entre este parque i el espacioso patio que se deja al frente de la fachada principal del Capitolio corre una verja de hieirro que sirve de division.

La fachada del oriente o principal es una hermosa portada de este gran libro de arquitectura. Despues de las gradas de piedra que están tendidas debajo del pórtico se ve éste fundado sobre tres órdenes de columnas de órden corintio de treinta pies de altura. El frontispicio o témpano de la fachada contiene un grupo de alto relieve ejecutado por un escultor italiano llamado Pérsico. El grupo consta de tres figuras: la del centro representa el *Jenio de América*; a su izquierda se ve la Esperanza, i a su derecha la Justicia. A los pies del Jenio está el Aguila en actitud de tomar vuelo. El Jenio sostiene con la derecha su escudo con estas letras U. S. A. (Estados Unidos de América), i detras yace su lanza. Sobre su cabeza aparece el simbolo de la gloria—una estrella. La Esperanza parece sonreírle prometiéndole un hermoso porvenir encaminándolo a la Justicia, la cual tiene en su derecha la Constitucion de los Estados Unidos i en la izquierda las balanzas. La Justicia en los Estados Unidos no se simboliza como hasta aqui la hemos visto, es decir ciega i con la espada vengadora. I me parece mui bien, porque la justicia debe ser

ilustrada i perspicaz para conocer, comparar i velar sobre los derechos del ciudadano. La justicia ciega no la comprendo, como no comprendo que la mas bella harmonia sea obra del acaso.—Todas las figuras de este grupo son colosales i esculpidas en piedra.

En la galeria del pórtico i en ámbos lados de la entrada de la Rotunda llaman la atencion dos estatuas colosales labradas en hermoso mármol de Italia, que representan la Paz i la Guerra. Son una edicion de la representacion de Marte i de Minerva, con sus trajes griegos i todos los atributos de que los ha revestido la fábula. Se ha querido representar en estas dos figuras el espíritu i política de esta nacion, presentando a la guerra poderosa i terrible, pero atenta i dispuesta a oír los raciocinios i advertencias de su hermana la paz. No sé si el emblema sea aplicable,—si tal sea el espíritu del gobierno federal; pero lo que no dudo es que el artista ha ejecutado su obra dignamente. Estas estatuas en sus proporciones, expresion i esbeltez comunican al observador una chispa de la idea de lo bello.—A un lado del pórtico a la parte de afuera de la derecha está de pié una estatua colosal del inmortal Colon. Tiene en la palma de la mano derecha un mundo que eleva a lo alto, i cerca de él está la bella figura de una india desnuda, en la actitud de recibir el mundo si se le escapa a Colon de sus manos. El grupo es de mármol blanco bellamente esculpido.

UNA MIRADA EN DERREDOR DE LA ROTUNDA.

La Rotunda ocupa el centro del Capitolio. Es una media naranja sentada por la base en el segundo piso del edificio, midiendo un diámetro de 96 pies, i otros tantos de altura hasta la techumbre. El pavimento solado con losa finamente labrada carga sobre una serie de cuarenta columnas con arcos torales, del orden dórico, que forman en su estructura inferior lo que se llama *cripta*. Recibe la luz de la parte superior.

El interior está adornado con varios cuadros i grupos de escultura, que son la ilustracion en relieve de los hechos i sucesos mas importantes de la historia de este pais. Esto de la pintura i la escultura históricas son para mí la que los antiguos reyes de armas que publicaban a gritos los grandes hechos i hazañas de nombradía, hablando a la vista i excitando recuerdos mas que produciéndolos. La pintura hace la impresion, señala el hecho, la imaginacion se ajita, i la reminiscencia se escapa entónces tras los recuerdos relacionados con aquel hecho. Así al entrar a la Rotunda viendo los cuadros colgados en sus paredes, no se queda satisfecho hasta no dar con la historia, los recuerdos de lo que en ellos se representa.

Varios sucesos importantes hai representados en el interior de la Rotunda.—Un cuadro que cubre todo el entrepaño de la derecha de la entrada del oriente presenta el momento del *Desembarco de Colon en el nuevo mundo*. El asunto es mui grande para que lo toque la mano del homi-

bre: un mundo se concibe, mas no se pinta: la ejecucion queda siempre muy abajo de la concepcion.

Sobre esta entrada hai un grupo de cuatro figuras esculpidas de alto relieve representando—*El Desembarco de los Peregrinos en la roca de Plymouth.*

Los Peregrinos, así llamados, fueron los segundos pobladores de Norte-América. Sabido es que aquel altanero i fogoso Enrique VIII i despues su hija Isabel, esa altiva figura varonil de la historia que midió su mirada con la de Felipe II, dieron al espíritu religioso de su país un movimiento que produjo la fermentacion i la anarquia que fueron a abatirse i desaparecer en la revolucion de 1688. Varias sectas habian aparecido. La de los Puritanos habia tomado cierta preponderancia; i llevando por principio la independencía en las formas religiosas i civiles se oponia de frente a los esfuerzos de la reina María la Católica, i no se sometieron a las ceremonias de la iglesia anglicana bajo el reinado de Isabel. La persecucion los irritaba i les comunicaba un carácter de un temple fuerte i enérgico. Entónces apareció otra rama de puritanos llamados *Brownistas*, del nombre de su fundador, mas ríjida i severa en sus principios, que pretendia fundar una comunidad independiente de todas las demas. Jacobo I.º no fué mas indulgente con ellos que sus predecesores, i aun se les manifestó mas hostil, compeliéndolos a someterse a la religion del Estado.

En esta difícil coyuntura resolvieron abandonar la patria i buscar un asilo en el suelo tolerante de Holanda. Despues de muchas dificultades i accidentes lograron trasportarse a Leyden con sus familias bajo la direccion de su pastor Juan Robinson, i allí residieron por algunos años aun respetados i sin que se les molestase por sus opiniones religiosas. Mas con todo, no se avenian a vivir en una sociedad que no estaba en perfecta consonancia con su carácter i costumbres inglesas, i alhagados por las promesas con que el descubrimiento de la Virginia brindaba a los emigrados, se empeñaron en solicitar de los poseedores del privilegio de aquella colonia, el permiso de establecerse allí, donde podrian residir con independencía i como ingleses. En efecto i mediante el influjo de Sir Edwin Sandys celebraron, bajo la auencia real, una transaccion con la Compañía de la Virginia por la que se les asignaba una extension de terrenos dentro de los límites de su concesion.

Alanadas estas dificultades i las consiguientes al equipo de dos buques que debian trasportar la congregacion, se aprestaron para el viaje. En la mañana del 22 de julio de 1620 el Pastor Robinson en una reunion solemne de todos ellos bendijo la Flor de Mayo, uno de los buques, en Delfthaven. El principio de la navegacion fué aciago. De los dos buques tuvieron que abandonar uno i dejar parte de la compañía con Robinson. Al fin zarpó la Flor de Mayo de las costas de Inglaterra el 6 de setiembre con direccion a la embocadura de Hudson, llevando a su bordo solo 102 peregrinos. Pero el capitán, ganado por los holandeses, interesados en la esclusiva posesion de aquella rejion, dirigió su rumbo ácia el cabo Cod. El 9 de noviembre avistaron tierra; al día siguiente habian entrado ya en la bahia de Massachusetts.

Se exploró la bahía, se buscó un puerto seguro i se prepararon para el desembarco. Antes de efectuarlo i a fin de evitar discordias i entorpecimientos en su vida de comunidad, adoptaron un pacto que formó la base constitucional de su gobierno, por el cual se constituían en cuerpo político e independiente. En seguida hicieron su desembarco en el lugar a que dieron el nombre de Plymouth, en memoria del puerto de Inglaterra de donde salieron: esto fué en la mañana del 20 de diciembre, después de haber implorado la bendición i asistencia divinas.

La roca que pisaron los Peregrinos al saltar en tierra se mira por los descendientes de estos fundadores de los Estados del Norte de la Unión como un lugar sagrado, el libro de sus más queridas tradiciones. En el centro de la plaza de Plymouth se han colocado fragmentos de esta roca que se conocen con el nombre de *Forefather's Rock*.—El aniversario de aquel día se celebra con toda la unión i entusiasmo de la religión i del patriotismo.

El grupo destinado a recordar este suceso, consta de cuatro figuras: un hombre, una mujer, un niño i un indio. El puritano con el traje de la época está en la actitud de saltar en tierra desde el bote atracado a la *cèlebre roca*, i de recibir de las manos del indio una mazorca de maíz. La mujer parece dar gracias al cielo; i el niño parece expresar una mezcla de asombro i miedo. En la proa del bote se lee: «1620.»

Este grupo no tiene más mérito que el de la escultura. La tradición, la verdad, la poesía no se revelan: son figuras despegadas de la historia. Pero en uno de los entrepaños que siguen a la derecha hai un hermoso cuadro pintado por Weir que contiene varias figuras de puritanos de cuerpo entero en la actitud de orar durante los momentos en que el pastor Robinson con la biblia en sus manos invoca la bendición del cielo sobre la Flor de Mayo. Las figuras son naturales, i el colorido i expresión bastante buenos. Las velas del buque que parecen tendidas al paio dan a la escena un carácter triste, i respira esas impresiones melancólicas de una partida próxima.

(Concluirá en el próximo número).

EL SULTAN.

(IMITACION DEL ITALIANO)

Cien pueblos son tus súbditos,
Cien bellas tus esposas,
I cuanto acopia el Tauro
I olas del Caspio undosas
Sométese a tu lei.

Sobre almohadón elástico
La molicie suspira,
Hierve en la copa, i trémula,
Vibrando acorde lira
Desciende el sueño al rei.

¿No eres feliz? e indómito
El cuidado te asalta
El perfumado tálamo,
I hasta el harén que esmalta
Tanto oriental primor?

¿Por qué amenudo entúrbiase
Tu frente i temes lazos,
I sueñas entre púrpura,
De Huris entre los brazos,
Fantasmas de terror?

¿Colinas de Bizancio,
Cuán bella es esa luna
Que el azuladõ Bósforo
Tiñe en luz oportuna

Con blando rielar!

Al tibio rayo, virjenes
Danzan sobre las flores,
I el pescador de Tracia,
Cantando sus amores,
Echa la red al mar.

Sal, si las ondas diáfnas
Quieres surcar; ya débil
Mueve el aura los árboles
Allá en la playa, i flébil
Ya jime el ruisseñor.

Si tu morada espléndida
Placer no te ofreciera,
Sal, que la noche, el céfiro,
El mar, barca i ribera
Pueden templar tu ardor.

Duerme el serrallo; el gárrulo
Eunuco i el centinela;
Todo enmudece; es único
Allí el sultan quien vela
I el fiel Omar con él.

Omar, el siervo alárabe
Que acepta la cadena,
De su señor en lo íntimo
Lee la callada pena,
Que nunca dijo aquel.

Toma una luz al súbito
Mandato, i aclarando
La oculta senda lúgubre,
El monarca callando
Va del esclavo en pos.

Los salones magníficos
Pasan con marcha incierta,
I los tramos del tácito
Haren; se abre una puerta,
I afuera están los dos.

Por el inmenso empireo
Majestuosa camina

La luna, i altas cúpulas
I techos ilumina,
I uno i otro confin.

La luz matan, que vivida
La reemplaza la luna
En el sendero lóbrego:
Sin dilacion alguna
Entran en el jardin.

Al pasar de sus límites
Tocan a un bosque espeso,
Allí do corre límpido
Un arroyo travieso
Que a un rio le da el ser.

Omar, aquí mis órdenes
Espera hasta que vuelva, —
Dice al esclavo el déspota,
I entre la oscura selva
Vese desaparecer.

Largo tiempo en las márgenes
El siervo le esperara;
Goza del melancólico
Bullir del agua clara
I piensa en su niñez.

Piensa en el techo rústico
Do el aura vespertina
Gozaba, entre aromáticos
Rosales de Medina,
Que no verá otra vez.

Mas un jemido tétrico
En el bosque se escucha,
Como el convulso i último
Suspiro del que lucha
Con el postrero afán.

—¿Qué haré?... infringir sus órdenes?
¿Quedarme?... i si allí, expira?...
Vence el amor... los árboles
Del bosque espeso jira,
I empuña el yatagan.

Halla en el bosque un cándido
 Mármol que el mirto cubre,
 Imájen de un sarcófago;
 Luego al Sultan descubre
 Que al pié postrado está;
 Quien presto se alza i turbidos
 Vuelve al andaz los ojos;
 I este los brazos, tímido
 Cruzando, cae de hinojos
 Implorando piedá.

¿I te atreviste?—El árbitro
 Eres tú de mi suerte;
 Yo tu vasallo. Mátame;
 Pensé ayuda traerte:
 Excúsame ser fiel.

—Álzate i me oye. Rápido,
 Envainando el acero,
 Dice; palpita i trémulo
 El monarca altanero
 Quizá se apiada de él.

—La historia, esclavo misero

Oirás de mis dolores:
 Yo el primero i el árbitro
 De Oriente ardí en amores.
 ¡Por el amor cruel fuí!

¡Como la luz bellísima
 Fuiste, Zoraida mía;
 No eran la rosa pérsica
 Ni el lirio de Soria
 Bellos al par de tí!

Tu cabellera de ébano
 Solaz del céfiro era;
 Sin doblegar los céspedes
 Discurrías lijera
 Como nada el alción!

¡Sonrisa de los ánjeles,
 Tu celestial sonrisa;
 Del arpa en noche plácida

El son que trae la brisa,
Fué de tu voz el son!

¡I la maté! ¿Con lágrimas
Esclavo ya condenas
A tu señor? Ocúltanse
Al humano mis penas,
Mi zeloso furor.
¡Fanor, tú de mis prístinos
Años el compañero,
En el pesar i el júbilo,
Muerte te dió mi acero!
¡Muera también mi amor!

Fanor ama a Zoraida;
Ella le da esperanza;
Ambos en amor árdense,
Yo en odio i en venganza
Que sació mi puñal.

 Mi propia mano al pérfido
El corazón traspasa.
La onda que en son monótono
Al pie del muro pasa,
Fue tumba del rival.

A su amante la misera
Que todo ignora espera,
Pero en vano! Las plácidas
Ondas, la azul esfera,
La invitan a salir.

Desde una torre el piélagos
Con la mirada abarca,
I en las olas cerúleas
Ansiosa cree la barca
Del jóven distinguir.

I mientras espera, al céfiro
Sus esperanzas fía;
I entona un triste cántico
Ya conocido: «Ah! guía
« La ágil barquilla a mí.»

«A mí que en esta frijida
 « Ventana apoyo el seno,
 « Expiando el éter límpido
 « Que tan bello i sereno
 « No es comparable a tí.»

«Ven! i la pluma cándida
 « Que muellemente ondea
 « De tu turbante al vértice,
 « Del pecho mío sea
 « Remedo en su oscilar.
 « Ven! i a tu lado lúcido
 « Brille el colgante acero.....»
 I aquí se calla, i ávida,
 A su cantar sincero,
 Quiere respuesta hallar.

I yo ciego de cólera
 De vergüenza i enojos
 Subo a la torre. Estática
 La hallé, vueltos los ojos
 Al cielo en su beldá.
 ¡Quizá soñó los férvidos
 Besos i los abrazos!....
 De su delirio en éxtasis
 La cojo entre mis brazos
 I al mar lanzada va.

Precipitada mírola
 Dejarse atras el suelto
 Velo, que cruza cándido
 Sobre mi pecho envuelto,
 ¡Invóluntario don!

¡Jimiedo el éter pártese
 I al peso da camino;
 I la onda melancólica
 Del golpe repentino
 Me vuelve el triste son.

¿Oiste? Son tus lágrimas
 Vanas para mi duelo:
 Tu suerte llora i Númenes

Que aquí te traen, i el cielo
Que te da fe i amor.

Cual fuego subterráneo
Es mi secreto, abrasa,
I al reventar volcánico,
Por do quiera que pasa
Sembrando va el terror.

Solo las sombras tétricas
Mi delito han sabido;
Tú, entre los hombres único,
Que de mi lo has oído,
No lo podrás contar.

I así diciendo, el fúljido *g*
Puñal hunde en su seno,
I abandonado déjalo,
Sobre el césped ameno,
Exánime expirar.

H. de I.

Abril 14 de 1850.

CRÓNICA.

SANTIAGO, ABRIL 15 DE 1850.

La Revista tiene sus crisis naturales como todas las cosas sujetas a la inestabilidad del tiempo i de la voluntad; las estaciones mismas no se suceden sin gastarla un poco, i sin embargo no es tan vieja para que se le crea ya tan cerca de la muerte. Muchos creerán, despues de haber notado su silencio de cuatro meses, que ella ha vacilado un tanto al entrar en el año nuevo sin ofrecer una nueva vida, un vigor mas fresco, i un porvenir mas risueño i dilatado. La marcha del tiempo es veloz en este siglo i no se puede detener ninguna cosa sin correr el riesgo de abandonarla; es preciso saltar a veces por sobre los obstáculos para agarrarse de nuevo a la rueda infatigable de este viajero sin sueño i sin posada.—El año 50 nos ofrece grandes cuestiones por resolver, está preñado de mil acontecimientos que la intelijencia puede comprender con utilidad si no puede parar; los hombres de accion, los hombres de ideas no pueden dejar en descanso el brazo o la pluma; cuanto mas grandes son las cosas por hacer mayores deben ser los esfuerzos; i nada hai imposible en el mundo social si a la intelijencia creadora no falta la realizacion, este grabado de las ideas divinas.

Exterior. —La situación del continente europeo en la nueva faz que le ha hecho tomar la revolución de 1848 parece mas determinada. La Francia poco feliz en sus últimos negocios pierde de dia en dia la conciencia de su misión; en el exterior remueve con sus ideas sentimientos de libertad i aplasta con sus ejércitos a los que se arman por la independencia; en el interior estrechada, i como avergonzada del papel que se le hace tomar, se deja ganar por una desconfianza jeneral; el gobierno responde a esta anarquía moral con el miedo, con las restricciones i hasta con la amenaza; la jenerosidad no existe ya entre gobernantes i gobernados, el poder carece de intelijencia; cuando los franceses consulten su corazón el país recobrará su honor.

La Inglaterra, aislada en el mar, parece estarlo tambien para los peligros que rodean el resto de la Europa; el interes mercantil que la guía en todas sus empresas no se debilita jamas, ya sea que proclame las leyes protectoras, ya sea que se eche en los brazos de la libertad comercial al soplo de los Cobden i Peel. Cada nacion sigue instintivamente su camino conveniente; el comercio dará la libertad, la igualdad a los ingleses; las ideas sociales i políticas rejenerarán la Francia i cuando los jermanos obren tan bien como piensan, la Alemania será una gran república. La Italia i la Hungría, que han despertado tanto entusiasmo por sus desgracias, por su heroismo, aun esperan.

Solo la España no ha respondido al gran movimiento europeo. Aturdida no ha tenido valor para esperar i se ha replegado sobre si misma bajo el sable de Narvaez como el recluta a quien un sarjento va a descargar un golpe. Despues de haberse llevado predicando la cruzada en las Cámaras, esos oradores ampulosos, ahora aclaman en sus puertos la vuelta de sus soldados que no han combatido. Sin embargo se notan grandes adelantos en política; las tarifas de aduana se corrijen, la lei electoral se mejora i es admirable como el mismo Narvaez se arroja a trabajar por la libertad. Tiene razon, le debe mucho.

Pero atendiendo a nuestros intereses, California ha venido a sonreir a nuestros agricultores. No es para los yankees solo ese dorado, Chile tambien gozará de él con usura; se necesita un poco de proteccion en ese país i sobre todo alguna actividad en nuestro gobierno para apresurar las vias de comunicacion.

El Perú con sus electores para presidente está en vispera de ser alguna cosa mas. El presidente Castilla deja por esta vez i

para gloria de los peruanos su puesto presidencial, en toda regla, con toda la legalidad de la que no habia ejemplo en esa capital de los vireyes, de los jenerales, la capital de las mil i una conspiraciones. El jeneral Echeñique es el que reune mas probabilidades, es el que merece tambien la presidencia. Si el jeneral Vivanco llegase a obtenerla, eso seria un cuento árabe para los peruanos i vivirian en las mil i una noches entre prodijios, brillantes, cruces, perlas, galones i *ainda mais* proclamas *urbi et orbi*. Hagan siquiera por curiosidad alguna cosa séria esos peruanos alegres, ricos, espirituales i *todo el mundo aplaudirá*.

Bolivia bajo el jeneral Belzú vive en tranquila paz. No en vano llaman la Paz a su capital; bien sabian que nunca habian de conseguirla de otro modo. En este último tiempo han apresado la barca «Yllimani» por contener pertrechos de guerra mandados por Ballivian. I le siguen consejo de guerra a esa pobre barca por hacerle burla probablemente a nuestro buen ministro de negocios extranjeros. Ballivian se pasea mejor que en Chuquisaca en Valparaiso i parece fatigado de las travesuras bolivianas.

Nada diremos de la República arjentina. La exigencia del jeneral Rosas para que el Sr. Sarmiento tuviese a bien callarse por la mano de nuestro ministro Perez no fue desatendida enteramente. El Sr. Perez no sabe que en la gran guerra de la Inglaterra con la Francia jamas pudo Napoleón conseguir del ministerio ingles una concesion contra los emigrados que escribian en su contra. Napoleon se irritaba tanto de ello que hasta llegaba a escribir en el *Monitor* por su propia pluma: i jamas obtuvo del ministro ingles mas respuesta que la siguiente.—«La imprenta es libre en Inglaterra, hai una lei; i el ministerio no tiene que mezclarse con los escritores ni sus opiniones.» Es ademas mui probable que Napoleon hubiera cambiado de miras si hubiese conseguido en Inglaterra el mismo silencio de la prensa de Paris.—El Sr. Perez no ha de ser mas conservador que aquellos ministros i sin embargo concede lo que no debiera. Es cierto que semejante prudencia no es vituperable porque a Rosas nada le cuesta fusilar, o arruinar a los chilenos residentes en su pais. Si así fuese de algo nos servirá esta política miedosa de nuestro ministro.

Interior.—^VEl ministerio de Junio acaba de disolverse. Su retirada es tan reciente que aun nos parece ver a sus señorías en sus queridas poltronas. ^VEste gabinete ha durado 10 meses;

Jamas hubo uno elevado con mas fervor; la popularidad lo sentó i parece que lo sentó poco sólidamente al ver como ha caido tan jóven; tanto que parece que no hubieran existido nunca estos ministros de 24 horas. El ministerio de Junio no ha tenido tiempo mas que para renunciar, sus proyectos han quedado en las carteras, ha sido la victima mas inocente, en que se ha saciado la oposicion, sus amigos i el mismo presidente.

Se cree que la eleccion del próximo año haya sido el grano de arena que ha venido a volcar el carro de los ministros. Los Sres. Tocornal i García que representaban el pensamiento del ministerio no han podido dirigir los negocios politicos; ellos han sentido este peso; en vano han clamado en la tribuna, en el consejo con un talento incuestionable i una abnegacion digna de mejor suerte. No contentos con sus fatigas i sus triunfos parlamentarios querian realizar sus planes i presentarse a la reapertura del Congreso con un ministerio compacto, uno; un ministerio capaz de resistir a las votaciones de la oposicion i de dar confianza i seguridades al pais. Hasta aquí estos dos ministros habian recorrido el borde del abismo, habian ido al ministerio en brazos del partido conservador que queria deshacerse de una obligacion, i el presidente los habia acogido como una buena coraza i como muestra de gratitud al partido. En vispera de rodar en otro abismo han querido separarse tarde i han dicho: «mas vale tarde que nunca.» Ellos sentian su poca influencia en el partido conservador, absolutista a veces, tímido otras i desconfiado casi siempre; se veian tambien con una administracion hostil que los desafiaba burlándose de su tolerancia i aun de su equidad; en una palabra estaban reducidos nuestros dos hombres de estado a no poder dirigir ni su partido, ni sus ministerios, ni sus tiros mismos en los debates politicos. ¿Podia continuarse por mas tiempo en una nulidad tanto mas vergonzosa cuanto que habia mas talento perdido i mejor carácter desdeñado i hasta humillado? La situacion del ministerio no era soportable entre hombres intelijentes; sin útiles para organizar, sin armas para combatir, los ministros no sostenian sus puestos mas que con la dignidad de su honradez i el prestigio inútil del talento. El Sr. Perez de un lado con su politica del *statu-quo* desacredita al partido conservador que quiere marchar, porque debe suponerse que si en otros tiempos se hacia todo por el *orden* aun a costa de la libertad, hoy al contrario se busca la libertad en el *orden*. Esta fué la divisa con que se reanimó al soplo del Sr. Montt el partido conservador; si el

Sr. Perez quiere volver a los 15 años trascurridos pierde a su partido i la inmensa responsabilidad que tiene como hombre de partido, como hombre público i aun como ciudadano es una triple razon que debe pesar en su intelijencia clara i des preocupada. Nótese no mas la marcha de los jefes de este antiguo partido; está marcada aun en los errores políticos con cierta franqueza digna de mantenerse; i si todos tienen que perdonarse no crea el partido conservador que despues de haber sacrificado todo al órden nada tenga que hacer por la libertad. ¿Se cree mas dificil lo último? Al contrario el camino está espedito, el nombre solo de libertad conquista partidarios; no hai antipatias ya, no hai conspiraciones. No ha visto los prodijios que ha hecho contra el ministerio de setiembre, ese ministerio arraigado en el corazon mismo del jefe del Estado. Siempre que ha querido obrar lo ha hecho con fruto. ¿Por qué dejar el campo cuando hai mas laureles que recojer ¿por qué sembrarlo i abandonarlo en la cosecha?—Si la candidatura presidencial ha venido a turbar las relaciones es justo que 'por eso se pierda ese partido? ¿Qué tiene que hacer el presidente, i los ministros con el candidato? ¿Tendremos un candidato oficial. ¿Tendremos muchos?—Aunque el partido conservador quiera echarse en un mal camino, aunque el ministro Perez pretenda vivir sin politica, siempre los acontecimientos vendrán a darles una buena leccion.—Hai dos partidos en la República, uno formado por la coalicion con un candidato i su programa i con esperanzas de triunfar porque la guardia cívica i las municipalidades le pertenecen; i otro mas poderoso que en medio de esta lucha quiere abdicar su posicion despues de haberla conquistado con tantos sacrificios, con tantos peligros i con mayores odios!—No puede haber mas candidato presidencial que el señalado por el partido; de otro modo la oposicion triunfará o si el presidente quiere uno suyo, de su propio calibre, será preciso un golpe de Estado. ¿Puede llegar este último caso? Ni el pais lo sufriria i se ignora quien pudiera osarlo.

(Varios nombres se han indicado para el nuevo gabinete. Ningun hombre público quiere entrar sin condiciones, porque con la retirada de los de Junio ya saben que una mala posicion sofoca los talentos i apaga los deseos. El ministerio natural seria el mas político en la crisis actual porque la oposicion ladra con ahinco i porque la presidencia futura luchando contra las afeciones del presidente actual i los intereses personales del partido.

conservador ha de venir siempre a echarse en medio de toda combinacion. El Sr. Varas no ha podido formar un ministerio; pero el Sr. Perez, que se figura que basta ser ministro para gobernar, dará con alguna buena combinacion que no signifique mas que *inercia*. Si el ministerio de Junio ha sido el de los inocentes no debemos guardarle rencor; ha muerto en toda su virjinidad. El ministerio que le suceda será el de la rutina, el del despacho aunque se componga de hombres como Perez, Vidal, Lascano i Urmeneta. Llamar a hombres sin significacion politica en vispera de una eleccion que importa mas que todas, es una debilidad sorprendente, i encontrar hombres que sirvan de estopa para carenar la nave que se abre por todas partes es todavia mas admirable. Tendremos al buen jeneral Búlnes en su nave que hace agua por todas partes mirando tristemente a su amigo Perez dormido como otro Palinuro en el timon.—Eso es gobernar con la gracia de Dios i no tiene maldita la gracia semejante cosa. La crisis ministerial pide hombres de Estado i no magnetizadores. El presidente Búlnes de cualquier lado que se incline no pesa ya en la balanza politica; está entre dos abismos, o se entrega a los que lo han servido o cae en manos de los *condottieri* que lo han traicionado. Entre una ingratitud i un suicidio ridiculo no hai que trepidar.

Otro incidente que ha llamado la atencion del público es el golpe de autoridad del Intendente de Valparaíso. La locura se comunica. El ajente de los vapores volvió a tierra a un loco que no pagaba su pasaje i el intendente puso en prision al ajente i no al loco. En todo esto debe haber habido una locura jeneral. De aquí en adelante quien quiera viajar de valde no tiene mas que hacerse loco; todas las autoridades lo harán embarcar i desembarcar con o sin pasaporte segun la nueva lejislacion.

Bibliografía.—*Los opúsculos literarios i críticos del Sr. Bello* publicados en un hermoso volúmen, reúnen fuera del gran talento del autor las cualidades mas brillantes que pueden seducir a un literato i aun a cualquiera lector que tenga gusto por el lenguaje claro, los sanos principios i esa lucidez de pensamiento que derrama en todo libro jenerosamente hecho una serenidad atrayente i una agradable simpatia.

Recuerdos de Provincia.—Este libro del Sr. Sarmiento escrito expresamente para el autor i para San Juan por lo poco que ha circulado aquí, es admirable de sencillez, de franqueza, i

si pudiera decirse, de tontería orijinal. Tan cierto es que no basta tener memoria para ser biógrafo, ni vanidad para tener estilo. Si cada escritor tiene una hora, quisiéramos saber en cuál trabajó este libro el Sr. Sarmiento. Porque un escritor de su talla, que ha hecho muy buenos libros, que no carece ni de talento ni de estudios no puede figurarse que sus obras pasen inapercibidas. Es cierto que Rosas le tiene ódio, que lo calumnia; es tambien cierto que a su vez i con mas justicia él no le va en zaga. ¿Pero a qué vienen esos recuerdos tan fútiles, tan poco engalanados, esas confidencias tan de mal gusto, ese escribir por escribir sin gracia i sin discernimiento?—No criticamos sus afecciones, ni su talento precoz, ni sus desgracias. De todo puede hablarse i escribirse bien, pero Dios no ha querido que los tontos i locos rematados escriban cosa que valga. ¿Cómo se ha manejado el Sr. Sarmiento para escribir con tanta necedad? ¿Lo ha hecho a propósito? Es una burla. ¿Lo ha hecho de puro vano? Se burlarán de él. —¿De puro bueno? Merece lástima. ¿De rencor de verse injuriado ante sus conciudadanos de San Juan?—Tiene razon.—La vanidad como el resentimiento estravian al hombre de mejor juicio; i nosotros queremos hacerle sentir con pesar nuestra amarga crítica porque tememos que en lo sucesivo continúe con partos de ese jénero; ademas lo creemos con talento i con méritos porque la causa que defiende es santa i merece la contraccion de su intelijencia i de todos los pensadores.—Refiriéndose a Chile despues de haber consagrado muchas pájinas a su niñez, a sus deudos, el Sr. Sarmiento se admira de su estatura i como levantándose mas sobre su gran pedestal sanjuanino no divisa mas que dos hombres; Montt que lo ha comprendido sin hablar i Rosas que lo ha temido como al jenio vengador de su pais. El Sr. Sarmiento ha sido un niño como todos los niños de una familia honorable; ha viajado por la cordillera porque es el camino mas corto para ir a Copiapó; estudió allí ingles i frances traduciendo un volumen diario sin contar los que traducía en sueño, pasó a Santiago en momentos en que se trataba de elejir al Sr. Búlnes de presidente. El Sr. Montt o los sostenedores lo creen bueno para escribir en contra de los enemigos politicos, le pagan, triunfan; le dan un empleo, vienen otras publicaciones; lo protejen en fin como buenos amigos i él los sirve con sus talentos, sus simpatías i su gratitud. ¿Qué hai de admirable en esto? ¿Son sus reyerias de diarista? ¿Qué diarista no las tiene?—Nosotros creemos en sus desesperaciones de aquel entónces a proporcion que

su fortuna crecía; creemos en las injusticias para con él, pero creemos mucho en la protección ministerial. Lo que alabamos en el Sr. Sarmiento es su gratitud, su jenerosidad con su familia i su noble odio contra Rosas.—Como hombre de letras tiene gran facilidad para escribir, mucho trabajo, grandes estudios i talento en varias ocasiones; lo que prueba que sus obras se impregnan de su temperamento, i en esta última mas que en ninguna se ha dejado dominar de su ambicion i de su fatuidad literaria. I siempre que se ocupe de sí mismo para hacerle sombra a Rosas proyectándose en el cielo arjentino con proporciones colosales no atraerá la atención ni hará de su biografía un panfleto contra el tirano del Plata. Escriba mejor, i es el consejo de un buen apreciador de su mérito, la guerra civil de su país i hará un buen libro i una buena acción. Acuérdesese mas de su patria i ménos de su persona i obtendrá un triunfo. Los *Recuerdos de Provincia* no pasarán de ella; el provinciano los leerá con descuido i su autor mas tarde considerará su libro concebido sin pecado como la tontería de un hombre de juicio.—

Opera.—La bella sociedad despues de haberse solazado en sus paseos campesinos ha vuelto a su nido de invierno; las tertulias comienzan a agitarse i el teatro lirico tacha sus franjas circulares con las mas puras estrellas. *I due Foscari* han dado principio a esta armoniosa cadena de días liricos en que no se oye mas que el nombre celebrado de Verdi i el de sus hábiles traductores. La Sra. Rossi vuelve a tomar el hilo de su buena tradicion i los aplausos que la saludan le manifiestan bien sus antiguos triunfos i sus nuevas esperanzas. Pronto oiremos a la Sra. Pantanelli, nunca sin vigor, sin juventud, para lanzar sus apasionadas notas a un concurso lleno de su memoria. El hábil Sr. Zegers, nuestro empresario actual ha transformado májicamente el teatro; la luz, los colores, el buen gusto han sucedido al abandono, i es de desear que el público pague con usura ese esmero i esos esfuerzos. Es preciso que el público no se manifieste ménos jeneroso que el empresario i debe retribuir con prodigalidad como una persona de buena educacion i de buen tono.—El célebre violinista Moeser ha venido a aumentar nuestras novedades liricas; la brillantez de su arco i la orijinalidad de sus composiciones lo colocan entre los buenos artistas. Damos esta noticia agradable por ahora, prometiendo en el próximo número la biografía de este admirable artista.

ESQUICIOS DE LA CIUDAD DE WASHINGTON,

I ALGUNAS LINEAS SUELTAS. (1)

GUILLERMO PENN.

Sobre la corniza de la puerta de la Rotunda que conduce a la Cámara de Senadores, se ve la amable figura del virtuoso G. Penn que «disgustado de los horrores de la guerra i de la corrupción de Europa» vino a establecerse en América. Está con su simple vestido de cuácaro dando la mano a un jefe indio en prueba de la fe i ratificación del tratado de 1682 con los indijenas, tratado del que no sé quién ha dicho, es el único ajustado entre hombres que no ha sido violado.

PINTURAS O CUADROS DEL CORONEL TRUMBULL.

El año de 1816 decretó el Congreso que se comisionase a este artista norte-americano para que pintase cuatro cuadros históricos sobre asuntos de la Revolución. El Coronel Trumbull exhibió estas obras.—1.ª La Declaracion de la Independencia el 4 de julio de 1776, conteniendo 47 figuras.—2.ª La Rendicion del jeneral ingles Burgoine en Saratoga el 17 de octubre de 1777, con 27 figuras.—3.ª La Rendicion del ejército ingles al mando del Lord Cornwallis, en Yorktown de Virginia, el 19 de octubre de 1781; contiene 34 figuras.—4.ª La Resignacion del jeneral

(1) Véase el número anterior.

Washington en Anápolis el 23 de diciembre de 1783, que contiene 34 figuras.

Estas pinturas históricas tienen el particular mérito de ofrecer el retrato fiel i vestido peculiar de los personajes que aparecen en ellas. Todas adornan los entrepaños de la Rotunda.

POCAHONTAS

SALVANDO AL CAPITAN JUAN SMITH.

Sobre la corniza de la puerta del occidente se ve un grupo de escultura ejecutado por Cappelano, discípulo de Canova, representando el momento crítico en que Powhatan manda hacer pedazos a golpe de clava el cráneo del intrépido i romanesco Smith. El capitán está tendido maniatado, con el uniforme de su tiempo; se halla reclinado sobre el brazo derecho. Los indios tienen sus clavos levantadas, prontas a descargar el golpe fatal. Powhatan está en el centro en actitud de parar con su mano el golpe, a consecuencia de la aparición repentina de su hija Pocahontas, que se precipita sobre Smith para salvar su cabeza, e implora el perdón del prisionero.

Este grupo tiene sus defectos en la composición i naturalidad de los personajes. La figura de Smith es la más exacta; la de Pocahontas es natural en sus actitudes, pero su fisonomía i parte de sus adornos son a la romana, lo mismo que se nota en Powhatan. Pero es una obra en que se descubre la mano de un hábil escultor. La vista de este grupo suspende la atención del observador por la tradición que tiene la romántica historia de los personajes.

¿Quién fue el capitán Smith, se dirán algunos? El capitán Juan Smith fue el tipo de los caballeros aventureros del siglo XVI; un héroe real de uno de esos romances que forja una imaginación fantástica, un personaje cuya vida es un tejido de acciones maravillosas, de hechos novelescos i de incidentes curiosos i singulares. El capitán Smith es un paladín de la edad media. Sería un Reinaldo o un Tancredo en la Jerusalén del Taso, o un Orlando en el poema de Ariosto, como ha sido en su vida uno de esos seres, ángeles o demonios, que atraviesan el mundo realizando prodijios i riéndose de la fortuna i sus reveses. Su vida es un cuento oriental.

Seguidla i le vereis nacer en el condado de Lincolnshire en Inglaterra el año de 1579. A la edad de 13 años se escapa de su casa i se lanza en el teatro de la guerra de Europa. Fue a parar a los Países Bajos, i contribuyó con un tajo i reves de su espada a cortar el tirante cordón con que les ceñía la vestidura Felipe II. Vuelto a su patria i entregado al cultivo de las haciendas que le dejaron sus padres, oyó el rumor de una guerra contra los turcos i el capitán Smith, como buen cristiano de aquel tiempo i lleno de ardor guerrero tomó de nuevo sus armas i mar-

chó al continente para matar esos perros musulmanes, malditos de Dios. En su tránsito por los Países Bajos se juntó con unos aventureros franceses quienes por cariño que cobraron al bizarro ingles, le aliviaron de la noche a la mañana de todo su equipaje i le dejaron a solas con el pomo de su espada. Esta no era la primera tribulacion ni la última de su pregrinacion.

En Francia encontró al conde de Ployer, su paisano, que le pertrechó bien la bolsa, i con tal refuerzo se embarcó en Marsella para Italia en busca de aventuras. A bordo del buque iba una multitud de peregrinos católicos en romería a Roma. Los vientos fueron contrarios i los tempora les les obligaron a arribar varias veces en las costas de Italia. Las preocupaciones de aquel siglo les metió en la cabeza que la causa que provocaba el enojo de las nubes i del mar contra la nave, era el llevar a bordo un hereje, súbdito de la maldecida reina Isabel. El resultado fué que todos se conjuraron contra Smith, i sin mas preámbulo le zampuzaron en el mar por vía de ofrenda al dios de las aguas. Providencialmente para el capitan, esta piadosa bufonada se la pagaron cerca de una isleta que pudo ganar nadando con alguna dificultad.

En esta isla lo recibió a bordo un capitan frances que daba la vela para Alejandria en Ejipto. En el curso del viaje encontraron una galera veneciana que tomándolos por piratas les regaló con una andanada de balas que no era para manifestarse descortes a tanta prueba de amistad. El combate se empeñó i en él hizo prodijios de valor el capitan Smith. La galera veneciana tuvo que rendirse i una rica presa fue el premio de la victoria.

El capitan Smith, a quien cupo una buena suma de oro i de alhajas, solicitó su desembarco en las costas de Italia, i recorrió pianpiano esta rejion satisfaciendo su curiosidad i su gusto. Pero recordando su propósito de matar infieles, se dirijió al campamento de las tropas imperiales, entónces en Hungría, a las órdenes del archiduque Fernando.

Era el año de 1601. La guerra ardía en el oriente. La media luna conducida por Ibrahim, jeneral de Mahomet III, recorría la Hungría i habia sitiado a una playa considerable. Allí fue el teatro donde el capitan Smith dió pruebas de su bizzarria i espíritu caballerezo, e hizo probar el bote de su lanza al agareno. A los ingeniosos estratajemas de su jenio se debió el buen exito de aquella campaña i el de la de Alba Regalis.

Sjismundo, príncipe de Transilvania, se hallaba por aquel tiempo en guerra con los turcos. Smith i sus camaradas entraron al servicio de este príncipe durante el sitio que habia puesto a Regalis, ciudad de las fronteras de Transilvania. El sitio fue largo i obstinado; sangrientas escaramuzas habian tenido lugar, siendo mui poco favorables a los cristianos.

Segun la costumbre de aquel tiempo, un turco militar de renombre i categoria envió al campo cristiano un desafio, arrojando el guante al primer capitan que osase recogerlo.

A Smith le cupo en suerte este lance. Era un combate singular, una justa en honor i galantería de las damas, i caballero tan galan como Smith no trepidaba en propocionarles tal espectáculo. El dia señalado

llegó: los muros i almenas de la ciudad estaban coronados por la flor de la belleza oriental. Luego aparecieron en la liza armados de punta en blanco, los dos campeones, primero el turco con una armadura espléndida i reluciente, precedido de tres jenízaros, i despues Smith en su soberbio corsel, seguido solo de un paje de lanza.—Se saludan caballerosamente: suena el clarín del combate, parten a escape a encontrarse lanza en ristre; i del primer bote derribó Smith a su contrario, le cortó la cabeza i la llevó en triunfo al campo cristiano.

Al dia siguiente volvió Smith a la palestra retado por un amigo del muerto que pretendia vengarle. Al primer encuentro tronzan sus lanzas: toman sus pistolas i el antagonista musulman rindió la vida al cristiano.

Entónces a su vez Smith envió su reto al campo turco al primer caballero que osase medir las armas con él i redimir las cabezas de sus amigos. El reto fue aceptado, las armas elejidas i los combatientes llegaban a las manos. El turco tenia la ventaja de las armas, pero Smith, mañero lidiador, con un quite, apartó el tajo contrario i le atravesó con su espada.

El valeroso paladin vencedor en tres combates fue conducido en triunfo con sus trofeos de victoria a la tienda de su jeneral, quien lo premiò con una rica cimitarra i el grado de mayor, etc.

Smith participó de la gloria de todas las batallas ganadas por aquel tiempo contra los turcos. Pero en una derrota que sufrieron las fuerzas imperiales que habian marchado a someter la provincia de Moldavia, fue dejado por muerto en el campo i recojido por los turcos creyéndolo un gran señor i lisonjeados con un buen rescate. En Axiópolis, junto con otros compañeros fue vendido «como bestias en el mercado,» segun él dice, i comprado por un noble turco que lo envió a Constantinopla de regalo a su querida, la jóven Tragabizanda, diciéndole que era un noble Bohemio que habia hecho prisionero en la guerra.

La jóven vió al principio a su esclavo con compasion; encantada despues de la figura gallarda, espaciosa frente, rasgados ojos i juvenil ardor de Smith, le miraba con cariño, i cada vez sentia por él un no sé qué que la desazonaba i entristecia. Si este se retiraba de su presencia la desazon i la tristeza la mataban. Una mujer oriental no puede estar sin amor: el amor es su vida. Un mozo de corazon, es la época en que la sangre hierve a borbotones i cerca de una bella que no respira sino amor, siente i tambien ama.—El esclavo i la señora se amaban. Pero lo que enjendró la pasion de la niña fue la mentira i baladronada de su amante respecto de haber hecho cautivo a tan apuesto mancebo. Ya lo detestaba i solo vivia por Smith: éste olvidaba su cautiverio, i solo veia a su alrededor una atmósfera de perfumes i los ojos de gacela de su querida.

Dicen que el amor es como el sol; cualquiera que sea la distancia se le percibe i ve lucir. El que ardia en esta bella pareja fue a herir la pupila de la hasta entónces desapercibida madre, i la hija recelosa de un golpe de autoridad maternal que le robase para siempre la vista del mozo que la enamorara toma el malhadado partido, para matar (recelos en el entretan-

to), de enviarlo a su hermano Timour que moraba a las orillas del mar Azof, escribiéndole una carta en que le recomendaba, pero en que se le escapó la indirecta confesion de su pecadillo; su amor por él. El tártaro, que no gustaba de que nadie se anduviese con arrumacos ni chichisveos con su hermana, i mucho ménos un perro esclavo cristiano, hizo al infortunado Smith un recibimiento que no le fuera sabroso al paladar. Por pronta providencia le mandó rapar la cabeza, ponerle una argolla al cuello e imponerle un trabajo pesado.

Hè aqui un nudo, una de las muchas peripecias en que Smith va a saltos i vuelcos en el drama de su vida. En este cruel estado los dias pasaban i pasaban.

Un dia en que su cobarde amo le llenara de insultos, tomó Smith lo que primero hubo a las manos, el mayal o una estaca quizá, i le partió el cráneo de un porrazo. Disfrazóse incontinenti con los vestidos del malhadado turco, montó en su caballo i puso pies en polvorosa; no paró hasta las fronteras de Prusia. De allí entró otra vez en Transilvania, recorrió la Alemania, la Francia, i la España: tiene varias aventuras en los reinos de Marruecos i de Fez, i regresa a Inglaterra ansiando nuevas empresas i lances.

A la llegada de Smith, en Lóndres se ajitaba con calor la empresa de colonizar la costa de Norte-América. Aquí era la del capitan; inmediatamente se incorporó en la expedicion que zarpó de Inglaterra en 1607, con direccion a la Virginia i fue uno de los fundadores de la primera colonia inglesa en América. En la ribera norte del rio James fundaron la primera ciudad con el nombre de Jamestown. La primera colonia debió a Smith su seguridad i su desarrollo por su jenio fecundo i emprendedor: tomó tal ascendiente entre los colonos que se hizo la vida i el alma de aquella impotente i desamparada sociedad. Smith a todo atendia, todo lo preveia, allanaba i cortaba todas las dificultades: sin su asistencia la colonia habria muerto i perdidose la esperanza de poblar la Virginia.

En una de sus exploraciones en el exterior, acompañado de solo dos indios que le servian de guia, fue asaltado por una partida al mando de un hermano de Powhatan. Smith, para defenderse, se ató uno de los guias al brazo izquierdo i hacia con su fusil un fuego vivisimo sobre sus enemigos, tal que ya se habia abierto paso para ganar su canoa en la ribera del rio; pero en su retirada se metió en un pantano con su guia, donde no tuvo mas partido que rendirse.

Los indios le sacaron del pantano, i en seguida le ataron a un árbol para que fuese asaeteado. Su presencia de ánimo no le abandonó: llamó al jefe de ellos, i le mostró una aguja de marear que llevaba consigo, la que el indio tomó por una brujeria o por un dios i perdonóle la vida. De allí le condujeron al interior i le mantuvieron prisionero por muchos dias, regalándole las mejores comidas, cosa que le hizo creer que lo estaban engordando para comérselo despues.

Al cabo de algun tiempo le llevaron a la presencia de Powhatan, el rei mas poderoso de aquellas rejiones, i una especie de Motezuma por su dignidad imperial i poderío. Este monarca recibió a Smith con toda

pompa i aparato real, rodeado de sus vasallos. Se hallaba sentado en el trono en medio de sus dos hijas, etc. etc.

Después de un largo consejo en que se deliberara sobre su suerte se trajeron dos enormes piedras que se colocaron al frente de Powhatan. Luego tendieron a Smith, poniendo su cabeza sobre ellas para que fuese hecha pedazos a mazadas o porrazos. Dos membrudos indios tenían levantadas sus mazas para descargar el golpe fatal: los días del aventurero capitán estaban ya numerados.

Entonces fue cuando se vió desprenderse del lado del rei una linda jóven i precipitarse a Smith i cubrir con su seno infantil la amenazada cabeza, determinada a salvar la vida al prisionero o a perecer con él. Powhatan vió la muerte de aquella criatura i gritó «*deteneos.*»—Esta niña a quien su esquisito i dedicado corazón la habia impulsado a tan heroica i jenerosa accion, era la hija predilecta del Monarca, la bella Pocahontas. El rei no pudo resistir a los ruegos de esta anjelical criatura, i Smith se salvó.

Esta tan bella escena no puede pintarse, pero se concibe, i al par que ha hecho popular en lindos romances el nombre de Pocahontas i de Smith, ofrece la manifestacion mas palmaria de la excelencia i orijen divino del corazón humano.

Smith volvió a Jamestown después de un cautiverio de siete semanas. Empeñó luego la exploracion de la bahía de Chesapeake, la de los rios que en ella desembocan, i el reconocimiento de las comarcas circunvecinas i levantó un plano mui exacto de los lugares que habia recorrido. Fue después elegido Presidente de la colonia, a que dió su administracion un poderoso impulso. Enfermo, padeciendo mucho de sus heridas i molesto con las rivalidades, dejó el año de 1609 la Virginia para ir a Inglaterra. Allí volvió a ver a Pocahontas.

En el año 1614 le vemos capitanear una expedición para fundar establecimientos en la Nueva Inglaterra. Al año siguiente hizo un segundo viaje a estas mismas costas: en su curso fue tomado por una escuadrilla francesa que cruzaba aquellas aguas, fue conducido a Francia de donde se escapó i volvió a Inglaterra. La compañía llamada de Plymouth le confirió el título de «Almirante de la Nueva Inglaterra.»

El capitán Juan Smith murió en Lóndres a los 52 años de edad en 1631. Si se exceptúa a Sir Walterio Raleigh, nadie como Smith ha contribuido mas directamente a la colonizacion i fundacion de las costas de Norte-América. La infancia de los dos Estados mas antiguos de la Union, la Virginia i Massachusetts, está íntimamente ligada con la historia de este personaje raro en el mundo por sus aventuras, por su carácter i por su jenio emprendedor.

CONFLICTO ENTRE DANIEL BOONE I DOS INDIOS.

Daniel Boone, fue el primer habitante civilizado que se estableció en 1769 en el territorio de Kentuchy. Es célebre en las tradiciones de Oeste. Se veía recorrer los bosques i espesuras a este bravo zapador, como le llaman, con su vestido de caza, su rifle i su cuchillo de monte i empeñarse en los lances mas difíciles con los indijenas i salir siempre airoso del conflicto. En medio de las soledades del Oeste él era el rei, el gran cazador de aquellas selvas coetáneas de la creacion. La intrepidez, destreza, i maña de este héroe montaraz son populares en los Estados del Oeste. Su destreza en el manejo del rifle pareceria fabulosa si al presente no nos ofrecieran muchos ejemplos de esta habilidad aquellos habitantes tan entregados al ejercicio de esta arma.—Daniel Boone tomaba un clavo de tamaño comun i lo fijaba en un punto cualquiera: luego se colocaba a distancia de 40 o mas pasos con su rifle: ponía en la palma de su mano la bala, i derramaba pólvora sobre ella hasta cubrirla, carga suficiente para alcanzar a cien varas: luego apuntaba, i sin retorcer el clavo, lo remachaba, lo que en Kentuchy se llama: *driving the nail*.

Barking off squirrels, o hacer saltar astillas de la corteza de un árbol, era para Daniel Boone su diversion ordinaria, i que en verdad requiere una seguridad i destreza singulares. He aquí un caso presenciado por el célebre ornitolojista norte-americano Audobon. «Boone apuntó a uno de estos animales (ardillas) que nos estaba atisbando i se hallaba agazapada sobre una rama como a cincuenta pasos de nosotros i me previno que observase bien qué parte la iba a herir la bala. Levantó gradualmente su arma, hasta que la *cabeza* del cañon (nombre que los Kentuckianos dan a la *mira*) quedó en línea recta con el punto que intentaba herir i el batacazo resonó en los bosques i a lo largo del collado en repetidos ecos. Juzgad de mi sorpresa, cuando percibí que la bala habia penetrado en la parte de la corteza que estaba precisamente debajo de la ardilla i hecho a aquella saltar en astillas, cuya sola concusion habia muerto al animal, haciéndole dar volteretas en el aire, como si hubiese sido volada por un almacen de pólvora.

Este es tambien el hombre que en una de sus correrias topó en 1773 con dos indios que le atacaron bravamente. De un riflazo tendió en tierra a uno tan largo cual era, i enfrentó al otro, empuñando el cuchillo de monte. El artista los representa en el momento en que iban a chocarse. El indio tiene levantada i pronto a caer sobre la cabeza de Boone el terrible tomahawk o hacha, en su semblante está pintada la cólera i la venganza. Boone ha levantado su rifle con la mano izquierda para parar el golpe, i con la derecha dirige una puñalada de muerte al corazon del indio, que deja en su saña descubierta aquella parte del cuerpo.

Las figuras son mui animadas, llenas de espresion i de verdad, i el

artista Causici ha revestido esta escena de una accion viva, palpitante i cuyos personajes no pueden mirarse sin descubrir en su fisonomía el movimiento de las varias pasiones que en ellos se ajitan. La actitud del indio muerto a los pies de los combatientes, es verdaderamente natural: la muerte acaba de herirle i ha pintado en su semblante las convulsiones i negras sombras de los que entran en sus dominios.—Este grupo conquista el renombre de un artista.

EL BAUTISMO DE POCAHONTAS.

Este cuadro pintado por Mr. J. G. Chapman, por encargo del Congreso, recuerda un episodio mui interesante en los primeros dias de la historia de este pais. Hizose en memoria de aquella bella i maravillosa jóven india que salvó la vida al capitan Smith.

En la historia de Virginia la primera figura que se aparece al lector es la de aquel valiente i aventurero capitan: a su lado se levanta otra de formas delicadas, de estatura pequeña pero gentil, de larga cabellera cayendo en torno de una tersa frente, con la terneza i dulzura en el corazon, de una expresion triste i melancólica, bella fisonomía con el fino terciopelado de los trece años sobre sus mejillas. Tomariásela por un ángel, por el ángel tutelar de la primera colonia que vino a establecerse en este pais, viéndola primero interponerse entre el capitan Smith i la muerte i salvarle, i en seguida salir a veces de entre los árbo'es como una aparicion para traer provisiones a los colonos, i comunicarles noticias de que pendia su vida. Esta criatura es la hija bien amada del rei Powhatan, la encantadora Pocahontas, *la pluma de nieve*, como se la llamaba entre los indios.

En todo el tiempo que Smith residió en la Virginia, Pocahontas le auxilió i ayudó en su conato de sentar de firme aquel establecimiento. Habia en el corazon de aquella hija de las selvas un inmenso fondo de bondad i de jenerosidad, que fué el resorte que la movió en sus admirables rasgos de benevolencia. De cuatro en cuatro o mas dias venia a Jamestown acompañada de su servidumbre a traer a aquellos colonos destituidos de todo provisiones en abundancia.

En la época en que las hostilidades de los indios parecian haber cesado, se apareció en una noche oscura a la colonia «la mas querida jóya de Powhatan.» La pobre niña habia atravesado a oscuras la soledad i asperezas de los bosques: venia anhelante i llorosa, i la zozobra se revelaba en su semblante. Habia corrido muchas millas para venir a avisarles que su padre caeria en pocas horas mas sobre ellos con toda su jente. I como vino así, desapareció, porque si la hubiesen descubierto la habrian muerto. Este aviso los previno, desapercibidos como estaban.

A fines de 1609 dejó Smith para siempre la Virginia, i la hija del fiero Indio continuó siempre siendo la decidida amiga de sus moradores; mas pasado algun tiempo no se oyó mas hablar de ella.

En 1612 subiendo el capitán Argall el Potomac supo que Pocahontas residía en un retiro a las orillas de este río. Creyendo éste que si tomaba prisionera a la hija podría reducir al padre a ponerse en términos razonables i amistosos, ganóse una india vieja para que indujese a Pocahontas a que la acompañase a ver el buque inglés. La candorosa jóven se prestó a su solicitud, i cuando estuvieron a bordo se la intimó prisionera i se la condujo a Jamestown: lloró tristemente i parecía inconsolable.

Durante el tiempo que permaneció en Jamestown, donde se la prodigaron siempre muchas atenciones i cuidados, un caballero de recomendables prendas, Mr. John Rolfe, se enamoró de ella, i supo ganarse sus afectos. Rolfe, animado por Sir Thomas Dale, resolvió solicitar la mano de la hermosa princesa. Se pidió a Powhatan su consentimiento, que prestó inmediatamente, enviando para presenciar la ceremonia como representantes suyos dos de sus hijos i a su hermano Opechancanough.

El matrimonio tuvo lugar en abril de 1613, i fue la prenda de paz que terminó para siempre la enemistad de Powhatan. Antes de las bendiciones nupciales fue bautizada con el nombre de Rebeca, en cuyo acto se la representa en la pintura. Ella fué la primera que se convirtió al cristianismo.

En la primavera de 1616, Pocahontas i su marido acompañaron a Sir Thomas Dale en su regreso a Inglaterra. Allí se encontró con un mundo que no había rodado por los sueños de su imaginación. El nombre de Pocahontas era popular en aquel país, i todos anhelaban conocer a la Princesa de Virginia, la hermosa Lady Rebeca.

Smith se hallaba a la sazón allí, próximo a embarcarse para Nueva Inglaterra i luego que supo la llegada de su jóven protectora escribió una carta a la reina Ana, esposa de Jacobo I interesándola en favor de esta recomendable hija de la América. I sabiendo que se hallaba en Brentford se dirigió allá para hacerle una visita. Cuando entró a verla, Pocahontas le recibió con un modesto saludo, i de repente bajó la cabeza i se tapó la cara con ámbas manos con muestra de pesadumbre. Despues de un rato prorrumpió con despecho, «¿por qué me dijeron que había muerto? ¿por qué me casaron?.....» Un corazón como el suyo, sencillo i candido no sabía ocultar ni disimular lo que sentía: mas en seguida refrenándose continuó con un tono tierno dirigiéndose a Smith: «Vos prometisteis a Powhatan que lo que fuera vuestro sería también suyo, i él hizo lo mismo. Le llamábais padre cuando érais extranjero en su tierra, por la misma razón debo yo daros igual nombre.» I como Smith se excusase a admitir este título dado *por la hija de un rei*, como él dice; ella replicó con serenidad: «¿Cómo no tuvisteis reparo ni temor de penetrar en las tierras de mi padre i de infundirle miedo a él i su pueblo menos a mí, i ahora lo teneis porque os llamo aquí padre mio? Os prevengo pues que yo lo quiero, i que debéis llamarme hija, para que así pueda ser siempre vuestra paisana.»

Pocahontas pasaba en Londres por una cumplida señora, i se granjeó la amistad de muchas personas nobles. El rei, i la reina Ana hacían

mucha estimacion de ella, i el Lord i Lady Delaware la acompañaban a los paseos i la tenian siempre en su sociedad.

Despues de una corta residencia en Lóndres, murió el año 1617 cuando se preparaba para volver a la Virginia. Dejó dos hijos, i cuenta al presente con una numerosa i distinguida descendencia en su nativo Estado de la Virginia, orgullosa de tan ilustre descendencia.

EL WASHINGTON DE GREENNOUGH.

En los ardientes dias del verano se acude con ansia a respirar el frescor de las florestas i parques que rodean el Capitolio. Errando por entre los árboles, bajo ese dosel de verde terciopelo, se disfruta de un delicioso ambiente que restaura la lasitud de nuestras fibras. El espíritu se dilata i se inspira recorriendo estos bosques de áceres, olmos, sicomoros, cedros de la Virginia etc., por sobre una alfombra de trébol. Poéticas glorietas i cenadores que la madreselva rodea con sus vástagos ramosos i perfuma con sus flores, se encuentran allí, i han sorprendido mas de una vez dulces palabras de amor que se han deslizado a hurtadillas hasta el oido de una bella. Por las noches los rayos de la luna tienen allí mas suavidad, i penetrando por el enverjado i las hojas dibujan una sombra ataviada caprichosamente.—En las tardes de junio i julio este paseo atrae las amables Washingtonianas a dar mas vida i mas poesía a estos sitios de recreo. Se las ve cruzar de dos en dos en diversas direcciones con sus talles flexibles i elegantes i sus sombreros de paja, miéntras sobre la yerba triscan i saltan, como blancas mariposas, niñas de seis a diez años con todo el alborozo de una vida sembrada de flores i de alegres ilusiones. Allí la jóven soltera se dirige solitaria a reunirse con sus amigas, i discurrir aquí i acullá, entregadas a la sola guarda de su pundonor i educacion. La juventud i la belleza parecen rodeadas de un círculo májico dentro del cual no penetran ni la avilantez, ni el descaro, ni la insolencia,.....

En el parque que se extiende al oriente del Capitolio la escena es mas sombría. Los frondosos sicomoros i el olmo de extendidas ramas cubren con su manto todo el campo ántes que la sombra del Capitolio a la caída del sol de la tarde se proyecte sobre él i los mismos árboles. En aquella parte parece que la brisa susurra armoniosamente, i que tiene algo de imponente i augusto: el sonido del agua que cae en el estanque forma el sostenido de aquella música.—En el centro de este parque está sentado Washington: vese al frente al osado Almirante Colon.

El Washington de Greenough es la figura saliente de este cuadro, el protagonista de esta escena, como lo es de la historia de los Estados Unidos. Cuando se ve a Washington representado en el mármol, en el lienzo, o se va a visitar sus restos en la sencilla tumba de su última morada el Monte de Vernon, el espíritu se siente detenido por un encanto al ver desfilar uno a uno los acontecimientos, hechos i episodios del

admirable poema de su vida. Washington, bajo la vista de la teoría del inmortal Vico, parece ser el fundador de esta sociedad, uno de esos cíclopes de que habla Homero por donde ha comenzado la historia. Puede considerársele como la expresión del carácter nacional, como designando el tipo del espíritu popular de este país. Washington representa la sociedad a que perteneció; es la unidad en que concurren todas las tendencias i todos los resultados convergentes de la revolución norte-americana; i a tal unidad se ha dado el nombre de *Washington*, como se dió el de *Homero* a la unidad de la civilización griega.

Washington está representado en una estatua de colosal estatura, sentado en una silla, desnudo i con un manto suelto que cuelga de la sangría del brazo derecho i cae desde la cintura hasta los pies. Su brazo derecho está doblado en un ángulo recto señalando con el índice el cielo, i el izquierdo alargado hácia adelante en disposición de presentar una espada envainada que tiene en esa mano. Lleva sandalias a la romana, la espada es romana, el manto romano, la actitud i todo indican que el artista (de mérito sin duda) ha copiado un modelo romano, i ha hecho del jeneral Washington, del tipo i fundador de esta sociedad, un Padre conscripto. El prurito de imitar tanto en literatura como en escultura, etc., la escuela clásica, sin embargo del cambio i revolución que ha experimentado la sociedad, llevó al autor a cometer un anacronismo, que es mas resaltante en una obra en que abunda el talento artístico i calculada para presentar un signo real, una cifra del carácter, época i hechos del *hombre* de los Estados-Unidos. La estatua tal como es, deja de serlo que enlaza i expresa todas las circunstancias i filosofías del gran hecho social del siglo XVIII, i pasa a ser un ensayo feliz de escultura segun el gusto de los tiempos de Miguel Anjel.—La circunstancia que representa, segun la idea del artista, es el acto de la resignación ante el Congreso de la autoridad del jeneral en jefe, el 23 de diciembre de 1782.

«No tengo pretensiones de conocedor en la escultura,» dice un literato compatriota de Greenough, Mr. A. H. Everett, i solo juzgo del mérito de la obra por la mera impresión que hace en mi entendimiento; pero tengo para mí, despues de haber visto los mas célebres modelos de la escultura antigua i moderna que se encuentran en Europa, incluso el Laocoon i el Apolo de Belvedere, i las mas bellas producciones de Canova, Thorwaldsen, Sergell i Chantry, tengo para mí, digo, que el Washington de Greenough es superior a todos aquellos, i una obra maestra del arte. Parece que la idea se ha tomado del Júpiter Olímpico de Fidias, quien decia que un pasaje de la Iliada le habia inspirado la concepción del plan de aquella gran obra, gloria de la antigua escultura. Bajo este aspecto la noble producción de Greenough se enlaza con la poesía de Homero por la lejitima filiación de jenios hermanos que transmiten sus magnéticos impulsos a lo largo de la línea de siglos intermedios.—Las vastas dimensiones del Júpiter de Fidias pudo hacerlo parecer a la vista un imponente i majestuoso monumento; pero si la voluntaria sumisión de un poder superior a la lei moral del deber es, como lo es en verdad, un es-

peñáculo mas sublime, que cualquier ejercicio real del mismo poder sobre naturalezas inferiores, el asunto del escultor norte-americano es entonces mas altamente divino que el de su ilustre prototipo griego. Olimpo con un movimiento de cejas, la imaginacion se afecta por una gran accion de energia, o poder, pero el corazon permanece frio. Cuando Washington, con un imperio en sus manos resigna su espada ante el Presidente del Congreso, la admiracion por su gran fuerza de alma se mezcla con las mas profundas emociones de deliciosas simpatías.

En lo que no se puede negar la excelencia del cincel de Mr. Greenough, es en la expresion que ha sabido dar a su estatua, que revela todos los sentimientos morales i la belleza del alma de su héroe, i en haber delineado la verdadera fisonomía i semejanza de Jorje Washington.

INSECTOS DE LUZ.

En las noches oscuras del verano en Washington, cuando apenas se pone el sol, comienzan a revolotar a millares los insectos o moscas de luz de la familia de la luciérnaga (fulgorida). En los bosques circunvecinos, i en los parques del capitolio se ven en inmenso número, despidiendo una luz azuleja i viva, que ofrecen a la vista artificios de fuegos curiosos i divertidos.

En los campos de Chile se encuentran mui pocos de esta familia, pero aqui son mui comunes. Esta especie de luciérnaga es un insecto fusco-pardo de cuatro a seis líneas de largo, bobo i de un vuelo lento: se eleva a veces hasta la copa de los árboles mas altos. Revuela sobre las ramas de estos i sobre el pasto, despidiendo a su voluntad relámpagos i resplandores de luz.

Estos curiosos insectos ejecutan varias figuras de fuego artificiales, que hacen la ilusion de una fiesta en que se juega el arte de una diestra pirotecnia. Revolotando sobre el trébol hacen sus descargas de luz fosfórica que, iluminándolo completamente presentándolo como una sábana de fuego; ya las hacen por porciones, o ya graneado, desplegados en guerrilla como rompiendo las primeras escaramizas. Parece una batalla entre millares de combatientes, mirada por un lente de disminucion. Pero cuando se entreveran en las hojas de un árbol exhiben a veces un remedo de un arbolillo de fuego artificial, vestido de una luz azul i brillante, o despidiendo un vivo i no interrumpido chisporroteo que encandila la vista. A algunos, elevados en la atmósfera, se les equivocarian, materialmente con las estrellas de un cielo sereno, si la llama que despiden no fuera tan pronta i a veces instantánea; mas los que son llevados por la brisa de la noche parecen exhalaciones que recorren i cruzan con celeridad el espacio.

Estos insectos de luz abundan en los meses de junio i julio. El fluido fosfórico se contiene en un saquillo diáfano en la parte posterior del insecto, el cual contrayéndose lo expela a su voluntad. La luz examinada

de cerca tiene un color amarillo, parecido al que arroja el azufre cuando se quema, mas a la distancia es de un azul apacible, puro i brillante como el de las mismas estrellas.

Cuando se los ve en el campo revolando en las noches serenas entre los árboles pudieran tomarse por esos espíritus luminosos de las religiones antiguas, que, habitantes de otras esferas, vagan por este mundo próximos a animar el cuerpo de algunas de aquellas anjélicas criaturas que tienen sobre la tierra una mision de paz i de ventura. . . .

LAS CATARATAS DEL POTOMAC.

He aquí una caminata que no es del gusto i modo de viajar en los Estados-Unidos, i tambien de mi país. Es una caminata a pié i de un tirón por el espacio de 48 millas, metiéndonos por bosques i otras cosas, para ir a pasar la noche en un ventorro con honores de posada. I esto ¿por qué?—Por solo ver al dia siguiente con entera libertad i despacio las grandes caídas del rio Potomac, que se hallan 48 millas mas arriba de Washington, i para poder observar el campo i las selvas de la Virginia contiguos al camino que tomamos. Por cierto que ello vale la pena, vale el placer de satisfacer un capricho.

Mr. Lischke, Secretario de la Legacion de Prusia i yo nos metimos a las cuatro i media de la tarde en la diligencia de Georgetown, para tomar nuestro camino. Este corre a lo largo de la orilla izquierda del canal llamado de Chesapeake i Ohio, subiendo la misma ribera del Potomac. Desde Georgetown (dos millas de Washington) comenzó a desarrollarse a nuestra vista una escena de bellezas, que variaba bajo las diversas posiciones que íbamos recorriendo. El rio de la Capital de la Union estaba tendido a pocos pasos de la izquierda como una sábana de plata, como un lago prolongado cuyas márgenes vestidas del verde ropaje de árboles majestuosos, hacian un hermoso contraste con el tinte plateado de sus aguas. A su márjen derecha tiene su arranque la lujosa vejetacion i los bosques de la Virginia. El rio lento i en su curso imperceptible ve deslizarse sobre su superficie los barquichuelos con la misma facilidad en todas direcciones. Las isletas i pequeños cayos que levantan del fondo sus crestas cetrinas i algosas, i las sombras de los copos de los árboles proyectándose sobre el rio formaban los puntos oscuros entre las luces que bañaban su faz. Pedazos de terrenos fragosos se avanzan hasta tocar sus aguas, que despues se extienden en planos de cultivadas arboledas i sembrados, donde se alza en un extremo la casa del labrador. A lo léjos se divisa el puente-acueducto de Georgetown; i en el cielo se veian flotar grupos de nubes teñidas de rojo i anaranjado. La escena estaba salpicada de todas las bellezas naturales: el paisaje parecia fantástico.

Siguiendo siempre el canal, perdiamos a veces el rio tras las arboledas i panes de maiz de su ribera izquierda, apareciéndonos de repente

como un pedazo de espejo que reflejaba los rayos del sol del ocaso; A la distancia de tres millas de Georgetown se atraviesa el río por un puente de madera de un tercio de cuadra de ancho todo cubierto a la manera de una larga nave de iglesia. Desde el extremo opuesto se comienza a subir la pendiente de una montaña, i luego se continúa por el filo de ella, dejando a nuestra derecha el río que ya no volvimos a ver. Entónces nos hallábamos en otra escena distinta, habíamos salido del distrito de Colombia i penetrábamos en el Estado de la Antigua Virginia. Bosques de olmos, encinas, cipreces i nogales silvestres se extienden a uno i otro lado del camino, i a largos trechos forman una valla empinada que impide ver el horizonte. A lo léjos se oía el ruido del agua, de lo que llaman *Little falls* del Potomac, mezclándose con el susurro del viento. La luna en toda su plenitud subía lentamente a la entrada del sol por un cielo despejado: nosotros estábamos en medio de una naturaleza salvaje, i marchábamos rodeados del silencio i de la soledad.

A tres millas de distancia de las cataratas del Potomac comenzamos a oír el estruendo lejano de este gran despeñadero. Entónces tomamos una vereda angosta a la izquierda del camino real. La luna brillaba como el día, i la noche estaba mui avanzada: el ruido de la catarata, que nos guiaba por medio del bosque, nos decía que nos aproximábamos. Pasaron unos momentos mas, i nos encontramos en nuestro deseado hotel, que entra en el número de la decena de casuchas de *Matildaville* o *South Lowell*. Cuando llegamos, nuestros relojes señalaban las diez de la noche. A poco rato se reunieron a nosotros Freire i el hijo del Ministro de Portugal, que venian a caballo.

Al día siguiente nos hallamos temprano en nuestra cascada.

La escena que teníamos delante nos indemnizaba de la fatiga de un largo camino a pié i de una mala posada. Sentados sobre las rocas de la ribera derecha del río metido entre las breñas i la sombra de los cipreces i cedrones nos presentaban a vista llena las cataratas. El aspecto salvaje, el estruendo del agua, la apariencia solemne de cuanto nos rodeaba, imponia en verdad. El río corría a nuestros pies por un lecho igual i serpenteado, encajonado entre murallas de roca viva cortadas a pico i rudamente escarpadas de una altura de cerca de sesenta pies. Las cataratas estaban a cincuenta varas mas arriba, i casi al nivel del punto que ocupábamos. Desde allí se veía salir a lo léjos de entre los bosques el río, que corría lentamente desparramándose por un ancho lecho herizado de rocas. Las profundas selvas de la Virginia coronan sus márgenes, i forman el mas hermoso i soberbio tremo a aquel vasto espejo.—El río se precipita de una elevacion de mas de sesenta pies por tres ramas principales, en bramadores volúmenes de agua. A la derecha se despeña una columna estrechada entre dos rocas; al centro un manto igual que se derrumba compacto hasta el fondo, i a la izquierda la masa principal se descuelga rápidamente dando saltos i botes de eminencia en eminencia.—Pocas cosas hai mas bellas que ver esas grandes moles de agua precipitarse por un despeñadero blancas i espumosas, dando concentrados i fuertes rujidos. Heridas por la luz del sol, parecen

los espesos flecos de un manto de filigrana. allí se reflejan todas las tintas del iris i los colores i cambiantes del pájaro mosca. Las rocas azotadas por las aguas entran a dar las sombras al cuadro, i a la distancia se las tomaba por enormes pedazos de ágata o cornerina engastados en plata i tumbaga.

Despues de haberla observado bajo las vistas mas favorables, pasamos a colocarnos en una isleta que se une a la ribera derecha por un puente de madera. Es ella un ancho peñon arrojado en medio del rio i que divide dos de las ramas de la catarata i se prolonga hácia adelante. Nosotros fuimos a colocarnos casi al nivel del agua al lado abajo de la caída del medio: allí, por decirlo así, se tocaba la potencia de ese macizo cuerpo. De lo alto caia el rio en un abismo con una furia i estruendo horribles. El rujido asordaba, i del fondo que hierve a borbotones se levanta una llovizna que es el velo extendido delante de aquel portento. I el agua que a los pies de la catarata se veía en un estado de fuerte efervescencia i de furor, se deslizaba ya al frente de nosotros con la mansedumbre i el movimiento perezoso del remanso.

Cansados de ver, de sentir, de pensar, de recibir el sol i el agua, i con una regular gazuza (que cuando la tal se siente se deja de ser filósofo para no ser mas que animal) dijimos adios a la Catarata, i no paramos hasta el hotel. Mi compañero Lischke, como buen alemán aficionado a las ciencias naturales, se quedó entre los árboles i se anduvo a caza de caracoles terrestres. Reune la coleccion de los Moluscos de Estados-Unidos. No dejaré de aprovecharme de los ejemplares duplicados para el Museo de Santiago.—A las diez de la noche me hallaba otra vez en *Eberbach Columbian House*.

UNA CURIOSIDAD PARA LOS IMPRESORES.

En la Galeria Nacional de Washington se ve una antigua prensa de construccion imperfecta, en la que trabajó como prensista el doctor Franklin ácia el año de 1728, durante su residencia en Lóndres de aquel tiempo. Tiene la inscripciou siguiente grabada en una lámina de laton:—

«Observaciones relativas a esta prensa hechas por el doctor Franklin cuando vino a Inglaterra en calidad de Ajente del Massachusets el año de 1768.—El doctor visitó por este tiempo la Imprenta de Sir Watts de Wildstreet Lincolns Inn Fields, i avanzándose a esta misma prensa (despues en poder de los Señores Cox e hijo, de Great Queen street, quienes la compraron), se dirijió de este modo a los oficiales que estaban trabajando en ella: «Ea, amigos míos, vamos a beber algo: cuarenta años hace al presente a que yo trabajaba lo mismo que Vds. en esta prensa, como prensista de diarios.» Entónces el doctor mandó traer una azumbre de cerveza, i bebió con ellos.—«A la prosperidad de la imprenta.»—Por lo dicho aparece que hace 108 años a que el doctor Franklin trabajó en esta misma prensa.—Junio de 1833.»

OPÚSCULOS LITERARIOS I CRÍTICOS

DE

DON ANDRÉS BELLO.

Los diversos artículos literarios i críticos que el señor Bello ha publicado hasta la fecha en algunos periódicos de esta capital, han sido recopilados ahora i dados a luz nuevamente por la Imprenta Chilena en un hermoso volúmen que los contiene en mas de trescientas pájinas que ha sacado la edicion.

El público esperaba con ansia ver reducidos a un volúmen manejable los Opúsculos de que hacemos mencion, porque mediando entre la aparicion de algunos de ellos un espacio considerable de tiempo, i hallándose por otra parte esparcidos los mas en periódicos de tamaño abultado, no permitian estas circunstancias a los amantes a las bellas letras tener el placer de recorrerlos i estudiarlos con todo el esmero que se merecen. El editor de la coleccion que ahora se ha ofrecido a la luz pública, ha contribuido con cuanto ha estado a sus alcances a fin de llenar debidamente esta necesidad, i en el precioso conjunto de artículos literarios i críticos que tenemos a la vista, hai una masa de doctrinas que acaso deben ser meditadas por la juventud, con toda aquella contraccion que se emplea en el estudio de los libros que han apellidado clásicos la sana crítica i los acertados juicios de los hombres de saber.

Ardua tarea nos propusiéramos llevar a cabo si hubiésemos de hacer la crítica de estos Opúsculos; el nombre solo de su autor lleva para los escritos de que hablamos la recomendación que por último se vería forzado a darles el espíritu de la más severa inquisición literaria; i contando nosotros con pocas fuerzas para tamaña empresa, cumpliremos con lo que debemos si apuntamos a nuestros lectores aquellos pasajes en que, a nuestro juicio, más se hayan lucido los conocimientos históricos i literarios de nuestro favorito escritor.

Tanto hemos gustado de la lectura de estos Opúsculos, que pésanos desde luego la obligación que nos imponemos, porque nos encontramos expuestos a no hallar por donde comenzar, si debiéramos hacerlo por el artículo que mayor mérito tuviese a nuestros ojos. Así, solo hablaremos, siguiendo el orden del índice, de aquellos trozos que más hayan llamado nuestra atención.

Los cuatro primeros artículos titulados *Literatura Castellana*, componen el más acertado juicio que hasta ahora se haya escrito sobre la antigüedad del poema del Cid. Prueba el autor con todo el apoyo de la erudición literaria que posee, que el poema en cuestión no data de la época que la mayor parte de los críticos le señala, sino que, cuando más temprano, debió componerse «en el reinado de Fernando III de Castilla, ácia 1250.» Es necesario llevar la vista a estas páginas con alguna atención, para conocer cuánta laboriosidad i estudios preparatorios requiere la composición de un artículo que, como el citado, ha salido de la pluma del autor sin el menor esfuerzo; pero en el que representan un papel bastante importante el conocimiento de la historia jeneral cronológica de España i los estudios de las literaturas de la Europa desde la media edad hasta nuestros días. Después de leer los artículos titulados *Literatura Castellana*, no es posible que el lector deje de quedar convencido de que el poema del Cid no pertenece sino a épocas muy posteriores a aquellas en que fué colocado por la mayor de los críticos más eminentes.

Parece que es del gusto de nuestro autor entrar al esclarecimiento de aquellas cuestiones literarias que están sujetas a controversias; i por eso era muy natural que el proceso formado sobre la nacionalidad del Gil Blas haya sido también pasado en revista. Difícil es que pueda fijarse el grado de originalidad que corresponde al autor francés que primero dió a luz las aventuras de Gil Blas de Santillana; i aunque ciertamente contribuyen a ello las observaciones que hace el Sr. Bello, no arrojan más que una es-

casa luz sobre esta célebre causa. Queda en esta oscura cuestion un inmenso vacío que nadie tampoco será capaz de llenar. Creer a Lesage enteramente orijinal en la composicion de esta célebre novelà es imposible, desde que tanto algunos de sus compatriotas, como los españoles, se han empeñado en sostener que no lo fué, aduciendo al efecto argumentos que no carecen de solidez.

Lo que mas ha perjudicado a la fama de orijinalidad que podian reclamar los defensores de Lesage, es, a nuestro juicio, la confesion que este hizo de haber sacado las aventuras del bachiller de Salamanca de un manuscrito español. Es tal la identidad de relaciones literarias que se encuentran entre una i otra, es decir, entre las aventuras del *bachiller* i las del *Gil Blas*, que, aun suponiendo a Lesage todo el refinado gusto i tacto con que sabia embellecer las producciones españolas, dan lugar a vehementes conjeturas que inducen a creer un fondo que no era todo de la propiedad exclusiva del autor frances. Por esto, sin duda, i por lo que se ha alegado en pro i en contra de este pensamiento, separándose el Sr. Bello de la opinion de aquellos que todo niegan a Lesage i de la de los que todo se lo conceden, dice que acaso nos colocaríamos en un término jústo equiparando el trabajo creador de Lesage en su admirable novela, al de La Fontaine en sus *Fábulas* o *Cuentos*, añadiendo que « todos saben que no hai en aquellas ni en estos un solo asunto que no haya sido sacado de otros autores conocidos i aun por la mayor parte vulgarizados: sin que por esto deje de haber en las producciones de La Fontaine un alto grado de propiedad inventiva, i de la mas elevada i rara que no solo consiste en dar a las ideas e invenciones ajenas un sello i colorido peculiares, que no solo las transforma hasta el punto de hacerlas parecer nuevas, sino que las hermosea, las realza, les da un interes i una vida que no conocieron en sus orijinales. »

Nos confirman en esta creencia los nuevos descubrimientos que se han hecho, i advierten que aun suponiendo un orijinal español, no fué Lesage quien se contrajo servilmente a hacer de él una traduccion literal. Demostrado se halla que puso mucho de su invencion particular, aunque tomase de dramaturgos i novelistas españoles ya la armazon de algunos episodios, ya diversas especies que hacen un todo regular i completo. Es de notar lo que apunta M. Luis Viardot en sus *Estudios sobre la historia, instituciones, literatura, teatro i bellas artes españolas*. Corrobora dicho autor el pensamiento de Voltaire, que dió al *Gil Blas* el carácter de una imitacion de la *Vida i aventuras del escudero Marcos de Obre-*

gon, escritas por Vicente Espinel; i aunque el Sr. Llorente dice que Voltaire se ha equivocado en ello, parece que a éste no le faltó razon si atendemos a que Lesage ha copiado algunos pasajes de Espinel, entre otros, el largo episodio del barbero Diego de la Fuente i de la bella Marcelina; i añade M. Viardot: «Todos recordarán el prólogo tan celebrado de Gil Blas, esa aventura de los dos estudiantes; uno de los cuales halla el alma del licenciado Pedro Garcia al levantar la losa de su sepulcro. Pues bien, ese prólogo es el prefacio *literalmente traducido* de la novela de Espinel, en el que no ha cambiado Lesage cuatro palabras.» Estas i otras razones alegadas por Viardot nos llevan a creer que tuvo Voltaire antecedentes para pensar que el Gil Blas habia sido tomado del escudero Marcos de Obregon; aunque nadie se atreva en el dia a sostener que todo lo debió a la citada obra de Espinel. Si hemos nombrado a Viardot es porque ha escrito posteriormente a todos los escritores franceses que conocemos i porque corrobora las ideas de los que como el Sr. Bello sostienen que, aun suponiendo la existencia de un manuscrito español que sirviera de armazon a la novela de Lesage, aun creyendo con Viardot que esta ha sido formada de diversos romances i dramas españoles, siempre resultará que los derechos de la España a la gloria de la produccion de Gil Blas deben reducirse a mui estrechos limites, basados como se hallan en mui controvertibles razonamientos las opiniones de aquellos que atribuyen esclusivamente a la España la gloria de esta concepcion. Por lo demas, i recomendando al curioso investigador literario el modo de discurrir del Sr. Bello en la presente cuestion, digna de que se susciten controversias inocentes, pensamos con M. Viardot que la decision que sobre ella se dé nunca será la *última ratio*.

Juicio Crítico de don José Gomez de Hermsilla, titúlase otro de los opúsculos en que nuestro autor ha comprobado su competencia indisputable para lidiar con los mas aventajados paladines literarios; i cierto es que se necesitaba una pluma poderosa para entrar en la liza a que provoca Hermsilla: aqui es donde se luce la erudicion del Sr. Bello con todo su esplendor; el antagonista lo merecia. Si en otros casos no ha creído útil ni conveniente dar todo lo que podia de si, ningun miramiento podia tener en vista al tratarse de don José Gomez de Hermsilla; asi es que los vastos conocimientos de la literatura latina i de las lenguas vivas de la Europa entraron a dar la palma de la victoria a quien

la merecía. El Sr. Bello sale tan airoso i triunfante cada vez que su severa crítica combate a Hermosilla, que nos parece ver anodado a su contrario.

Recomiéndanse en los Opúsculos las obras de dos de los mas célebre poetas de nuestros dias, don José Joaquin de Mora i don Anjel Saavedra; i al tratar el Sr. Bello del último copia las palabras con que Hermosilla desahucia el metro de que se ha servido el Duque de Rivas para la composicion de sus Romances Históricos. La preocupacion de Hermosilla le hizo decir que «aunque el mismo Apolo viniese a escribirle, no le podria quitar ni la medida, ni el corte, ni el ritmo, ni el aire, ni el sonsonete de jácara, ni extender en él, ni variar los periodos, cuanto piden las epopeyas i las odas heroicas.» El mismo don José Joaquin de Mora llama humilde, trivial i poco digno de la leyenda al romance octosilabo asonantado. Semejantes doctrinas por mas que las veamos en la pluma de hombres aventajados, no revelan otra cosa sino una preocupacion que, a fuerza de repetirse, llega a tomar la consistencia de la verdad de que carece; así no es de extrañar haya escritores que admitan semejantes fallos sin discernimiento, que los prohijen i propalen, causando un verdadero mal a los jóvenes que se dedican al estudio de la literatura i distrayéndolos de ocuparse de una en las minas mas ricas i propias de la literatura española.

Somos enteramente del sentir del Sr. Saavedra: el calumniado romance octosilabo español se presta a todas las entonaciones, a todos los vuelos de la fantasia, i en la diestra pluma de un escritor que lo sepa manejar como el Sr. Saavedra, produce efectos sorprendentes; no nos arrebatarian mas las admirables descripciones de este poeta si hubieran sido hechas en octavas reales. § Sirva de muestra la descripcion del movimiento i animacion de la ciudad de Córdoba que se halla en el Romance III de la leyenda titulada: *Recuerdos de un Grande Hombre.*

Los dos católicos reyes
que son Atlantes de España,
los que un imperio fundaron
que ningun imperio iguala,
A Córdoba han elejido
para corte, centro i plaza
de los bélicos aprestos
que han de triunfar en Granada.
Los grandes i ricos-homes

acuden con sus meznadas,
i con todo el aparato
de sus espléndidas casas.

Allá envían sus pendones
las ciudades mas lejanas,
con sus bravos caballeros
i con sus huestes gallardas;

Allí los grandes maestros
sus estandartes levantan,
i allí prelados concurren,
i allí legados del Papa.

Los personajes de corte,
los majistrados de fama,
los mas ilustres señores
i las mas apuestas damas.

I llegan aventureros
i soldados de ventaja,
i jinetes, i peones,
ballesteros i hombres de armas.

I cual nube de pardales
que viene a la seca parva,
o cual reguero de hormigas
que al costal volcado ataca,

Traficantes, labradores
i ganaderos se afanan
en apurar la moneda
con sus ventas i contrataas.

Por ciudad de encantamiento
a Córdoba reputara,
quien notase su bullicio,
quien oyese su algazara.

I al ver llenos sus palacios
de rica nobleza tanta,
i sus calles i sus muros,
i sus huertos i sus plazas

Hervir en enjambre inmenso
de tan diversas comparsas,
de tan distintos vivientes,
de ocupaciones tan varias.

A las funciones de iglesia
suceden las cabalgadas,
a los consejos de corte
los alardes i las danzas;

Los saraos a los banquetes,

a los torneos las farsas,
a las consultas i audiencias
festejos, toros i cañas.

Todo es movimiento i vida,
todo actividad extraña,
todo bélico aparato,
todo fiestas cortesanás.

Todo es riqueza i aliento,
todo brocados i holandas,
todo confusion a'egre,
todo caprichos i galas.

Córdoba es concilio, corte,
almacen, campo de armas,
tribunal, mercado, lonja,
escuela, taller i sala.

Ya una procesion solemne
lenta por las calles marcha,
ya los reyes atraviesan
con su comitiva i guardias.

Aquí llegan municiones,
allí granos i vituallas,
acá se doman corceles,
allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,
aquí se bordan gualdrapas,
acá se recaman vestes,
allá se templan espadas.

Las banderas i penachos,
los pendoncillos i lanzas,
las enseñas i divisas
forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,
arde en bruñidas corazas,
i en plumas, telas, recamos,
vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,
ora rimbomban campanas,
ya redoblan los tambores,
ya retumban las lombardas.

No hai una persona ociosa,
no hai sin movimiento una alma,
ni imaginacion tranquila
ni pecho sin esperanza.

Unos sueñan en despojos,
otros nombre i lauros ansian,
quién va a ganar induljencias,

quién gloria pide i aguarda.

I todas estas ideas
se humillan, aunque tan varias,
a un jigante pensamiento,
la conquista de Granada.

Si esto es bello, digalo quien sea capaz de sentir todo lo que encierra de movimiento i de vida este precioso cuadro, quien sea capaz de comprender todo lo que tiene de imitativo i de sonoro aquella famosa cuarteta:

Ora resuenan clarines,
ora rimbomban campanas,
ya redoblan los tambores
ya retumban las lombardas.

Es tan bella como el celebrado verso de Virjilio:

Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum.

Parece que quedara cansada la mente del poeta, que agotara sus brios; pero se levanta tan altanera, tan rica, tan variada en su colorido que siempre ostenta nuevas imágenes, nuevas galas cuando vuelve a mostrarnos que su poder narrativo es inagotable. Véase entre otros el trozo del romance III de la Buena-ventura que comienza:

Magnífica era la escena,
soberbia la perspectiva

i recórranse los que se hallan en el que tituló Bailen i que dedicó al Exmo Sr. don Francisco Javier Castaños, héroe de aquella famosa jornada: allí se encontrará retratada a lo vivo la alarma que ocasionó en Sevilla la invasion de los franceses.

En la opulenta Sevilla
la del encantado Alcázar
la del magnífico templo,
la de la torre gallarda

en aquella Sevilla donde se encumbra

De la gran ciudad cabeza,
la jigantesca Giralda,
con lengua de eterno bronce,
cuya voz seis leguas anda,

Al huracan ensordece,
sobrepuja a las borrascas,
conmueve la baja tierra,
i el firmamento traspasa.

Guerra pregonando al mundo,
a guerra convoca i llama
a toda la Andalucía,
a toda la extensa España.

I ciñe la erguida frente,
al llegar la noche opaca,
de una corona de hogueras,
que viento i lluvias no apagan;

Bandera del fuego santo
que se ha encendido a sus plantas,
cráter del volcan tremendo,
que en la gran Sevilla estalla.

Fácil nos fuera acopiar ejemplos tomados solamente de los romances del Sr. Saavedra para combatir victoriosamente la opinion de aquellos que han negado al verso octosilabo la capacidad de prestarse a las entonaciones del mas alto lirismo i de reemplazar con ventajas indisputables a la prosa en que, segun algunos, deben escribirse los dramas! (1) Pero este seria un trabajo inútil. Los que son capaces de escuchar los buenos versos con la indiferencia con que oyen las coplas de los *cieguitos*, es imposible que nos comprendan; esos hombres no están organizados para sentir ninguna especie de bellezas literarias, i si algo se atreven a elojiar de las literaturas extranjeras, es solo por aparentar que existe en ellos el juicio que no tienen discuriendo sobre la propia. Estos hombres oirán una ópera de Rossini con las mismas

(1) Entre los curiosos disparates que ha producido la prensa chilena sobre las cosas de España i su literatura, debe contarse en primera línea la carta sobre aquella nacion que publicó en sus Viajes por Europa Africa i América D. Domingo Faustino Sarmiento, carta que dirijió al Sr' D. José Victorino Lastarria. Entre otros desafueros sobre la poesia española, contiene los siguientes: «¿Qué decir de una poesia de ocho sílabas, que mas LIERO que una PÉNDULA está martilleando el oido, su eterno *alumbra, encumbra, deslumbra, errumbra*, i todos los consonantes que puede dar un idioma?» (Verdad es que esta oracion no está escrita en español). «I cierto, que cuando leo octavas, aunque sean escritas por Zorrilla, me parece que estoy oyendo a los *cieguitos* de Madrid; tan sin objeto son estos millares de versos i de versificadores que produce la España.» (Verdad es que esto tampoco está escrito en lengua española, lengua que quizá no importará conocer bien para juzgar de su literatura.)

muestras de aburrimiento que manifestarán al escuchar el descalabrante ladrar de una jauría de mastines. No pretendamos convencer a quien no podrá jamás variar de pensamiento: para los que se sienten organizados bastan las ligeras observaciones que hemos hecho. Concluiremos diciendo con el Sr. Bello que «los *Romances Históricos* han desmentido la asercion de Hermosilla con razones irrefragables; i lo que vale mas, la ha desmentido con estos mismos Romances, donde la *leyenda* aparece otra vez en su primer traje, i el octosilabo asonantado vuelve a campear con su antigua riqueza, naturalidad i vigor.»

Por demas será decir que el espacio que nos hemos reservado en la *Revista* para tratar de los Opúsculos del Sr. Bello no nos permite dar mayor extension al presente artículo. De cada una de las materias sobre que se versan los citados opúsculos podemos decir en jeneral que se halla maestramente tratada. La filosofía, la historia, la literatura i los diferentes ramos del saber humano, que con tanto fruto ha cultivado el Sr. Bello en su larga carrera de escritor, contribuyen a hacer amena la lectura de sus producciones: agréguese a esto, la galanura i la limpieza de su diction, siempre fácil i elegante, enérgica sin afectacion, animada, viva i florida, que tanto nos encanta cuando critica, cuando discurre entre las entradas i salidas de una cuestion literaria sujeta a controversia, como cuando, altamente filosófica, se eleva con aquella seguridad que solo el juicio refinado posee, a legar a la juventud, en breves i fáciles lecciones, todo el fruto de su experiencia.

No podemos despedirnos sin reproducir las palabras con que concluye su discurso de instalacion del Cuerpo Universitario en la sesion solemne del 17 de Setiembre de 1845. Ellas contienen al mismo tiempo su profesion de fe literaria, comentando a Goethe cuando este dice que «es preciso que el arte sea la regla de la imaginacion i la trasformen en poesia.» Son estas:

«El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante acepcion; i no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encontré el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos i jéneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al poeta a nombre de Aristóteles i Horacio, atribuyéndoles a veces lo que

jamás pensaron. Pero creo que hai un arte fundado en las relaciones impalpables, etéreas, de la belleza ideal; relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de linces del jenio competentemente preparado; creo que hai un arte que guia a la imaginacion en sus mas fogosos trasportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinjes, creaciones enigmáticas i monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero no veo libertad, sino embriaguez licenciosa en las orjias de la imaginacion.»

H. DE IRISARRI.

DEL PODER I SU MANIFESTACION.

La tendencia jeneral de las ideas políticas conduce en todas las sociedades modernas al triunfo de la democracia. Ellas no han cesado de combatir en todas las épocas históricas bajo todas las formas; la iglesia i el arte se han impregnado de su espíritu i en los principios del siglo XIX hemos visto a Napoleon sembrar en los campos enemigos esta fecunda semilla. Mas tarde entre varios trastornos ha visto la Francia formularse esa revolucion progresiva i el mejor molde en que ha vaciado sus ideas políticas es la República.

Chile, entre las repúblicas americanas, ha adoptado las formas de la federacion americana; sin estar educado para ellas no ha hecho mas que traducir las constituciones escritas, i se ha creído libre en el momento que aun no estaba emancipado. Todas estas bruscas transiciones no pueden efectuarse sin riesgo i llega un momento en que el tiempo i las ideas piden su liquidacion. ¿Qué hubiera sido de Chile si despues de sus triunfos militares se hubiese puesto a estudiar su verdadera constitucion?—Los hombres de accion que asistian a su aurora de libertad se hallaban envueltos en la embriaguez de la victoria como unos dioses coronados; creían, engañados por su heroísmo, que una vez separados políticamente de la España, lo estaban ya en cuanto a las costumbres, leyes i preocupaciones. No habian dado mas que un paso en la carrera i ya se creían al fin de la ruta; lo cierto es que no habian mas que duplicado las dificultades, despertado las conciencias i arrojado a la exaltacion individual el cebo de la ambicion política. De súbditos pasaban a ciudadanos, de esclavos manteni-

dos por sus señores pasaban a hombres libres mantenidos por sus manos inexpertas. El vasallo que entrega su libertad en cambio de un servicio o a inspiracion del honor, es lo mismo que el que entrega su alma al diablo de miedo de perderla; esta abnegacion, solo realzada por el carácter, es el sacrificio del hombre al hombre, no del hombre a las ideas; i siempre distará mucho del mártir que muere por un Dios, el cosaco que muere sobre su caballo por mandato del Czar. —No basta pues el coraje ni la lealtad en una República; la responsabilidad del ciudadano es tanto mas extensa cuanto que su voluntad tiene mas poder; su deber está en relacion directa de sus intereses; toma parte en todo, en todo momento i para cualquier objeto público; el ciudadano de una República no dá paso sin topar consigo mismo, i solo bajo tales condiciones la soberania del pueblo puede significar algo.

La soberania del pueblo ha sido tambien la base política en todos los gobiernos de la tierra; ella se ha conservado en las tradiciones a pesar de las monarquias que no han querido ver mas que la inspiracion divina en sus destinos políticos. Pero la República es la única forma política que corresponde a la soberania popular, la única que difunde en una escala mayor la libertad social; es la grande unidad de esa multitud de opiniones diversas i de intereses encontrados. I si alguna vez se rompe el molde, mas depende el mal de la inestabilidad humana que de la poca solidez de sus costados. La libertad se corrige a si misma porque el orden es la harmonía i todo tiende fatalmente a ese nivel; la justicia está en nosotros como la inmortalidad en el alma; todos sus peligros vienen de su manifestacion i los objetos exteriores son a veces para el alma como las nubes que empañan i oscurecen al sol. Dios no ha querido que estas grandes ideas de perfeccion se impriman en el polvo de la tierra como la huella fuljente de su planta invisible; aparecen como las vislumbres de un oriente que nunca llega, como la aspiracion constante de un deseo jamas satisfecho, como la sombra proyectada de un astro alumbrando en el infinito. Pero ¿qué importa nuestro fin en otra parte? Cualquiera que sea su dictámen el hombre debe llenar su vida como ciudadano en el pais de la igualdad; viviendo para la familia i la sociedad conforme a la justicia, su soberania, es decir su poder, debe reflejar en lo posible la lei divina.

Pero ¿cómo constituir ese poder, el poder del Estado sobre todo, sin otro guia que la conciencia ni mas fin que la felicidad?

¿Cómo representar, cómo dar una forma, una alma, una voz a esa multitud de opiniones, ideas, conciencias i pensamientos?—Para que una masa de hombres pueda obrar como un solo hombre, para que una sociedad tenga accion, ejercer el poder en su, o es preciso que ella lo haga todo, lo que sería imposible; o que lo haga uno, algunos o muchos, lo que no sería lójico, si toda representacion debe parecerse al orijinal.

Llegando a este punto de inflexibilidad todo nuestro edificio bambolea. Sin embargo, sería un absurdo que no siendo perfecto el hombre en su simple unidad, pudiese en el gobierno producir una perfeccion; de tal modo que la justicia del Estado fuese la justicia en sí, que la lei fuese reconocida por todos, que haciendo el ciudadano lo que quisiera, hiciese lo que debiera; en una palabra, que él fuese al mismo tiempo gobierno, lejislacion, tribunal. Si semejante estado de cosas pudiese llegar no habria necesidad de instituciones; la moral rejiría al individuo i a la sociedad entera sin supersticiones ni trabas, sin autoridad, que es lo difícil de constituir en cualquiera forma política. Pero mientras no llegue este paraíso gubernativo podemos abandonar la dialéctica que supone a los hombres cantidades homogéneas con una suma de felicidad completa i echarnos en los campos de lo posible. La solucion que se pide no consiste en lo infinito; porque lo infinito producirá siempre lo infinito. Ni puede rechazarse un sistema porque no realice completamente las ideas, pues entónces tendríamos que abolir el lenguaje, esta segunda alma impresa en los labios del hombre, todas las bellas artes en seguida i hasta las ciencias; precisamente todo aquello por cuyo medio estamos en contacto con los otros hombres, nuestra única manifestacion social; la tierra estaría cubierta de mudos. Mientras no llegue ese caso es justo que pensemos en lo que somos antes de pensar en lo que debemos o podemos ser.

El gobierno que se dá una sociedad cualquiera lleva consigo la aprobacion de esta misma sociedad i por consiguiente sus garantías de existencia. No puede durar mas tiempo que el que ella permita i si en estas variaciones hai error es preciso someterse a él como a la fuerza misma. Acercarse en cuanto sea posible a la mas pura representacion del país es el único modo de hacer útiles estos cambios; i esta representacion de que todos son parte será tanto mas pura cuanto mas se renueve, cuanto mas cambios haya en este panorama nacional, cuanta mas vida se refleje en este cuadro plástico de la conciencia del país. Donde todo

los hombres son necesarios—la individualidad léjos de perder en esta renovacion se desarrolla en beneficio del país, al mismo tiempo que gana respecto al conocimiento de sus intereses individuales i al alcance de sus propias facultades.

El poder en una democracia debe ser impersonal, debe ser único, porque reasume la voluntad de todos i su perfeccion está en la unidad. Siendo todos los ciudadanos iguales, todos tienen interes en la libertad i en el órden, que es el marco de la libertad misma; su limitacion aquí, no es una invasion, es el punto mas allá del cual está la confusion de los derechos i por consiguiente el aniquilamiento del individuo i el trastorno de todos los deberes privados i sociales. Asi como la sociedad representa en una gran unidad la voluntad de los ciudadanos sin violentarlos, el ciudadano a su vez no puede violentar a los otros sin faltarse a sí mismo, a los demas i al poder que es el foco de la voluntad jeneral, la radiacion concentrada de esos rayos dispersos que juntos producen un espléndido i fecundo lumínar.

La conciencia del hombre mas o ménos ilustrado es pues el origen de todo derecho. «El yo pienso luego existo» de Descartes es tan exacto en filosofia como en politica. Nuestra existencia social como gobierno será tanto mas duradera cuanto mas uniformes sean los pensamientos, los individuos que representa. Bien se pueden olvidar los derechos i los deberes políticos; eso está en la libertad; lo mismo puede un individuo matar a otro o a sí mismo en el estado de absoluta independencia; esas transgresiones no son mas que otros tantos atentados contra la misma libertad, porque el olvido de un deber no destruye ni la moral ni la sociedad i por lo mismo no constituye derecho de ninguna especie.

El sistema democrático para uniformar las opiniones ha dado el voto a todos sus miembros; de manera que toda voluntad pueda concurrir a las diversas determinaciones de este ente de razon que se llama Estado. El sufragio de los ciudadanos es pues la primera piedra del edificio gubernativo; la soberanía del pueblo en el concurso de todos se manifiesta allí palpablemente i entrega a la mayoría el resultado de esta eleccion independiente. El poder que nazca de esta eleccion será el poder de todos; pero como todo poder debe ser justo, tendremos que probar que la mayoría puede crear la justicia, lo que es absurdo. La realidad de las ideas depende de los hombres. pero no pueden estos crearlas, no pueden representar a Dios, la fuente universal, sino imperfectamente.

No es solo esa necesidad lójica la que debe arrastrar al poder, porque hai tambien en las sociedades otros peligros, otros temores contra los cuales es preciso defenderse i de donde nacen mil precauciones en favor de la libertad amenazada. El poder es pues tambien una defensa.

El gobierno de las mayorias reduce todo a cifras, lleva consigo la fatalidad del número que es la mas ciega de todas las fuerzas, la fuerza de la negacion, si se puede llamar así. ¿Pero en el órden movable de la voluntad puede obrarse absolutamente? ¿Puede darse a todo un mismo molde? ¿Se puede arrojar el error de todas las intelijencias?—Es cierto que la tradicion dinástica, la nobleza, la fortuna pueden tambien gobernar tan fatalmente como una mayoria, porque sus privilejios le sirven de norma i en este caso no hai que elejir entre dos medios esencialmente fatales e inmorales por cierto, puesto que la justicia no depende ni del número, ni del tiempo, ni de la fortuna, ni de la intelijencia.

Si examinamos sin embargo la marcha de la historia, vemos que en cada época el progreso se nota por la mayor parte que han tomado los pueblos en los sucesos nacionales; siempre que el pueblo se ha iniciado mas en sus deberes de conciencia, ha obrado con mas enerjía; con mas entusiasmo cuando se le ha llamado a obrar como ciudadano. Es que las ideas de justicia son un patrimonio universal que se aclaran mas cuanto mas medios de ejercerla se presentan. El privilejio en el gobierno, en la fortuna, en el talento es el esclusivismo de la fatalidad, es para el cuerpo social como el uso frecuente de un solo miembro en un individuo; el privilejio para todos es el llamamiento al pueblo en la participacion de estos dones del tiempo i de la fortuna; es la concurrencia de todos en beneficio de todos. ¿No es cierto que habria ménos crímenes el dia en que todos pudiesen ser jueces? ¿No habria menos conspiraciones el dia en que todos formen el gobierno?—Si es cierto que hai un derecho divino oculto en la conciencia, debe haber tambien otra manifestacion en este principio. ¿Cuál es este criterio? La intelijencia de todos, lo que se llama sentido comun. I si no es así, cítese otro que pueda acercarse mas, cítese alguno que tenga siquiera el prestijio de la fuerza. El sentido comun, dirán, ha cometido muchos errores; por consiguiente es un falso criterio. No hai duda; pero él es la única radiacion esparcida en todo el universo con mas verdad. Esta autenticidad de un derecho divino basta para criterio, sobre todo en el gobierno político de las sociedades; porque despues de ello si nada puede arrogarse

lógicamente la infalibilidad, sometámonos a los que se acerquen mas en igualdad de opiniones.

No solo pues la filosofía i la historia nos indican el sistema republicano sino el sentido comun i, si pudiera decirse, la fatalidad misma de nuestra imperfeccion, la necesidad de la defensa propia. Un poder que se constituye con tales elementos de moralidad, de vida, de fuerza, si no alcanza a ser divino, lleva por lo ménos mil motivos de duracion i encierra la lójica de la inestabilidad de los acontecimientos humanos, que vale tanto como organizar el caos.

No teniendo mas orijen que la soberania del pueblo espresada por la universalidad de la eleccion, el poder debe manifestar su orijen en su representacion misma. La autoridad es el poder que formula la justicia, que hace la lei; es una cosa impersonal que piensa i ejecuta a nombre de todos i con justicia. El ministro que hace cumplir una lei, aplicada por un juez no representa al poder; cumple una obligacion i nada mas. No hai pues otro poder que el lejislativo, porque el ejecutivo i judicial no son sino la parte administrativa del primero.

Algunas cartas republicanas han dividido el poder so pretexto de un equilibrio necesario, en un lado de bien aqui compensado con un lado de mal allá i han creado un antagonismo político despues de haber creado un monstruo de tres cabezas con cerebros diferentes i móviles diversos. Los hombres de estado que han copiado maquinalmente estas divisiones arbitrarias no han hecho mas que vestir las Repúblicas a lo monárquico sin las ventajas de la monarquía. «El rei reina i no gobierna;» he aqui la fórmula, espresion del sistema monárquico constitucional; la tradicion i la herencia sustituida a la eleccion pero la política entregada a una clase. Puede decirse con mas verdad que en nuestra República, que el poder pertenece a la nacion, porque en Chile el presidente reina i gobierna por 40 años, por 20, por 40; quien sabe! mientras que en las monarquías la nobleza i el pueblo en pequeña escala conducen la política. En Chile hai un Senado con privilejios, una Cámara con diverso orijen i un presidente mas privilejiado que estas dos espresiones de la soberania popular. ¿Se dirá por eso que el país está mas bien representado que la Inglaterra? ¿Es el senado por su riqueza, su nobleza i sus tradiciones políticas comparable a la Cámara de los Lores? ¿La Cámara de Diputados, elejida en gran parte por una minoría electoral corrompida, se puede comparar a la Cámara inglesa siquiera por sus trabajos? ¿El presidente, con mas poder que un rei, dá mas garan-

tias en las elecciones que un monarca inglés que ejerce influencias con mas decoro sin desprestijiar la autoridad?

Nada de eso; al paso que el presidente representa mas que ningun poder la autoridad, gana ménos en prestigio i se reduce simplemente a un gobierno personal con influencia directa en los colejos electorales, por la corrupcion, en las asambleas, por los destinos que ofrece, i en todas partes, por la inmoralidad política que derrama desprestijando la autoridad i haciendo de su persona el blanco de los tiros como de las esperanzas de los intereses i hasta de las conspiraciones.

Una República disfrazada asi, es una dictadura coronada por la corrupcion electoral, que no tiene la respetabilidad del tiempo, la uncion de la relijion, ni la santidad de una familia entregada a la nacion, como un árbol arraigado en el corazon del pais bajo el soplo de las tempestades políticas.

Un gobierno monárquico no tiene de personal sino la trasmision de la dinastía, mientras que en nuestra República fundada en la soberanía del pueblo, el gobierno es enteramente unipersonal. El sistema restrictivo electoral comienza falseando al principio, hace sus diversiones en la Cámara i llega a la cúspide de la pirámide gubernativa enteramente transfigurado. En lugar de irse agrandando el pueblo en su dilatacion política ha ido debilitándose tanto que al llegar al umbral del poder no ha hecho mas que pasar su sombra o desvanecerse como una fantasma para glorificar el gobierno de uno solo, para abdicar su conciencia i su voluntad en manos del primero que se presenta o del mas afortunado.—¿I se dirá despues que una constitucion como la de 33 representa al pais? ¿encierra siquiera la forma de gobierno escrita en su primer artículo?

¿Cómo pueden conseguirse reformas sin la abolicion de este gobierno personal? ¿I cómo hacer esta abolicion, por otra parte, sin una reforma parlamentaria? ¿Cómo la parlamentaria sin la electoral? ¿Cómo esta última sin la reforma administrativa compuesta de la avanzada de funcionarios al mando del presidente? La oposicion en tiempos del gabinete de setiembre ¿ha conseguido alguna reforma en este sentido? ¿La ha conseguido la oposicion en el de Junio, con su hipocresía, su falta de tino político i su ignorancia completa en los negocios de Estado? ¿No vemos a esta última aferrarse a la opresion por su lei electoral retrógrada, su lei de imprenta digna de la Rusia i su modo de comprender las facultades extraordinarias, hijo de la cobardia i de una astuciavulgar?

La experiencia política en los 20 años de gobierno personal pudiera enseñarnos algo si los hombres de Estado pensasen en el país, antes que en las constituciones de otros pueblos diversamente educados en política, en religión i en filosofía. ¿De dónde viene que los gobiernos absolutistas se llamen de origen divino? ¿Es creíble que los pueblos hayan consentido estúpidamente en la divinización de sus tiranos? Es que han dejado de ver en esas glorificaciones la personalidad i han divinizado las ideas, lo grandioso de la autoridad, las maravillas del jenio i los prestigios de la fuerza. Porque en todas las ocasiones el poder es divino; es su ejercicio en la tierra la emanación misma de la justicia i como el robo al cielo del fuego fecundo por otro Prometeo que es el mismo pueblo. El poder ha sido divino; solo los hombres teóricos i la superstición han confundido las ideas con el individuo i han hecho como en Inglaterra al *rei incapaz de pecar*, o como en la India al gran brama, la encarnación de la sustancia eterna o la penetración recíproca de Dios i del hombre en una unidad contemplativa.

Una vez destruido ese prestigio, ese maravilloso por el desarrollo de la civilización, ¿cómo se quiere pretender volver hoy a los gobiernos personales, en medio de esta igualdad de individuos con pretensiones semejantes, en medio de esta exaltación personal que hace de todo hombre un igual, de cada ciudadano un rei?

Hoy que el poder pertenece a todos, debe buscarse su glorificación en el concurso de todos; de ahí le viene la fuerza, de ahí nacen las maravillas, de ahí el prestigio i los grandes hechos. —Mientras en esos gobiernos religiosos e ideales todo se atribuía al misterio i al ser supremo, porque los pueblos en la infancia gustan de la jeneralización, en las naciones modernas se atribuye todo al patriotismo, divinización de la patria, i no se arraigan en el corazón del país otros derechos que los establecidos por la soberanía del pueblo. El poder en la tierra pertenece pues al pueblo i su extensión está en razón directa del interés i de la justicia de los que lo componen.

Volviendo a Chile, cuya constitución establece la República *una e indivisible*, encontraremos prácticamente el mal resultado del poder personal. El jefe del Estado ha sido entre nosotros a la vez el juguete, la víctima de los partidos; i la autoridad que le pertenece de hecho, ha perdido su prestigio; su nombre mismo es un reproche, su conciencia una tabla rasa; si sigue

una política propia, usurpa, tiraniza, destruye el equilibrio, i atrasa el país; si sigue la de un partido, se hace exclusivo, intolerante, aristócrata, hipócrita i sin conciencia, i atrasa la nación. En todos casos, pues, hace un mal por la necesidad de su situación. O vive como un conspirador en medio de los poderes, o se hace usurpador tomándolos todos. ¿Gana la autoridad en este desenlace? ¿Ganan las instituciones? ¿Es esto el poder en una República *una e indivisible*?—La nación i el gobierno marchan en sentido contrario en esta alianza monstruosa; el poder es un antagonismo perpetuo entre el pueblo, las clases medias i la política. El progreso que resulte de semejante estado de cosas es obra del acaso; todo depende del arbitrario, i entre estas dos fatalidades del tiempo i la voluntad es el país como una nave sin timon i sin brújula entregada a todos los vientos i mares.

La verdadera manifestacion política de la soberanía del pueblo es una asamblea, es el cuerpo legislativo fundado en el sufragio jeneral i libre con un primer ministro revocable a su antojo. He aquí la fórmula política a que necesariamente llegarán los republicanos que no copian las monarquías i oligarquías, los que creen que una constitucion escrita no es una constitucion verdadera, sino una traduccion infiel de los derechos del pueblo.— Pero siempre que las cosas sigan el rumbo actual, siempre que cada 10 años veamos a Chile bajar a la arena electoral para arriesgar los destinos del país en una urna mal cimentada, el poder lejos de ganar en prestigio irá decayendo; entre tanto la inmoralidad por la corrupcion i escepciones de la lei electoral cundirá por todas partes; los ambiciosos despreciados se harán una arma de esta indiferencia i explotarán la desgracia; i un gobierno sin raiz caerá al menor soplo revolucionario, como una rama podrida del árbol político.

¿No es cierto que el porvenir de Chile depende hoi día del triunfo de este u otro candidato para la presidencia? No es verdad que un nombre es lo que buscan los partidos? No estriba en un voto la aparición de este nombre fatal? ¿No se puede decir que al rededor de las ciudades está en lotería el honor de Chile? ¿I no se creerá tambien que en las tabernas de una oposicion *aux abois* puede tan bien, como en otra parte, ganarse esta partida inmoral entre jugadores de mala fe i de peor ceño?—

Los hombres teóricos no podemos cambiar las cosas. Es preciso salir de este caos electoral con un rayo de luz i no queramos reformar ántes de aclarar el horizonte. Puesto que estamos con un

gobierno personal i que se nos pide una persona, no respondamos con soluciones especulativas; busquemos esta persona despues de haber mostrado las dificultades de la situacion i no hagamos creer que aun no hai un hombre honrado en la República. Hombres de accion en este último caso aceptamos los hechos, sin hacer caso de esos ambiciosos que se creen con ideas porque son audaces, fuertes porque son apasionados.

F. M.

CRÓNICA.

SANTIAGO, MAYO 1.º DE 1850.

Al comenzar el tomo tercero de esta publicacion en el sentido liberal que anunciábamos en la entrega anterior, nos hacemos un deber de llamar a nuestros hombres de letras a trabajos mas incesantes, i a una comunicacion mas frecuente entre el público i los escritores. La parte literaria, histórica i especulativa tiene hoy un campo mas extenso en nuestra *Revista de Santiago* i se ensanchará con el tiempo mediante la proteccion de los escritores. Es preciso dar a la prensa seria i teórica toda la libertad que necesita; llamar a todos los pensadores, iniciar las grandes ideas i hacerlas posibles en su aplicacion.—Solo hai una parte variable en las últimas pájinas de cada entrega; allí se refleja la política interior de Chile bajo un punto de vista nacional sin que ningun colaborador literario pueda temer el contajio. Es cierto que el Sr. Lastarria ha venido a abrumarnos con el prestigio de su capacidad, pero nosotros hemos comprendido el tiro, nos hemos agachado para dejar pasar la flecha i hemos dejado partir ese flechero poco seguro para levantarnos sin herida. ¿Qué puede decirse contra un profesor, un orador i un hombre de letras de la altura del Sr. Lastarria? Su nombre es una enseña *tricolor*, segun su expresion favorita, en los batallones de la oposicion; sus escritos un talisman i su tino político como su gusto literario estallan a cada paso en su triple mision de hombre de Estado, de

literato i de tribuno —El Sr. Lastarria comprenderá a la vez que no dejamos de sentir el vacío que deja en la *Revista*; solo si sentimos que en sus cartas i los artículos de su diario haya querido arrebatarnos entre otros colaboradores a los Sres. D. Andres Bello, H. de Irrisarri, Valdez, Domeyko, etc. etc. ¿Cree que hai muchos que piensen como él? Al contrario. La orijinalidad de un gran talento consiste en no tener iguales; i bajo este punto de vista el Sr. Lastarria puede vanagloriarse de no parecerse a sí mismo. Aunque el Sr. Lastarria no nos envíe sus escritos, nosotros haremos lo posible por conservar la huella de sus pasos; haremos para con él lo que hace el teatro para los municipales; tendrá su asiento en nuestro palco, pero vacío, hasta que no haya otro tan digno de ocuparlo.

Exterior.—La apertura del parlamento ingles el 30 de Enero, los meeting proteccionistas i abolicionistas en que han figurado los nombres de Israëli Cobden i O'Connor son las principales novedades de la Gran Bretaña. Como prueba de moralidad la protestacion contra el empréstito ruso no deja de ser un hecho importante en la capital de los negociantes, en la ciudad del egoismo mercantil. La lucha entre los agricultores i manufactureros se hace cada día mas nacional; ya no bastan el *meeting* i la *prensa*, los clubs i los banquetes; la solucion de esta guerra industrial se ventila en el parlamento i mientras Cobden consigue franquicias para los cereales, Israëli pide franquicias para las manufacturas internadas. Quién triunfará de estas dos fuerzas ¿la tierra o el capital? ¿Vencerá la agricultura a la industria?—Todo presajia la muerte del sistema protector, del hipócrita sistema que so pretesto de favorecer el trabajo nacional empobrece al obrero i explota la escasez; sistema egoista que toma la ignorancia como base del adelanto i mata alrededor la intelijencia i el buen mercado para fecundar en su propio suelo un cadáver por tener el gusto de alimentarse de su propia sustancia.—La libertad del comercio debia brillar en el pais que ha recibido mas beneficios mercantiles; su extension crecerá de día en día i dentro de pocos años, cuando las orillas del Plata dejen de estar infestadas por los cadáveres de Rosas, cuando Bolivia tenga su puerto libre en Arica i Lima abra el Callao al Comercio sin trabas, Chile talvez se acordará de haber llegado tarde a ese anuncio. Porque Chile mas que ninguno tiene sus recursos en su suelo; sus rentas pueden sacarse como en Inglaterra de su propio solar; esa es el ancla del impues-

to. Deje que todas las naciones envíen sus manufacturas i que colmen la bahía de fardos; proteja con un *banco especial* a la agricultura i abandone a los negociantes que no consentirán la garra de la usura sobre sus hombros, a todos los bienes de la libertad comercial.—¿No ve a Peel i a Cobden en este sentido? ¿No se ve a este último pidiendo el sufragio universal?

Ya que se ha abolido la navegacion interior esclusiva con beneficio de los navieros nacionales ¿por qué no se da un punto mas, porque no se hacen puertos francos Valdivia i Chiloé hundidos en la miseria i en el olvido?—¿Hai quién puede alucinarsse sobre los bienes que resultan a esas provincias de nuestro sistema aduanero?—Hágase la esperiencia por 3, 5 o 10 años; llámese el comercio i vendrán colonos; i se dirá alguna vez que hai en los hombres de Estado otra cosa que abogados i frailes.

El rei de Prusia ha jurado la constitucion revisada i liberales como retrogrados han parecido descontentos.

No sucede asi en el imperio austriaco. El ejército de Italia ha arruinado sus finanzas, la Rusia pretende pagarse con la Dalmacia i todo parece corredizo en esa union infernal de paises i gobiernos diferentes. Es un imperio soldado con sangre que durará bien poco; en vano se despachan asesinos contra Kossuth i Mazzini seria preciso mandar un asesino contra la misma providencia. ¿I todavía se creará en la perpetuidad de los tronos? ¿Será posible que en el siglo XIX las coronas tradicionales tengan necesidad de unjirse con sangre por la mano de un Heyneau o un Radetzky?—Parece que la corte de Viena quiere vender la Lombardia al Piemonte con cuya potencia le ligan los últimos tratados.

Pero la Italia está toda en Roma. Pio IX aun no habia vuelto i la capital del mundo cristiano tendrá que recibirlo de luto mostrándole un paño mortuorio en sus murallas profanadas por los cañones franceses, esa batería de una nueva Santa Alianza fabricada en el Sena por un imbécil pretendiente. Será un cortejo fúnebre esta entrada, una resurreccion sangrienta de un poder que se va por una sombra que vuelve. Ahora si que es una verdadera catacumba aquella metrópoli; ahora si que es una verdadera ciudad de muertos aquel mutilado panteon.—Mejor hubiera sido que el Vicario de Cristo hubiese entrado con el prestigio de su nombre, solo con su gloria i su corazon, bendiciendo al cielo i a la ciudad i la capital se habria arrodillado. Pero pisar la sangre en que aun ondula el soplo de un pastor belicoso, entrar con

Un cortejo de soldados, alumbrado por cañones en vez de humilde tea, i hablando de proclamas, de guerra i amnistia en vez de paz i de perdon esó si que se parece poco al Cristo del Evanjelio. Cuando la mitra se deja pisotear por el caballo de un soldado la fuerza ideal se desvanece i el mundo espiritual cae al suelo. El poder espiritual gobernaba todo i alumbraba la cristiandad entera en los siglos medios. Hoi el temporal toma el dominio i sustituye la fuerza a la fe, la conquista armada a la propaganda, el hacha al beso del Salvador. Este abrazo entre el Papa i el pueblo romano es como el de Judas.—Dios los ilumine!

En Francia se han dejado notar algunas perturbaciones públicas. El presidente que hace todos los esfuerzos por quebrantar de nuevo la constitucion republicana pierde de dia en dia su prestijio. Sin la fascinación de sus primeros momentos, sin la confianza de la Cámara i sin resolucion de ninguna especie en sus últimos conflictos, el presidente comienza a temer. Su audacia podria haber fascinado; su cobardía actual lo arruina como pretendiente i como republicano. Es un hombre concluido ya para la dinastia i para la República. Si vuelve el imperio no será en él que tome raiz; es una rama seca del árbol imperial i no dará ya fruto ninguno.

Entre las grandes cuestiones la de la enseñanza ha dado lugar a debates parlamentarios de la mejor cosecha. Montalembert entrega la enseñanza a un eclecticismo inmoral, a un consejo de judíos, meros i católicos; es decir al cisma.—MM^s. V. Hugo, Favre i Barthelemy Saint Hilaire han abogado brillantemente por la enseñanza primaria gratuita i obligatoria. Nos alegramos en Chile de ver al Sr. Montt a la altura de estos oradores en su mocion sobre la enseñanza. Ninguno ha comprendido mejor que él esta separacion política del Estado i la Iglesia en la enseñanza; ninguno ha presentado un proyecto de tal tamaño, mas democrático i de mas transcendencia para el porvenir. Sin la aplicacion de esa lei nada se podrá hacer en Chile de duracion; la República está en la educacion i el mejor ciudadano será el que illustre mayor número. El Sr. Montt llevando a cabo esta importante mocion por medio de sus lójicos i brillantes discursos hará al pais el mayor bien i dará a sus enemigos la medida de su capacidad i la elevacion de sus fines republicanos.

Volviendo a Paris para quien el mes de Febrero es el mes de los entierros, nada agregaremos fuera de las asonadas arriba di-

chas, asonadas pocos verosímiles i que parecen llevar en sí estado de sitio para forjar entretanto alguna conspiracion imposible contra la República. Los lejitimistás i los constitucionalistas se han vuelto jesuitas; i los Bonapartistas tímidos. Pero es difícil un nuevo escamotamiento contra los intereses republicanos, porque los campos mismos llegan a reverdecer con nuevas espigas i la libertad de la Francia vendrá de allí mas jóven i robusta.

En el Brasil, la fiebre amarilla hacia estragos i se suponía necesaria una guerra entre este imperio i la República Argentina.

En Mendoza, se han apresado algunas personas de distincion por supuestas comunicaciones. No podemos creer que el Sr. Sarmiento haya sido capaz de una imprudencia para con semejantes señores.

Guayaquil en revolucion; i el Perú, esperando su nuevo Presidente i en posesion de un venero de oro en Caraba ya que podrá servirle de consuelo en caso de un reves presidencial.

Hai esperanzas de que el jeneral Belzú tome a pechos el adelantado de Bolivia i borre con su buen suceso la huella sangrienta de sus primeros pasos. La union con el gabinete peruano debe servirle mucho i una vez conseguido el puerto de Arica habrá Belzú hecho para Bolivia el mayor bien; le habrá dado lengua a un mudo.

Interior.—El gabinete de abril ha sucedido al de junio. El Sr. Varas conocido por sus trabajos judiciales i fácil espedicion en los negocios públicos, es el jefe del gabinete. Su entrada, despues de tantas dificultades, en medio de los obstáculos que presenta la oposicion, ha sido una nueva muestra de tino político, i una oficiosidad mas del presidente ácia la opinion pública. El Sr. Vidal vinculado a su destino parece ser la cuña forzosa de toda combinacion ministerial; representa al tiempo por su inmovilidad e imparcialidad. El clima i las estaciones pasan solo en los otros ministerios, allí las tempestades, allí el grande océano de la política. Pero como en el estado actual es preciso que alguno esté de faccion, a ninguno le conviene mas este destino que a nuestro buen ministro de la guerra. Dejémosle allí de centinela que hoí mas se debe velar que marchar; el horizonte está oscuro; veamos como el ministro Varas introduce una antorcha en estas tinieblas i como anuda el hilo en este nuevo laberinto de la política. Estamos seguros de ver esa luz i de emprender la marcha. El mi-

nisterio de junio entró con zapatos de plantilla, ministerio elegante en un país de coquetas; pero el salón ha ido desapareciendo, los rostros palideciendo i la concurrencia está como en vísperas de un gran acontecimiento; nadie quiere salones ministeriales ni pisadas silenciosas; es preciso oír una voz enérgica, sustituir la tribuna a la sala, se necesitaba una planta firme, un taco acerado. Por eso en adelante habrá orden i seguridad sin que falte ni elegancia, ni maneras i mucho ménos libertad a torrentes.

El Sr. Urmeneta nuevo ministro de finanzas i mas que todo hombre nuevo, posee todas las cualidades necesarias para los negocios financieros. Los hombres no faltan, quiérase buscarlos i se encontrarán. El suceso justificará la invencion. —

La política del ministerio de Abril es enteramente liberal. No permitirá ningun candidato oficial como aquellos que recordaba tan de buena fé el ministro Irarrázabal. Enteramente consagrado a la administracion i al bien del país, el ministerio actual dá la mas ancha garantía a la libertad de las elecciones; entendiendo por tal la represion de cualquiera abuso en cualquier sentido político. ¿Cuál ha sido la conducta de la prensa opositora a la aparicion de esta política sin disfraz, a la llegada de estos hombres públicos sin compromisos, que anunciaban su arribo con bellas esperanzas i con promesas públicas de la mejor intencion? — Calumniar al uno porque es jóven, al otro porque es amigo de Montt i al Presidente porque no llama a los hombres de armas de la oposicion, es decir porque no baja a sus clubs retrógrados, sin ideas, impregnados de pasiones mezquinas i egoistas. ¿No gana la oposicion con esta garantía? ¿Está su temor en el ministerio tan interesado como ella en los triunfos de ciertas ideas i en la llegada de ciertos hombres? — El temor verdadero de la oposicion i del país es que el candidato presidencial sea la obra esclusiva del jefe del Estado, porque seria un candidato personal; pero desde el momento en que hai dos partidos con pretensiones liberales que se disputan el campo electoral, lo que conviene a los partidos i al país es que el ministerio no tenga un candidato, es decir, que no quebrante la constitucion, que no desmoralize su influencia, que no corrompa el poder. El ministerio de abril es pues un ministerio que debiera apoyar por su interes la misma oposicion. ¿Qué gana en sus calumnias contra un presidente falible i unos ministros sujetos a error como cualquiera hijo de vecino? — La prensa desmoralizadora podrá moralizar? ¿Es buena para corregir, la prensa que abusa del alto sacer-

docio que le encomiendan la intelijencia i la opinion? ¿Es preciso perder el pudor para glorificar el bien? ¿I no sienta mas en jóvenes intelijencias la fuerza del racionio, la tenacidad de la lójica i el calor del estilo en una buena causa? Se trata del iateres nacional, de lo que toca a nuestro corazon i hemos de llevarnos en el reciproco envio de injurias i calumnias para probar el patriotismo i la educacion? ¿Es preciso embarrarse, ensuciarse para dejar pasar la virtud?—

Hombres de una misma época, disidentes mas bien en el placer de ser primeros que en los medios de realizar la República, porque esta lucha personal i a todo trapo que a nadie corrije; que ninguno cree? ¿Qué necesidad hai de ser desvergonzado para probar la ciudadanía? ¿Es el lenguaje popular? ¿Asi debe revestirse para hablar al pueblo el sacerdote que toma un libro o una pluma para introducir sus doctrinas?

Dejemos a la oposicion con su ceguedad; ella quiere personas no ideas; empleos no mejoras. El ministerio le opondrá su actividad legal. ¿Pero durará este ministerio? ¿se verificará la prescindencia respecto a un candidato oficial?—Los mas avisados creen que no; se figuran que la vuelta de nuestro desgraciado ministro diplomático D. Ramon venga a trocar los frenos gubernativos. Nadie lo desea en el clavecin ministerial, pero muchos le divisan la oreja tras del manto del presidente actual. Pero eso es un secreto.—Para tal caso puede quizá quedarle algun amigo fiel como entre muchos fieles aun le queda el Sr. Lastarria en las páginas de su *Derecho público*—«Señor: Al ofrecer a U E. desde « tan larga distancia (¿política?) este sencillo homenaje de mi amistad, permóneseme que tambien haya pretendido honrar mi « libro con el nombre de un chileno tan ilustre como U E. i que « por tantos *titulos* es acreedor al aprecio de sus compatriotas « i al cariño de su amigo i S. S.»—Nosotros no abrigamos esos temores i esas dudas i creemos firmemente que el ministerio de Abril durará mal que le pese a la oposicion i a pesar de la vuelta de nuestro ministro diplomático D. Ramon, que asi desea la presidencia como el Sr. Lastarria una cartera i como nosotros la pluma i los talentos de un aristócrata como el actual jefe de la oposicion hecha de remiendos—El Sr. Irarrázaval llegará tarde, tan tarde que nadie tendrá tiempo de pasarse.—Otra vez hablaremos sobre los próximos candidatos, principalmente sobre el octojenario a quien hace bailar la cachucha esta andaluza oposicion con grandes aplausos del pueblo.

Bibliografía.—Por la imprenta de Julio Belin i C.^a ha publicado el profesor del Instituto Nacional D. José Bastarrica, un texto de aritmética elemental dedicado a los alumnos de aquel establecimiento. Aunque anteriormente se habian publicado otros, no habia ninguno de ellos llenado las necesidades que en el ramo de aritmética exijia el plan de estudios del curso de humanidades.

Sin duda, por esta razon se habrá adoptado para la enseñanza prefiriéndolo a Puarsson que es ménos completo, i a Francœur que sirve mejor para los cursos de instruccion superior.

MEMORIA
HISTÓRICO-CRÍTICA
DEL DERECHO PÚBLICO CHILENO,

POR DON RAMON BRISEÑO.

Hace tiempo que pesa sobre nosotros la obligacion de hacer justicia a un trabajo tan interesante i meritorio como el de la *Memoria Histórico-Crítica del Derecho Público Chileno desde 1810 hasta nuestros dias*, presentado a la Universidad de Chile en la sesion solemne del 14 de Octubre del año pasado, por don Ramon Briseño, Miembro de la Facultad de Filosofia i Humanidades. Si hasta ahora no hemos llenado esta obligacion, no es ciertamente porque esta obra nos haya parecido desmerecer nuestro insignificante homenaje. Al contrario nos contamos en el número de los que mas han estimado las producciones literarias del Autor, i de los que mas han aplaudido su laboriosidad i talento; prendas ambas que dan mucho precio a la presente Memoria.

La obra es demasiado larga para que hubiera podido leerse toda en aquella sesion; accidente que ha ocurrido en las demas ocasiones de la misma especie, i de que no hemos tenido motivo de quejarnos ni en aquellas ni en esta; porque reducido el trabajo a las diminutas dimensiones indicadas en la Lei Orgánica de la Universidad, careceríamos de las excelentes composiciones históricas que con este motivo se han dado al público. ¿Valdria mas una disertacion, por elegante que fuese, que el extenso cuadro

de una época, de un grande acontecimiento desenvuelto en sus pormenores esenciales, ilustrado i coloreado por una critica sagaz i juiciosa, a la luz de documentos no siempre accesibles a los curiosos? Aunque la tarea se haya hecho difícil, es justo decir, que ninguno de los elejidos para su desempeño ha dejado de aceptarla gustoso. Pero imponiendo ella una esmerada investigacion i exámen de libros i manuscritos que no están al alcance de todos, i una solícita diligencia en consultar testimonios i tradiciones orales, seria de temer que alguna persona de las mas idóneas, apremiada por atenciones de otro órden, no pudiese conciliar con ellas un encargo que, cualquiera que sea su importancia, no podrá ménos de ceder su lugar a los deberes del majistrado i del hombre público.

La Introduccion de la obra del Sr. Briseño fué todo lo que pudo recitarse de ella en la sesion universitaria. Los que concurrieron a aquel acto recordarán el interes con que fué oida. No sabemos si la coincidencia de nuestras ideas con las del Autor influya en nuestro juicio; pero leemos todavia el rasgo en que termina la Introduccion, i todavia sentimos la impresion profunda que produjo en nosotros, como en toda la concurrencia, al oirlo.

«Si los chilenos» (dice el Autor, páj. 55); «si los chilenos en cuyo corazon arde la llama pura de la libertad, comparan su lei fundamental, no solo con las de las repúblicas sud-americanas, sino con las de otros pueblos tenidos por sabios i experimentados en la ciencia de la democracia, hallarán mil motivos para vivir mui satisfechos de su suerte, i de que no hai en la América española, i quizá en el mundo, una nacion tan libre como Chile, si acierta a observar sábia i relijiosamente su Constitucion actual. Que esta Constitucion ha sido la mas exactamente calculada, que es el Código americano mas perfecto en politica, es decir, en la aplicacion de los principios a los hechos i antecedentes del país, ahí está la experiencia que lo demuestra, diciéndonos en alta voz: *solamente con ella habeis logrado mantener una preciosa i perpetua paz de veinte años, despues que incesantemente habiais consumido otros veinte anteriores en repetidos ensayos constitucionales.* Empero, todos estos años llenos de angustia no han pasado en vano a los ojos de la nacion. Ellos han modificado profundamente nuestras ideas, han cambiado en gran parte nuestros hábitos coloniales, i han halagado nuestras expectativas de progreso i de futuro engrandecimiento en todas direcciones. La educacion política es hoí mas completa; los representantes del

pueblo comprenden todo lo que exige de patriotismo i moderacion el ejercicio de la autoridad suprema en sus principales ramos; la soberania, asegurada por sí misma en la mayor moralidad del pueblo, no se desborda hoy en olas impetuosas; ella tiene la calma i la dignidad del poder; i en apoyo de semejante aserto podemos invocar con noble orgullo el testimonio flagrante de todas las naciones civilizadas que nos observan, tanto del viejo como del nuevo mundo. Delante de ellas la nacion chilena es dueño absoluto de su situacion, i puede llegar sin tropiezo al mas alto grado de engrandecimiento social i politico. Habiendo estado colocada bajo la impresion de las mas peligrosas influencias i de las circunstancias mas criticas, ha salido triunfante de ellas; ha sabido dar a todas las repúblicas americanas un noble ejemplo de moralidad, i a los partidarios de la opresion una excelente leccion de *libertad, justicia i patriotismo*.

«El mundo todo ofrece en la actualidad un espectáculo sério, grave e interesante, i Chile, que es una pequeña fraccion de ese mundo, pero una fraccion especialmente favorecida por la Providencia Divina, debe secundar tan benéfica influencia, debe presentarse tambien a la altura de la época i caminar directamente a su destino. Abiertas tiene para ello de par en par las puertas de su felicidad. Pues bien: ¡que reconozca sus verdaderos intereses, i siga marchando por la hermosa senda que jenerosamente le trazaron nuestros padres, los ilustres i denodados campeones de la independencia i de las instituciones chilenas, a fin de que, realizando ámpliamente nosotros lo que ellos tantas veces desearon, el gobierno de todos por la razon i voluntad de todos, gocemos del fruto de sus heroicos sacrificios! La república democrática es el gobierno que mas necesita de la inspiracion i de la bendicion continua de Dios. Elevemos, pues, señores, nuestros pensamientos hasta El, para que, como Autor i Supremo Lejislador de las Sociedades humanas, quiera arraigar cada vez mas en la nuestra el respeto a la religion i a la moral, sin las cuales no puede vivir la democracia; a la verdadera i justa libertad, a las leyes, las ciencias i la industria, a la fe pública empeñada en los contratos nacionales; iluminar los consejos del Gobierno i de nuestros representantes para que se completen i perfeccionen las instituciones que nos rijen; i no permitir que la anarquia ni la tirania sacudan jamas su funesta tea sobre nuestros hogares. ¡Que el pais de los Lautaros, Rengos, Colocolos, Tucapeles i demas héroes que han seguido su jenerosa huella, sea para siempre la patria

venturosa de una sola familia, que animada, como al presente, de unas mismas ideas i sentimientos, siga viendo las fértiles campiñas de Chile regadas por las risueñas corrientes de sus puras i cristalinas aguas, en vez de serlo por la sangre fratricida que desgraciadamente inunda el territorio de nuestros vecinos! ¡Que inspire i bendiga cada vez mas i mas a este pueblo sensato i virtuoso: que antes de todo haga descender sobre su cabeza el bautismo de la instruccion, ¡a torrentes como la luz, como todo lo que viene de lo alto; i en fin que nos conserve la plenitud del orden político i social, así como ha dado el orden material a los astros del firmamento!»

El Sr. Briseño principia echando una ojeada rápida sobre las Constituciones de la Peninsula desde el réjimen teocrático que dió leyes a la España gótica, i bajo cuya funesta influencia degeneró la nativa enerjia de los conquistadores, i descendió poco a poco la España al grado increíble de abatimiento que la hizo fácil presa de un puñado de Sarracenos, hasta la Constitucion liberal de 1812, monumento curioso de precipitacion i lijereza, dos veces abjurado, derrocado, pisoteado por el mismo pueblo, cuyas libertades estaba destinado a afianzar. Dibújase luego el gobierno colonial de las Américas; materia cuya completa elucidacion no entraba en el marco de la Memoria, i en que solo ha podido emplearse una atencion lijera. Materia es esta, con todo, que bien mereceria tratarse aparte. Ni todo lo que de ella dice el Sr. Briseño nos parece fundado. Nosotros alcanzamos a ver ese vasto edificio todavia en pié; todavia, al parecer, bien asentado sobre sus cimientos. Vimos desde adentro su construccion artificiosa, en que luchaban sordamente fuerzas antagonistas, a veces en abierto choque. En ninguna parte, i en las capitánias jenerales mucho ménos que en los virreynatos, tenia el jefe superior atribuciones omnimodas como delegado de un monarca absoluto. Ninguna autoridad americana representaba completamente al soberano. La esfera en que obraba cada una estaba demarcada cuidadosamente por las leyes. Así la administracion colonial, calcada sobre el modelo de la metrópoli, era mui diferente en su espíritu. En la Peninsula el monarca, desplegando una accion inmediata, se hacia sentir a cada instante, i absorbía los poderes todos, armonizándolos, dirijiéndolos i coartándolos; al paso que en las colonias los jefes de los diversos ramos administrativos, independientes entre sí i amenudo opuestos, podian obrar con tanta mas libertad, cuanto era mayor la distancia de la fuente comun.

La acción moderadora del poder supremo no intervenía sino de tarde en tarde. Dos pensamientos presidieron a esta vasta fábrica de gobierno. Por una parte era preciso asegurar la dominación española sobre sus dilatadas provincias, mantener numerosos pueblos bajo una tutela eterna, esconderlos en cierto modo al mundo, defenderlos contra la codicia de naciones emprendedoras, que envidiaban a la España sus extensas i opulentas posesiones: por otra, establecer garantías contra la deslealtad de los inmediatos agentes de la corona, limitar el campo a su ambición, i contener sus aspiraciones dentro de la órbita legal. Esta suspicacia de la corte amargó los últimos días de Colon, como precipitó despues al sepulcro al jeneroso i magnánimo don Juan de Austria en los Países-Bajos. Las victorias de Gonzalo de Córdoba la inquietaron; i mas de una vez le dieron sérios cuidados los virreyes de Nápoles. De aquí la multiplicidad de resortes del réjimen colonial. Ninguna autoridad sin trabas; ningun poder que no viese al rededor poderes rivales, zelosos, en perpétuo acecho para moderarse i reprimirse reciprocamente. Los virreyes mismos eran impotentes contra las audiencias, que tenian por su instinto la suprema administracion de justicia, i como oráculos de la lei, intervenian en la alta direccion política i administrativa. Ni es exacto que los capitanes jenerales resumiesen todas las funciones de los virreyes, o estuviesen a la cabeza de todos los departamentos del Estado. En Venezuela, por ejemplo, no era suya la superintendencia de la Hacienda Real. Un Intendente jeneral la ejercia bajo la sola dependencia del Ministerio de Hacienda de la Corte; con exclusion del Estanco, sometido a un Director, que se entendia tambien directamente con la misma secretaria de Estado, i del ramo de Correos, subordinado al capitan jeneral. I aunque este Jefe era presidente nato de la audiencia, su intervencion en los actos judiciales de ese cuerpo estaba reducida a presenciarnos, i no solo no se requeria su sancion para cualquiera sentencia, pero ni aun se le permitia deliberar o votar en ella. ¿Cómo hubiera podido hacerlo un juez lego en materias de derecho? A tomar el primer asiento, a ser recibido por los ministros a la puerta de la sala, i acompañado por el cuerpo todo hasta su palacio, cuando se retiraba, era a lo que se reducía la intervencion del Presidente; simulacro mudo de la soberania, como el retrato del monarca. Solo cuando la audiencia con el presidente constituian lo que se llamaba Real Acuerdo para discutir alguna cuestion importante de política o de interes Real o

provincial, tenia voto el capitán jeneral, que lo convocaba i presidia.

Tampoco vemos señalada con precision en el bosquejo del Sr. Briseño la accion legislativa del Consejo de Indias. [Las *reales cédulas* emanaban por lo regular de esta corporacion suprema; pero las *reales órdenes* se despachaban *por la via reservada*, esto es, por una de las Secretarias de Estado; i en los últimos tiempos esta via reservada habia llegado a absorberlo casi todo. Cada ministro en su respectivo ramo de despacho dictaba, a nombre del soberano, disposiciones jenerales, verdaderas leyes.

De todas las instituciones coloniales la que presenta un fenómeno singular es la municipalidad, ayuntamiento o cabildo. La desconfianza metropolitana habia puesto particular esmero en deprimir estos cuerpos, i despojarlos de toda importancia efectiva; i a pesar de este prolongado empeño, que vino a reducirlos a una sombra pálida de lo que fueron en el primer siglo de la conquista, compuestos de miembros en cuya eleccion no tenia ninguna parte el vecindario, tratados duramente por las primeras autoridades, i a veces vejados i vilipeadiados, no abdicaron jamas el carácter de representantes del pueblo, i se les vió defender con denuedo en repetidas ocasiones los intereses de las comunidades. Así el primer grito de independencia i libertad resonó en el seno de estas envilecidas municipalidades.

Pero entremos con nuestro Autor en Chile, i en aquella época de crisis, en que bramaba a lo léjos el trueno de revoluciones i conquistas que daban una forma nueva al mundo europeo, i llegaba ya a nosotros el eco de principios que sacudian los tronos, los altares, i conmovian íntimamente las masas, poco ántes inertes i pasivas, de las sociedades civilizadas. Raya el 18 de Setiembre, era gloriosa de la independencia chilena. Una acta solemne le consagra.

El Autor dirige su atencion a una pieza interesante. No es, segun aparece, un documento oficial; pero debe talvez considerarse como la expresion de las ideas que circulaban en una clase poco numerosa, bien que la de mas influjo en la sociedad chilena. Hablamos del *Proyecto de una declaracion de los derechos del pueblo de Chile, consultado en 1810 por el Supremo Gobierno, i modificado segun el dictámen que por órden de él mismo i del Alto Congreso se pidió a su Autor en 1811* (páj. 266 i sig.): En este Proyecto se reconoce como primera base que en cualquier estado, manzana i circunstancias de la Nacion Española, ya exista en Europa,

ya en América, el Pueblo de Chile forma i dirige perpetuamente su gobierno interior, bajo de una constitucion justa, liberal i permanente. Por el segundo artículo retiene Chile el ejercicio de todas sus relaciones exteriores con las demas secciones de la monarquía española i con el resto del mundo, hasta la formacion de un Congreso Jeneral de toda la nacion, o de la mayor parte de ella, o de la América del Sur a lo ménos, en el cual se establezca el sistema jeneral de union. Este Congreso constituirá la autoridad suprema; en una palabra, constituirá la forma federal de gobierno de los pueblos representados en él, todos los cuales formarán un solo cuerpo social, una sola nacion. Por el artículo quinto debe invitarse inmediatamente a las otras secciones de la monarquía para que acuerden el modo, tiempo i lugar en que deba instalarse el Congreso. En fin, segun el artículo séptimo, todo ciudadano de cualquiera de los pueblos representados en la Asamblea federal, será reputado chileno; i podrá ser elegido para todos los empleos i cargos del Estado, que no exijan otros requisitos.

Esta fue la primera idea de un Congreso Jeneral *americano*; pues aunque son invitadas a él todas las provincias españolas, se trasluce en el Proyecto mismo la improbabilidad de obtener su universal concurrencia, i es de creer que solo se consideraba realizable la incorporacion de los pueblos españoles del continente sur-americano bajo un gobierno federativo, como el de los Estados Unidos de América. Pero, aun circunscrita a estos limites, ¿no era esta una concepcion mas brillante que sólida? Prescindiendo de las circunstancias en que se hallaban los pueblos sur-americanos en 1811 i despues, i que hacian enteramente impracticable hasta el paso preliminar de la invitacion, ¿habria sido posible dar una apariencia siquiera de union a sociedades diseminadas, como las oasis de un desierto, sobre un espacio inmenso, con pocos puntos de contacto entre sí, sin medios expeditos de comunicacion, ocupadas en un objeto que lo resumia todo, la resistencia a las tercas pretensiones de la metrópoli, la guerra? El Sr. Briseño cree ver consumado en todas sus partes el programa del Proyecto; pero, en nuestra humilde opinion, ha sido todo lo contrario. El Proyecto aspiraba a nada menos que la ereccion de un gobierno federal que dejando a cada uno de los asociados su administracion interior, los atase a todos, reglase sus intereses comunes i tomase su voz para con el resto del mundo. ¿I qué es lo que hoi existe de hecho i de derecho en las re-

públicas hispano-americanas? Naciones varias, idénticas sin duda en orijen, religion, lengua i costumbres, i que con todo eso no tienen lazos mas estrechos entre sí que los Estados de la Península Italiana ántes de la revolucion francesa; que Nápoles, Roma, Toscana, Módena i Cerdeña en el día. Cada una de ellas dirige a su arbitrio, no solo sus negocios interiores, sino sus relaciones externas. I ya se ven brotar en ellas interesès peculiares i opuestos, aspiraciones i controversias que probablemente no hallarían una solucion final sino en el campo de batalla. Pero qué! ¿No hizo Colombia la guerra al Perú? ¿Buenos-Aires al Paraguai? ¿El Perú a Bolivia? ¿Chile a la Confederacion Perú-Boliviana? ¿No hierbe todavia la larga querrela de la Federacion Arjentina con la República Oriental? La completa separacion de las Repúblicas Hispano-americanas es el hecho indisputablemente consumado.

Aquella alma ardiente de Bolívar, para quien lo grandioso, lo colosal, tenia un prestigio irresistible, quiso en vano resucitar la idea de don Juan Egaña. El Congreso de Panamá, uno de sus pensamientos de predileccion, abortó. La república misma de Colombia, su obra peculiar, fue una creacion efimera; al cabo de pocos años de una existencia débil i achacosa, sus principios interiores de repulsion prevalecieron; los tres vastos cuerpos unidos en ella se desprendieron espontáneamente; i sin convulsion, sin estrépito, volvieron al estado natural de disociacion, que las glorias militares adquiridas de consuno, i el triunfo comun, i el prestigio del héroe, no pudieron violentar largo tiempo.

Revivió otra vez la idea de una especie de Congreso Jeneral, consignada por la República Mejicana en su tratado con Chile. Pero no con mejores auspicios. El Gobierno Chileno tuvo desde muy temprano bastante prevision para anunciar que el programa de Méjico no era susceptible de llevarse a efecto. Empeñado, sin embargo, por una estipulacion solemne, trabajó en su ejecucion con el zelo posible. ¿Cuáles podian ser el carácter i atribuciones de este Congreso? ¿Debia ser una mera asamblea de plenipotenciarios como las de Viena i Verona, o como la Conferencia de Lóndres? En tal caso sus acuerdos, segun las constituciones políticas de las potencias asociadas, carecian de todo valor mientras no fuesen aprobados para cada una por la respectiva legislatura nacional i ratificados por el respectivo gobierno. Cada acuerdo de los plenipotenciarios no habria hecho mas que presentar un tema de causadas deliberaciones i debates a los gobiernos i congresos particulares. Cada acuerdo no hubiera sido mas que

un proyecto formulado por la asamblea, i a que solo la discusion i aceptacion de los representados podia dar la fuerza de convencion solemne. Cualquiera conocerá cuán difícil era, por no decir imposible, llegar de este modo a un resultado unánime. El Congreso, como mera asamblea de plenipotenciarios, era un trámite inútil, i no era quizá la inutilidad su menor defecto. ¿Se trataba de un Congreso Federal, como necesariamente debia serlo para que los representados debiesen aceptar sus resoluciones sin resistencia i sin reclamacion, como verdaderas leyes promulgadas por una autoridad suprema? Esto seria nada ménos que constituir un poder soberano externo; un poder extranjero, depositario de atribuciones i facultades adjudicadas a cada Estado por su propia constitucion, inenajenables, imprescriptibles. I tal era el poder que debia necesariamente constituirse para que pudiese imponer contingentes i contribuciones, para fallar en materias de interes comun, para dirimir cuestiones entre dos o mas de los asociados, para tratar válidamente a nombre de todos con las Potencias Extranjeras. Si el establecimiento de una federacion hispano-americana era en tiempo de don Juan Egaña una utopia irrealizable, para el Gobierno de Chile, ligado por una carta constitucional, hubiera sido una abdicacion de la independencia i soberanía de Chile; abdicacion que no creemos hubiera cabido ni aun en las facultades ilimitadas de un Congreso Constituyente, sin una especial autorizacion del Pueblo Chileno.

(Concluirá).

UN AMOR EN PARTIDA DOBLE.

I

Marques i Marquesa.

Era el año de 1846.—En aquel tiempo aun habia marquesas. Dos años despues una horrible tempestad se desató sobre esa tierra tan fecunda en revoluciones, que María Stewart llamaba el *dulce pais de Francia*. A fines del mes de febrero de 1848 un rio de sangre pasaba delante de las Tullerias, llevando en sus olas bramadoras Trono, Rei i Monarquía. . . . ¡¡Adios marquesados!!—Mas como ya no habia guillotina ávida de nobles i encantadoras cabezas, las marquesas, cuya juventud i belleza no habia conseguido empañar la nueva revolucion, borraron con alborozo sus blasones. En efecto, qué les importaba no ser ya nobles damas! ¿acaso no eran siempre mujeres? Por mas que se gritase: *abajo la Monarquía!* ellas eran siempre Reinas, Reinas por la gracia, la belleza i la distincion. Como la nueva constitucion no prohibia amar i bailar, las nobles damas gritaron: *viva la República!* i rasgaron los pergaminos que acreditaban su elevada alcurnia—para envolver sus rizos.

Pero en el tiempo a que se refiere esta historia, habia aun marquesas.

Clotilde de Pierrefond era la marquesa mas linda, la mas marquesa de las marquesas,—una verdadera marquesa de *Keppseake*.—Tenia 18 años,—un talle flexible i delicado como la caña del lis,—cabellos rubios i sedosos como los de la deliciosa *Virjen del Tránsito, de Ciccarelli*,—ojos azules, cambiantes como la luciérnaga que brilla bajo el velo vaporoso de Diana,—una boca risueña i fresca como el cáliz de la *Rosa que despierta a los primeros besos de la mañana*,—una tez blanca i pura como el ropaje del cisne,—mas cincuenta mil francos de renta, un *hótel* magnífico en Paris, calle de Saint-Honoré, una heredad en Montmorency,—i era.....viuda!

¡Cuán feliz debía considerarse esta adorable marquesita poseyendo tantos tesoros i la incomparable dicha de ser viuda! ¿I de quién?—De un viejo marques, aristocráticamente feo i cacoquímio, que pasó por marido suyo durante ocho días!

La pobre Clotilde se encontró un día sin saber cómo ni por qué, enlazada con aquella momia del antiguo réjimen. Sus decrépitos abuelos, empapados en nobleza i egoísmo, se habian reunido una tarde de invierno en la espaciosa sala del castillo, i despues de haber tosido i estornudado lo mas solemnemente posible, la abuela anunció a su nieta que estaba destinada a embellecer los días que quedaban a su señoría Godofredo Augusto de Champgobert, marques de Pierrefond. El señor de Pierrefond era feo, viejo i raquítico; pero en cambio era soberbiamente rico, i noble como.....un mendigo de Castilla.

En virtud de lo cual, la señorita Clotilde Taillefer de Marchebrune, para no empañar su alcurnia, hubo de casar con el mui poderoso señor de Pierrefond, por mui cascado que pareciese a la bella i jóven heredera de una de las familias mas nobles, pero tambien mas arruinadas de la Bretaña.

Como ocurriese al marques, en el momento de la bendicion nupcial, la desgraciada o feliz idea de quitarse el bonete de seda, que veinte años há era el compañero inseparable de su encanecida cabeza, sucedió que al salir de San Roque, el viejo novio fué acometido de un acceso de tos tan violento, que la noche de sus bodas estuvo en brazos de la Medicina, para pasar ocho días despues a los brazos de la Eternidad.

El autor tiene la injenuidad de creer que el Marques no podía morir mas a propósito para la humanidad en jeneral i para Clotilde en particular. Era tan jóven i bonita la señorita de Marchebrune!—Bajo el punto de vista social, el Marques tenia toda la importancia que podian darle la antigüedad de sus pergaminos i la cifra de sus crecidas rentas; pero bajo el punto de vista moral,—del bello moral, se entiende,—el Marques era una negacion, un cero.

Si hai un infierno en el otro mundo (el patriarca de Ferney os lo habria probado como 2 i 2 son 4), es evidente para mí que el alma del Marques debe gozar allí de todas las inmunidades torturantes reservadas a esas especies de almas infernales que se abrigan en la tierra bajo una forma humana cualquiera. Digo *especie de alma*, porque la palabra *alma* en su verdadera acepcion equivale a las palabras *bello* i *grande*: i esto es tan manifesto que cuando queremos dar una idea de la perversidad de alguien, decimos: *no tiene alma*.—I la perversidad del finado Marques era tal que su confesor i yo estamos convencidos que, juzgándola digna de las llamas eternas, Satanas no habrá perdido tiempo en depurar en las blandas llamitas del purgatorio la mala parte espiritual del Marques, que durante su tránsito en este valle de necesidades i miserias, no sospechó siquiera que estuviese impregnado de aquella esencia inmortal que se llama *alma*.

Apénas salido de la infancia, el noble i último vástago de los Pierrefond recibió la maldicion de su mui ilustre padre, cuyos días abrevió con

sus desenfrenos i su impiedad; casado dos veces, Godofredo Augusto de Pierrefond enterró sucesivamente, sin lágrimas ni remordimientos, dos buenas i amantes criaturas, que habia muerto a fuego lento: odiaba su memoria, porque ni una ni otra pudo dar un heredero a ese Pierrefond dejenerado, que, para terminar de una vez la enumeracion de sus virtudes, i silenciando muchas lindas infamias i adorables maldades, habia vendido a su Rei, traicionado su patria, con bastante habilidad para que nadie en el mundo dudase de su patriotismo.

Aquel justo,—que por cierto no era de la tierra de Huss,—fué enterrado con gran pompa. Doce *plañideros* (1), agobiados por el mas profundo dolor, regaron con lágrimas el empedrado de Paris, desde la calle de Saint-Honoré hasta el cementerio du Père Lachaise, i esto por la módica suma de 24 francos; es decir, dos francos por cada par de ojos. El precio de las lágrimas en Francia os parecerá mui moderado, sin duda; pero ello proviene del íntimo valor de este vegetal vulgarmente llamado cebolla, que en el estado de crudeza tiene la facultad de excitar vivamente las glándulas lagrimales. En esas solemnidades fúnebres, los dolientes asalariados tienen cuidado de llenar sus bolsillos con estas plantas de raiz bulbosa, que pertenecen a la antigua familia de las Liliaceas. O tristes hortalizas! ¿creeríase que ese bulbo sagrado, tan celebrado en los tiempos heróicos, ensalzado por los poetas, i divinizado por los ribereños del Nilo, apénas es hoy digno de figurar picado en las fuentes de *charquican*?—O tiempos! ó cebollas!

Pero volviendo a nuestros *plañideros*, el vegetal en cuestion no es para ellos de absoluta necesidad, porque no están obligados a llorar, sino a aparentarlo, i al efecto se les disfraza con enormes sombreros, que tienen la precaucion de calar hasta los ojos, a fin de poder reir a hurtadillas si se les antojare; i nuestro amor a la verdad nos hace un deber agregar que el deseo de reir les asalta mas amenudo que el deseo de llorar.

En el lugar donde fue enterrado el último de los Pierrefond se elevó un magnífico mausoleo con esta inscripcion:

AQUI DESCANSA

GODOFREDO—ESTANISLAO—AUGUSTO DE CHAMPEBERT*

MARQUES DE PIERREFOND,

MUERTO EN PARIS, A LOS SETENTA AÑOS DE EDAD,

Buen hijo, buen esposo, el recuerdo de sus altas virtudes vivirá eternamente en la memoria de sus amigos i en el corazon de su inconsolable viuda!!

(1) *Plañideros* o *Horanes* llaman en Francia a los hombres pagados para hacer el duelo en los entierros.

Clotilde al verse viuda casi al mismo tiempo que novia, no sabia si debia reir o llorar de lo que le sucedia. Pero como le ordenasen sus abuelos que tomase un semblante análogo a la circunstancia i un porte en armonía con su traje, Clotilde lloró sin saber a punto fijo por quién i para qué lloraba.

¿Qué habria dicho el mundo si la viuda del mui noble i virtuoso Marques de Pierrefond no se hubiese mostrado *inconsolable*,—por lo ménos durante tres meses!!!

II.

¿Por qué se fastidiaba la Marquesa?

La escena pasa en un elegante dormitorio, cuyas preciosidades bien descaria poder detallaros, pero tan herméticamente están cerradas las ventanas i las colgaduras son tan espesas, que nada me es posible distinguir en ese santuario lleno de misterio i de perfumes. No obstante una llamita azuleja tiritada en un globo de alabastro, formando diadema a una Diana cazadora de bronce dorado, que vela sobre la corniza de la chimenea. De improviso la lámpara despide los vívidos destellos de la agonía, proyectándolos en las cortinas del lecho que se entreabren. Clotilde deja deslizar su lánguida cabeza por la almohada de blondas ondulantes, i descubriendo el brazo mas finamente torneado que podeis imaginar, apoya dos dedos rosados en un cordón, que ocultan las cortinas de raso.

Una camarera abre la mampara de terciopelo donde juguetean los reflejos moribundos de la Diana cazadora, i dirijiéndose a la ventana, da paso a un rayo de sol que va a revolotear insolentemente en los párpados soñolientos de la bella perezosa.

—Oh! torpe! esclama la jóven ocultando su cabeza debajo de la almohada,—Rosalia, ¿tratas de cegarme?

—Bueno! dijo Rosalia para sí, la señora Marquesa ha tenido pesadilla anoche.—I la prudente camarera, recelándose alguna tempestad de nervios, se retira suavemente, despues de haber cerrado los postigos.

—Vamos! ¿por qué cierras los postigos?

—Pensé que la señora Marquesa querria dormir aun.

—¿Qué hora es?

—Las doce, señora Marquesa.

—Cierra pues los postigos. ¿Dónde están mis chinelas?.. Dame la bata... no, aquella... válgame Dios! esa lentitud me desespera!..... ¿Qué es lo que me traes?—Te pido el peinador i me traes la bata cabeza de chorlito!

—No hai duda, piensa Rosalia, la señora Marquesa está enamorada de algun pisaverde que la burla: tiene celos.

—Qué refunfuñas? exclama la Marquesa sentándose delante de su to-

cador, —una hora há que aguardo te plazca peíname?

—¿Cómo desea la señora Marquesa que la peine?

—Como quieras; lo mas sencillamente posible.

—¿No recibe hoy la señora Marquesa?

—Qué te importa, bachillera sempiterna? Dáme el diario de modas i las cartas que están sobre el velador ¿por qué no me las entregaste?

—Es que, señora.

—Está bien, dámelas. . . . Ah! las tres tienen el timbre de Paris.—

Este diario de modas es cada día mas insulso, siempre las mismas antiguallas:—Rosalía, di al portero que no lo reciba en adelante: retiro mi suscripción. . . .—I esto? ah! una esquila de entierro! (*Recorre distraida la esquila de entierro*) «La pérdida dolorosa que acabamos de «sufrir. . . . Marquesa de BoiRobert—» (*Con frialdad*) Estaba ya mui vieja! Otra esquila de parte! Un casamiento?—«Durevert con la bella Wilhemine» (*suspirando*) Ah! dicen que se aman mui tiernamente!

La Marquesa se torna mas pensativa i estrega maquinalmente la tercera esquila que, per su forma elegante i el perfume que exhala, revela ciertas pretensiones que probablemente tendrán el poder de calmar los nervios de nuestra bella caprichosa. Pero la Marquesa rasga el sello sin notar siquiera la erótica divisa realzada en el lacre verde i lee con mucha indiferencia esta primera línea: «—Perdonad, señora, al temerario que no ha podido veros sin»—Una expresion de desden contrae los labios de la Marquesa, que sin leer mas, sin mirar tan solo la firma, se apodera de las tijeras colgadas de la cintura de Rosalía i tijeetea lentamente la infortunada misiva de amor.

Despues de haber inhumanamente torturado, tajado, despedazado el confidente sedoso de una pasión probablemente volcánica, cuya víctima mui poco le interesa conocer, nuestra cruel marquesa nada imagina mas divertido que frotar sus uñas con una escobilla bien suave, contemplando con hastio la punta de sus chinelas, que la misma Cenerentola no habria podido calzar. Mas de improviso la Marquesa arroja lejos de sí la escobilla i exclama con una enerjia dolorosa: ah! cómo me fastidio! cómo me fastidio!

A este quejido desesperado Rosalía se estremece i hunde el peine en la rica cabellera, bastante espesa felizmente para amortiguar el violento impulso que el pavor i la sorpresa imprimieron a la mano de la hábil camarera.

—Ah! exclamó la Marquesa mas encolerizada que adolorida—Estás insoportable. ¿Concluirás de martirizarme las sienas? Dios mio! qué pesadas tienes hoy las manos!

—La señora Marquesa está peinada.

—Gracias a Dios!—Quema esos pedazos de papel i déjame sola. . . .

La Marquesa se dirige a la ventana, deja vagar tristemente sus miradas por la calle, i vuelve a su divan, en donde se recuesta desfallecida murmurando: Cómo me fastidio! cómo me fastidio!

. . . . ¿A qué?—Jóven, rica, bella i viuda! Clotilde se fastidia-

ba?—Se fastidiaba . . . cuando tantas mujeres se considerarían muy felices siendo solamente jóvenes, ricas o bellas, o,—atroz es decirlo,—o viudas!—Oh! El fastidio! monstruo tan funesto para las mujeres, i sobre todo para los maridos!

AXIOMA: Una mujer es infiel mas bien por el fastidio que le causa su marido que por amor a su o a sus amantes.

Decimos *sus amantes*, porque la infidelidad es como un rosario cuyas cuentas siguen a la primera que se desliza.

El perjurio arrastra consigo el pudor, la dignidad de sí mismo i tantas otras virtudes—tan inútiles como ridículas en este siglo, sumidero de todas las infamias de los siglos pasados. (*El autor sorbe un polvo de alcanfor,—i el lector estornuda*).

Pero ¿por qué se fastidiaba nuestra marquesita?—Adivinadlo.

El mismo día de la escena íntima que acabais de leer—o que no habreis leído,—Clotilde montó en su *coupé* i fue a ocultar el fastidio que la acosaba en la ciudad, en las negras i silenciosas torrecillas del castillo aristocráticamente fastidioso de Pierrefend.

III.

A trochemoche.

Como todo romance debe tener por lo ménos un par de héroes, creemos que ya es tiempo de poner en escena el personaje que debe hacer la felicidad o la desgracia de nuestra heroína.

Llamábase Adolfo de Saintpré; era joven i de una fisonomía que dejaré a mis lectoras embellecer a su albedrío: esto me excusará el trabajo de detallar sus atractivos particulares.

Escondido, por así decirlo, en una de las mas modestas calles del barrio latino, Adolfo hacia una vida regular i misteriosa, que daba mucho que pensar a su portero; pues este venerable cerbero, no obstante la bondad de sus antiparras, jamas vió escalar la pieza de su locatario del quinto piso por esas grotescas figuras de estudiantes que rebosan de salud i alborozo, ni por aquellas niñas juguetonas que son el encanto i surcen las medias de los Apolos de la *Chaumière* (1).

Adolfo estaba siempre solo, grave i pensativo; ignorábase de dónde venia, adónde iba i lo que hacia; pero como tenia una mirada dulce i un acento afectuoso, como no se le conocían acreedores i como, ateniéndose al dicho de su portero, pagaba regularmente su trimestre, los vecinos le guardaban una alta estimacion. En cuanto a las flechas inflamadas que le asestaban amenudo los tiernos ojos de ciertas vecinas, iban siempre a embotarse en la coraza de impasibilidad de que estaba armado el bello misterioso.

(1) Lugar de recreo en París donde se reúnen los estudiantes i *grâtes* para bailar animados de una alegría franca i estrepitosa.

Aunque jóven, Adolfo habia sufrido mucho, i en las agitaciones de la gran capital habia venido a buscar el olvido de sus padecimientos. Allí, a lo ménos, podia ocultar el pasado sin que ninguna mirada indiscreta viniese a despertar la amargura amortiguada. Allí a lo ménos, al traves de fuertes luchas, podia abrirse las sendas de una vida nueva. Adolfo habia vivido siempre por el corazon: solemne necedad! I si no, decidme: ¿a qué puede conducir la vida de corazon, la verdadera vida, en esta sociedad facticia i vanidosa, inflada de egoismo i de vicios? El corazon es un instrumento demasiado dulce para ser útil en esta ridícula i sombría partitura de la vida que la orquesta humana no puede ejecutar sino con los instrumentos mas ágrios i estrepitosos; i Adolfo, bardo melancólico, habia apurado mucho tiempo las armonías solitarias de su laud ininteligible. Creyendo que desafinaba, unos se taparon los oídos, otros le silbaron. Solamente entónces comprendió Adolfo la vida; despedazó su laud. No quiso ya sentir, quiso gozar. Jamas habia mentido en amor;—¿no era este el medio infalible de ser siempre engañado? En verdad os lo digo, Adolfo fué un gran necio. El pobre muchacho se habia imaginado que el amor,—(perdonadme, querida lectora, si a propósito de la palabra amor abro un paréntesis que hareis mui bien en saltar, vista su extension i la poca analogía que tiene con la mui verídica i fastidiosa historia, que tuvo la desgracia de empezar i que quiera que no quiera debo de concluir. Os confieso que me seria infinitamente mas grato mirar las gotas de agua deslizarse por mis vidrieras, soñando en vuestros dulces ojos,—sea cual fuere su color; pero)

PARÉNTESIS FILOSÓFICO.

El hombre, segun Zoroastro, es el milagro de la naturaleza; el *schinak* de la presencia divina, segun San Crisóstomo; la imájen de Dios, segun Moisés; el rayo de la divinidad, segun Platon; la marabilla de las marabillas, segun Aristóteles; el compendio, el epitome del mundo, segun Plinio; un microscomos (mundo pequeño) segun..... no sé quién.

O Zoroastro! O Platon! O sábios i santos hombres, antorchas de la humanidad, siempre pronuncié vuestros nombres con admiracion; pero me dan ganas de reir (con aquella risa sombría i muda que debia tener el Eclesiástico cuando meditaba en las vanidades de este mundo),—me dan, digo, ganas de reir cuando veo vuestra marabilla de las marabillas cruzar el océano de las edades, como la espuma fosforescente que nace i muere con la ola. Oh! por mas que nos enderezemos con nuestro orgullo humano, somos i seremos siempre pigmeos ante el tiempo i la muerte!

I por esto, señoras, consideraudo que sois tan poca cosa i de tan corta duracion, debeis consolaros pronto de ser tan poco amadas i tan presto olvidadas, a fin de daros tiempo de amar aun i de olvidar a vuestro turno. Dudad de vuestros amantes; pero no dudeis jamas del amor. Recordad siempre que si el mundo está lleno de falsos amantes que hacen el amor empalagoso, no es por culpa de este sentimiento tan dulce i tan fecundo, cuando es verdadero.

PARÉNTESIS ERÓTICO.

En Inglaterra, el amor es frío como su cielo nebuloso que por acaso sonríe a leiones humeantes de tubós de chimenea. En esta orgullosa Bretaña, tan célebre por las calidades de su barniz de botas i por las proezas de Wellington, el héroe de la famosa batalla de Watterloo (*que Blucher i sus prusianos ganaron*); en este país de fábricas i de caminos de hierro, donde Byron ni siquiera quiso cantar, donde Dryden i Chatterton murieron de hambre i de desesperacion; en esta antipoética Albion, las blancas *ladies* hacen el amor con la punta de los dedos i pinchándose los lábios. Estas pulidas muñecas de resorte desecan el corazon con su mímica púdica i sus inefables delicadezas platónicas.—En Inglaterra el amor empieza por una guiñada de ojos i concluye por la asfixia.

En Italia, el amor empieza por un paseo en góndola en una noche de luna i concluye amenudo por un plato de macarrones, hábilmente sazonado con arsénico.—Pero se ama.

En España, el amor empieza por un bolero i amenudo concluye por una puñalada.—Pero se ama.

En Francia, esta infatigable máquina de lindas baratijas i de terribles revoluciones, el amor empieza por una agudeza i concluye casi siempre por una carcajada. En Francia se ama eternamente,—durante quince dias. Pero se ama i se rie.

En Santiago de Chile, se ama con la punta de las pupilas, lo que es tan ventajoso para la moral como para los maridos. ¿Acaso puede amarse de otro modo en una ciudad donde hai tan pocas puertas de calle en las casas, tantas rejas en las ventanas, i tantas malas lenguas a caza de escándalos, en una ciudad donde la *confianza* es tal que los domésticos asoman en todas partes sin que se les llame i las visitas sin que se les anuncie? En cuanto al marido, es bastante cómodo; ni siquiera se toma la molestia de ser zelozo, i deja al arbitrio de su jóven esposa coquetear con Fulanito o Menganito, porque sabe que una pasion séria no puede desenvolverse en medio de esta vejetacion parásita de impedimentos sociales i locales que garantizan su frente contra la mas incómoda de las vejetaciones? Así, pues, en Santiago de Chile no se ama, *se embroma.... no mas*; el amor comienza aquí por un piropo i concluye por un chisme, lo que no quita que las santiaguinas sean mui agradables de cerca, i mui lindas de léjos como de cerca; i puedo avanzar sin temor de ser desmentido por los conocedores, que las Chilenas exceden a las Europeas en la belleza de la tez i en la armonia de las facciones: tienen ademas en la intimidad un abandono tan franco i tan graciosas atenciones, que a veces desespera verdaderamente no poder ser amado de ellas sino con la punta de las pupilas.

¿I qué prueba esto?

Esto prueba que ya que las *tortolillas no caen sazonadas en nuestra bo-*

ca, es necesario tener mucho cuidado de no gastar la pólvora en salvas.

Mi gentil lectora me permitirá que bese sus manos con la punta de mis pupilas, i que la conduzca a una conejera donde encontró Adolfo algo mejor que conejos.

(Concluirá).

FERNANDEZ RODELLA.

EL TEATRO LÍRICO DE SANTIAGO.

El teatro principal ha continuado las funciones líricas de abono con todo el aparato i lucidez que era de esperar de la inteligencia i buen gusto del empresario i demas directores. Se nos ha dado en ménos de 10 funciones seis óperas diferentes: *Lucrecia*, *I due Foscari*, *Lucia*, *Chi dura Vince*, *Belisario* i *el Barbero*, composiciones todas del mas elevado mérito, i que gozan de la mas alta reputacion en el repertorio del teatro clásico italiano. Con esta sola coleccion de seis piezas, bastaria para que una compañía regularmente montada, llenara en cualquiera de los mejores teatros europeos una temporada de cuatro o seis meses de trabajo; pero no sucede así entre nosotros, porque las exigencias de nuestro público, hacen precipitar la exhibicion de piezas que necesitarian seis u ocho ensayos mas de los que se les dan para que fueran representadas con toda la confianza que el artista debe teuer en la posesion de su papel.

¿En qué consiste que nuestro público sea mas exigente que otros, que necesite mas variedad en los espectáculos i que no se contente con seis u ocho óperas distintas en una temporada de cuatro o seis meses? He aquí una cuestion que segun nuestro entender no tiene una solucion satisfactoria. No será seguramente porque llegamos a comprender mas pronto que los demas todo el mérito que encierra una composicion lírica; tampoco será porque no tenemos la poblacion suficiente en nuestra capital para que un teatro lirico se mantenga sin decaer; porque en otras par-

tes suceda que cuando no vuelva el que vió una representación, hai otra seccion de pueblo que se quedó sin oirla i que va a la segunda, puesto que entre nosotros tambien pudiera suceder lo mismo. El hecho es que sucede lo que sucede, i que es difícil explicar la causa de semejante acontecimiento. Preferiremos siempre pensar que hai algun otro motivo que no se relaciona con la falta de gusto por la mas encantadora de las bellas artes; arte que, por la perfeccion a que ha llegado en nuestros dias, ha merecido elevarse al rango de las ciencias en que trabaja el espíritu humano. Sensible nos fuera pensar que esta noble composicion que reúne en sí todas las gracias, primores i hechizos de las bellas artes, que ofrece la mas noble, mas racional i encantadora diversion a todo hombre culto i sensible; i ea fin que ejerce sobre él con poderoso imperio la mas albagüena majia para elevar su alma, distraerla i divertirla con fruto, fuese un espectáculo cuyos hechizos no nos halláramos capaces de gozar.

Tenemos actualmente en Santiago la mas completa de las compañías líricas que nos es dado poseer en la América del Sur, i no nos causaremos de llamar la atención de nuestras autoridades para que protejan con todos sus esfuerzos las representaciones teatrales. La decadencia de los teatros envuelve la decadencia de la cultura i del refinamiento sociales. Es preciso formar el buen gusto, como se forman los hábitos i las buenas costumbres. La autoridad debe pensar seriamente en esto, porque dia vendrá en que circunstancias casuales unas i necesarias otras a nuestro modo de ser, hagan que la juventud desierte los teatros, se halle privada de los goces i placeres puros que aquellos ofrecen, i se abandone talvez a buscar otros que dañen la moral del pueblo, haciéndole contraer hábitos perniciosos que solo el trascurso de los siglos consigue a veces hacer desaparecer.

Los espectáculos líricos sobre todo merecen mas que otro alguno de una proteccion especial. Por lo ménos donde quiera que haya un gusto formado por ellos, se ha debido a los teatros que han funcionado siglos enteros a costa de los gobiernos, i es demasiado pedir en sociedades nacientes, que todo salga del bolsillo particular. Nosotros creemos que el pueblo al depositar sus caudales en manos de sus hombres de estado, no les impuso tampoco la obligacion de que los emplearan en ciertas i determinadas cosas, excluyendo otras de que espera tambien un beneficio, sea próximo o lejano. ¿Por qué no incluir en los presupues-

tos una partida que se destinara al sosten de un teatro? ¿no hai una para la academia de pintura? ¿no hai otra para una quinta normal de agricultura? ¿no hai otras i otras para el fomento de tal o tal ramo de industria o de ciencia? Porque se cree que el cultivo de la música, el del arte dramático o lírico no merece, como cualquiera otro de los mas necesarios i provechosos un fomento especial i decidido. Si se objeta que bien podemos vivir sin él, responderemos que tambien podemos vivir sin pintura, sin arquitectura, sin artes i sin oficios, i sin creencias de ninguna especie; porque claro está que nuestros antecesores los araucanos no tuvieron nada de esto i alcanzaron, como alcanzan en el dia, una longevidad que parece fabulosa. Pero todo argumento que tuviera por base el retroceso en lugar del adelanto, no parece digno de hacerse entre hombres que aspiran al engrandecimiento i a la perfeccion que está llamado a alcanzar el jénero humano.

Nos hemos distraído del objeto que nos propusimos al comenzar a escribir este artículo. Mas que otra cosa nos propusimos hablar de nuestra compañía lírica en el desempeño de su trabajo artístico. Conocidos casi todos los artistas de nuestro público que tanto ha sabido apreciarlos, son ahora tan dignos de alabanza como ántes. Los esfuerzos que hacen para complacer al público rayan alguna vez en los límites de la temeridad. Cuando se diga que en el espacio de un mes han representado seis óperas diferentes, es hacer el mas elevado encomio de sus fuerzas i de su empeñosa contraccion. Pedir mas seria pedir un imposible. Hacer lo que hacen, es ya hacer demasiado. Preferimos ver una ópera bien ensayada i bien estudiada, a exponer un artista que se cargue con el estudio de cien trozos musicales todos diferentes para que al fin, por un accidente que no será imposible que suceda, se pierda en una representacion, i desmerezca tanto el autor como el artista en el concepto del público. Acaso la enfermedad de la primera dama, la S.^{ra} Rossi, se debe al trabajo excesivo que se ha tomado recién convaleciente, por este empeño de variarle piezas al público.

El repertorio de la compañía es de los mas escojidos i numerosos. De las seis óperas representadas, una de ellas es enteramente nueva en Santiago; hablamos de *Chi dura Vince*, compuesta por Ricci el célebre autor de la Clara; de las demas hai tres de Donizetti, una de Verdi i otra de Rossini.

En el Belisario como en la Lucrecia i la Lucia, ha vuelto el pú-

blico a escuchar tres composiciones de su predileccion; acaso las reminiscencias que de ellas conservaba, no han impedido que vuelva a gozar de las primeras impresiones recibidas i de otras nuevas. La S.^a de Pantauelli se ha encargado por otra parte de hacer que sientan siempre las bellezas musicales aun a despecho de los que no quisieran que así sucediese. Ella es sublime en el dolor de la esposa arrepentida de Belisario, como imponente i terrible en el *desio de la vendetta* que inspiró a Donizetti uno de sus mas atrevidos conceptos i que tan buen intérprete ha hallado en nuestra mencionada artista. Dificil será hallar una actriz que reuna las prendas que en ella sobresalen, pero donde mas que nunca brilla la maestría con todo su esplendor, es en las situaciones dramáticas mas diffeiles: así es que dudamos que el *toglietemi la vita* de l final del último acto de Belisario, pueda hacerse con mas patética grandeza, con dignidad mas sentida ni verdadera.

La Lucia, que tantas cuerdas simpáticas sabe conmover i que tanto se adapta al jénero de voz i de sentimiento que sabe poner en juego la S.^{ta} Rossi, es otra de aquellas óperas que vivirán eternamente por la frescura inmarchitable de sus aires cadenciosos: es una de las mas trabajadas obras del fecundo Donizetti, i si nuestro juicio pudiera tener algun peso, diriamos que nada habia salido de su pluma mas tierno que el final del último acto, mas imponente que el final del segundo, que mejor espresese su anjélica resignacion de la inocencia que aquel último suspiro de una alma que se exhala exclamando:

Al giunger tuo soltanto

Fia bello il ciel per me.

Pocas veces ha alcanzado Donizetti la verdad de la ternura en sus cánticos: pero es verdad que todo papel que se encomienda a la S.^{ta} Rossi sacará de la voz de tan digno intérprete mas sentimiento, mas celeste melancolia que la que el autor pudo vaciar en la fria partitura, tal es la blandura de su acentuacion musical. Creemos que el estro de Donizetti se dilata fácil, abundoso i potente, cuando retrata las situaciones fuertemente dramáticas: entona mejor la trompa heróica que el laud enamorado en que nadie ha escedido a Bellini: el uno inspira i entusiasma; el otro hará derramar lágrimas de ternura a una estatua de piedra; sin que por esto dejen los dos de haber dado muestras relevantes de ámbos jéneros.

La S.^{ta} Rossi por otra parte tiene el don de adaptarse a los diferentes jéneros del drama lírico: si sabe espresar toda la melancolía de Lucía, la hemos visto lucir en la amable coquetería de la condesa de Sanviti en *Chi dura vince*, ópera de que aun no podemos formular un juicio, puesto que solo hemos podido verla dos veces. Diremos sin embargo que distinguimos el estilo vivo, nuevo i valiente del autor de *Clara*.

De todas las representaciones líricas ninguna ha sido tan bien recibida como la del Barbero de Sevilla. El público quedó agradablemente sorprendido cuando supo que iba a oír el suspirado Barbero, i decimos suspirado, porque esta es una pieza que se ha hecho popular en el universo entero. En valde pasan por ella los años i los años; siempre se encuentra que admirar en ella. En vano tambien se hacen esfuerzos por superarla; apénas se presentan imitaciones mas o ménos felices de esta obra inmortal: la fuerza de su lozania es *imperecedera*, los conceptos musicales son tan nuevos hoy como el día en que se compusieron, tan frescos, tan vivos, tan graciosos i picarescos como las situaciones mismas que retratan. No conocemos una ópera de este jénero que se atreva a rivalizar con el Barbero: en virtud de ser oída i oída mucho, podrá llegar a ser aprendida de memoria i se deseará ver otra del mismo jénero que ciertamente agrada i entusiasmará si se quiere; pero no sostendrá el parangon con ventaja. El inmortal autor del Barbero, tiene la gloria de haber hecho la obra maestra del siglo en el jénero bufo. Solo Rossini era capaz, entre todos los compositores modernos, de haber dicho ¿quereis que os componga una ópera italiana, donde encontréis todo lo que tiene de orijinal la música española? ¿quereis que os dé una quinta esencia de aquellos trasportes sorprendentes i felices que solo los españoles son capaces de imaginar? ¿quereis que popularize con la lengua de todos los países i de todas las épocas, con la lengua musical que aprendí mas que de mi maestro, de la naturaleza; quereis que popularize, mejor que Beaumarchais, todas las situaciones de una comedia de costumbres? ¿quereis que lo supere en la representacion de la verdad? ¿quereis que las diversas impresiones de una astuta enamorada, de un viejo celoso, de un intrigante, de un hipócrita, de un galan apasionado, haga que en los sonidos que voi a combinar las encontréis tan vivas, tan palpitantes como en el alma misma de las personas que las sienten? Pues todo eso voi a daros en el Barbero; i mas que eso, porque entre torrentes de

armonías i de melodias, voi a mostraros como, con dificultades o sin ellas, el arte del maestro consiste en saberlas aplicar donde débén hallarse, para que resulte el bello conjunto de lo que se llama una obra inmortal.

Así sucedió: es tan bello el Barbero como difícil de ejecutar, sin que esta dificultad aparezca a primera vista, tal es el primor con que ha sido compuesto. Se necesitan maestros para cada uno de los papeles que contiene, por mas que con la aparente facilidad de sus entonaciones, muchos se crean capaces de ejecutarlos. Nuestra compañía, como otras veces, ha dado pruebas de su indisputable competencia para representar el Barbero, i la orquesta otra prueba mas de la posesion del arte, cuando con un par de ensayos solamente, se atrevió a dar la representacion del domingo, donde se halla el final del segundo acto, que para los violines equivale al concierto mas difícil. Si en aquella noche, como en algunas de las pasadas, notamos algo no mui digno de recomendacion en los instrumentos de viento, esto proviene sin duda del poco estudio que deja la rapidez con que se varian las piezas, a los maestros de la orquesta. Con mas cuidado i mas estudio, los instrumentos de viento adquirirán mas seguridad i producirán sonidos mas dulces. Por lo demas, Rossina estuvo inimitable. Zambaiti en el papel del conde, mostró que no hai dificultades que no se atreva a vencer el primer tenor de la compañía. En prueba de que Lanza es el mismo que siempre, fué llamado a repetir su aria favorita, cosa que hubiera sido justo pedir tambien a la primera del Barbero, donde Bastoggi dió testimonio de que es un excelente actor para lo bufo i lo sério. El público desea volver otra vez a oír a la señorita Alaide Pantanelli que tambien sabe disfrazar sus quince años, bajo el peluquin empolvado de los cincuenta, i al simpático Grandi. Por esto no estará demas una próxima repeticion del Barbero.

Aplaudiendo el esmerado celo de la empresa i los esfuerzos de los artistas, les deseamos toda la proteccion que se merecen por parte del público i de las autoridades.

A LA MUERTE DE NAPOLEON.

ODA DE ALEJANDRO MANZONI.

A MI AMIGO H. DE IRISARRI.

El fué! Cuál queda exámine
Dado el final lamento
Del alma grande huérfano
El cuerpo, en el momento;
Asi al anuncio atónita
La tierra muda está:

Pensando en la hora última
Del hombre del destino
I duda si otro impávido
Pié de hombre, su camino
De roja sangre aun cálido
A pisotear vendrá.

Al verle en solio fúljido
Mi jenio enmudeciera,
Cuando, celaje rápido,
Cayó, se alzó i hundiera:
Su voz, al canto unánime
No se mezcló jamas.

Virjen, de encomio pérfido
I de baldon mezquino,
Se alza inspirado al súbito
Morir del sol divino
I entona en su urna un cántico
Que vivirá quizás.

Del Alpe a las Pirámides,
 Del Manzanar al Reno,
 Al par que los relámpagos
 Lanzaba el rayo i trueno,
 Que desde Scila al Tánaïs
 Cruzaron todo mar.

¿Fué gloria cierta? Júzguele
 Posteridad. La frente
 Inclínemos al Máximo
 Que quiso en esa mente,
 De su creador espíritu
 Mayor muestra estampar.

El anheloso júbilo
 De un grande pensamiento,
 La ansia de una alma indómita
 Que aspira al rejio asiento:
 Lo obtiene, i logra un premio
 Que era sueño esperar;

Todo probó. La gloria
 Mayor tras del encono,
 La fuga i la victoria,
 El destierro i el trono,
 Dos veces en el légamo
 I dos sobre el altar.

El se nombró: dos siglos,
 Ambos luchando a muerte,
 Sumisos a él volviéronse
 Para esperar su suerte:
 Silencio, dijo, i árbitro
 En medio se sentó.

Cayó.... I en estrecha insula
 Pasa en ocio su vida;
 La envidia en ella cébase
 I la deidad caida
 Es blanco de odio i lástima
 I de invencible amor.

Cual pesan sobre el náufrago
 Las ondas que le alzaban,
 Las mismas ¡ai! que al mísero
 Remotas señalaban
 Las deseadas márgenes
 Donde llegar podrá;

Así pesaba el cúmulo
Sobre él de las memorias!
Tentó escribir las páginas
De sus propias victorias
I en la hoja cayó trémula
Su mano inerte ya!

¡Cuántas veces altácito
Finar de tarde muda,
Bajando el ojo de águila
Ambos brazos anuda,
Calla, i piensa en los prístinos
Días de su poder!

I ve las tiendas móviles,
El valle conmovido,
Las ondas de su ejército,
El pabellon temido,
El concitado imperio
I el presto obedecer.

Quizás a tantas pérdidas
Creyó no hallar consuelo,
Desesperó; mas válida
Mano bajó del cielo
I a una rejion mas cándida
Piadosa le llevó.

Condújole al magnífico
Sendero de esperanza
Al campo, donde espléndido,
Su premio el justo alcanza,
Donde es silencio lóbrego
La gloria que pasó.

¡O fe de triunfos ávida,
Fe de inmortal grandeza!
De un nuevo triunfo gózate,
Que mas soberbia alteza
Al deshonor del Gólgota
Jamás se prosternó.

Tú, de su yerto túmulo
Calumnia vil separa;
Dios que affije terrífico,
Que consuela i repara,
De su lecho funéreo
Al lado se posó.

GUILLERMO MATTA.

CRÓNICA.

SANTIAGO, MAYO 15 DE 1850.

Creíamos terminada la cuestion promovida por uno de los antiguos redactores de esta publicacion sobre su verdadera pertenencia. El Sr. Lastarria no la ha costeado jamas i sabe que durante un año, mediante su inspiracion, el número de suscriptores ha bajado a treinta. ¿De dónde viene pues su derecho? Si la gloria puede a veces conseguirse a buen mercado no sucede lo mismo con los tipos; i los talentos de un escritor cualquiera no bastan a indemnizar a un editor ni ménos a sujetar el torrente de abonados que se va. Pero no pudiendo hincarnos el diente por ese lado, el diario del Sr. Lastarria ha querido probar que nadie puede suceder a este señor i ha marchado contra nosotros para deslumbrarnos con la gloria del Sr. Lastarria como un barco chino cubierto de farolitos pintados. Parece que le ha llegado el momento de la decadencia a nuestro gran orador fanfarron puesto que se ha metido a hacer su propio panejirico en un lirismo del mas sonoro acento. ¿Quién puede hacer mejor ese papel? Al ojo de su amo engorda el caballo, ha dicho el Sr. Lastarria i se ha puesto día a día a darle de comer a su ambicion, a cubrirse de coronas la frente i a echarla de valiente, de provocador i calumniador. Siempre que nosotros hemos escrito, jamas hemos atacado sino las doctrinas; en la parte que nos ha tocado

contra el ministerio de setiembre nunca salimos de los límites i desde el mes de Junio hasta hoy no habíamos abandonado la prensa. ¿En qué escrito están] pues esas injurias i esas ideas retrógradas? Hasta el año 44 en que salió del país para no volver en 5, el actual escritor de la *Crónica* había escrito en el *Progreso*, en el *Crepúsculo* i en el *Siglo* que él fundó, i que enterró Lastarria mediante ese gran tino que se le conoce en cuanto pone i mano. ¿De dónde ha sacado el diario de Lastarria esos cargos contra mis principios i mi carácter? Citense hechos i no se valgan de la irresponsabilidad de un diario para calumniar sin fundamento. Véase últimamente cuanto se ha escrito por el que ha tenido la desgracia de atreverse a brillar en el lugar luminoso del Sr. Lastarria, i no hallarán jamás una línea que no esté en consonancia con la verdadera crítica i sobre todo con la libertad de principios en política i la independencia mas universal respecto a las personas— Nosotros queremos una verdadera representación del país, queremos diputados que se hagan un honor de haber sido elegidos por el pueblo, funcionarios que no teman mancharse sirviendo a una administración honrada, hombres públicos escalando el poder con sus grandes servicios, con sus buenas ideas, ciudadanos en fin, que en la paz den su voto libremente i que en la guerra paguen con su persona en el peligro. No queremos como el Sr. Lastarria i su camarilla una lei electoral injusta i arbitraria, una lei que hace un crimen del trabajo, una lei que constituye una oligarquía para quien la ciudadanía es un privilegio, no queremos como ellos una lei de imprenta hecha contra la industria misma, una lei que tiene cuidado de ligar toda mano, de enmudecer todo labio para hacer reinar la libertad de escribir i la de pensar en un desierto, no queremos como ellos la injerencia del poder ejecutivo en las elecciones para hacer ostentación de la desvergüenza i del cinismo en los bancos parlamentarios.— Queremos reformas pero queremos tambien hombres, no queremos palabras sino hombres con ideas, no queremos entregar a un lotería la suerte del país ni conquistar en un trastorno a costa de la vida de un ciudadano un derecho disputado.— Queremos la union de todos por la igualdad no por el privilegio i el antagonismo como lo hace V.; queremos que haya ricos, para que la jenerosidad por la caridad privada o pública llegue al desvalido; queremos que el trabajo sea una prenda de honor i que tenga tantos derechos como la fortuna, queremos que no haya un hombre honrado en toda la República que no pueda ser elector i e-

lejible, que no pueda decir en todo acto de su país, en toda manifestación de su soberanía, «El estado soy yo», queremos que ni para hacerse matar haya privilejio i que todo el mundo sea soldado; que el que hace la lei solo puede defenderla como se debe. Queremos tambien la libertad comercial, abrir nuestros puertos a todos los frutos extranjeros i que no llegue un solo ciudadano de otros países sin encontrar una mano jenerosa i una nacionalidad hospitalaria. Por un patriotismo mezquino i zeloso jamas se pulirán las costumbres i la desconfianza será la confianza jeneral; i ese patriotismo estrecho, envidioso es el que habeis levantado con vuestras leyes aduaneras, con vuestra odiosidad a los extranjeros i vuestra antipatia a todo lo que no es explotar las preocupaciones. ¿Pueden llamarse reformadores los hombres de la oposicion? ¿Dejando a un lado las personas, hai alguno que por sus ideas comprenda alguna reforma fecunda, que en los largos años de aprendizaje haya siquiera insinuado un gran proyecto? Les han faltado ideas i cuando han llegado al poder no han visto nada a su rededor, nada, absolutamente nada; han marchado a ciegas galvanizados por el interes cuando mas. Qué ha hecho el Sr. Garfias, uno de los jefes de la trilogia opositora? cambiarse así mismo, darse por liberal despues de haber atacado la libertad a sangre i fuego. Pero en fin es algo esa reforma si no ha de volver a Aconcagua; no sé si ha necesitado ayunar para creer de nuevo o si como Chateaubriand ha dicho *Lloré i creí*.—El Sr. Lastarria esta especie de Jano con cuya fisonomia saliente hemos de topar siempre, en Historia, literatura i política ¿qué ha llevado a cabo despues de tanto trabajo, tanto talento i tanta influencia?—Apoyar la invencion del diputado Gonzalez, convertir el trigo en moneda circulante, atacar la lei de imprenta con otra peor, reformar la lei electoral con otra pésima, atacar las facultades extraordinarias falseando la Constitucion; alabar esta en su cátedra, en la *nota* de su vida pública a los rancagüinos i luego negarla. El Sr. Lastarria tiene opiniones mui raras segun por el camino que uno se echa para encontrarse con él; se parece a los dioses términos. Garfias, Lastarria, Garcia, Santamaria, Errázuris, Gonzalez, Tagle, Eizaguirre, Tafaró. ¿Hai aquí algun nombre que signifique algo? ¿Hai algo bajo estos nombres que no signifique ruido, bulla, vaciedad? Algunas veces la oposicion hace un alboroto infernal i reparte como otro Eolo sus vientos aprisionados; entónces cada hoja de papel es una página sibilina, ardiente, que cae en manos del pueblo como

una arma de fuego, palabras proféticas en que se habla a la pasión, a la peor de todas, a la de la miseria que tiene del destino, del tiempo i del hombre; pasión rencorosa que envenena al que la alimenta. Pero toda esa bulla, esas maldiciones, esos rencores, toda esa revolucion no existe mas que en el papel i en las cabezas vacias de sus inspiradores, que a falta de sesos se han metido cascabeles en el cerebro. Como si los ratones pudiesen asustar al gato con esa maquinaria ruidosa. Es preciso que todos esos revolucionarios tengan un miedo espantoso para comenzar a ensordecerse tan temprano; deben estar turbados por punzantes remordimientos o estorbados en su marcha por pronósticos siniestros i fantasmas aterrantes e inmensos.—

Hemos principiado por un hecho personal que a su tiempo justificaremos; no volveremos a responder en adelante en cuanto a las ideas retrógradas que se nos suponen: ahí estan, cedemos al señor Lastarria nuestra reputacion de escritor algo agujereada ya como un manto de escaso abrigo i sin hacernos un título de nuestros servicios, solo queremos conservar los que el carácter i una independenciam conocida nos permiten.

Soy en la prensa un voluntario algo indisciplinable, trabajoso para el ministerio i la oposicion; con un gran desprecio por los hombres que me atacan i sin necesidad de protectores, ni temo, ni espero. Critico las doctrinas i los hechos sin mezclarme en el honor de nadie; la politica pertenece a todos i siquiera como a ciudadano ya que no como a escritor debe concedérseme el derecho de pensar.—

La acusacion que se me hace es pues injusta. Yo no tengo que trepidar en la eleccion de las personas que pueden hacer adelantar al pais. Si los Sres. Tocornal, Garcia, Varas, Montt, Perez, Vallejo, Lindsay, Talavera, Hurtado, etc. etc., me inspiran mas confianza que los hombres de la oposicion, es porque los creo mas intelijentes i en igualdad de promesas mas capaces de cumplir. Puedo engañarme entre dos partidos que prometen libertad; este engaño no hará mal ninguno a mis ideas politicas; la oposicion no cree en sus reformas, porque no tiene ninguna bandera que presentar al pueblo; humilla al trabajador sin fortuna i en su guerra contra los ricos concede al oro el derecho de votar. ¿Es esto igualdad?—F. M.

Exterior.—Las noticias europeas faltan por ahora i aunque no deben esperarse grandes desenlaces todavia, sin embargo, las cosas

estaban en Francia en un pié alarmante; entre una infraccion de lei o una insurreccion. El gobierno sin mas apoyo que un nombre quiere cambiar la constitucion i ha hecho sostener por sus diarios la necesidad de una revision de la constitucion contra ella misma. La fuerza decidirá esta cuestion ¿quién será el Alejandro que corte este nudo? Entre Bonaparte i el pueblo media todo un acontecimiento i solo la providencia podrá saber cuál de los dos brazos conseguirá el triunfo.

La Inglaterra se ocupaba en preparar la grande exhibicion de las obras de industria de todas las naciones en 1851. I al ver la invitacion que se hace a Chile de tomar parte en esta feria universal un sentimiento de tristeza nos sobrecoje. ¿Cómo podrá Chile irse a presentar a este duelo de las rivalidades industriales? ¿Quién intoducirá a este pobre Chile con su poncho i su sombrero de paja a este palacio de la industria?—Chile es un antiguo inquilino de la España que no quiere mas que un manojo de trigo i un buen caballo para ser feliz; parecido en esto a los reyes pastores, a esos magnates de oriente que contaban la importancia de su poder por la cantidad de animales, debe enorgullecerse de esa riqueza primitiva i debe glorificar su orgullo de agricultor estendiendo, protejiendo la agricultura con toda especie de fomento. La tierra es un fundo inacabable, el sudor del trabajo la renueva; déjese a otros la gloria de la industria con tal que Chile se cubra de espigas doradas i brille de un extremo a otro como una alfombra de oro i de esmeralda. La reparticion de los dones del Creador ha sido hecha por la fortuna, esta diosa fujitiva que apenas rasa con las alas de sus pies los mundos, cuya linda cabellera no aprisiona el viento, que nadie contiene en su vuelo, marchando caprichosa i dejando caer la riqueza, las coronas donde quiera. A Chile le ha tocado una bella parte en esta reparticion i sin envidiar las porciones de los otros debe invitarlas, llamarlas a su seno, cambiando sin egoismo.

Las noticias de California son favorables al comercio. Pero aunque los buques llegan a estos puertos con riqueza, no hai uno de ellos que no haga elevar un clamor de indignacion contra la mezquindad, la avaricia de los armadores.—A la escasez i mal estado de los alimentos se reúne la multitud de pasajeros que se admite en los buques: los hombres vienen como arenques, i una nave de California es peor que un buque negrero. Es un descuido imperdonable esta tolerancia homicida que concede a los particulares el derecho de sofocar en un buque 100, o 150

pasajeros; cada buque entra con algunos muertos, con muchísimos escorbutados i con todos descontentos; es una peste dorada, si se quiere, esta contaminacion; pero la autoridad no debe contar con el zelo del interes individual, la moral de los capitanes i la jenerosidad de los armadores.

La correspondencia de los Estados-Unidos se ha alojado por mucho tiempo en Panamá por falta de un tratado postal. El Sr. Wheelwright ha hecho propuestas ventajosas al gobierno i se han desatendido. Tal vez quiere el gobierno hacer una reforma postal en un sentido democrático, igual a la de Peel en Inglaterra. Entretanto la correspondencia que no está franca de porte quedará en Panamá esperando a sus lectores.—Se habla de nuevos veneros de oro en este pais.

El Perú no nos ofrece nada de sorprendente. Algunos piensan que habrá un tercero en discordia que se arrebate la presidencia. El mayor número de electores está por Echeñique, sin embargo. Con la introduccion de chinos en este rico pais, quién sabe si no se interna tambien el gobierno chino, porque el Jeneral Vivanco por lo amigo de estrellas parece un digno imitador del cielo i de la China i capaz de fundar un imperio celeste con mas constelaciones que jenerales tiene el Perú.

Bolivia permanecia en su agitacion electoral. Se creia jeneralmente que la oposicion tuviese algunos diputados. El jeneral Belzu hasta aqui no bambolea, a pesar de sentirse en Bolivia los enredos de los Ballivianistas; o la tela es mui sutil para araña del tamaño de Belzú, o quizás no existe la tela. Sabemos que el conato de Belzú es darle puerto a Bolivia, no por la usurpacion como Santa-Cruz i Ballivian, sino por tratados, en medio de la paz i por el interes del Perú i Bolivia. Debe sacrificar sus resentimientos de partido a semejante empresa i creemos que el gobierno de Chile debia enviar un diplomático para favorecer tales miras.

Interior.—El gobinete de abril acaba de nombrar de intendente al Diputado Ovalle. Este nombramiento se hacia desear con necesidad, porque nunca mas que ahora se ha hallado descuidada la policia de aseo i de seguridad. Casi en el centro de la ciudad, a la entrada del Campo de Marte, se han presentado malhechores armados; algunos de estos han sufrido balazos de los pasantes, que han podido escapar a fuerza de coraje i presencia de ánimo. ¿Se puede creer semejante abandono en la capital des-

pues de tantos años en que no se oía relatos de tal especie? ¿Qué fatalidad está unida al jefe de esta provincia, que no haya uno que no baje mal con el gobierno, con los vecinos i hasta con los municipales? El aseo, la salubridad, la seguridad, no son cosas de pequeña importancia para que se olviden, o se dejen a sabiendas como lazos de partidos para entregar la ciudad a la incuria i al pillaje, a la putrefaccion i al salteo. —El Sr. Ovalle i los actuales rejidores harán, si lo desean, una buena accion en beneficio de nuestra capital, si dejando sus reacillas de partido se contraen al objeto de su mision. El nuevo intendente deberá activar el zelo de sus subalternos i quizá remover obstáculos de consideracion, si quiere que su autoridad esté presente en todas partes donde haya un pobre que socorrer i una riña que reprimir.

Pero una de las cosas que ha hecho sensacion es una carta del Sr. Garfias, enviado extraordinario del club opositor cerca del actual ministro del Interior. El rei de los Hunos no se habria presentado con mas desplante; el Sr. Garfias iba a pedir garantias, a transijir, en una palabra, con el Ministerio de Abril; queria destituciones, él que apoyaba a Santa Maria i Garcia; manifiesto politico, él que solo ahora ha venido a decir que es liberal, él que desde Portales ha venido minando todos los ministerios para llegar a ocupar el puesto de Valparaiso. Era necesario que el representante de la oposicion hubiese dicho que el que hablaba asi no era Garfias, que era otro Garfias, liberal póstumo, liberal bautizado por otros liberales resucitados como él. Es una curiosa ocurrencia esta escena pintoresca en que un diputado de la mayoría va a conferenciar con un ministro sobre libertad, garantias i circulares en tal sentido político. El Sr. Garfias, en uno de esos dias nublados en que se enluta el universo, debió sentir un gran peso en sus ojos i quiso abrir su corazon a la política; en su tristeza vió que el ministro no tenia un candidato oficial i que aseguraba la libertad del sufragio; a su alrededor vió que la oposicion era vigorosa, amenazante, revolucionaria, capaz de destruir todo i nadar en torrentes de sangre, i concibió esta grande idea: «Quiero dar este paso por ahorrar los trastornos i la sangre i probar al gobierno que aun simpatizo con el orden.» El diálogo se abrió como sigue:

—Hemos visto Sr. Ministro, con vuestra llegada la posibilidad de entendernos. Quereis seguir otra politica que la de Junio i nosotros queremos saber hasta qué grado llegan vuestras promesas para apoyar nuestra confianza.

—La libertad en las elecciones garantida por las leyes no es una concesion a vuestros intereses; nada ilegal se hará mientras esté en el gobierno.

—Pero ¿quién garantiza vuestra promesa respecto a la candidatura ¿i qué pensais hacer?

—Lo que yo digo es para los que creen; no quiero convencer a V., pero sepa que yo tengo mi opinion i que esta opinion personal respecto a un candidato cualquiera la tengo como V. i otros.

—Nos convendria garantizar con hechos sus intenciones. Destituir algunos intendentes i publicar un manifiesto.

—La administracion no puede desaprobar, destituir, sacrificar un funcionario leal por dar garantias a un partido politico; ella cree que sirviéndola como se debe no puede ser arbitrario i extraña que un funcionario que sirve contra sus ideas se haga una honra de pertenecer a un gobierno deshonrado, antinacional. El ministerio quiere que lo sirvan de buena fe, en conciencia, i condena precisamente al que sacrifica su conciencia al empleo. El gobierno destituye a los que contrarian sus miras politicas, a los que embarazan la autoridad, a los que lo atacan deshonrándole i calumniándole; pero el funcionario honrado, independiente en sus opiniones, que teme el contacto de su conciencia con el empleo, tiene un medio moral de poner su conciencia a la altura de su independencia:—renuncia.—El gobierno no destituye por ahora, no da manifiesto ninguno. Si la palabra no se cree, si no se confía en la lei, ménos se confiará en un escrito.

—Entónces no hai medio ninguno de avenirse. ¿No ve V. que puede resultar un mal de esta negativa? ¿No ve V. a la oposicion con la mecha en la mano? ¿No nos batimos todos en torno de un barril de pólvora?

—¿Pero quién prenderá el fósforo? V. puede tener miedo, hace V. bien en manifestármelo, porque al fin V. ha sido siempre un funcionario leal i el orden está muchas veces cerca de la prudencia, este miedo disimulado de todos los aspirantes, de todos los bipócritas. Pero voi a decirle dos palabras. Ese miedo de V. no me alarma i fuera o dentro del Ministerio mi máxima ha sido esta: «Aparentar lo ménos cuando hai mas.»—

El enviado al oír estas palabras con su rostro bajo i su mirada oblicua se embozó en su capa para cubrir mejor sus revelaciones i calentar ese secreto de una entrevista singular. Hoi esa en-

trevista es sabida de todos; la pluma del Sr. Garfias es mui diversa; ha escrito lo que no se ha hablado i ha hablado probablemente lo que no creia. Segun la carta de este señor, parece que obtuvo concesiones negadas despues; es decir que se habló mucho i no se concluyó cosa alguna. La oposicion ha vuelto a reanimarse con este nuevo arranque de libertad del Sr. Garfias; es el hombre diplomático por excelencia, el ministro de hacienda del porvenir, es el Guzman el Bueno que ha tirado al ministerio el puñal con que han de matar a la oposicion, su hija favorita por adopcion; porque, a decir verdad, si hai una mujer sin padre es esa oposicion de mil elementos en efervescencia.

Por lo demas la reunion del Congreso es lo único que preocupa a los hombres públicos. La presidencia de la Cámara es la manzana de la discordia; la mayoría cuenta i recuenta sus campeones, i siempre falta alguno. Es una nueva cuestion de vida; su cabeza pende de un hilo, pero es probable que a pesar de sus esfuerzos la mayoría se desmorone. Hai entre ellos apenas 13 unidos a vida i muerte, número fatal que a nadie hace feliz; los demas que le pertenecen son aves de paso, o personas independientes gobernadas por el capricho o por alguna relacion de familia. Despues del triunfo sobre la lei de contribuciones, este será el golpe que acabe con la mayoría. Fresco está el primero; con el segundo ya será preciso contar los muertos, todo habrá concluido en un cementerio i para algunos en una *meâ culpa*.

Bibliografía.—El Sr. D. J. Chacon acaba de publicar en el *Araucano* un recomendable himno al jeneral Kossuth, heroe i mártir de la Hungría. El sentimiento poético de este profesor de retórica se revela en sonoros acentos en toda la composicion. Para no insertar uno que otro rasgo, copiamos a peticion del poeta todo el himno agregando una estrofa que se omitió en el *Araucano*. Algunos encontrarán exajerada la pretension del autor, pero a los poetas i a las mujeres les es permitida la vanidad. El nombre de Kossuth no solo pertenece a la historia, es hijo de la gloria i mientras haya patria, valor, honor su nombre será una enseña de entusiasmo i brillará en el cielo de los libres con un esplendor inmortal. Está pues bien asegurada la inmortalidad de este héroe para que el Sr. Chacon crea necesario su esfuerzo. La simpatía de sentimientos patrióticos sienta bien en el labio sentimental del autor i no tememos decir que esta poesía es una

de las mas verdaderas i mejores del autor. Porque debemos advertir que el prurito histórico del Sr. Chacon le conduce a hacer fórmulas en verso mas bien que imájenes. Es preciso que se sujete en esta pendiente que puede llevarlo a sacrificar el sentimiento poético i la imaginacion.

HIMNO A KOSSUTH.

Hijo inmortal de la gloriosa Hungría,
 Descendiente de Huniades i Corvino,
 La humanidad te aplaude i Dios te guía
 En tu lucha tenaz contra el destino.
 Cuando el clamor de libertad alzaste,
 I al combate los húngaros llamaste,
 Aplauso tal te dirigió la Europa
 Que ardió en coraje tu valiente tropa.

Cuando en fuego patriótico encendido,
 Como otro tiempo el inmortal polaco
 En lucha desigual comprometido,
 Pusiste el pié sobre el jigante austriaco,
 Un *hurrah* inmenso resonó en la tierra,
 Que contemplaba atónita esa guerra.

Cuando el coloso de Moscovia airado
 Lanzó en tu contra sus furiosos canes
 I por las dos potencias estrechado
 Cuerpo a cuerpo batias los Titanes,
 La humanidad ardiendo en simpatia
 Con entrañas de madre te seguia.

I cuando la hora critica te llega,
 Como en un tiempo al mismo Bonaparte,
 I hallas en Gœrgey un Judas que te entrega,
 I un Czar que pide ¡o Dios! crucificarte,
 Un grito de furor el mundo lanza,

Este himno está hecho con un fin americano, para que la Europa vea que la América no duerme en la indiferencia, sino que se interesa i aplaude los nobles esfuerzos hechos por la libertad del mundo.

Se arma el Sultan, la Europa se conmueve,
La flota inglesa al Bósforo se avanza,
I a sofrenar al bárbaro se atreve.

¡Guárdeos Alá, Sultan el jeneroso,
Descendiente del noble Saladino,
Vos que arrostrais las iras del coloso
Por salvar a Kossuth de su asesino!

Vos que empeñais en tan tremenda guerra
El cetro i lei de Mahomet segundo,
Pues que es Bizancio el centro de la tierra
I el Czar con él dominaria el mundo.

¡Bendita Albion, Guardian de la Turquía,
Que equilibrando el ártico hemisferio
Salvais del Czar al héroe de la Hungria,
I oponéis dique a su monstruoso imperio!

¡Dios os lance su rayo de venganza,
Jenio fatal del gabinete austriaco,
Fantasma odiosa de la Santa Alianza,
Opresor de la Italia i del polaco,
Vos que invitais ¡o monstruo! a la matanza,
De tus hijos al bárbaro cosaco,
I que exijis del turco hospitalario
Que alze en Widim un húngaro Calvario!

¡Naciones todas de la Europa, ¡alerta!
Ya toca el ruso la sublime puerta,
Temblad que se alze emperador de Oriente,
Porque impondrá su yugo al Occidente!
¡Pueblos, alzad la jenerosa diestra,
Ved que la causa de Kossuth es vuestra!

I tú, Kossuth, ilustre peregrino,
Carga con fe la cruz de tu destino;
Ciñe tu sien de cándidas espinas,
Víctima expiatoria
Que por tu pueblo al Gólgota caminas;
Que miéntra el cuello a la cuchilla inclinas,

Tu nombre heroico pasará a la historia,
 I un hijo de los Andes
 Al mundo nuevo contará tu gloria
 I elevaráte el himno de los GRANDES!

JACINTO CHACON.

HISTORIA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1789

POR J. DE LARROSA

TRADUCCION DE J. V. V.

PROLOGO

Quisiera yo recordar un gran momento de la historia de la humanidad, un momento que ha sido el punto de partida de una gran revolución, un momento que ha sido el punto de partida de una gran revolución, un momento que ha sido el punto de partida de una gran revolución...

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

Quilibet nautarum rectorumque tranquillo mari gubernare potest: ubi sæva ortu tempestu est, ac turbato mari, vento rapitur navis, tùm viris opus est.

(Discurso de Fabio al Senado).

PROLOGO.

Quizas he cometido un error titulado esto una historia. Acontecimientos tan grandes no pueden ser mirados a tan corta distancia: es necesario mas espacio entre el ojo i el objeto. La perspectiva es una parte de la verdad en la historia; la revolucion de Febrero no estará en perspectiva hasta dentro de 25 años.

Hai otra dificultad, es la apreciacion de los hombres que han figurado en el acontecimiento i la del papel que uno mismo ha representado.

No se puede escribir esta apreciacion con los miramientos debidos, con justicia ni con imparcialidad. Expondría-se uno a escribir sus predilecciones o sus aversiones en vez de juicios; no los aceptaria la posteridad, que tendria razon. Desde tan cerca se puede amar, se puede aborrecer, es imposible juzgar.

No es esto en el fondo sino la relacion de la parte personal que he tomado en los acontecimientos. Es mi punto de vista especial en el drama. La historia podrá un dia servirse de mi libro o desecharlo, segun la fe que le merezca. Es insuficiente, pero es verdadero. No hai en esta relacion un detalle de que no hayan sido testigos de diez a cien mil hombres. Su memoria es mi autoridad. Poseo inmemorables de estos testimonios escritos.

La forma un sí-es-no-es literaria, un sí-es-no épica, de esta narracion en que hablo de mí en tercera persona, se explica por la idea que tuve al comenzarla de escribir la historia del modo algo solemne de la antigüedad, a la manera griega o romana, estilo lapidario o impersonal, único que conviene en mi concepto a las epopeyas verdaderas de las naciones. Cuando noté mi error habia redactado ya la mitad del primer volúmen. Aunque cambié de plan, he continuado en la misma forma de estilo. Es una falta de composicion no de moderacion. Ruego al lector me la perdone.

LIBRO PRIMERO.

Las revoluciones del espíritu humano son lentas como los períodos de la vida de los pueblos. Se asemejan al fenómeno de la vejetacion que hace crecer la planta sin que el ojo pueda medir su medro miéntras se efectúa. En todos los seres ha proporcionado Dios este periodo de crecimiento al de la duracion que les decreta. Los hombres destinados a vivir cien años, crecen hasta los 25 i tal vez pasados. Los pueblos que deben vivir 2 o 3000 años tienen revoluciones de desarrollo de infancia, de juventud, de virilidad, mas tarde de vejez; i estas revoluciones no duran ménos de 2 a 500 años. La dificultad para el vulgo consiste en distinguir en estos fenómenos convulsivos de las revoluciones de un pueblo, las crisis de medro de las de decadencia, la juventud de la vejez, la vida de la muerte.

Engañanse los filósofos superficiales, dicen: tal pueblo está en su decadencia porque sus viejas instituciones se descomponen; va a morir porque rejuvenece. Se ha dicho esto en el principio de la revolucion francesa, en el momento en que parecia la monarquía absoluta. Se ha dicho en la decadencia de la feudalidad. Se ha dicho en la caída de la teocracia. Dicese hoy en la caída de la monarquía constitucional. Se engañan: la Francia es jóven; pasará aun por numerosas formas de gobierno ántes de gastar la fuerte vida intelectual de que ha dotado Dios a la raza francesa. Hai no obstante un medio cierto de no equivocarse en el

carácter de estas crisis: es fijar la atención en el elemento que domina en una revolución. Si las revoluciones son el efecto de un vicio, de una personalidad, de crímenes, o de la grandeza aislada de un hombre, de una ambición individual o nacional, de una rivalidad de trono entre dos dinastías, de una sed de conquista, de sangre, o de injusta gloria de la nación, de un odio sobre todo entre las clases de los ciudadanos; revoluciones tales son preludios de decadencias, síntomas de descomposición i de muerte en una raza humana. Si las revoluciones son efecto de una idea moral, de razón, de lógica, de un sentimiento, de una aspiración, por ciega i sorda que sea, ácia un orden mejor de gobierno i de sociedad, de la sed de desarrollo i de perfección en las relaciones de los ciudadanos entre sí o de la nación con las otras naciones; si son un elevado ideal i no una pasión abyecta; revoluciones tales atestiguan aun en sus catástrofes i extravíos pasajeros una sávia, una juventud i una vida que prometen a las razas largos i gloriosos periodos de crecimiento. Este fue el carácter de la revolución francesa de 1789: este es el carácter de la revolución francesa de 1848.

La revolución de 1848 no es mas que la continuación de la primera con ménos elementos de desorden i mas de progreso. Una i otra son la explosión en el mundo de una idea moral. Esta idea es el pueblo, el pueblo que se sacude en 1789 de la servidumbre, de la ignorancia, de la preocupacion, de la monarquía absoluta; el pueblo que se desembaraza en 1848 de la oligarquía de un pequeño círculo i de la monarquía representativa de demasiado estrechas proporciones; el brote del derecho i del interés de las masas en el gobierno. Puesto que la idea del pueblo i el progreso regular de las masas en la política, por mas dificultades que ofrezca a los hombres de Estado un fenómeno democrático tan nuevo; puesto que esta idea, decimos, es una verdad moral indisputable para la cabeza i para el corazón del filósofo, la revolución que conduce i ajita esta idea en su seno, es una revolución de vida, no de muerte. Dios asiste a ella i de ella saldrá el pueblo grande en derecho, en fuerza i en virtud. Podrá tropezar en el camino por la ignorancia de las masas, por la impaciencia del pueblo, por las facciones i por los sofismas de hombres que pretendan sustituir sus personalidades al pueblo mismo; pero acabará por separar estos hombres, por sondear estos sofismas, i por desarrollar el jérmén de razón, de justicia i de virtud que Dios ha infiltrado en la sangre de la familia fran-

cesa. Esta segunda crisis de la revolucion de nuestro pais a que he asistido, es la que trato de escribir con el objeto de ser útil al pueblo, mostrándole su propia imájen en una de las horas mas notables de su historia i honrando nuestro tiempo ante la posteridad.

II.

Diré en pocas palabras las causas de esta revolucion; otros lo harán con mas estension i mas espacio. Me apresuro a comenzar mi narracion.

La revolucion de 1789 a 1800 habia fatigado a la Francia i al mundo con sus convulsiones, sus grandezas i sus crímenes. La Francia, por una triste pero natural reaccion, se habia apasionado por lo contrario de la libertad, por el despotismo de un soldado de talento. Digo talento, pero me esplico: hablo únicamente del talento de la victoria, del talento del despotismo. Napoleon que poseia este talento de los campos de batalla, se hallaba bien distante de poseer el de las sociedades. Si lo hubiese tenido, habria hecho marchar en órden la revolucion bajo sus águilas. La hizo retroceder, la rechazó hasta la edad media. O traicionó su tiempo o no lo comprendió. *Su reino fué solamente una severa disciplina impuesta a una nacion.* Fué para la Francia lo que la fatalidad es al libre arbitrio, una degradacion adorada i sublime pero una degradacion. No es grande un pueblo sino por sí propio, jamas por la grandeza del que dominándolo lo arruina. Cuanto mas se extendia la talla de Napoleon, tanto mas se estrechaban la libertad i la filosofia.

Despues de la caida de Napoleon, los hermanos de Luis XVI volvieron algo imbuidos de las ideas de 1789 i algo dispuestos a la libertad por su larga residencia en Inglaterra entre un pueblo libre. Cosa sorprendente, verdadera no obstante, fué la contrarrevolucion que cayó del trono a manos de los extranjeros con Napoleon: fué la revolucion de 89 que volvió a entrar en Francia con los viejos principes de la raza proscripta de los Borbones. Hé ahí la causa de recibirseles con la carta constitucional en la mano. La Francia reconocia en ella las doctrinas de Mirabeau i el testamento de su asamblea constituyente. Luis XVIII la observó hábilmente i murió tranquilo a la sombra de la idea de 89. Carlos X tuvo reminiscencias harto vivas de su sangre: creyó poder burlarse de la carta que encerraba cuanto quedaba a la Francia de

la revolucion. Envejeció i murió en el extranjero. Arrastró a su nieto castigado en su cuna por la vejez de ideas i por la inconstancia de espíritu de su abuelo.

III.

Luis Felipe de Orleans fué llamado al trono por la revolucion viva i coronada de 1789. Este príncipe vive en la actualidad ; pero entre el trono i el destierro hai tanta distancia como entre la vida i la muerte. Hablaré, pues, con la misma libertad con que hablaria si descansase en el sepulcro. Vivo no le he adulado. Me he mantenido respetuosamente a distancia de su reino i de sus favores: desterrado i muerto para el imperio, no le insultaré. El destierro i la vejez exigen de los corazones humanos mas respeto que la tumba. La Francia tuvo derecho de dejarle caer del trono: la historia en mi concepto no tendrá el de aborrecerle ni el de despreciarle. El hombre ocupa por sí un lugar mui elevado en el reino, i su reino ocupará tambien un lugar mui distinguido en la historia. Nada hai mas miserable que achicar las proporciones de sus enemigos. El pueblo que sucede a Luis Felipe no necesita ese subterfujio de los reyes que envilecen constantemente a sus predecesores. El pueblo es demasiado grande para medirse con un rei destronado i para dejar su talla al soberano que ha reemplazado.

IV.

Aunque príncipe de sangre, Luis Felipe de Orleans descendia de raza revolucionaria. Su padre habia participado de los mas deplorables excesos de la Convencion. Se habia popularizado, no en la gloria sino en las manchas de aquella época. Las faltas del padre eran a los ojos de la revolucion de 1830 las prendas que ofrecia el hijo. Era no obstante Luis Felipe asaz hombre de bien i asaz hábil para cumplir a la revolucion que le proclamaba rei las sangrientas promesas de su nombre. La naturaleza habia dotado a este príncipe de probidad i moderacion: el destierro i la esperiencia hicieron de él un político. La dificultad de su papel de príncipe entre los demócratas i de demócrata entre los príncipes, al principio de su vida, le habia hecho flexible a las circunstancias, paciente en los sucesos, i contempORIZADOR con la fortuna. Parecia sentir que el destino le debia un trono. Esperáun-

dolo, gozaba en una vida doméstica, retirada, modesta e intachable de las dulzuras i de las virtudes de la familia. Constantemente guardaba deferencia al rei reinante, i a pesar de ofrecer siempre una sonrisa de intelijencia a las oposiciones, no las animaba por complicidad alguna criminal. Estudioso, pensador, mui ilustrado en todas los ramos que tienen relacion con el réjimen interior de los imperios; profundamente versado en la historia; diplomático como Mazarini i Tayllerand, de elocucion fácil, inagotable, tan semejante a la elocuencia como puede la conversacion serlo al discurso; modelo de esposos, ejemplo de padres, en medio de una nacion que ansia ver las buenas costumbres en el trono; dulce, humano, pacífico, valiente desde su infancia, pero odiando la sangre, puede decirse que la naturaleza i el arte le habian dotado de todas las cualidades que forman un rei popular a excepcion de una sola: la grandeza.

V.

Reemplazaba esta grandeza de que carecia por esa cualidad secundaria que admiran los hombres de mediana proporcion i que desdeñan los hombres grandes; la destreza: usó i abusó de ella. Algunos de los actos de este hábil político le hicieron descender de su carácter hasta artificios que se hubieran reprobado en cualquier particular. ¿Cómo no lo serán en un rei? Sirva de ejemplo la deshonra con que toleró que sus Ministros insultasen una Princesa de su casa. La duquesa de Berry, su sobrina, le disputaba el trono; la dejó arrebatarse el velo de su vida privada de mujer. Si este acto, el mas inmoral de su reinado, fué cometido a fin de evitar la efusion de sangre, i de desacreditar la guerra civil, compadezcámosle. Si fué tolerado por ambicion personal, merece que se le deshonre.

VI.

Tres partidos se ajitaban al rededor de su trono: el partido republicano, a quien habia hecho arrebatarse la república en 1830 la tímida indecision de Lafayette; el partido lejitimista, que adoraba como un dogma la primera rama de los Borbones i que aborrecia la segunda como una profanacion de la monarquia; i el partido liberal i constitucional compuesto de la inmensa mayoría de la nacion. Veia este partido en Luis Felipe la transaccion viva

entre el cetro i la República; la última forma de una dinastía hereditaria: la postrera esperanza de la monarquía. No es nuestro plan narrar cómo este príncipe batió los republicanos que no cesaron de conspirar contra su reino mientras que algunos fanáticos ponían asechanzas a su vida; cómo anuló a los legitimistas que permanecieron 18 años en una neutralidad hostil a su gobierno a pesar de su longaminidad en esperar; cómo en fin maniobró entre los diferentes matices del partido constitucional, obteniendo, hoy una libertad, mañana una complacencia, i acabando por rodearse de una oligarquía reducida, corrompida, de cortesanos ciegos, de funcionarios públicos dóciles, i de electores vendidos a su fortuna.

Dueño en el interior de los partidos; inofensivo u obsequioso para el extranjero a quien sacrificaba todo por la tolerancia de su dinastía; feliz en el seno de su familia; rodeado de hijos que hubieran sido eminentes ciudadanos si no fuesen príncipes; viéndose reproducir hasta la tercera jeneracion en sus nietos que él mismo familiarizaba gozosamente con el trono; componiéndose su corte de una familia de princesas piadosas, bellas, instruidas, reverenciadas o admiradas, se le presentaba el porvenir como asegurado a su raza por su estrella, i la historia como conquistada a su nombre por herencia. Legaba a la Francia la monarquía restaurada i rejuvenecida, al mundo la paz, tres tronos europeos a su dinastía. Su verde vejez, cuyas fuerzas habia economizado la castidad de su edad madura, era el triunfo anticipado de la sabiduría sobre las dificultades de la vida i sobre la veleidad del destino.

VII.

Ved el retrato de Luis Felipe en el principio de 1848. Esta perspectiva era una realidad. Sus enemigos se confesaron vencidos. Los partidos emplazaban sus esperanzas hasta el día de su muerte. La reflexion se abismaba al contemplar tan profunda sabiduría i tan constante fortuna. Pero esta sabiduría i esta fortuna carecia de la base mas sólida: el pueblo.

Luis Felipe no habia comprendido toda la democracia en sus pensamientos. Auxiliado por ministros mas hábiles i elocuentes que hombres de Estado, habia estrechado la democracia en las proporciones de una dinastía electa, de dos cámaras i de 300,000 electores. Habia exceptuado todo el resto de la nacion

del derecho i de la eleccion politica. Habia hecho de un *censo* de plata el signo i el título materialista de la soberanía; en vez de reconocer i de justificar esta soberanía por el título divino de hombre, de criatura capaz de derecho, de discernimiento i de voluntad. En una palabra, él i sus imprevisores ministros habian cifrado su fe en una oligarquía en vez de cimentarla en la unanimidad. Es verdad que no habia esclavos, pero habia un pueblo entero condenado a verse gobernar por un reducido círculo de dignatarios electorales: estos electores eran los únicos hombres legales. Las masas no eran sino masas que conducian el gobierno sin participar de él. Gobierno semejante era preciso que se hiciese egoísta: masas tales necesario era que se desafeccionasen.

Otras faltas de entidad, efectos de la embriaguez natural de un espíritu que en todo acierta, habian contribuido a separar insensiblemente estas masas del trono. El pueblo no posee la ciencia, pero sí el sentimiento confuso de la política. Pronto conoció que la nacion se sacrificaba a los intereses de solidez i de engrandecimiento de la dinastía en nuestras relaciones con el extranjero; que Luis Felipe humillaba la paz; que su alianza a toda costa con Londres le daba a veces en Europa la actitud de la Inglaterra en el continente; que los tratados de 1815, reaccion natural pero instantánea de las injustas conquistas del imperio, llegaría con su dinastía a ser el estado regular i definitivo del Continente para la Francia; que la Inglaterra, la Rusia, el Austria, la Prusia, tomando de año en año inmensas dimensiones en los mares, en Oriente, en Polonia, en Italia, en Alemania, en el bajo Danubio, mas alla del Cáucaso i de la Turquía, la Francia a la que se le tenia prohibido engrandecerse en marina, en territorio, en influencia, descendía a proporcion en las familias de los pueblos, i se hallaba insensible i comparativamente reducida al estado de potencia secundaria. La opinion sorda o pronunciada de estas masas culpaba tambien al reino de Luis Felipe de traicionar la revolucion en el interior, apoderándose una por una de las tradiciones de la monarquía de derecho divino, en vez de conformarse con el espíritu democrático de la monarquía electiva de 1830.

VIII.

Una oligarquía parlamentaria parecia ser el ideal de este príncipe educado en la escuela del gobierno británico; pero hasta esta oligarquía era una burla en el mecanismo del gobierno. Una

Cámara de pares sin poder propio i sin independencia por la falta de derecho hereditario, era solo la sombra de un senado cuyo rei era dueño de dominar o modificar a cada instante la mayoría creando a su voluntad nuevos senadores. Una Cámara de Diputados llena de funcionarios públicos nombrados o destituidos por los ministros, no devolvía al rei sino una opinion pública a la imájen del mismo soberano. La corrupcion desenmascarada se habia hecho ya un poder del Estado. Finalmente, la paz que fue hasta entónces el beneficio i la virtud de este reino, acababa de comprometerse repentinamente por el ambicioso e impolitico enlace de un hijo del rei, el Duque de Montpensier, con una heredera eventual de la corona de España.

Esta alianza, por un interes puramente dinástico, rompía la alianza con la Inglaterra que sufría impacientemente la nacion, pero que al cabo la sufría movida por un grande interes de humanidad, de libertad de los mares, de comercio i de industria. Viendo desgarrarla de repente por un engrandecimiento de familia, la Francia creyó reconocer que este reino no era sincero sino en la ambicion, en las condescendencias atestiguadas hasta allí a la Inglaterra por su rei, que en primera ocasion se moñaría de su sangre, de sus industrias, de su comercio, de su marina, a trueque de establecer en Madrid un principe de la familia de Orleans: que hasta el mismo sistema de paz no era mas que una hipocresía de gobierno i una forma del egoismo dinástico.

IX.

El rei despolarizado desde este dia en el partido republicano por su trono, i en el legitimista por su usurpacion, se despolarizó en el partido pacífico i gubernamental por la guerra con que amenazaba a la Francia el matrimonio español. Todo lo que quedaba al rei se reducía a un ministerio elocuente en el parlamento, grato a la Corte i a dos fuertes mayorías en ambas Cámaras. Creíase el rei invencible con este personal de poder entre sus manos; ignoraba que solo disponía del mecanismo i por decirlo así del traje del país, no de la nacion. Se le habia evadido la opinion.

Hacia siete años que los hombres políticos de la oposicion ligados al sistema monárquico, pero impacientes adversarios del ministerio, agotaban sus fuerzas para reconquistar el poder en las

acerbas luchas de la tribuna. En ellas era M. Thiers el alma, la inteligencia i la palabra. Habiale formado la naturaleza mas bien que para representar el papel de tribuno de una nacion, para el de agitador intestino de una asamblea. Tenia mas puntos de semejanza con Fox i con Pitt que con Mirabeau. Sus discursos que, durante los primeros años de debilidad de la monarquía, habian contribuido tanto a consolidarla, le desarraigaban ahora de la estimacion i del corazon de la nacion. El partido republicano mui reducido en la Cámara para dejarse oír, aplaudia con complacencia los sarcásticos i espirituales ataques que contra la corona dirijia este orador. Estas agresiones, esta audacia de critica personal, parecian adquirir una autoridad de oposicion mas ruinosa en los labios de un antiguo ministro, de un antiguo amigo i de un adorador del trono; en ellos la oposicion tenia un no sé qué de sacrilego.

X.

La oposicion constante, moderada, siempre liberal, nunca personal de M. Odillon Barrot, fortificaba diariamente en el pais el sentimiento honrado i enérgico de la libertad, sin degradar tanto la consideracion i la autoridad del trono. Los lejitimistas olvidándose de su príncipe i limitándose a una guerra de desafeccion i de obstinada injuria, poseian en M. Berryer uno de estos oradores de voz atronadora, que la Providencia reserva como consuelo a las grandes causas vencidas. M. Guizot, escritor, orador i filósofo, era el hombre de Estado de la monarquía estacionaria. Su carácter, su espíritu, su talento, sus errores, hasta sus sofismas aparecian de proporciones antiguas.

Todos estos hombres viven aun a nuestro lado, los unos todavía en la accion, los otros separados de ella o en el destierro. Temeridad o cobardía sería juzgarles. No los ha colocado todavía el tiempo en el punto de vista de la imparcialidad i de la distancia. La verdad está siempre en lontananza. Al caracterizarlos hoy se correria el riesgo de faltar al respeto a su carácter o de no guardar a su alejamiento la debida consideracion. En este momento basta citar sus nombres.

XI.

La nacion pacífica en la superficie, se agitaba en el fondo. Habia una especie de remordimiento en su prosperidad que la pri-

vaba de disfrutarla en paz. Sentía que durante su sueño la robaban de una en una todas las verdades filosóficas de la revolución de 89: que se la materializaba con el objeto de arrancarla el recuerdo i la pasión de los progresos morales i populares, merced a los que había conmovido el mundo cincuenta años atrás. Su felicidad parecía ser el precio de su apostasía. Por otra parte se sentía humillada i amenazada en su existencia nacional por una política que la subordinaba demasiado a la Europa. No aspiraba a la guerra, pero sí a la libertad de acción, de alianza, de principios, de influencia propia en el mundo. Carecía de aire exterior. Juzgábase traicionada, no de hecho sino de espíritu, por la dinastía que en 1830 se había impuesto ella propia. El rei demasiado padre, no era suficientemente pueblo. La prensa periódica, síntoma cotidiano del estado del país, expresaba casi unánimemente este malestar de la opinión. Los diarios son la tribuna universal. Hombres de talento sólido, inmenso, variado, hablaban en ellos con una verbosidad inagotable, i con una audacia contenida en el público. Las leyes reprimen solo las palabras; no aprisionan el espíritu de las oposiciones i de las facciones. Escritores de alta doctrina, de polémica trascendental, habían ilustrado la prensa periódica desde Andres Chenier, Camilo Desmoulins, Mirabeau, Bonald, Benjamin Constant, madama de Staël, Chateaubriand, Thiers, Carrel, Guizot, hasta los publicistas actuales: los Bertin, los Sacy, los Girardin, los Marrast, los Chambolle, i un selecto número de escritores, pensadores, publicistas, economistas, socialistas, nueva jeneracion política, por el talento, igual al ménos, i superior por la diversidad a la jeneracion del diarismo del primer período, se disputaban el imperio de los espíritus.

El *Diario de los Debates*, que sostiene sucesivamente todos los gobiernos como representando la expresion necesaria de los intereses mas esenciales i mas permanentes de la sociedad, parecía redactado por hombres fortalecidos en el poder. Hablaba con la gravedad, la elevacion, el sarcasmo desdeñoso, i en ocasiones con la provocacion punzante de la fuerza. Parecía reinar con la misma monarquía i recordar el imperio. Los nombres de todos los eminentes escritores oficiales que lo redactaban o lo habían redactado, desde M. de Fontanes hasta M. Villemain, le daban un prestigio de superioridad sobre la prensa periódica mas jóven i mas apasionada. La amplitud i la imparcialidad de sus debates parlamentarios, sus correspondencias con el extranjero:

la seguridad i la universalidad de sus informes, lo convertian en manual de todas las Cortes i de toda la diplomacia europea. Era la nota cotidiana del gabinete de las Tullerías. Las ciencias, la literatura sublime, la filosofía, el teatro, las artes, la critica, hallábanse allí analizadas, reproducidas, vivificadas hasta en sus folletines, en los que jamas se hacia cansada la gravedad i se elevaba la futilidad con los chistes de Aristóphanes o de Stern. A muy pocas hojas sueltas les hubiera sido posible continuarse por su propia fuerza durante mas de 50 años, i formar por decirlo así parte de la Historia de Francia.

El *Constitucional* i el *Correo Frances* tenían gran parte en la lucha de la opinion liberal contra la Restauracion. Habian popularizado entre las masas la filosofía del siglo XVIII. Bajo la segunda rama ya no combatian la dinastía; atacaban únicamente a los ministros i a la mayoría de las Cámaras.

La *Prensa*, mas recientemente fundada, se habia apoderado en pocos años de un inmenso espacio de opinion. Era el electismo aplicado al tiempo: el liberalismo sin sus preocupaciones revolucionarias: la monarquía constitucional sin su servilidad ministerial. Un hombre de estilo arrojado como su talento, osaba cuanto pensaba en este diario. Sosteniendo hoy, mirando mañana, pero siempre solo. En un principio admiraba su audacia, mas tarde subyugaba la opinion. Aun reprobando su atrevida pluma el público se interesaba por ella. Una mujer, ilustre por la poesia, añadía su gracia a este poder. Todas las semanas se publicaban en la parte inferior del diario sus cartas sobre politica, costumbres i modas, firmadas con un nombre convencional. Toda la Francia estaba en el secreto. Tras de este seudónimo se leía un nombre ya célebre. Este nombre vulgarizando el aticismo, la elocuencia i el buen sentido, no hacia mas que cambiar de prestigio.

El *Siglo*, ménos elevado en tono i en ideas que estos dos diarios, se habia formado un inmenso auditorio entre el público atareado de traficantes de las ciudades i de los campos. Se le creía inspirado por el pensamiento de los oradores de la izquierda dinástica. La rectitud i la imparcialidad eran sus dos medios de triunfo. Producía mas bienes que ruido. Popularizaba el espíritu i no las formas de la República. Comenzaba la educacion de esta clase laboriosa del país que necesita de una moneda de ideas acñada i de un valor medio para sus cambios cotidianos. M. Chambolle le imprimía el sello del hombre de bien, perseveran-

te i valiente en su moderacion. Era entre sus manos el *Siglo* la sana democracia de la opinion. Era mas que un diario, era el catecismo de la Constitucion.

La *Gaceta de Francia* representaba mas bien un hombre que un partido. M. de Genoude, talento flexible e imperioso a la par, cedia al tiempo en la ilusion de sujetar en seguida el tiempo a su propio pensamiento. Nacido al mundo politico con la restauracion, sacerdote i ciudadano, discipulo i amigo de los Bonald, de los Lammenais, de los Chateaubriand, de los Villéls, habiase adherido a la lejitimidad del poder hereditario, como a un dogma de su conciencia. Para él los Estados eran familias. Se engañaba: los Estados son pueblos: i estos pueblos pasada una vez su infancia, solo están condenados a la tutela de la Monarquía i de la razon. La familia es la humanidad: el padre no es el rei, es Dios.

Solamente Mr. de Genoude i su escuela, acomodaban este dogma con perseverante artificio al espíritu del tiempo. Su lejitimidad era mas liberal que la república. M. de Genoude, multiplicaba en su diario cuanta fecundidad i táctica por un sistema pueden desplegar la actividad del hombre, los recursos del publicista, la habilidad del talento i el valor del ciudadano. Minaba todos los ministerios: permanecia aislado en su dogma i en su individualidad. Era la oposicion de derecho divino a todos los esperimentos humanos de gobierno diferentes de su principio. Aplaudia en todas las caidas: profetizaba todas las ruinas. Poseia la infalibilidad de la amenaza contra todos i contra todo. Muchos espíritus descontentos, entre los que el tiempo deja atras, se complacian en esta eterna acusacion de impotencia, i en este guante arrojado a los hombres de la dinastía. Las mas contrarias oposiciones se prestan armas conta el enemigo comun: prestábanlas los lejitimistas a los republicanos, los republicanos a los lejitimistas. M. de Genoude, no era ya un hombre sino un sistema. La *Gaceta de Francia*, superior a un periódico, representaba el anatema de la dinastía.

XII.

El *Nacional* era el diario de la opinion republicana, la piedra de toque de la futura revolucion. Con todo, no siendo todavia para las masas la república sino un presentimiento lejano, no contaba este papel en el pais con inmensa clientela. Se le leia por una especie de curiosidad de imaginacion que desea conocer lo

que le reserva aun las eventualidades ménos realizables; sátira profética mas que filosofía del partido republicano. Este diario permanecia en límites indecisos entre la aceptación del gobierno monárquico i la profesion de fé de la república. Aparecia algunas veces como en relaciones intimas con la oposicion puramente dinástica. Dejaba escapar pocas oportunidades de favorecer en la opinion las tácticas, las miras i la política de M. Thiers. Se le consideraba sospechoso de un oculto concierto con este ministro en expectativa de la dinastía; o por lo ménos de adhesion de espíritu hacia este partido.

M. Marrast lo redactaba; era el Camilo Desmoulins grave i moderado de la futura república. Jamas la facilidad, la flexibilidad, la improvisacion, el color, la imájen meridional, el chiste galo o ático, engalanaron con mas adornos artificiales el puñal de una polémica en la diestra de un Aristóphanes indolente. Su talento era el inesperado relámpago que brilla i amenaza juntamente en variados rumbos de fuego en todas las puntas del horizonte; tan caprichoso i tan hábil que divertia deslumbrando a los mismos que iba a herir. Pero el jenio de este estilo era la malicia no el rencor. Nunca imájenes sangrientas, nunca un recuerdo nefasto, nunca una provocacion fúnebre entristecieron sus pájinas. Se adivinaba bajo este talento un espíritu imparcial al extremo; hasta escéptico quizás. El deleite del artista político en vez del sombrío fanatismo del sectario: el horror de vulgaridades, el disgusto del jacobinismo, el terror de las proscripciones, la afición a las letras, a la elocuencia, a la tolerancia, a la gloria de la libertad eran el ideal republicano de M. Marrast. Su revolucion era el fuego de espíritu de un hombre de imaginacion i un benéfico corazón de mujer.

Otro diario tomaba hacia algun tiempo en la opinion un lugar estrecho pero amenazador, frente a frente del *Nacional*. Era la *Reforma*. Representaba la izquierda extrema: la república incorruptible, la constitucion democrática a todo riesgo. Pasaba por una personificacion de las inspiraciones políticas de M. Ledru Rollin i de tres o cuatro diputados importantes de la Cámara. Era la tradicion de la Convencion anulada cincuenta años despues de sus combates i venganzas: la montaña con sus rayos i sus furores en medio de un tiempo pacífico i sereno: los acentos de Danton en una academia política: un terror de imaginacion, una cólera sistemática, un jacobinismo exhumado de los cadáveres de 1794: un contrasentido a la futura república pretendiendo rehacerla

a la imájen de la primera en circunstancias mui diferentes.

La *Reforma*, para conmover mas profundamente al pueblo i para reclutar todos los hombres de accion a la jornada de la república, llegaba algunas veces a lo que se llama *socialismo*. Es decir, que sin adherirse a alguna de estas sectas radicalmente subversivas i rejeneradoras de la sociedad como el *sansimonismo*, el *furrierismo*, la *organizacion del trabajo* o el *comunismo*, la *Reforma* anatematizaba el órden social existente i dejaba vislumbrar en la revolucion política, una 'revolucion' del proletariado, del trabajo i de la propiedad. Pero este diario, repudiando mas habitualmente las quimeras, limitaba su oposicion política a ataques directos i mortales contra el trono. Lo redactaba habitualmente M. Flocon, pluma intrépida, espiritu vigoroso, carácter leal aun en la guerra de opinion hecha a sus enemigos. M. Flocon era uno de esos republicanos de la primera raza que habian petrificado su fe en las sociedades secretas, en las conjuraciones i en los calabozos. De aspecto frio, de fisonomía i lenguaje toscos, aunque de sutil sonrisa, 'sencillo i sóbrio a la par, habia en su persona, en su voluntad i en su estilo, un no sé qué de la rusticidad romana; pero bajo esta corteza un corazon incapaz de doblarse al miedo, pronto siempre a ceder a la piedad. Poseia tambien una cualidad gubernamental, rara por cierto, entre los hombres educados en las costumbres de oposicion. Sabia lo que deseaba. Lo deseaba a todo precio: lo deseaba hasta el blanco que se marcaba, nunca mas allá. En una palabra, sabia detenerse en lo que le parecia justo, posible, racional, i sabia retroceder para defender su limite de idea contra sus mismos amigos. Es decir, que M. Flocon era bajo la capa del conspirador el hombre de accion.

XIII.

Se habia formado una especie de coalicion tácita contra el ministerio de M. Guizot, entre todos los partidos representados por estos periódicos i por otros órganos eminentes de opiniones mas matizadas como el *Correo frances*, la *Democracia pacífica* i el *Comercio*.

Al fin de la sesion de 1847, habian concertado juntos un plan de agitacion jeneral de Paris i de los departamentos bajo la forma de banquetes políticos. La oposicion dinástica habia tomado la iniciativa de esta agitacion como si en estos hombres

mas próximos i ambiciosos del poder, hubiese sido la impaciencia una pasion mas ágría i mas ciega que la lójica de los republicanos. M. Thiers, sin embargo, no parecia ser cómplice personal de esta agitacion. ¿Tal vez su presciencia de hombre de Estado i de historiador le descubria los remotos peligros? Quizá tambien su situacion de ministro en perspectiva para cuando triunfasen sus amigos, le imponia una reserva que se atrevia a sostener esforzadamente contra su propio partido.

M. Duvergier de Hauranne, amigo antiguo de M. Guizot i reciente de M. Thiers, apasionado en las luchas, desinteresado en las victorias, naturaleza eminentemente parlamentaria, mas orgulloso de conmover que de reinar, sediento únicamente de influencia, verdadero i esforzado patriota, sóbrio de gloria, honrado en ambicion, arrastró en este movimiento a los amigos de M. Thiers, a los de M. Barrot i al mismo M. Barrot. La palabra de órden era la reforma electoral.

XIV.

El partido del *Nacional* i de la *Reforma* conocieron con la perspicacia de la pasion, la consecuencia de esta medida de los banquetes adoptados por la oposicion dinástica. Los republicanos harto débiles en número, i harto sospechosos a la opinion para osar i para obrar aislados, iban a tener por auxiliares los mismos amigos de la dinastia, los fundadores del trono de julio: los autores de las leyes represivas, i la mitad por lo ménos de la guardia nacional i de los electores. Puesto una vez en movimiento el pais en dónde se detendria? En un simple cambio de ministerio? En una insignificante asociacion de electores privilegiados a los 200,000 electores que representaban por sí solos la soberania del pueblo? En una abdicacion del rei? En una rejenia de mujer o de principe durante la minoria de un niño? Les importaba poco. Todas estas eventualidades debian redundar en provecho de su causa.

Se apresuraron a suscribir al banquete de Paris. Los hombres de la oposicion dinástica no se atrevieron a rechazar a los republicanos. En ellos hubieran rechazado todo el número, todo el estruendo, toda la turbulencia, toda la amenaza de sus demostraciones. El pueblo no viendo en el banquete a sus amigos i a sus tribunos no hubiera tomado interes en él. La causa era comun en apariencia. El grito el mismo: *viva la reforma*.

Una coalicion algo pérfida se habia efectuado en 1839 por las oposiciones antipáticas en la Cámara i en la prensa entre M. Guizot i M. Thiers, M. Barrot i M. Berryer, M. Dufaure i M. Garnier Pagès, los republicanos i los realistas. Esta coalicion habia violentado al rei constitucional, conducido a M. Thiers al poder, contristado la oposicion sincera, perdido nuestras relaciones exteriores en 1840 i desmoralizado el gobierno representativo. Los mismos partidos excepto M. Berryer i M. Dufaure cometieron en 1848 la misma falta contra el ministerio de M. Guizot. Unieronse para derribar, sin poder unirse par volver a edificar. Coaliciones de esta naturaleza no pueden lójicamente producir sino ruinas. Su inmoralidad consiste en su impotencia para el bien. De ellas solamente pueden aprovecharse las revoluciones. Aprovéchanse lealmente. La república es la obra involuntaria de la coalicion parlamentaria de 1840, i de la coalicion de agitacion de 1848. M. Guizot i M. Thiers, llevando a cabo la primera; MM. Duvergier de Hauranne i Barrot con sus amigos llevando a cabo la segunda, fueron sin saber lo los verdaderos autores de la república.

El banquete de Paris fue la señal de una serie de banquetes de oposicion en las principales ciudades del reino. En algunos los republicanos i los agitadores dinásticos se reunieron i vistieron de palabras elásticas i vagas las incompatibilidades de su programa. En otros, como en Lille, en Dijon, en Chalons, en Autun, se separaron francamente. M. Odillon Barrot i sus amigos, M. Ledru Rollin i los suyos, reusaron prestarse a un concierto hipócrita: marcharon cada uno a su objeto: el uno a la reforma moderada i monárquica de la lei electoral: el otro a la reforma radical del gobierno, es decir a la república. Desde luego se caracterizó esta escision, en el banquete de Lille. M. Barrot se negó a tomar asiento sino se daba en un brindis al rei el signo de adhesion constitucional a la monarquía. Esta decision se caracterizó mas todavía en Dijon i en Chalons. M. Flocon i M. Ledru Rollin pronunciaron allí discursos precursores de una revolucion hecha ya en el espíritu de sus partidarios.

Algunos hombres de la oposicion parlamentaria de matices aislados como MM. Thiers, Dufaure, Lamartine, se abstuvieron escrupulosamente de presentarse en estos banquetes. Estas confusas i turbulentas demostraciones les parecieron sin duda o que no llegaban o que pasaban mas allá de los límites de su oposicion. Temieron asociarse personalmente, estos a una revolucion,

aquel a una oposicion ambiciosa i puramente ministerial. Como otros muchos miembros de la Cámara se encerraron en su conciencia i ea su individualidad.

UN AMOR EN PARTIDA DOBLE.

IV.

Bajo de los plátanos.

Como Adolfo comprendiese a tiempo que la sociedad no da sino en razon de lo que recibe, renunció a la existencia pasiva que le alejaba de la vida comunal. Reconoció al fin el poco valor de las riquezas morales en el tráfico de las cosas mundanas i sepultó su tesoro en las profundidades de su alma mas exigente que fatigada.

Disipado el prisma de ilusiones que se elevaba entre él i el mundo, miró a los hombres i a las cosas al traves del lente del escepticismo. Podia ya contar todos los resortes que mueven a los titeres que representan en la escena política aquella funesta i burlesca comedia de la ambicion, donde el interes personal jatea siempre bajo la máscara del patriotismo; en la escena social, solo veia intriguillas vanidosas o sensuales. Erale pues menester aspirar a los honores i a las riquezas, a las riquezas sobre todo, a fin de no tomarse demasiado trabajo en buscar el placer i la consideracion en ese bazar humano donde hai a venta tantas virtudes i conciencias.

Sonaban las doce en el campanario de la aldea de Montmorency, cuando Adolfo se detuvo delante de la verja del parque de Pierrefond. Sus pies empolvados i su frente bañada en sudor atestiguaban una larga correría por los alrededores.—Despues de haber contemplado con ojo anhelante la sombría avenida del castillo, empujó timidamente la verja que estaba entreabierta i fue a tenderse sobre un otero de cesped sombreado por un grupo de gigantescos plátanos.

Adornada la naturaleza con sus mas bellos atavios se mecía muelle-

mente a las brisas perfumadas del dulce mes de María. Mil voces aéreas murmuraban en el silencio de la selva misteriosas armonías que pronto sumieron a Adolfo en una estática meditacion..... Dejó vagar sus miradas lánguidas por las sombras que luchaban con millares de átomos luminosos que flotaban en la copa de los plátanos..... i se durmió.

Tras de los plátanos había una enramada mui espesa entrelazada con pasionarias i jazmines; tras de la enramada había.....

Apénas dormido Adolfo las hojas de la enramada se entreabrieron para dar paso a una manecita blanca, una verdadera mano de hada tan linda i delicada que habríase podido aprisionarla (sin exajeracion) en un beso. Encima de la manecita vagaban dos llamitas,—de esas llamitas que no se ven sino en los ojos de las serpientes—o de las hijas de Eva.

Al despertar Adolfo, la manecita se deslizó por los jazmines i las dos llamitas se apagaron.

Durante tres dias Adolfo fué a meditar cerca de la enramada, i durante tres dias la mano de hada no dejó de colgar del nido florido i las dos llamitas de brillar al traves de los jazmines.

V.

Reflexion de una camarera.

—Es singular!—decia una noche Rosalía desnudando a su señora, es singular cómo de tres dias acá ha suavizado el humor de la señora Marquesa! Ya no dice que se fastidia; i luego noto en su voz, en su mirada, no sé qué de dulce.... Vea V. el efecto que produce el aire del campo en las mujeres bonitas.... es maravilloso!...

VI.

Fisiología de las manos.

Hai manos necias que jamas dicen nada; manos de araña que parecen siempre prontas a rasguñaros; manos secas, huesosas, crispadas, inhábiles para acariciar; manos pesadas que no saben donde colocarse i que jamas tocan cosa alguna acertadamente; manos indiscretas, manos impudentes que querrian tocarlo todo; manos egoistas, engarabitadas, que desearian aprisionar cuanto encuentran a su alcance; manos frias, inertes, hipócritas; manos en fin que siempre deberian estar con guantes.....

Pero hai tambien manos espirituales, manos risueñas, manos sentimentales, manos aterciopeladas, verdaderos poemas de amor en cinco dedos, de los cuales cada lineamento, cada hoyuelo encierra una caricia i despierta mil deseos.

¿Por qué, pues, la adorable manecita de la enramada, ántes tan traviesa i alegre, cuelga ahora de los jazmines, triste i lastimera como una elejía? Porque hacia un siglo (una semana!) que el bello solitario no habia aparecido. ¿Qué hacia pues? Leía i se paseaba en el extremo de la conejera, por una alameda que conducia a un bosquecillo de acacias.

VII.

En la Conejera.

Una mañana, en el momento en que entraba en la conejera, divisó Adolfo una jóven aldeana que cojía flores a orillas del bosquecillo de acacias.—Acercóse con tiento i quedó marabillado al ver las formas graciosas i delicadas de la rústica jóven.

—Oh! qué lindo palmito! exclamó Adolfo imaginando que esta obra maestra viviente, mezcla singular de raza primitiva i de belleza aristocrática, debia ser el resultado de un capricho de gran señor aficionado a los amores campestres.

La aldeana se volvió vivamente i exhaló a la vista del parisiense una exclamacion..... de sorpresa? de placer?—no lo sé; lo cierto es que sus mejillas enrojecieron como cerezas, e inclinando sus pobladas pestañas ácia el muzgo, se puso a estregar con embarazo una punta de su delantal.

—¿Os causo miedo?... díjole Adolfo con voz trémula.

—Oh! no, exclamó la jóven con un acento, de que probablemente ella misma se alarmó, pues agregó con mas frialdad: i por qué me causaria V. miedo?—I continuó estregando la punta de su delantal.

—Ah! es que..... es que..... me habia parecido..... que....., balbució Adolfo incapaz de coordinar dos ideas.—Sintióse de tal modo conmovido que se... embobó,—metamórfosis a que están sujetas mui amenudo las personas mas espirituales. Pero ¿no es esto acaso una felicidad? hai algo que mas descansa el alma i que mas prolongue la vida que frecuentes accesos de boberia? En el amor, por ejemplo, no es la boberia a veces la tabla de salvacion que nos ayuda a alcanzar las márgenes de la razon i del reposo? Cuántos amores no vemos nacer de una boberia i morir por otra! Ademas, no hai como los imbéciles para inspirar locas pasiones. Esto es claro: las mujeres tienen tal poder de imaginacion que, en su horror a la realidad, despojan siempre a sus amantes de sus verdaderas cualidades, para revestirlos de las facticias que ellas se han forjado. El amante por sí es tan poca cosa que si la mujer no le prestase las proporciones ideales que crea su cerebro, el amor no existiria. Ella concibe el espíritu en la boberia i la belleza en la fealdad. Pero como la imaginacion femenina es un vampiro insaciable, sucede casi siempre que el ideal es tan presto ab-

sorvido, que el monstruo (hablo de la imaginacion) ha menester de un nuevo alimento para colmar el vacio que ha dejado el ideal ya realizado.

De aquí concluyo que no pudiendo vivir el amor en buena armonia con esas dos fibras tan delicadas de la conciencia i del sacrificio, ha juzgado conveniente abandonar su primera mansion, el corazon, para ir a alojarse debajo del cráneo humano entre las dos protuberancias de la vanidad i de la locura. El *no sé qué* del amor no es mas que un parasismo del cerebro que ha llegado a cierto grado de ebullicion por la influencia mas o ménos desordenada de las dos protuberancias que acabamos de especificar.

—Señorita! dijo al fin Adolfo avergonzado de su perplejidad (perplejidad que el lector i el autor no pueden explicarse; pero se ven tantas cosas absurdas en el mundo, que no debemos admirarnos si encontramos otras igualmente absurdas en los romances).

—Señorita, repitió la aldeana, mirando a Adolfo con un aire candorosamente picaresco,—está V., encandilado, mi buen señor?... yo, una señorita!... I mas rápida que una gazella, la campesina desapareció tras del bosque de acacias riendo a carcajadas.

Adolfo golpeó su frente con despecho, i se retiró murmurando: Dios mio! qué bobo soi!

Como no pretendo presentaros mi héroe como el prototipo de la perfeccion romanesca, no puedo dejar de reconocer que esta última exclamacion prueba que Adolfo poseia cierta dosis de aquella fatuidad, de que en asuntos galantes están mas o ménos afectados todos los seres del sexo feo (el del autor).

Adolfo creia que su timidez con la aldeanita le ponía soberanamente bobo i ridículo a sus propios ojos; i quién sabe si se habria encontrado algo mas bobo i mas ridículo si hubiese sido ménos tímido.

VIII.

Anita.

—Es singular!—se decia Adolfo al dia siguiente, empujando la verja del parque de Pierrefond—es singular como esta chicuela me trabuca los sesos!... ¿la amaré acaso?... Enamorado! yo!... no, es imposible! qué locura!... sin embargo, seria mas prudente no verla... Sí, volvamos a Paris....

I el pobre muchacho en lugar de tomar el camino de la capital, se internó en la conejera....

—Despues de todo! añadió recorriendo con la vista el bosquecillo de acacias, ¿i si me enamorase de ella?... hum! hum!... enamorarme de una aldeana!... I por qué no?—Qué me importa a mí el nacimiento!... no se ha visto Reyes casar con pastoras?—... i esta es tan linda, tan de-

licada!... Tiene no sé qué de distinguido:.... el raso i la seda le irían a las mil maravillas..... lástima es sin embargo que hable patués.... Ah! bah! qué importa!... i luego sería tan fácil reformar su lenguaje i sus modales.... sobre todo si llegase a amarme.... una mujer que ama aprende tan rápidamente lo que su amante quiere que sepa!

—Señorita! exclamó una vocesilla burlona.

Adolfo volvió la cabeza i vió la cara de la Aldeana que se alzaba risueña sobre un pequeño vallado de arrayan

—Decidme entónces cómo he de llamaros, exclamó Adolfo saltando el vallado.

—Anita, servidora vuestra,—dijo la jóven ofreciéndole respetuosamente un ramo de violetas.

—Anita? oh! lindo nombre!

—Bien se conoce que su merced es de Paris.....

—Por qué.... preciosa?

—Porque todos los parisienses son lisonjeros..... segun dicen.

—I quien dice lisonjero, dice embustero..... ¿no es verdad?

—A lo ménos, así lo repite amenudo nuestro cura a las niñas de la Aldea.....

—Pero todavía no he dicho a V. ninguna lisonja.

—Si, me habeis llamado Señorita.....

—Ah! sois aguda.....

—Vamos....., ya empieza V.....

—Oh.....aguda para una Aldeana.....

—Para una Aldeana?..... son pues mui agudas vuestras damas de la capital?

—Demasiado..... a veces.

—Demasiado agudas?

—Si, porque jeneralmente cuando una mujer tiene mucha agudeza, tiene tambien mucha malicia; lo que no quita que las tontas sean amenudo mui maliciosas.....

—Cómo me mirais! exclamó Anita.

—Acaso os desagrada?

—Oh!.....ni me agrada ni me desagrada, dijo Anita sonrojándose.....?

—Tanto peor!

—Tanto peor?

—Ciertamente, querria disgustaros un poco a condicion de causaros mucho gusto. ¿Por qué no os sentais cerca de mí, en ese otero? Así conversariamos con mas holgura.

—Con mucho gusto, si ello os agrada:

—Ah! tratis pues de agradarme.....?

—Sin duda, dijo Anita injenuamente, gustaria mas de agradaros mucho que de causaros el menor disgusto.

Anita pronunció estas palabras con un aire de mansedumbre tan sencillo al par que penetrante, que el alma de Adolfo aspiró con delicia todos los perfumes de candor i de pureza que exhalaba el alma de la jóven. Sintió que al fin habia encontrado el oásis tan deseado i buscado, donde

su corazón debía descansar a la sombra de los goces verdaderos i tranquilos. Amaba i presentía que iba a ser amado: i olvidando el pasado, pensaba ya dulcemente en el porvenir. Pero recelando enturbiar su felicidad entregándose a ella con demasiada confianza, reprimió las impresiones tumultuosas que le agitaban interiormente, i solo procuró ser benévolo con la jóven que acababa de obrar en él una transformacion tan inesperada.

Sentáronse, pues, mui cerca uno de otro, Anita con toda la confianza de un ser que jamas ha conocido el mal, Adolfo con toda la serenidad de un ser que solo quiere conocer el bien.

Ambos se tornaron silenciosos.—No era ciertamente ese silencio disolvente del fastidio o de la perplejidad, sino el mudismo tan elocuente de dos seres que si callan es solo porque tienen demasiadas cosas que decirse. No necesitaban tampoco hablarse, porque uno i otro poseían aquella delicada percepcion, que hace que, en el acorde de dos almas escojidas, la armonia que vibra en una tenga su eco en la otra. I ademá, ¿no estaba escrita la palabra májica en todo lo que murmuraba, cantaba i resplandecía en torno de ellos? La yerba centellante, las nubes flotando en el azul, el bosque lleno de sombra, de luz i de perfumes, todo no les decia que debían amar, i que se amaban? Así pues las ternezas misteriosas de esos dos corazones se atrajeron, se mezclaron sin que la palabra ardiente del jóven hiciese sonrojar la casta frente de la niña.

De improviso el son de una campana resonó en el fondo de la avenida.—Ah! Dios mio! dijo Anita levantándose vivamente, las cinco ya!

—I qué! partís? dijo Adolfo.

—Debo hacerlo,—mi tío hace una hora que estará aguardándome.

—Quién? vuestro tío?

—El administrador de la señora Marquesa.

—¿Qué marquesa? dijo Adolfo que no deseaba otra cosa que hacer hablar a su amiguita, a fin de verla todo el tiempo que le fuera posible.

—La marquesa de Pierrefond,—de quien soi hermana de leche.—Pero mirad el caso que haceis de mis flores! Pobres violetas! De tal modo las habeis ajado que ya no sirven para nada!

—Perdon, querida Anita, estaba distraido.....pero así conservaré mas tiempo su perfume.

—Ai! mi tío se va a enfadar....Adios, señor—¿señor de.....?

—Adolfo de Saintpré.

—Adios, señor Adolfo.

—Hasta mañana? querida Anita.....

Anita inclinó graciosamente la cabeza, como diciendo: hasta mañana! i desapareció en la avenida murmurando un nombre, cuyo acento le pareció mui dulce.—

¿I la manecita de hada?—No habiéndome hallado en la dicha enramada desde el principio de este capítulo, me es imposible daros noticias de ella.

IX.

¿Era un sueño?

Adolfo no pudo durante quince días salir de París. ¿Cuán contento habrá estado i cuán acongojado al mismo tiempo si hubiera sabido que Anita se había sentado muchas veces llorando en el sitio donde se habían mudamente confiado el secreto de sus corazones!

En fin, Adolfo partió para Montmorency.—En el momento mismo que entraba en el parque de Pierrefond, oyó el ruido de un coche que desde el castillo parecía dirigirse ácia el enverjado —Escondióse detras de un árbol i vió pasar una brillante carretela que se dirigia a París con la velocidad que le imprimian dos magníficos caballos normandos.

Adolfo corrió ácia el bosquocillo de acacias, pero Anita no se hallaba allí.—Después de haber rejistrado en vano *todos los escondrijos de la selva* determinó dirigirse a las cercanías del castillo.—Habiendo visto a un jardinero que regaba las mazetas de flores que cubrian las graderias, fuese a él i preguntóle si Anita se hallaba enferma.

El rústico echó sobre el jóven Parisiense una mirada estúpida sin decirle una sola palabra.

—Os pregunto si Anita se halla enferma, repitió Adolfo impacientado.—

—Anita? No la conozco, respondió secamente el aldeano.

—¿I qué, no sois del castillo?

—¡Caramba! si he nacido en él i espero morir tambien allí.

—Entónces podeis darme noticias de Anita, la hija del administrador, la hermana de leche de la Sra. Marquesa.

El hortelano miró a Adolfo con aire socarron i estalló en estrepitosas carcajadas.

—Te burlas de mí, animal?... exclamó Adolfo lanzando sobre el rústico una mirada amenazadora.

—Quereis dejarme en paz, dijo el jardinero, soltando la regadera, i no fatigarme mas con vuestras hermanas de leche i vuestros administradores? Aquí no hai mas administrador que yo, Bartolo, viudo, a Dios gracias i sin hijos.—En cuanto a la bella Anita no conozco otra que aquella de la cancion.—I volviendo a tomar su regadera se puso a tafarear con voz burlona:

La bella Anita

Viene solita

A recostarse en la yerbita.

Adolfo, fuera de sí, lanzóse sobre Bartolo [i asióle del cuello; pero éste por un violento esfuerzo consiguió esquivarle el cuerpo i blandiendo su regadera le dijo: Si no creyera que eres un loco escapado de Bicêtre, te reventaria como una pulga, so mequetrefe!

Aunque Adolfo no fuese hombre de dejarse intimidar por las amenazas del jardinero, reflexionó sin embargo que castigando el atrevimiento de aquel miserable, llamaria la atencion del castillo, i podria comprar quizás a la jóven por quien tan vivamente se interesaba.

Cruzó pues los brazos i dijo con frialdad al aldeano:

—Con que... no quieres decirme qué es de Anita?

—Todo lo que puedo deciros, es que os vayais al camino real a preguntar por mi.

—¿Qué interes, pensó Adolfo, puede tener este palurdo en no darme noticias de Anita? Tuvo entónces que recurrir a un medio que ha hecho hablar a algunos mas recalcitrantes que el brutal jardinero.

—Tomad, amigo mio, díjole, poniendo en su mano una moneda de oro, excusadme..... soi excesivamente nervioso.....

—Hum! hum! refunfuñó el jardinero; con que echamos agua en el vino?..... Oh! yo no soi una tortolilla fácil de asustar..... Oro? hum!..... no sé si debo aceptar.....pero puesto que sois nervioso como las señoritas.... es mui natural: un parisiense!...., criado entre algodones..... en fin, puesto que es una enfermedad.... ello no es culpa vuestra.... no hablemos mas de eso..... acepto.

—Creo que me han engañado, balbució Adolfo,.... me habian sin embargo asegurado que la señora marquesa tenia un administrador.... cuya hija....

—Si su merced, dijo el jardinero acariciando la moneda, quiere tomarse el trabajo de interrogar a las personas del castillo... precisamente la señora marquesa se ha ido a Paris hoy mismo... todos los domésticos le repetirán como yo que en Pierrefond jamas ha existido Anita alguna.—

—Está bien! interrumpió Adolfo con un temblor febril; i se retiró murmurando: ¡era acaso un sueño!

—Qué ente tan orijinal! dijo el jardinero, mirando con avidez la moneda de oro que le diera Adolfo.... No importa, es oro lindo i de buena lei!

FERNANDEZ RODELLA.

(Continuará.)

QUID PRO QUO.

LEYENDA POPULAR.

El cementerio frío
Oculta su riqueza
Como el avaro impío
Sus sacos de pobreza....
Mas de noche, la muerte al aire saca
Los nervios siempre nuevos de su hamaca.

Mil estrañas figuras
Los sepulcros conmueven
I parece que llueven
Huesos de sus fracturas....
El choque de los huesos ambulantes
Lanza chispas inciertas, in-quemantes.

¿A dónde van las filas
En la nocturna fiesta,
Con cuencas por pupilas,
I huesos por orquesta....?
Cada tumba, al pasar, abre su boca
I algun nuevo esqueleto les evoca.

Las mortajas rasgadas,
Recuerdos de la vida,
Botan a carcajadas
En la estancia podrida....
Asi cada esqueleto se pasea
Desnudo i sin mas alma que una fea...

La luna que, su llanto,
 A los muertos regala,
 En negro, espeso manto
 Ocultaba su gala....
 Su dulce faz, que la desgracia implora,
 Faltaba a los difuntos aquella hora.

El cielo estaba triste,
 Aun mas lo era la tierra;
 Lo que existió i existe
 Olvidados de guerra....
 Solo el no ser, aquel fatal momento
 Llenaba el suelo, el aura, el firmamento...

La muerte sin tardanza
 Las filas recorria;
 Contaba, se reia
 Gozando en su venganza.
 Era de ver su presuncion sangrienta
 Al repasar la conocida cuenta.

De repente se pára
 La tropa i se conturba;
 I falta, cosa rara!
 Un difunto a la turba....
 • — «Mucho gusta ese pájaro del nido.
 Ayer no mas era un garzon raído.» —

El foseador al lejos
 Escuchó maldiciones
 I divisó reflejos
 De fúnebres hachones....
 Mas tanto fué aumentando aquel bullicio
 Que el buen hombre creyó, llegado el juicio.

En vano hacia cruces
 Para arrojar el miedo....
 Divisaba mil luces
 I un fatídico dedo
 Que le hacia marchar, mal de su grado,
 Muerto en vida quizás empecatado.

— «En la *mendiga* fosa
 Un esqueleto falta,
 Con mortaja andrajosa
 I de estatura alta....»
 A tal cuestion el foseador sentia
 El peso de una mano que no via.

—«Ayer, poltron, su frente
 Besaban los gusanos
 I un cariñoso diente
 Roía ceja i manos—
 No se puede pensar que sin pestañas
 Haya ido a la ciudad...; si nos engañas...»

El pobre cuestionado
 De frío tiritaba
 I escuchaba, callado;
 La turba renegaba....
 Quiere palpar su negra cabellera
 I encuentra en su lugar la calavera.

Quiere andar; al instante
 Con una sombra topa,
 Que le echa por delante
 Las heses de una copa....
 Luego después, su cuerpo se deshace
 I tronaron las voces.—«¿qué reemplaza?»

Las sombras una a una
 Se perdieron, sin ruido:
 Así de la laguna
 Toda ave gana el nido....
 Tras los montes el sol resplandecía....
 La negra muerte a la ciudad volvía

.

1843.—F. MATTA.

CRÓNICA.

SANTIAGO, MAYO 27 DE 1850.

Exterior.—El resultado de las nuevas elecciones en Francia a consecuencia del proceso de Versalles ha ajitado un poco las poblaciones francesas; los partidos retrógrados han recibido una buena leccion puesto que no han tenido mayoria. Esta nueva hornada de diputados radicales acrecentará el incendio en la Cámara de diputados, hoi que esa Cámara se quiere interponer entre el presidente i el voto universal como una barrera inexpugnable. Se hablaba de otras leyes represivas sobre la prensa; la cruzada persevera en su ahinco contra toda espontaneidad popular i la libertad de hablar i de pensar será un piston puesto a la máquina social que el gobierno contendrá a su autojo, sin mas restriccion que su propio capricho. Gobernar asi es cosa fácil, puesto que nada contraria mas al hombre que la voluntad de otro. En esto el gobierno frances es mas socialista que ninguno; con algunos talleres industriales i un retrato de Louis Blanc podrá dar cima a la empresa de hacer todo, por los otros i para los otros, que es el único modo de trabajar para sí.

Estaba al concluirse la admision del tratado franco-chileno. La lei orgánica sobre la enseñanza enjendraba aun algunos debates acalorados.

La mediacion de la Francia en los asuntos griegos i suizos hará cesar la alarma jeneral de un conflicto belicoso con la Inglaterra i la Alemania.

La disposicion de los enemigos de la administracion bonapartista daba cada vez mas seguridades al orden i a la libertad. Entre la reaccion i el progreso la lucha es indispensable; entre ambos hai un abismo en que los hombres se pierden, pero los acontecimientos darán la razon a las buenas ideas porque donde faltan hombres la providencia parece.

En Inglaterra el partido protectorista por la voz de D'Israeli habia hecho un fuerte ataque al ministerio. Este asunto i los del continente aseguran corta duracion al ministerio Palmerston. Sin embargo, como aun no se habian presentado las notas cambiadas con el gobierno griego, este suceso decidirá la cuestion.

La Alemania ajitada en diversos sentidos parece una serpiente destrozada cuyos pedazos pugnan por reunirse. En vano trata de buscar un asiento en la unidad o en la federacion; el jermano desde los tiempos de Tácito tiene ese mismo instinto de independencia i de lealtad, diversamente excitado hoi dia por la civilizacion i las nuevas doctrinas politicas. Al reves de la España cuyos reinos se convirtieron en provincias, la Alemania convirtió sus provincias en reinos; la division siempre ha existido de hecho, a pesar de las guerras i del adelantamiento político.

Para el 2 de abril se anunciaba la entrada del Papa en Roma; no tendrá ya una guardia pretoriana de suizos: es la Francia la que la formará. No le quedaba mas que hacer al pretendiente, despues del bombardeo de Roma; de cosacos pasan los franceses a jenizaros. ¿A dónde ira a parar el honor frances con estos servicios de lacayos? ¿Será una especie de escolta en torno a la cuna del rei de Roma, ese nido de águila sin alas, encima de un árbol que fulminará pronto el rayo popular?

La cuna del rei de Roma no tendrá la suerte de la de Moises, ni las hijas del Tiber se apresurarán a sacarla de las aguas en las inundaciones populares. Se necesita hoi un inmenso navio para salir de la borrasca, i ese paquebote napoleónico, bien sea una cuna o un sombrero no arribará a ningun puerto de salvacion.

La España es hoi dia el *mons parturicens*. Tendrá su heredero lejítimo la reina de España; las fiestas i Narvaez hacen resonar las dos Castillas al anuncio de esta maravilla. Jamas se ha visto un infante mas esperado i nunca una reina de España se ha dado

mas prisa a obsequiar a sus buenos españoles. Dios quiera que su alumbramiento no sea un incendio!

En la Union se discutía aun la cuestión de esclavatura en California. Este nuevo estado improvisado de una mañana a otra comienza a tomar el nivel mercantil a que una exajeracion momentánea le habia hecho subir. Los productos de Chile no tienen salida; la harina se sostendrá únicamente en esa plaza; los precios de todas las mercancías han disminuido i hasta las casas han perdido su valor fabuloso. Esta noticia prueba la cesacion de la fiebre comercial i augura una situación estable mas útil para los especuladores i mas conforme con la marcha natural de todo verdadero progreso. Lejos de causar alarma, semejante estado de cosas contribuirá a alentar a los agricultores chilenos, únicos abastecedores equitativos de la costa.

Méjico, con su nuevo congreso de 1850, está en via de acometer algunos arreglos en esa avarquia de aduanas, contrabandos, ejército. Su riqueza se ha aumentado; i la última guerra les ha mostrado bien que no hai cabeza allí para un cuerpo tan grande. Es duro este aprendizaje, pero a los pueblos corrompidos no les queda otro recurso que la expiación i su propia vergüenza.

Venezuela cerca de la elección presidencial está amenazada de una nueva insurrección. El presidente actual se empeña en elegir a su hermano i ha dividido el partido liberal en dos bandos. Extraña pretension la de un presidente que apenas asentado en un poder ruinoso propone al descender nuevos problemas, como si la guerra civil fuese el único manto que ha de envolver al que baja. En la América no existen dinastías; pero hai familias, i una política de comadrería que sacrifica al interes individual el país i la vida; es un puntillo de honor que el pariente que baja ayude a subir al que viene. ¡I pierda quien perdiere!

En Nueva Granada nada hai de nuevo. Solo en Guayaquil hai gobierno revolucionario, i en Bolivia conspiraciones inverosímiles.

En el Plata Rosas espera la fiebre amarilla de la que escapará como de los franceses. Se esperaban en Montevideo algunas tropas francesas, que así conseguirán un triunfo como la fiebre el llegar a Rosas. Entre tanto este modelo de hombre fuerte, este pretendido americano que tiene tanto de americano como el chacal o tigre que se solaza en los bosques, vejeta en una tranquilidad palaciega arrullado por las bendiciones de los gobiernos paternales de esta tristísima América del Sur. Puede haber justi-

cia en la tierra, pero en América no la hai; talvez será por lo nuevo de su descubrimiento i convendrá esperar algun otro Colon en busca de este mundo moral.

—Olvidábasenos hablar del Perú. El jeneral Bermudez es el tercer candidato de que se hace mencion. El presidente Castilla concluye en Abril i esperamos que cualquiera que le suceda de los jenerales Echeñique, Vivanco i Bermudez entre de buena fe en la marcha de la nacion, olvidando partidos i antiguas desavenencias i rencores. El jeneral Vivanco es tambien diputado por Arequipa i el Sr. Osma por Canta. De este último, conocido en Chile, habla así un periódico de Lima: "Este caballero, a quien la nacion debe haber estudiado en las distintas posiciones en que le ha visto de tres o cuatro años a esta parte, reúne todas las calidades necesarias para desempeñar con acierto el honroso aunque difícil encargo de diputado. En él resplandece conocidamente un juicio pronto i perspicaz para calificar los acontecimientos i decidir de las exigencias políticas de la República; en él hai el tacto preciso para no exasperar los principios liberales cuando se trata de conferir a los mandatarios el poder suficiente para la plantificacion de una idea o la verificacion de una reforma: en él hai toda la enerjia de carácter que necesita un hombre público para combatir los errores i para difundir doctrinas apropiadas a la presente condicion de nuestra desapercibida sociedad: en él hai independenciam de posicion i de medios para abrirse una carrera, incontaminada de la influencia de la autoridad i de las extravagancias i exajeraciones de la demagogia; i finalmente en él hai nociones abundantes, experiencias repetidas, observaciones prolijas, i comparaciones oportunas i variadas para sujerir ideas útiles en un Congreso, para sostenerlas con doctrinas, i para repeler en su caso lo que pudiera dañar los intereses públicos i las conveniencias nacionales."

Los lavaderos de oro de Carabaya atraen diariamente una grande emigracion, sobre todo de los departamentos de Arequipa i Moquegüa.

Interior.—El Ministerio de abril prepara su Mensaje; entonces veremos lo que ha hecho el de junio i vislumbraremos las esperanzas que ofrece el actual. Jamas se ha visto una agitacion mas universal, i nunca se ha desarrollado con mejor orden el elemento político; la misma oposicion ha tenido que contenerse dentro de ciertos limites; i si ella ha hablado de insurreccion, de

venganzas, es porque el uso de estas palabras sonaba bien a sus oídos alarmados por el miedo. Pero su mayoría parlamentaria ha ido disminuyendo, los hombres de paz han retirado su confianza a esta facción política i apenas quedan unos que otros desesperados sin prestijios i sin fe. La presidencia del senado volverá a las manos del Sr. Benavente hábil sostenedor del ministerio de junio i regulador constante del progreso verdadero en todas las circunstancias de su vida. Este asiento concedido a la experiencia, a la inteligencia, lo es tambien a nuestra gloria nacional. Buen soldado i buen lejislador, puede decir que el tiempo no le ha sido ingrato, i que cura las heridas cuando a la paciencia se reune la esperanza i el mérito indestructible. El Sr. Benavente es el único hombre de estado salido de esa revolución i el único tambien que quedará; en el vaiven de los acontecimientos ha visto mecerse su fortuna; ha caído a veces con estremecimiento para alzarse de nuevo; el peligro lo ha hecho experimentado i las desgracias no le han abatido, porque ha esperado en la nación. Los hombres son injustos i no los pueblos, la posteridad misma nunca falta cuando la nación ha obrado con injusticia.

La presidencia de la Cámara de diputados es un problema. El Sr. Perez antiguo ministro i diputado es el candidato ministerial. El Sr. Eyzaguirre, muy conocido de los capitulos universitarios i del nuncio *Castra-porci* del Brasil, (aunque no debe saber italiano) es el de la oposicion. Las fuerzas están distribuidas de esta manera:

OPOSICION.

El Sr. Eizaguirre.

- « Errazuriz.
- « Infante.
- « Lastarria.
- « Gonzalez.
- « Bello.
- « Lira S.
- « Sanfuentes Salvador.
- « Larrain.
- « Tagle, padre.
- « Tagle, hijo.
- « Luis Ovalle.
- « Gandarillas.
- « Urizar.

El Sr. Covarrubias Manuel.

- « Covarrubias Alvaro.
- « Taforó.
- « J. M. Solar.
- « Sanfuentes Vicente.
- « Plata.
- « Gonzalez Manuel.
- « Vial Ramon.
- « Vial Rafael.
- « Seco.
- « Valdez.
- « Arteaga.
- « Echeverria.
- « Cousiño.

GOBIERNO.

Los SS.	Montt.	Ovalle
	Tecornal.	Perez.
	Varas.	Sol.
	García Reyes,	Ventura Cousiño.
	Vallejo.	Solar Borja.
	Gana, intendente.	Palacios.
	Gana, Segundo.	Dávila.
	Gallo.	Bascuñan.
	Renjifo.	García de la Huerta.
	Ortuzar.	Aristia.
	J. M. Hurtado.	Huidobro.
	A. Olivos.	Coronel Formas.
	Vidal, ministro.	Pedro Lira.
	Vidal Antonio.	R. Correa.

A primera vista el gobierno no tiene mayoría, pero la oposición no cuenta con todos los diputados que aquí se nombran; la mitad se compone de hombres independientes que por compromisos anteriores i por un puntillo de honor mal entendido aun permanecen ligados. Con todo el gobierno triunfará.

La lei electoral sin mas restriccion que la capacidad debe ser el primer proyecto del gobierno: sustituir a las calificaciones los registros parroquiales, conceder el voto a los 21 años sin diferencia, con exclusion de los que no sepan leer ni escribir. El derecho de sufragio está fuera de toda lei electoral, es anterior a ella, pero como es una funcion, como requiere cierta aptitud su pérdida es una pena i no admite mas restriccion que la de falta de inteligencia o un crimen. La instruccion primaria obligatoria es el complemento de esta lei; al exigirse una capacidad debe concederse el medio de conseguirla. Muchos ciudadanos dignos perderá n por no saber leer; pero lo que se pierde por este lado se gana por el mayor número de votantes en el caso de exigir 21 años para votar.

Se asegura la promocion del coronel Viel al grado de jeneral. Este acto de justicia del ministerio de abril probará que no olvida las glorias militares. En tal caso la intendencia de Valdivia podrá concederse al que reuna bastante juventud para llevar adelante la colonizacion. Semejante destino hará la gloria del gobierno i del individuo que se encargue de tan difícil empresa, en que se requiere constancia, facilidad de idiomas i una tolerancia ilustrada.

Opera.—Entre las últimas novedades del teatro lírico apenas pueden notarse algunas exhibiciones mas de buen gusto i uno que otro chasco. La concurrencia caprichosa como las ondas sube i baja al soplo desigual del público santiaguino, voluntarioso i amigo mas bien de las sorpresas i peripecias que del arte. En vano se ven, se palpan las dificultades que embarazan a los empresarios; de nada les sirve el empeño constante de una compañía inmejorable con los elementos de que se compone; de una compañía que no tiene tiempo ni emulacion sino una voluntad de agradar a costa del mayor trabajo. Unos se quejan del teatro, otros del traje oscuro de las señoras; otros de la repeticion de las mismas piezas, otros de la falta de cantarina i de cantores, otros i son los últimos encuentran todo malo. ¿Hai alguien que no conozca la falta de estas cosas? ¿Hai alguien que no desee un gran edificio i una compañía completa? Pero no se trata de eso en que nadie deja de consentir; lo que es una marabilla es hacer algo con un edificio atroz, frio, chueco, paralítico, i con el cortísimo número de artistas, el mejor sin embargo que hai en toda la costa, incluso el de Valparaiso.

En todas partes la ópera es un espectáculo de lujo que la aristocracia i los gobiernos costean con rumbo. En las grandes ciudades por muchos años se oyen las mismas piezas líricas, se ven las mismas personas, pues en todas partes los ricos se hallan en menor número. ¿Se cree que la Grisi i la Persiani tienen un repertorio nuevo cada año?—Al contrario, en los años de triunfos que cuentan siempre la Persiani recoge coronas en la Rosina del Barbero, como la Grisi en la Norma i en la Lucrecia Borgia.—El público de Lóndres, de Paris, de San Petersburgo no se cansan de oirlas, en las conocidísimas piezas de su antiguo repertorio: es verdad que su canto es prodijioso i que en Chile es difícil conseguir quienes se les parezca de cerca.—Pero a la distancia i con lo que se tiene i se conoce aqui, la compañía del teatro de la Universidad satisface todas sus obligaciones.—Si el empresario olvidase algun artista, si no hiciese grandes esfuerzos por contentar a los aficionados, entónces los pesimistas tendrían razon. La música por otra parte no es una lectura fácil de comprender; el oido retiene difícilmente esas notas aéreas de un lenguaje impalpable, fugaz como el aire que lo forma.

¿No hemos oido a la Sra. Pantanelli en las melodiosas desesperaciones de Ana Bolena? ¿No se recuerda con placer ese trinar de

licado de la Sra. Rossi? En el papel de Ana Bolena hemos podido ver aquella gracia de la cortesana de la escuela de Margarita de Valois; i tambien esa dignidad que sentaba bien a la amiga infiel de Catalina de Aragon. Pobre reina, bella, espiritual, nieta del duque de Norfolk i sin embargo decapitada por una declaracion falsa arrancada a la tortura del músico Smeaton. Pero era preciso saciar esa hiena de Enrique VIII, el rei teólogo, defensor de la fe, para concluir como un traidor a la iglesia, a la amistad, al amor; mónstruo de concupiscencia a quien se sacrificó una hecatombe de mujeres; i que por su *estatuto de sangre* aun extendió mas sus crímenes.—No podemos ménos de copiar las palabras de Ana Bolena en su misiva al rei.—«Os doi las gracias señor, de mujer privada me hicisteis condesa, reina; i cuando no podiais ya elevarme mas alto en este mundo me enviáis a ocupar mi lugar allá en el cielo.»—Ana Bolena fué condenada por 26 jueces el 17 de Mayo de 1536, a los 36 años de edad segun es probable.

Bibliografía.—Bajo este epígrafe publicamos en el número anterior una poesia del Sr. Chacon que ha dado lugar a una carta de dicho Sr., que nosotros no hemos recibido. La poesia de este amigo nuestro apareció con una estrofa que nadie conocia, escrita por el poeta i entregada al que suscribe para su publicacion. ¿Quería este Sr. que se publicase solo esta estrofa? ¿Sabiamos acaso que faltaba alguna? ¿Dónde está ese *aserto falso* cuando dijimos que el Sr. Chacon queria la publicacion de sus versos? ¿Le hemos dicho por ventura que ibamos a publicar su composicion? Solo le hemos hablado de una mencion de su himno i nunca de una insercion completa. Es verdad que el Sr. Chacon no ha venido a suplicarnos, pero tampoco le hemos dicho nosotros que ibamos a reimprimir su himno sino despues de habernos transcrito él mismo la estrofa que se omitió en la primera edicion. Existe en la imprenta esta estrofa i nos sorprende la falta de memoria del poeta al tacharnos de inexactos, i solo por probarnos que es amigo nuestro. Al ver esta contradiccion palpable nos ha admirado aun mas la enerjia de su ataque, i el alcance de su tiro. Deciamos en jeneral que los poetas i las mujeres tienen derecho de ser vanos; tambien lo tienen de ser susceptibles i ridiculos a veces. Así en los últimos versos a Kossuth el Sr. Chacon es vano; en el escozor que le ha hecho nuestra indulgente critica el Sr. Chacon es susceptible i en su carta publicada en un diario para aclarar un hecho personal que hubiera sido explicado a su gusto, el

Sr. Chacon es bien ridiculo.—Tenemos grande estimacion por su talento, reconocemos en él mas sentimiento poético que en las verbosas i fáciles rimas del Sr. Lillo, pero ménos entusiasmo que en las del Sr. Lindsay, ménos lucidez, ménos galanura, ménos correccion que en las poesias del Sr. Irisarri: ya ve como tiene rivales que le aventajen. ¿Pero a pesar de esto dejará de pertenecer el Sr. Chacon a la clase de *poetæ minores* que no hacen falta i que son para los grandes poetas lo que el cesped a las flores? Conténtese el Sr. Chacon con esa extension, con ese verdor; recibirá la sombra simpática de los grandes poetas i su juventud lozana se impregnará de sus perfumes. Acepte con resignacion su lugar como Echeverria tan admirado de los trasandinos, como Marmol, Gutierrez; i diga como Horacio: *Hoc erat in votis*..... Esta especie de poetas es la platea de los grandes, son los hombres honrados en poesia, son los ayudantes de campo de los conquistadores. El Sr. Chacon dice con mucha sencillez que esperaba un gran silencio para publicar su oda histórica, probablemente para echarla a volar en el vacio. Los grandes poetas han sido ménos exigentes en este punto i lejos de buscar silencio han aumentado el bullicio.—Tiene el Sr. Chacon entre sus poesias un poemita titulado *La mujer bastante orijinal, sentimental i rarísima vez profundo*; ese poemita está mejor delineado, mas bien versificado que la «Cautiva» de Echeverria. Este último tiene un asunto local, pinta costumbres, describe caracteres, tiene todos los requisitos de un drama, pero carece de sentimiento, de vida, de imaginacion; mientras que en la obra del Sr. Chacon, mui circunscrita, hai una delicada expansion de sentimiento, una poesia del corazon, que hubiera podido amoldarse mejor si la fantasia hubiese tomado un vuelo arrebatador.—El Sr. Chacon para concluir con él nos ha tratado algo militarmente i nos ha pinchado en una de las columnas de un diario por tener el gusto de espresarnos su amistad.—Serémos siempre justos para con él; advirtiéndole que otra vez tenga la complacencia de escribirnos privadamente para que no supongamos que su carta sea alguna farsa, o su firma unas sílabas arrancadas por la fuerza.—F. M.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

XV.

Sin embargo, en la misma época otro banquete causó en Francia mucho ruido; fue el que sus compatriotas de Macon ofrecieron a Lamartine a su regreso de la Cámara: no tenía un objeto político. M. de Lamartine se había excusado de asistir a los banquetes reformistas mal definidos en su concepto i excesivamente indeterminados. Contrario a la coalicion parlamentaria de 1838 a 1840, no podía sin desmentirse asociarse a la coalicion parlamentaria i agitadora de 1847. Marchaba aislado a un fin determinado en su espíritu. No era propio de su naturaleza arrojarse en una confusion de oposicion sin programa comun para caminar con sus adversarios a un blanco desconocido. Habia expre-

sado con franqueza esta reserva en algunos artículos del *Bien público* de Macon, diario de pequeñas dimensiones pero de ruidoso eco, que se reflejaba en aquella época en toda la prensa de París i de los departamentos.

Era el objeto del banquete de Macon felicitar a M. de Lamartine, fraternalmente querido de sus conciudadanos, por la aceptación que había merecido la *Historia de los Jirondinos*, obra que acababa de publicar M. de Lamartine. Multitud de lectores había tenido este libro, no solo en Francia sino en toda Europa. Las ediciones i las traducciones de la *Historia de los Jirondinos* se multiplicaban en Alemania, en Italia, en España, como el alimento diario de las almas. Este libro conmovía los corazones, predisponía los espíritus al pensamiento, trasladaba las imaginaciones a la grande época que el siglo XVIII, rico en presentimientos, rico en esperanzas, había querido moribundo legar a la tierra para libertarla de las preocupaciones i de las tiranías. Lavaba la sangre derramada criminalmente por la cólera, por la ambición, o por la cobardía de los autores del drama republicano. No lisonjeaba la demagogia, no disculpaba a los verdugos; compadecía las víctimas, pero su piedad no era una venda para juzgar a los vencidos. Compadecía a los hombres, lloraba a las mujeres, adoraba la filosofía i la libertad. La sangre de los cadalsos no le ocultaba las sagradas verdades que se descubrían para el porvenir al traves de esta humareda del execrable holocausto. Disipaba esforzadamente esta nube; ajusticiaba históricamente a los asesinos; restituía su derecho i su inocencia a la nueva idea purificada de los crímenes de sus sectarios; la vengaba del crimen que la manchó al pretender servirla; cubría de oprobio a los demagogos, de gloria a la revolucion.

XVI.

M. de Lamartine contestando un discurso del *maire* de Macon, M. de Roland, jóven que osó comprometer su majistratura confesando su opinion i su amistad política, aprovechó la oportunidad de revelar otra vez aun su pensamiento al país. Habló como hombre decidido por intelijencia i corazón a la causa de la libertad del espíritu humano i de los progresos de la democracia organizada.

«Conciudadanos i amigos,» dijo:

«Permitidme *antes de responder a la impaciencia que os dignais atestiguarne, daros las gracias por la paciencia i la constancia con que habeis resistido firmes e imperturbables a la intemperie de la tempestad, al resplandor de los relámpagos, al fuego del rayo, bajo este techo ruinoso, i bajo estas tiendas desgarradas. Habeis demostrado que verdaderamente sois los descendientes de aquellos Galos que exclamaban en mas difíciles circunstancias: Que si la bóveda del cielo se desplomase, la sostendrian en las astas de sus lanzas.*

«Pero entremos, señores, en el fondo de esta demostracion. Mi libro necesitaba una conclusion; vosotros la habeis hecho! La conclusion es que la Francia conoce repentinamente la necesidad de estudiar el espirita de su revolucion; de volverse a empapar en sus principios purificados, separados de los excesos que los adulteraron, de la sangre que los manchó; i de apreder en el pasado las lecciones del presente i del porvenir.

«Si, escudriñar despues de 50 años entre la ceniza caliente todavia de los acontecimientos, entre el polvo aun ajitado de los muertos, la ebispa primitiva e inmortal, lo espero, que inflamó en el alma de un gran pueblo esta ardiente llama que alumbró a todo el mundo, lo abrasó despues, i despues consumió parte de él: volver, digo, a encender esta llama harto extinguida en el corazón de las jeneraciones que nos siguen, a alimentarla temiendo no se apague para siempre, i no deje segunda vez a la Francia i a la Europa en la oscuridad de las edades de tinieblas; no perderla de vista, purificarla, para no correr el riesgo de que su luz no dejenere por su compresion, en explosion, en incendio i en ruina: ved el pensamiento del libro! Ved el pensamiento de la época! Me desmentiriais si dijese ved vuestro propio pensamiento? (No! no!).

«Desde la edad de la razon politica, es decir, desde que formamos nuestras opiniones despues de haber balbuciado niños las opiniones o las preocupaciones de nuestras nodrizas, me he preguntado a *mi mismo*, ¿qué es la Revolucion francesa?

«Es en concepto de los adoradores del pasado, una gran sedicion del pueblo que se ajita sin objeto i que en sus insensa-

« las convulsiones, hace pedazos su iglesia, su monarquía, su
 « nacionalidad, i desgarrá hasta la carta jeográfica de Europa?
 « No. La revolucion no ha sido una miserable sedicion de la Fran-
 « cia; una sedicion se apaga como se enciende i no deja mas ras-
 « tros que ruinas i cadáveres. Ha legado, es verdad, la revolu-
 « cion cadalsos i ruinas, que son su remordimiento i su desgracia;
 « pero ha legado tambien una doctrina i un espíritu que durará
 « i se perpetuará miétras viva la razon humana.

« El primer dogma de la bienhechora revolucion que esta filo-
 « sofía pretendia cimentar en el mundo, es la paz! La extincion
 « de rencores entre los pueblos, la fraternidad entre las nacio-
 « nes; marchamos a ese fin! tenemos paz. No soi yo de los que
 « rechazan hasta los beneficios de los gobiernos que acusan. La
 « paz, en mi opinion, será en el porvenir la gloriosa amnistia con-
 « cedida a este gobierno a pesar de sus errores. Historiador o
 « diputado, hombre o filósofo, sostendré constantemente la paz
 « con el gobierno o contra el gobierno; i vosotros pensais lo mis-
 « mo que yo. ¿Qué es la guerra sino un asesinato en masa? El a-
 « sesinato en masa no es un progreso! (Prolongados aplausos.)

« Ah! guardémonos bien de continuar algunos años mas aban-
 « donando por nuestra inconstancia todo el terreno adquirido
 « por el pensamiento frances! No son únicamente nuestros pro-
 « gresos todos, todas las luces, todas las conquistas del espíritu
 « moderno; no solamente nos será preciso desertar i abandonar
 « vergonzosamente a nuestra espalda, nuestro nombre, nuestro
 « honor, nuestro rango intelectual i nuestra influencia de inicia-
 « tiva en las naciones! Es la memoria, es la sangre de esos milla-
 « res de combatientes o victimas que han muerto por asegurar-
 « nos estas conquistas! Las tribus salvajes de América dicen a
 « los invasores europeos que vienen a arrojarlas de su suelo:
 « Si pretendéis que os cedamos nuestras tierras, dejad al mé-
 « nos que nos llevemos los huesos de nuestros padres!» Los hue-
 « sos de nuestros padres! son las verdades, las luces que han
 « conquistado al mundo i que una reaccion de opiniones, cre-
 « ciente siempre pero que debe tener un término, quisiera en va-
 « no obligarnos a repudiar!

« ¿Lo conseguirá? Veamos! La historia enseña todo, hasta el por-

« venir. La experiencia es la única profecía de los sabios!
« Desde luego no nos atemorizemos demasiado de las reaccio-
« nes. Son la marcha, el flujo i reflujó del espíritu humano. Per-
« mitidme una imájen haciendo uso para ofrecérosla de esos
« instrumentos de guerra que muchos de vosotros han maneja-
« do en los combates de nuestra libertad por mar i tierra. Cuan-
« do las piezas de cañón hacen su explosion i arrojan su carga
« sobre nuestros campos de batalla, tienen por el mismo contra-
« golpe de su detonacion, un movimiento que las hace retroce-
« der, que es lo que llaman los artilleros la reculada del cañón.
« Pues bien, las reacciones en política no son sino este retro-
« ceso del cañón de artillería. Las reacciones son el retroce-
« so de las ideas! Parece como que la razon humana atemo-
« rizada de las nuevas verdades que las revoluciones hechas en
« su nombre acaban de lanzar al mundo, se horroriza de su
« propia audacia, se replega i abandona cobardemente todo el
« terreno que ha ganado. Pero esto, señores, no dura sino un
« instante! Otros brazos vuelven a cargar esta artillería pacifi-
« ca del pensamiento humano, i nuevas explosiones, no de ba-
« las, sino de luces, hacen recobrar su imperio a las verdades
« que parecian abandonadas o vencidas.

.....
.....
« No nos ocupemos, pues, mucho de la duracion de estas reac-
« ciones, i veamos lo que sucederá cuando acaben su irregular
« retrógrado movimiento. Os diré mi opinion. Si el cetro, monár-
« quico en el nombre, democrático en el hecho, adoptado por la
« Francia en 1830, comprende que no es mas que la soberania del
« pueblo cimentado sobre las tempestades electivas i coronado
« en una cabeza para representar en la cima de la cosa públi-
« ca la unidad i la perpetuidad del poder nacional; si el cetro
« moderno de legacion del pueblo tan diferente del antiguo,
« propiedad del trono, se considera como una majistratura ador-
« nada de un título que ha cambiado de significacion en el len-
« guaje de los hombres; si se limita a ser un regulador respecta-
« do del mecanismo del gobierno, marcando i moderando los
« movimientos de la voluntad jeneral sin forzarlos, sin violen-
« tarlos, sin alterarlos ni corromperlos jamas en su fuente que
« es la opinion; si se contenta con ser a sus propios ojos lo que
« eran los frontispicios de los antiguos templos derribados que
« los antiguos volvian a colocar en evidencia en la construccion

« de los nuevos para engañar el respeto supersticioso de la multitud i para imprimir al edificio moderno alguna parte de las tradiciones del antiguo, el cetro representativo subsistirá un número de años suficiente para su obra de preparacion i de transaccion; i la duracion de sus servicios dará a nuestros hijos la medida exacta de la duracion de su existencia. (Sí, sí).

« Pero prometámonos mas de los gobiernos ilustrados, tarde quizás, pero ilustrados a tiempo: deseémoslo, para sus intereses! Prometámonos mas de la probidad i de la enerjia del espíritu público, que parece tener hace algun tiempo presentimientos de temor o de salud! Que estos presentimientos que nosotros mismos abrigamos sean advertencias i no amenazas a los poderes públicos! No nos los inspira el espíritu de faccion! Nuestros pensamientos nada tienen de facciosos! No queremos ser faccion, somos opinion; es mas digno, mas fuerte, mas invencible. (Sí, sí). Pues bien, señores, hieren mi razon i herirán quizás tambien la vuestra sintomas de perfeccion en la opinion.

« ¿Quién decidirá? quién será juez entre estos dos partidos? Lo será como en nuestras primeras luchas la violencia? la opresion? la muerte? No, señores! Demos gracias a nuestros padres: será la libertad! La libertad que ellos nos han legado; la libertad, que cuenta hoy con sus armas propias, sus armas pacíficas para extenderse sin cólera i sin exceso! (Aplausos).

« Triunfaremos, no lo dudeis! I si preguntais cuál es esta fuerza moral que hará ceder el gobierno a la voluntad nacional, os responderé: la soberanía de las ideas, el cetro de los espíritus; la República! la verdadera República! la república de las inteligencias! en una palabra, la opinion! esta potencia moderna desconocida a la antigüedad hasta en el nombre. Señores, la opinion ha nacido el mismo día en que Guttemberg, a quien yo he titulado *el mecánico de un nuevo mundo*, inventó con la imprenta la multiplicacion i la comunicacion indefinida del pensamiento i de la razon humana. Esta potencia incomprensible de la opinion, no necesita para reinar de la cuchilla de la venganza, ni de la espada de la justicia, ni del patíbulo del terror. En sus manos tiene el equilibrio entre las ideas i las instituciones; la balanza del espíritu humano. Por mucho tiempo todavía, creedlo así, cargarán uno de los platillos de esta balanza

« las credulidades de espíritu, las preocupaciones calificadas de
« útiles, el derecho divino de los reyes, las distinciones de dere-
« chos entre las castas, los odios entre las naciones, el espíritu
« de conquista, las uniones simoniacas entre el sacerdocio i el
« imperio, la censura de los pensamientos, el silencio de las tri-
« bunas, la ignorancia i el embrutecimiento sistemático de las
« masas!

« Nosotros, Señores, colocaremos en el otro, el cuerpo mas
« impalpable, el mas sutil de cuantos Dios ha criado: la luz! Un
« poco de aquella luz que la revolución francesa hizo salir al
« fin del siglo pasado, de un volcan es cierto, pero de un volcan
« de verdades! (Dilatados aplausos).

XVII.

Este discurso reproducido al dia siguiente por toda la prensa, manifestaba con suficiente claridad el verdadero pensamiento del pais: un descontento sordo del sistema de la corona que sacrificaba en el exterior los intereses lejitimos de la Francia a la ambicion de la dinastia de Orleans; un amor filosófico i razonado de los principios democráticos concedidos a una oligarquía estrecha de dos o trescientos mil electores, fácilmente ganados o corrompidos por los ministros. Finalmente en casi todos el temor sincero de una revolucion que lanzaria el pais a un fin desconocido; el deseo de que el gobierno representativo ensanchado i fortificado llevase a cabo los progresos del advenimiento democrático; el apóstrofe a la enerjía moderada en el pueblo, a la prudencia i a la reflexion en el gobierno. Este discurso no salvaba la barrera que se habia impuesto la conciencia política del orador: los frutos i las promesas de la primera revolucion, sin nueva revolucion si era posible; pero el espíritu de la revolucion conservado i vivificado por las instituciones, so pena de vergüenza a la Francia i de muerte a las ideas que hacen la grandeza i la santidad del espíritu humano. Era la fiel interpretacion del sentimiento público, el grito profético del alma del pais. Todo lo que se adelantaba este lenguaje se adelantaba al tiempo.

XVIII.

M. de Lamartine, sin temor de comprometer la popularidad de que entónces disfrutaba en su departamento i en Francia, se atrevió a combatir osadamente pocos dias despues las doctrinas que M. Ledru-Rollin i sus amigos habian expresado en el banquete revolucionario de Dijon, los simbolos de 1795, enarbolados, segun la voz pública, por el mismo partido en el banquete de Chalons i las predicaciones antisociales aplaudidas en el banquete comunista de Autun a un jóven orador.

« Los banquetes, decia M. de Lamartine, refiriéndose a los de
« Dijon i Chalons, son el toque de alarma de la opinion. Hieren
« algunas veces en el blanco, quiebran otras el metal. Se han pro-
« nunciado en estas manifestaciones palabras que hacen estreme-
« cer la tierra; se han hecho recuerdos que traen a la memoria
« lo que la actual democracia deberia hacer olvidar. ¿A qué volver
« a tomar de un tiempo lo que debe sepultarse con el mismo
« tiempo? A qué estas imitaciones casi parodias de 1795? Habrá
« una librea de la libertad como hubo una librea de las cortes?
« Yo califico eso no solamente de puerilidad, de contrasentido.
« Dáse tambien a la democracia regular i sensata del porvenir la
« apariencia i el color de la demagogia pasada. Esto es disfrazar
« el espíritu público, i disfrazándolo hacerlo desconocer. Esto
« recuerda cruelmente a unos las lanzadas de que murieron sus
« padres; a otros sus propiedades dispersas; a aquellos los tem-
« plos profanados; a todos los dias de tristeza, de luto i de
« terror, que han dejado una sombra en la Patria. Cada época
« debe conformarse a si propia; no estamos en 1795; hemos lle-
« gado a 1847; somos una nacion que ha atravesado el *Mar Rojo*
« i que no quiere atravesarle otra vez; una nacion que ha pues-
« to la planta sobre la ribera, que quiere marchar todavia, pero
« en órden i en paz, ácia sus instituciones democráticas; una na-
« cion cuyo gobierno se engaña, i que quiere advertirle su enga-
« ño; pero que esforzando su voz para hacerse oír de él, no pre-
« tende atemorizar a los ciudadanos pacíficos, ni los intereses
« honrados, ni las opiniones lejitimas. No nos extraviemos, no-
« sotros los hombres de la democracia regular. Si nos confundi-
« mos con los demagogos, somos perdidos en la razon pública.
« Diráse de nosotros: son de su color, deliran como ellos.

XIX.

M. de Lamartine se expresaba el 14 de noviembre con la misma libertad hablando del banquete comunista de Autun:

« Toda idea tiene sus límites, decía, de los que no debe salir
 « a ménos de hacerse desconocer, i de sufrir la justa pena de su
 « disfraz participando del descrédito anexo a otras ideas. ¿Sois
 « oposicion democrática, pero leal, moderada, paciente? Venid
 « con nosotros. ¿Sois faccion? Id a conspirar en las tinieblas. ¿Sois
 « comunistas? Id a aplaudir en el banquete de Autun. Permane-
 « cemos en nuestras posiciones hasta que todo esto se esclarez-
 « ca; porque queremos volver a traer el país a la via política.
 « Haced conocer su fuerza a la opinion. Cread una democracia
 « decente capaz de ilustrarse con sus propias luces, de contenerse
 « por su propia dignidad, de reunirse sin alarmar, sin injuriar a la
 « riqueza, ni a la miseria, ni a la aristocracia, ni al vecindario,
 « ni al pueblo, ni a la relijion, ni a la familia, ni a la propiedad.
 « Queremos finalmente preparar la Francia a Asambleas dignas
 « de sus grandes asambleas nacionales; a Comicios dignos de
 « Atenas i de Roma; pero no queremos volver a abrir el *club* de
 « los *Jacobinos*. »

XX.

Durante estas controversias entre hombres que querian perfec-
 cionar i hombres que querian destruir, se multiplicaban en el
 norte de la nacion otras manifestaciones, inspiradas i dirigidas
 por la opinion dinástica. M. Odilon Barrot hacia oír allí palabras
 graves, llenas de reflexion e integridad, pero circunspectas como
 su carácter. Encendia a la par de sus amigos el fuego de la ope-
 sicion parlamentaria. Sin embargo, estos discursos excitaban
 contra el gobierno mas indignacion que la que puede contener
 un salon de banquete. El pueblo escuchaba a las puertas, aplau-
 dia a los oradores i los cortejaba a la entrada o a la salida de las
 ciudades. Se acostumbraba a intervenir entre los ministros i los
 tribunos. A fines del otoño los promotores de estas emociones
 anti-ministeriales trataron en vano de moderarlas. Habian parti-
 do para reclutar fuerzas a M. Thiers, a M. Barrot i a la oposicion;
 las habian reclutado a la revolucion. La impulsion del pueblo
 va siempre mas allá de la meta marcada por los hombres políti-

cos. La razon o la ambicion calculan; la pasion desborda. El pueblo es siempre pasion. La oposicion dinástica no habia deseado mas que un cambio de ministerio hecho bajo la presion de las masas. El pueblo meditaba un cambio de gobierno; i a la sombra del pueblo sectas mas radicales ideaban un desquiciamiento completo de la sociedad.

LIBRO SEGUNDO.

I.

Esta era la situación de los espíritus en Francia a fines de 1847 cuando el rei convocó las Cámaras. El ministerio i el rei, asombrados, mas no alarmados de estas demostraciones de opinion, las consideraban como síntomas enteramente facticios, como un descontento de palabras i de ostentacion que en su concepto no existia en los ánimos. Confiaban en la inmensa mayoría con que contaba la administracion en las Cámaras; en la fidelidad del ejército mandado por los principes; en los innumerables intereses de orden, de propiedad, de industria, de comercio, que rechazaban un cambio. Gobierno materialista, despreciaba los elementos intelectuales de la oposicion. A sus ojos, M. Odilon Barrot no representaba mas que la elocuencia honrada sin voluntad. M. Ledru Rollin una popularidad sonora, lanzando el reto de la República sin creer en ella, para desorientar i expatriar la oposicion: la prensa i los banquetes, una conspiracion de impacientes ambiciones resentidas de su impotencia en la representacion del pais apelando a las pasiones de la plaza pública.

M. Guizot se hallaba tranquilo por la confianza en sí propio i por el desden del vulgo, cualidades que eran el fondo de su naturaleza; M. Dûchatel por el diestro manejo de los partidos parlamentarios i por el freno de los votos que con flexibilidad empuñaba; el rei por lo necesario que fué a la Francia en 1850;

por su solidaridad con el orden europeo cimentado en la estabilidad de su trono; i finalmente por esa constante sonrisa de la fortuna que a fuerza de servirle i deslumbrarle habia concluido por cegarle. Estos tres hombres en quienes descansaban el prestigio, la fuerza i la destreza del gabinete, esperaban con confianza infalible que toda esta agitacion, todo este ruido de la oposicion, expirarian al pié del trono i al pié de la tribuna ante la elocuencia de M. Guizot, la táctica de M. Dûchatel i la vetusta autoridad del trono. No dudaban que la mayoría en ambas Cámaras contestase con un solemne mentís a las agitaciones i a las amenazas de los partidos. Resolvieron provocar este desmentido calificando en el discurso de S. M. a las Cámaras la conducta de los diputados i de los pares que habian asistido a los banquetes reformistas.

II.

Habia en el discurso del rei a las Cámaras una frase que tildaba de hostiles o ciegos a los hombres asociados a los banquetes. Muchos de aquellos hombres eran diputados; algunos pares. Las imprudentes palabras del discurso sirvieron de texto principal a la discusion que fue animada, ardiente, irritada. M. Thiers anatematizó la política extranjera que abandonaba la Suiza i la Italia.

M. de Lamartine calificó en su concepto esta política exclusivamente dinástica, austriaca en Roma, sacerdotal en Berna, rusa en Cracovia, contrarrevolucionaria en todas partes. M. Odilon Báfrot habló acerca de la cuestion de banquetes con la autoridad de un jefe de oposicion constitucional. Aunque personalmente Lamartine no se habia asociado a los banquetes, sostuvo que el Ministerio se hallaba en el deber de regularizar i no en el de suprimir brutalmente el ejercicio del derecho de reunion.

«No, señores, contestó a los ministros; no os engaÑeis; no es
 « esto como decis una agitacion artificial. No está encendida esta
 « hoguera con el soplo de un hombre. No fuera tan universal,
 « no tendria el carácter que con justicia os alarma hoy. ¿Cuál es
 « la causa de este fenómeno en un pais paciente hace siete años?
 « Proviene de que el pais se ha dado finalmente cuenta de la obs-
 « tinacion del falso sistema con que se le arrastra fuera de to-
 « das las líneas en el interior, fuera en el exterior de toda su po-
 « litica, de su dignidad i hasta de su seguridad. Pero el dia en

« que despues de haber reflexionado sériamente se ha hecho
 « cargo de ella, el dia en que ha visto con claridad este obstina-
 « do sistema de restriccion legal en el interior, de verdadera o-
 « ligarquia, fundándose en lugar de la gran democracia regular
 « prometida por 1830; cuando ha visto que este sistema cam-
 « biaba de manos sin cambiar de accion, i que volvia a ver siem-
 « pre las mismas cosas bajo otros hombres; cuando ha visto la
 « corrupcion elevarse este año como una oleada impura hasta
 « los pies de los poderes públicos, la espuma de los vicios mas
 « sórdidos surjir a la superficie de la sociedad politica en vez de
 « descender como lo hace ordinariamente en la escoria de las
 « naciones; cuando ha visto la política extranjera de los últimos
 « 17 años, política a que vosotros mismos le habiais ligado la
 « boriosa i gloriosamente, la política de la paz minada de repen-
 « te por vuestras propias manos, movidos de un interes de fa-
 « milia, de un beneficio dinástico de los matrimonios españoles;
 « cuando ha visto sacrificar sus alianzas naturales i constitucio-
 « nales, a alianzas antipáticas con enemigos opresores de la Sui-
 « za i de la Italia; cuando ha visto, por fin, la Francia encerrada
 « bien pronto como sistemáticamente por vosotros en una fron-
 « tera de contrarrevoluciones, oh! entónces, si, se ha conmovido!
 « Ha demostrado por la misma omision que era un pais sabio i
 « prudente!

« ¿! qué hubiérais pensado, qué hubiérais dicho, si en lugar de
 « demostrar a toda luz esta inquietud i esta agitacion hubiese
 « expiado en pérfido silencio que los jérmenes de desafeccion
 « sembrados por vosotros hace tantos años hubiesen jermiado
 « en el espíritu del pueblo, i que ahora daba en vez de esta opi-
 « nion que truena en la atmósfera descubierta, hubiéseis sentido
 « reventar las minas bajo los pies del gobierno? Oh! entónces,
 « entónces, si, podriais acusar: oh! entónces, sí, podriais decir:
 « —Procedeis como facciosos, como conspiradores, engañais al
 « Gobierno imponiendo un silencio pérfido al descontento de la
 « opinion.—I hé ahí lo que acusais? Ved la causa de que no a-
 « menaceis serviros de estas leyes evidentes que acata todo buen
 « ciudadano; pero sin leyes, con leyes equivocas al ménos, qué
 « digo? contra todas las leyes existentes, ved el por qué amena-
 « zais hasta la representacion nacional con venir a tapar la boca
 « del pais con la mano de la policia....

« Contaba i cuenta el gobierno con el arma de la lei. Recono-
 « ciendo que no se hallaba armado por la vieja lejislacion con-

« tra un hecho nuevo que se presentaba con tal universalidad i
 « con tal intensidad en el pais, podia presentar una lei liberal,
 « reguladora, que hiciese constar el derecho i no lo anonadase;
 « lei que discutiríamos lealmente, i ante la que, cuando hubiese
 « sido sancionada, nos inclinariamos como deben hacerlo los
 « buenos ciudadanos. »

La gran mayoría de la Cámara aplaudia sus palabras i pedia la presentacion de una lei sobre el derecho de reunion. Los conservadores mismos conocian el peligro de una provocacion prolongada de los ministros a la representacion. « Tened presente que
 « vais a crear un inminente peligro, dijo Lamartine a los ministros al terminar su discurso, recordad el juego de pelota i
 « sus consecuencias. ¿Qué es el juego de pelota de Versalles en
 « 1789? El de los Estados Jenerales no fue sino un lugar de reunion cerrado por los ministros i vuelto a abrir por la mano de
 « la nacion a la representacion ultrajada del pais. »

M. Guizot sostuvo contra M. Duvergier de Hauranne i M. Barrot el derecho del Gobierno i de la Cámara de volver afrenta por afrenta i de caracterizar la enemistad o la ceguedad de los agitadores. M. Heber, guardasellos, demostró con talento el peligro de las reuniones sin represion legal. Quiso hacer revivir las leyes de 1791. Agrió el debate exajerando la arbitrariedad. Le contestó M. Ledru-Rollin con un vigor, con un estruendo, que le colocaron en el primer rango de los oradores de la oposicion. Ambos partidos comenzaban a encolerizarse. Era necesaria una diversion a la pasion de la Cámara; una salida honrosa al conflicto. Esta diversion consistia evidentemente en la presentacion de una lei razonable sobre la libertad i los limites del derecho de reunion. Los mismos conservadores clamaban por esta lei con M. Duvergier de Hauranne i M. de Lamartine. Se obstinaron. El nudo que la prudencia se negaba a desatar iba a cortarlo una revolucion.

III.

El distrito duodécimo de Paris habia organizado un banquete. La oposicion habia prometido justificar su derecho asistiendo a él. El banquete debia celebrarse el 20 de febrero. El ministerio no se oponia con la fuerza. Se proponia únicamente hacer constar el delito por un comisario de policia, i someter en seguida el

hecho al fallo de los tribunales. La oposicion aceptaba unánime el debate jurídico en este terreno. Todo se disponia para esta demostracion pacífica.

Inquieto el ministerio la vispera de una convocacion dirigida a las guardias nacionales sin armas por los republicanos impacientes, declara en la tribuna que se arrepiente de sus concesiones i que disipará la manifestacion por la fuerza.

M. Barrot convoca a su casa la oposicion constitucional a fin de deliberar. Preséntase una proposicion para ceder a la resolucion extrema del gobierno. M. Barrot i sus amigos adoptan e consejo.

El dia siguiente tuvo lugar una segunda deliberacion en una fonda de la plaza de la Magdalena. M. de Lamartine, M. Berryer, M. de Larochejacquelin son invitados i asisten a ella. Como doscientos diputados de todos los matices de oposicion moderada asisten tambien. Se discute el partido que convendrá adoptar. La discusion es larga, diversa, embarazosa, sin conclusion digna i enérgica. Si la oposicion retrocede se anonada, deshonra su nombre; pierde su autoridad moral en el pais, pasa bajo las horcas caudinas del ministerio. Si persiste corre riesgo de vencer demasiado i de dar la victoria al partido que pretende lo que ella teme: una revolucion. Pero revolucion por revolucion parece a ciertos espíritus, mas aceptable el riesgo de una revolucion progresiva que la vergüenza de una revolucion retrógrada. Prolóngase el debate. No obstante ser Lamartine adversario como Thiers i Dufaure de la agitacion de los banquetes, no puede tolerar la humillacion de una retirada deshonrosa a la opinion liberal. Responde súbitamente a M. Berryer que habia protestado admirablemente sin deducir conclusion.

«Escuchando al honorable M. Berryer, dijo, que os abria hace un
« instante con tanta injenuidad, con tanta elocuencia su grande
« alma, me daba razon de sus vacilaciones de hombre de bien,
« de sus ansiedades patrióticas, de sus esfuerzos de espíritu pa-
« ra hallar el derecho, la verdad i la luz en la terrible crisis en
« que la demencia de un ministerio agresivo coloca a los buenos
« ciudadanos, sea cual fuese la opinion nacional que profesan.
« En los suyos reconocia mis pensamientos; volvia en el suyo a
« encontrar mi corazon.

«I yo tambien he meditado como él, como todos vosotros, a-
« cerca del partido mas honroso, mas nacional, mas prudente i
« firme a la vez que deba adoptarse en la cruel alternativa en

« que nos hallamos como aprisionados por la circunstancia. I yo
 « tambien he percibido las combinaciones de los diversos parti-
 « dos que complican las dificultades que el momento i el porve-
 « nir nos presentan. I yo tambien he notado algunos vacios en
 « nuestras filas desde que el instante se acerca; no me he dete-
 « nido en él. ¡Qué nos importan los ausentes en crisis de esta
 « naturaleza! Jamas indago dónde están estos o aquellos hom-
 « bres, me fijo solamente en donde están los derechos de mi
 « país!

« Se nos dice: La crisis es difícil; las circunstancias riesgosas;
 « los peligros pueden ser grandes para la responsabilidad de los
 « hombres firmes que marchan a la cabeza i en nombre de su
 « país. Me hallo, señores, mas convencido que los preopinantes;
 « ceguedad seria no verlos; debilidad disimulároslos. La multi-
 « tud es siempre un peligro, aun cuando se reuna movida por
 « el sentimiento mas justo i mas lejítimo de su deber i de su de-
 « recho. Lo sabemos; conocemos la palabra tan verdadera de la
 « antigüedad:—Cualquiera que conozca al pueblo, lo ajita con
 « su sola reunion!—Sí, el horizonte político, el horizonte pró-
 « ximo, el horizonte de esta semana, está cargado de ansiedades
 « i de eventualidades, en las que mi espíritu se ha fijado i se fi-
 « ja como los vuestros. Sí, he reflexionado i reflexiono todavia
 « en este instante en una cruel irresolucion ante mí mismo i an-
 « te vosotros. Sí, sobre una duda tan poderosa a nuestra respon-
 « sabilidad de hombres de bien i de corazon, no recurro única-
 « mente a mi intelijencia; me recojo mas profundamente dentro
 « de mí, hiero mi pecho, interpelo mi conciencia delante del
 « juez supremo de las intenciones i de los actos i me formulo de
 « este modo la cuestion sobre que deliberais: (Sensacion).

« ¿Cuál es nuestra situacion? Nos hallamos por la provocacion
 « del gobierno entre el oprobio i el peligro?

« Ved la verdadera palabra de la circunstancia. Lo reconozco,
 « i vuestra aprobacion me prueba que he dado en el blanco.
 « (Sí, sí.) Estamos colocados entre el oprobio i el peligro. (Mues-
 « tras de adhesion.)

« El oprobio, señores! Quizas seriamos bastante jenerosos,
 « bastante grandes, bastante patriotas para aceptarlo por noso-
 « tros mismos. Sí, conozco que para mí lo aceptaria, que acep-
 « taria para mí mi millonésima o cienmillonésima parte de opro-
 « bio, lo aceptaria, ruborizándome, sí, pero gloriosamente, pa-
 « ra evitar a este precio que una conmocion accidental estreme-

« ciese el suelo de mi patria; para evitar que una gota de la je-
« nerosa sangre de un ciudadano frances manchase una sola lo-
« sa de Paris!

« Me considero capaz de este sacrificio; todos vosotros tambien
« os considerais; si, preferible es nuestro oprobio a una gota de
« sangre del pueblo o de las tropas que recaiga sobre nuestra
« responsabilidad!

« ¿Pero la deshonra de nuestro pais, señores? La deshonra de la
« causa de la libertad constitucional? La deshonra del carácter
« i del derecho de la nacion? No, no, no! Ni en honor ni en con-
« ciencia podemos ni debemos aceptarla! No somos dueños del
« carácter, del derecho, ni del honor de la nacion: pertenecen
« al nombre frances. No tenemos derecho de transijir en lo que
« no nos pertenece.

« ¿I qué diriamos, al volver a nuestros departamentos, a los que
« nos han confiado la defensa de sus derechos i la custodia de
« su dignidad de pueblo libre? Cual seria nuestra actitud, cuál
« nuestro papel para con ellos? Qué! bajo la fe de la costumbre
« i del derecho de reunion en todos los pueblos libres, bajo la
« fe de la restauracion, bajo la de los mismos ministros de la
« revolucion de Julio que nos ha dado el ejemplo, hemos ejerci-
« do con nuestros comitentes este derecho legal de reunion po-
« litica, hemos autorizado con nuestra presencia o, como yo, con
« nuestro consentimiento, estas reuniones pacificas en que la
« opinion constitucional se deja oír de los diputados o de los
« poderes, hemos estimulado a los ciudadanos a practicar cons-
« titucional, moderada i juiciosamente este derecho de la emo-
« cion pública; les hemos dicho: si se llegase a atacar este dere-
« cho en vosotros, nosotros le defenderemos, lo salvaremos pa-
« ra vosotros, os le volveremos a entregar completo, o investi-
« do al menos de las garantias i reglas que solo la lei puede dar-
« le para regularizar su ejercicio.

« Si, ved lo que les hemos dicho; i hoi cediendo vergonzosa-
« mente, no a una lei que yo mismo he pedido en la Cámara, si-
« no a la caprichosa i arrogante órden de un ministro, dic-
« tada en la tribuna, ¿venerariamos como una lei la interdiccion
« arbitraria? Le entregariamos sin hacer constar legalmente
« nuestra resistencia a la fuerza? Dejariamos a su libre arbitrio
« nuestras armas constitucionales? Desertariamos nuestros com-
« promisos i lo que juzgamos la garantia fundamental i la liber-
« tad de la nacion? La abandonaríamos sin proceso verbal de ex.

« poliacion al ménos? la dejaríamos despojar de la libertad de
 « opinion, que es la garantia de todas sus otras libertades? i vol-
 « veriamos a nuestras ciudades, a nuestros departamentos, di-
 « ciendo: ved lo que os traemos del campo de batalla legal al que
 « nos habeis enviado a combatir por vosotros: las ruinas de
 « nuestra constitucion, los despojos de vuestra libertad de opi-
 « nion! la arbitrariedad ministerial en vez del derecho nacional!
 « Hemos puesto la garganta de la Francia bajo la planta de un
 « ministro! (Aclamaciones.)

«No, no; no es posible; no seriamos hombres; no seria la Fran-
 « cia un pueblo! deberiamos dar al instante nuestra dimision
 « i desaparecer, i anonadarnos en la desconsideracion pública!
 « (Nuevas aclamaciones.)

«I no creais, continuó, que son efecto estas palabras de un
 « miserable sentimiento de orgullo personal; lo repito, nuestra
 « desconsideracion, nuestro anonadamiento nada importa; pero
 « desconsiderar, aniquilar nuestro pais, ved la deshounra! el cri-
 « men! la infamia que no podemos aceptar!

«Hablemos, señores, a sangre fría. El momento lo reclama. El
 « proceso entre el gobierno i nosotros es imponente. Sepamos
 « bien lo que intentamos que la Francia realice el mártes. ¿Es
 « una sedicion? No. ¿Es una revolucion? No. Aparte Dios de nues-
 « tro pais el mayor tiempo posible la necesidad de ella! ¿Qué es
 « pues? Un acto de fe i de voluntad nacional en la omnipoten-
 « cia del derecho legal de un gran pais! La Francia, Señores, ha
 « ejercido en el último medio siglo muchos, muchísimos, i tal-
 « vez excesivamente impetuosos actos revolucionarios. No ha
 « llevado todavia a cabo un grande acto nacional de ciudadanos!
 « Es un acto de ciudadanos el que por ella intentamos efectuar;
 « un acto de resistencia legal a las arbitrariedades de que hasta
 « aqui no ha sabido defenderse bastante con los medios consti-
 « tucionales i sin otras armas que su actitud i su voluntad! (Sí, sí).

«Es pues un acto de ciudadanos el que queremos celebrar, i
 « del que la Francia desea dar testimonio por medio de los ojos
 « del pueblo de Paris! Sepamos una vez salvar, afirmar por un
 « acto semejante, por una actitud firme i tranquila, por el llama-
 « miento a la justicia i no a la violencia del pais; sepamos guar-
 « dar una vez lo que tantas supimos conquistar i nunca conser-
 « var! (Muestras de adhesion.)

«¿Hai riesgos en la ejecucion de este acto? Quién lo niega! Pero
 « la abjuracion de sus derechos por la nacion, la aceptacion de

« la arbitrariedad, el estímulo a las tentativas de usurpacion ministerial, la humillacion del carácter nacional ante todos los gobiernos, ¿carece de riesgos?

« ¿Riesgos? no habéis tanto de ellos; nos quitaríais la sangre fría necesaria para prevenirlos; nos daríais la tentacion de arrostrarlos! No dependerá de nosotros apartarlos de esta manifestacion con toda la moderacion, la reserva, la prudencia de acciones i de palabras recomendadas por vuestra junta. Lo demas no está, señores, en nuestras manos, está en las de Dios. El únicamente puede inspirar el espíritu de orden i de paz a este pueblo que correrá en tropel para asistir a la manifestacion pacífica i conservadora de sus instituciones. ¡Roguémosle que conceda este signo de proteccion a la causa de la libertad i de los progresos de los pueblos; que prevenga toda coalicion funesta entre los ciudadanos armados i los ciudadanos desarmados. Esperemos, conjuremos a todos los ciudadanos para que sea así. Abandonemos lo demas a la Providencia i a la responsabilidad del gobierno que exclusivamente provoca i crea la necesidad de esta peligrosa manifestacion. No sé si las armas confiadas a nuestros valientes soldados serán manejadas todas por manos prudentes; lo creo, lo espero: pero si llegan las bayonetas a desgarrar la lei, si se cargan con bala los fusiles, lo que sé, señores, es que defenderemos con nuestras voces desde luego i nuestros pechos despues, las instituciones i el porvenir del pueblo; i que será indispensable que estas balas nos atraviesen para arrancar de nuestros senos los derechos del país! No es ya tiempo de deliberación sino de accion!»

IV.

Estas fueron las palabras de Lamartine, arrancadas mas por el entusiasmo que por la reflexion. Su escrúpulo le habia lanzado hasta vituperar desembozadamente la agitacion de los banquetes como una red tendida a las revoluciones. En los últimos momentos parecia cambiar de lenguaje; verdad es que ya no se trataba de un banquete reformista, sino de la reunion legal rechazada por los ministros a viva fuerza. En este duelo político se personificaba la lucha entre la oposicion de todos los matices i el Gobierno. Lamartine creia ver comprometido i perdido en ella el honor de la oposicion si llegaba a retroceder despues de haber avanzado

tanto. La oposicion del centro izquierdo iba a debilitarse; langtrá-deciendo arrastraba en su retirada a todas las demas oposiciones que habia comprometido en sus maniobras i en sus manifestaciones. Nunca Lamartine habia hecho parte de esta oposicion. La consideraba mas personal que nacional, mas ambiciosa que política.

Quizás contribuirían, sin saberlo él mismo, a la exaltacion de su discurso, la secreta satisfaccion de sorprender otra vez aun esta oposicion en flagrante delito de debilidad i el orgullo de adelantarse a ella i de convencerla de su inconsecuencia. Este fuego de cólera se evaporó en palabras: la oposicion del centro izquierdo cedió otra vez mas i abandonó el banquete. Desviárouse pues las consecuencias que podian emanar del discurso de M. de Lamartine. En nada contribuyó a la continuacion del movimiento que tomó otro jiro.

Pero si estas consideraciones excusan el yerro de Lamartine, no bastan para absolverle. El empuje que habia dado a la oposicion hubiera podido prodneir otro conflicto como el que hacia temer la obstinacion del gobierno. Lamartine abandonaba algo a la fortuna. La virtud no confia mas que en la prudencia cuando se trata del reposo de los Estados i de la vida de los hombres. Lamartine tentaba a Dios i al pueblo; se reconvinó despues severamente por su falta, que es la única de que le ha reconvenido su conciencia en toda la carrera de su vida política. No trató de atenuarla a sus propios ojos ni a los de los demás. Es una grave culpa volver a abandonar a la voluntad de Dios lo que Dios ha dejado a la del hombre de Estado: la responsabilidad. Esta conducta era un reto a la Providencia. No debe el hombre de Estado desafiar jamas a la fortuna; debe, sí, preverla i conjurarla.

Como siete u ocho, entre diputados i pares, se reunieron espontáneamente en la noche en casa de Lamartine. Adoptaron la resolucion de aceptar solos el reto del gobierno rehusado por la oposicion del centro izquierdo asistiendo al banquete para protestar con su presencia contra la interdiccion arbitraria de los ministros. Conviniéron en reunirse al dia siguiente en la casa del duque de Harcourt; pero pasados algunos instantes llegó a su noticia que no se celebraría banquete alguno. Se separaron.

¶ No obstante, el gobierno en la prevision de los acontecimientos de que pudieran ser causa la agitacion i la tension de los espíritus, habia reunido considerables fuerzas en París i sus alrededores. Se evaluaban estas fuerzas en 55.000 hombres. La artillería de Vincennes debia marchar al primer toque a la entrada del barrio de San Antonio. Disposiciones estudiadas largo tiempo i hábilmente desde 1830, habian designado en caso de sublevacion a los diversos cuerpos, puestos extratájicos en los diversos cuarteles. Cualquier tumulto popular, interceptado por estos puestos, debia dividirse en trozos incapaces de reunirse. Debía cubrir el fuerte del monte Valerien una numerosa guarnicion de caballeria en el camino de París i de Saint-Cloud. 57 batallones de infanteria, 1 batallon de cazadores de Orleans, 5 compañías del cuerpo de ingenieros, 20 escuadrones, 4000 hombres de guardia municipal i de veteranos i 5 baterías de artillería, componian la guarnicion de la Capital.

VI.

La noche fue muda como una ciudad que reflexiona ántes de obrar. La mañana no anunciaba un día siniestro. No habia armas ocultas bajo los vestidos ni cólera en los rostros. Unicamente las turbas curiosas e inofensivas se engrosaban en los *boulevards* i descendian de los barrios altos de París. Parecian observar mas bien que meditar alguna cosa. El acontecimiento pareció nacer de la curiosidad que lo esperaba. La juventud de las escuelas, vanguardia de todas las revoluciones, se reunió en grupos en los cuarteles i animándose con su número descendió cantando la marsellesa a la plaza de la Magdalena. El pueblo, electrizado a este canto, responde a él. Su columna se aumenta, atraviesa la plaza de la Concordia, pasa el puente Real, fuerza las verjas del palacio de la Cámara de Diputados, desierto aun, i se esparce sin guía i sin objeto en los jardines del palacio i en los malecones. Avanza por el malecon un rejimiento de dragones, i al paso i sin resistencia dispersa esta juventud. Llega la infanteria; la artillería toma posiciones en la calle de Borgoña; el puente está militarmente defendido.

Los Diputados contristados pero no inquietos, se reunian en el palacio sin recibir insultos. Subian las gradas del peristilo que dá su frente al puente i contemplaban desde allí las fuerzas crecientes de que disponia la monarquía i las primeras olas de

la multitud que la caballería rechazaba a la calle Real. No se oía ni un tiro, ni un grito. Delante de las verjas de la Cámara de Diputados la música de un regimiento de cazadores tocaba sonatas pacíficas. El contraste entre estas melodías de fiesta i el aparato del combate del malecón chocaba a los espíritus i producía una disonancia entre los oídos i los ojos de los ciudadanos.

VII.

En el interior, M. Barrot puso en la mesa del presidente un acto de acusación contra los ministros. M. Guizot viendo dejar allí este acto, se levantó, fue a la mesa, leyó la acusación, i dejó ver una sonrisa de desden. Había leído i había escrito detenidamente la historia. Su alma fuerte i altiva se apasionaba por los grandes dramas. Su elocuencia buscaba las ocasiones que resuenan en el porvenir. Su mirada ansiaba el combate. Despreciaba una acusación contra la que se hallaba defendido por una mayoría incorporada a su persona en el recinto de la Cámara, i afuera cubierto por una monarquía i por un ejército. La Cámara distraída, discutió por hacer algo las leyes administrativas. El día, corto i sombrío como día de invierno, vió aumentarse las turbas errantes i construirse algunas barricadas para nivelar el terreno de la oposición. Se organizaron juntas insurreccionales permanentes en las sociedades secretas i en las oficinas de los diarios republicanos. Ignoramos lo que pasó en ellas. Estuvieron sin duda en observación, i no trataron de la acción. La acción limitada de un conspirador que no dispone mas que de un reducido número de brazos, no tiene influencia sino cuando sirve a una idea jeneral o a una pasión preexistente. Los gobiernos antiguos, tiranías o despotismos, podían perecer a causa de un complot. En los gobiernos libres el complot se evapora. El único conspirador omnipotente de los Estados modernos es la opinión.

Se cerró la noche sin que hubiese corrido la sangre. Fué muda como el día, inquieta como la vispera de un acontecimiento. Sin embargo, la noticia de un cambio probable de ministerio que suavizaba la situación, prestaba seguridades a los ciudadanos. Las tropas vivaqueaban en las plazas i en las calles. Algunos bancos i algunas sillas de los Campos Elíscos, incendiados por los muchachos, alumbraban el horizonte con la iluminación del desorden. El gobierno era dueño de todo París, exceptuando la especie de ciudadela fortificada por la naturaleza de las construc-

ciones i por la estrecha tortuosidad de las calles que rodean el claustro Saint-Mery. Allí algunos republicanos que expiaban todo i que no desesperaban de nada, se habian concentrado, ya sea por táctica prevista, ya por espontaneidad de los mismos instintos revolucionarios. Hasta sus jefes desaprobaban su obstinacion i su temeridad. Se ha evaluado el número de ellos en 400 o 500 a lo sumo. Otro destacamento de republicanos sin jefes, desarmó en la noche a los guardias nacionales de Batignoles, incendió el puesto de la barrera i se fortificó en un grande almacén inmediato esperando el acontecimiento. No se intentó desalojarles. Al amanecer, las calles que desembocan a las puertas de París, estaban cubiertas de columnas de infantería i caballería llamadas por órdenes del gobierno. Estas tropas eran imponentes, obedientes, disciplinadas, pero téticas i silenciosas. El dolor de las guerras intestinas nublaba sus frentes. Tomaban sucesivamente posicion en las grandes encrucijadas de los cuarteles a que desciende la poblacion de París. La multitud no combatía en masa en punto alguno. Grupos diseminados i de los que era imposible apoderarse, desarmaban únicamente los puestos aislados, forzaban las tiendas de los armeros, e invisibles disparaban tiros que se perdian entre las tropas. Se levantaban barricadas, partiendo del centro de la iglesia de Saint-Mery casi difundándose i multiplicándose sin intervalos hasta bajo los mismos pies de los soldados. Apénas construidas las abandonaban. Las tropas no hallaban sino piedras que combatir. Era una batalla silenciosa cuyo progreso se conocia sin oír su ruido.

La guardia nacional convocada por un toque tardío, se reunia de lejon en lejon. Permanecia neutral i se limitaba a interponerse entre las tropas i el pueblo pidiendo a voces la separacion de los ministros i la reforma. De este modo servia de escudo a la revolucion.

VIII.

Tal era el estado de París en la aurora del 24 de febrero. Las tropas fatigadas de no ver enemigos, *sin embargo de hallar la hostilidad en todas partes*, permanecian fieles pero melancólicas en sus diferentes puestos. Los jenerales i los oficiales hablaban en voz baja de la inexplicable indecision de los acontecimientos. En las desembocaduras de las calles principales se encontraban pelotones de soldados de caballería envueltos en sus capotes grises,

sable en mano, inmóviles 56 horas en el mismo lugar i dejando dormir sin apearse, sus caballos hambrientos i ateridos de frio. Oficiales de estado mayor atravesaban al galope de minuto en minuto, llevando de un punto a otro de Paris órdenes i contraórdenes. Se oía a lo lèjos, de la parte del *Hotel de ville*, i en los profundos i tortuosos laberintos de las calles adyacentes, algunos tiroteos de peloton que parecian debilitarse i extinguirse a medida que avanzaba el dia. El pueblo era numeroso en las calles. Parecia dejar combatir por él el espíritu invisible de la revolucion i el pequeño número de combatientes obstinados que morian por ella en el corazon de Paris. Hubiérase dicho que estas masas del pueblo i este grupo de republicanos habian acordado entre si una secreta palabra de orden que decia a los unos: Resistid todavia algunas horas; i a los otros: No teneis necesidad de tomar parte en la lucha i de verter la sangre francesa. El jenio de la revolucion combate por todos; la monarquia está en su declive, basta empujarla. Antes que el sol se ponga habrá triunfado la República.

(Continuará).

UN AMOR EN PARTIDA DOBLE.

X.

¡Solo era un sueño!

Durante un mes, Adolfo estuvo encerrado en su cuarto, presa de horribles angustias de corazon, preguntándose si solamente en el delirio de una fiebre ardiente habria visto pasar la imájen de Anita. I cuando no creia en un sueño, se sentia aterrorizado pensando que iba a volverse loco.—Loco! él, cuyo pensamiento era ántes tan poderoso, él, que habia sabido sofocar bajo la enerjía de su voluntad los gritos mas dolorosos de su alma! Atleta de la desesperacion, endurecido en las mas crueles luchas, aun habria podido domar la desgracia, la desgracia real, viva, palpable..... pero luchar con el vacio!

Porque ¿qué era pues Anita?

Era ménos que una sombra, ménos que un fantasma..... era una vision!

Era un sueño que por un momento habia tomado cuerpo i alma; el cuerpo de una mujer sin mancha i sin remordimiento, el alma cándida i pura de una fresca niña cuya dulce voz resonaba todavia en su oido encantado!

¿Qué se habia hecho pues aquel soplo divino que por un instante habia disipado los malos recuerdos que oscurecian el presente?

¿Qué se habia hecho aquella estrella de esperanza que un momento habia brillado en la siniestra noche del porvenir?

Era un sueño,—nada mas que un sueño!!

XI.

¡Oh!!

La carretela que vimos cruzar hace tres meses la avenida del parque de Pierrefond, acababa de detenerse delante de una de las mas hermosas tiendas de perfumeria del *boulevard des Italiens*.

El lacayo bajó el estribo, sobre el cual se deslizó un botin de terciopelo que aprisionaba un pié tan delicado como la manecilla de hada, que vimos colgar de los jazmines de cierta enramada del bosque de Pierrefond.

Oh! cuán seductor era este piecesito!... Figuraos un pié breve, torneado, ajitandose como una anguila en el extremo de una pierna tersa i tenue que, bajo una media de seda bien blanca, bien transparente, sonrie al borde de un vestido de raso negro lijeramente recojido!...

Cuántas veces en mi juventud (ai! mucho tiempo há!) cuántas veces no me ha sucedido dejar vagar mi imaginacion sobre las huellas de un lindo piecesito que iba deslizándose, brincando graciosamente delante de mí! Cuántas veces no me ha sucedido doblar precipitadamente dos o tres calles para ir a admirar el rostro de la encantadora cuyo pié me hacia presentir tesoros de juventud i de belleza, i hallarme así, cara a cara, con una vieja coqueta, desmolada, de frente arrugada i de ojos rajados.

O poder de la imaginacion a los 48 años.—

¿Cuándo pues nuestras Santiaguinas cuyos piecesitos son tan lindos llevarán vestidos un poco mas cortos i dejarán exclusivamente a los señores cabildantes el cuidado de hacer barrer las calles de la capital?

¿Cuándo, pues,—(dirá el lector)—cuándo acabará el autor de *Un amor en partida doble* con sus eternas digresiones, que no tienen sentido comun?

Paciencia! querido lector: cada cual tiene su modo de ver las cosas i de formularlas. Sin embargo, os confesaré francamente que el menor de mis cuidados es que se lea esta fantasia literaria, que bajo su forma caprichosa i lijera oculta mas de un pensamiento util i serio.

La marquesa entró en la tienda de perfumeria; compró un pomito de esencia i dió una moneda de oro a un dependiente que se dirijió al escritorio rodeado de una verjilla de caova, tras de la cual escribia un jóven que desempeñaba las funciones de cajero.

—Señor Adolfo, dijo el dependiente al cajero, hai que devolver 10 francos.

La Marquesa se volvió vivamente: dirijió una mirada indaga'ora ácia la verjilla de caova,—empalideció i se dejó caer semi-pasmada sobre una silla.

El cajero entregó al dependiente la moneda i continuó compulsando tranquilamente sus libros.

—Ah! Dios mio! exclamó el dependiente, la señora marquesa está enferma!.....pronto!.....sales!

—No, es inútil... no es nada,—dijo la Marquesa. I lanzándose a su carruaje, se torció los brazos de rabia i de dolor, murmurando: *Un dependiente perfumador.....oh!*

ELLA! CLOTILDE MARCHEBRUNE DE TAILLEFER, MARQUESA DE CHAMPGO-BERT, DE PIERREFOND, habia amado..... a un *dependiente perfumador..... OH!!*

La sangre de treinta a cuarenta jeneraciones de abuelos archi-nobles borboteaba de indignacion i de vergüenza en las venas de la orgullosa Marquesa, al pensar que habia abatido sus miradas hasta un plebeyo.....!

Un dependiente perfumador, oh!—repetia la gran dama con el acento que deberia tener Alfieri, el gran poeta gentil hombre cuando descubrió que lady X..... su jóven i bella querida le habia dado por rival..... ¿quién? —un Palafrenero!

Un dependiente perfumador, oh!.....

I no obstante aquel pobre Adolfo se moria de amor por una aldeana; él que *talvez* era un principe extranjero (un *Cobourg*, por ejemplo) que habia venido incógnito a Paris para estudiar la industria fraucesa en jeneral, i la perfumeria parisiense en particular..... ¿Por qué no? Pedro el Grande, Czar de todas las Rusias, no se despojó de su olimpica autocracia para ejercer la infima profesion de carpintero?

La Marquesa se ruborizaba de su amor; pero ¿amaba aun.....? no amaba ya?..... ¿Se puede amar al que nos hace ruborizar?

—Algunas veces.

Pero cuando se ama aun lo que ya no se estima, el amor no es entonces un sentimiento, es un vicio.—No era este sin embargo el caso en que se hallaba la Marquesa, que ni aun idea tenia del vicio.

Verdaderamente, el Diabolo solo puede comprender alguna cosa en los amores de este mundo, porque él es el que mas interviene en ellos.

AXIOMAS (que acaba de inspirarnos la nueva situacion psicológica de nuestra heroína):

1.º El mas cruel enemigo del amor es el amor propio.

2.º El ridiculo es el *apagador* de las ilusiones amorosas.

PRIMER EJEMPLO. El Señor X..... que acostumbraba llevar pantalones excesivamente estrechos, tuvo un dia la torpeza de precipitarse a los pies de una mujer que se *habia imaginado* que le amaba; el transporte fué tan violento que el pantalon del fogoso enamorado se rasgó del modo mas burlesco..... Despues de este incidente la dama jamas pudo mirar al pobre jóven sin reirse a carcajadas.... ¡Id pues a hablar de amor a una mujer que no puede miraros sin reir a carcajadas! El señor X..... pudo surcir el pantalon roto, pero le ha sido imposible remendar una ilusion amorosa agujereada por una situacion ridicula.

SEGUNDO EJEMPLO. Otro enamorado fué despedido definitivamente por haber entrado mui inocente pero tambien mui inoportunamente, en el gabinete de toilette de su *ideal*. El desgraciado que era mui jóven i mu

inexperto no podia saber aun que para mejor paladear los bocados mas delicados jamas se debe entrar en la cocina cuando se confeccionan.

MÁXIMAS. Si nuestras queridas no nos perdonan cuando somos ridiculos, mucho ménos nos perdonarán cuando descubramos sus propias ridiculeces.

Los necios que no ven mas allá de sus narices i los hipócritas que finjen no ver nada, son los que sacan mas partido de la debilidad i de la vanidad de las mujeres lijeras i coquetas; seres sin intelijencia i sin corazon, importa mui poco a su dignidad obedecer a mujeres de que se mofan *in petto*. Saben mui bien, unos por instinto i otros por experiencia que las mujeres a que se dirijen empujan ávidamente la mentira que las lisonjea i beben gota a gota la verdad que les amarga.

El hombre de corazon se dirige siempre a la mujer delicada i verdaderamente amante, que sabe que es mas bello obedecer a un hombre de corazon i de intelijencia que conducir a un necio.

XII.

;;Ah!!

Aquella noche habia una inmensa concurrencia en el teatro del Odeon. Todas las aristocracias de la gran capital, aristocracias de belleza, de intelijencia i de blason, habian acudido al segundo teatro frances, para dar el bautismo de gloria a un jóven poeta desconocido, que, segun ciertos rumores de clubs i de bastidores, debia eclipsar a todas las superioridades literarias de la época.

El éxito correspondió a la ansiedad jeneral. Durante los cuatro primeros actos de la nueva tragedia se oyó una sucesion de aplausos que rayaban en delirio.—En un palco del proscenio estaban reunidas algunas jóvenes elegantes que manifestaban su entusiasmo con esas mudas excitaciones que son mucho mas dulces al corazon del poeta que los bravos tumultuosos de la muchedumbre.

En el fondo del palco se hallaba la jóven viuda de Pierrefond, pálida distraida i como siempre fastidiada. Desde su viudedad asistia por primera vez a una representacion dramática; i solo casi a viva fuerza pudo la duquesa de Borie, su tia, atrastrarla aquella noche al Odeon.

—Pero, mi querida hija, decia la anciana duquesa, no comprendo como puedas permanecer fria ante semejantes bellezas!.... qué poesia!— es una obra maestra!

—Oh! sí, es mui linda, dijo la Marquesa que no habia escuchado un solo verso de la pieza.

—Pero es admirable!

—Es maravilloso! agregó Clotilde reprimiendo un bostezo.... Buena noche tia!

—Cómo! ¿te vas....?

—Sí, tengo una jaqueca espantosa..... Todo ese ruido me abruma.

—Aguarda un poco, hija mia; mira, ya ha concluido el último acto.... piden al autor.....

—Qué me importa.....?

En efecto, el protagonista decia a la muchedumbre entusiasmada el nombre de Adolfo de Saintpre.

La marquesa estaba ya en el pasadizo cuando su tia, tomándola del brazo,—aguarda pues la dijo, voi a dejarte a tu casa..... pero el público quiere saludar al autor en persona..... Veamos a lo ménos si es jóven.

Clotilde volvió mal de su grado al palco; mas de improviso se enderezó como un resorte, e inclinándose sobre la barandilla del palco miró ávidamente al jóven poeta que inclinaba su frente gloriosa bajo una lluvia de flores i de bravos.

—Vamos, querida, qué es lo que tienes ahora? dijo la anciana duquesa, por qué no vienes.....? la sala está ya vacia..... van a apagar las luces.

La duquesa arrastró a su sobrina que murmuraba con una excitacion de felicidad: UN POETA.....AH.....!

La gran dama estaba orgullosa de haber amado a un gran poeta.

¿Hai en efecto blason comparable al del jenio?—UN POETA.....AH!

AH!—bello lado de la medalla.—*vanitas*.

OH!—reverso de la medalla.—*vanitas*.

AU! OH!—los dos lados de la medalla (ilusion i decepcion): *vanitas vanitatum!*

XIII.

Uno i uno son cuatro,—dos i dos son dos.

Sin fortuna i sin protector no quiso Adolfo sin embargo ejercer en Paris el oficio de traficante literario. Prefiriendo aguardar que su talento madurase suficientemente para producirse con brillo, tuvo durante dos años el valor de pedir su subsistencia a un empleo que tan poco se acordaba con sus gustos i su vocacion. Pero en fin habia alcanzado su diploma de gran poeta en un pais donde el talento i el triunfo conducen tan presto a la fortuna. Habia pues logrado su objeto, i no obstante la riqueza i la consideracion no le bastaban ya. Todo esto no era la felicidad.

Algunos dias hacia que no se hablaba en la alta sociedad sino de la transformacion repentina que se habia obrado en el humor de la Marquesa de Pierrefond. Sacudiendo de improviso la apatia que la tenia secuestrada de la sociedad, habia abierto sus salones, que no tardaron en llenarse de adoradores.

En una noche de carnaval i no obstante el pavor instintivo que le causaba el nombre de Pierrefond, Adolfo se dejó arrastrar por uno de sus amigos a un baile de fantasia que daba la Marquesa.

QUINTA-ESENCIA DE UN BAILE DEL GRAN TONO.

.....Dolores morales reprimiéndose bajo la máscara de la alegría,
Deformidades físicas veladas-con seda, gaza i algodón,
Rivalidades mezquinas i ridículas,
Esperanzas frustradas,
Contorsiones burlescas,
Arrugas ocultas bajo los afeites,
Palabras falaces,
Lisonjas necias,
Bellezas facticias,
Miradas facticias,
Sonrisas facticias,
I goces facticios.

—*Está Vd. encandilado, mi buen señor?* exclamó una vocesilla que hizo estremecer a Adolfo como si hubiese tocado a la *pila volcánica*.

Era la voz de Anita.

Adolfo se volvió i se halló cara a cara con una añeja dama de rostro arrebolado, ridículamente ataviada con un traje de Sultana.

Durante una hora escudriñó Adolfo todos los salones; pero en vano. En fin rendido por la emocion i la fatiga, entró en un pequeño retrete aislado, i se dejó caer sobre un sofá murmurando con voz desfallecida: «siempre este maldito sueño!»

No habia acabado esta exclamacion cuando una puertecilla secreta, oculta en un rincon del retrete, se entreabrió para dar paso a la aldeanita de la conejera.

La jóven avanzó ácia Adolfo, le sonrió tiernamente i ofrecióle un ramo de violetas, diciéndole:—Anita, servidora vuestra... i dando un brinco desapareció del retrete.

—No, no es un sueño! exclamó Adolfo, precipitándose sobre las huellas de la aldeanita, que se detuvo a la entrada de un salon para recibir los homenajes de algunos altos personajes que acababan de llegar.

I Adolfo oyó cerca de sí una voz que decia:

—«¡Cuán seductora está nuestra Marquesita de Pierrefond con su traje de aldeana!»

XIV.

Diálogo que data de la extraccion de la famosa costilla de Adan.

Adolfo se presentó al día siguiente en casa de la Marquesa de Pierrefond. Despues de haberse bien probado mutuamente que una aldeana i

una Marquesa multiplicadas por un industrial i un poeta no componian sino dos amantes mui tiernos, Adolfo i Ana Clotilde entablaron el diálogo siguiente:

—¿Me amas?

—Te adoro ¿i tú?

—Oh! mas que a mi vida!

—Ah! repítemelo....

—Te amo mas que a mi vida!

—¿Siempre?

—Siempre!

—Bien mio!

—Vida mia!

—Mi prenda!

—Mi tesoro!

—Mi cielo!

—Anjel mio!

—Mi encanto!

—!!

—!!

—!!!!

—!!!!

XV.

Horrible desenlace.

Ai!—Un mes despues.... oh! compadecedles, compadecedles!... Pobre Adolfo! pobre Ana Clotilde! Un mes despues..... *se casaron!*

Santiago junio de 1850.

FERNANDEZ RODELLA.

CRÓNICA.

SANTIAGO, JUNIO 6 DE 1850.

La apertura del Congreso nacional de 1850 tuvo lugar el primero de Junio; todas las autoridades i el cuerpo diplomático estaban presentes a tal solemnidad; los ánimos de los espectadores en un día nebuloso brillaban mas bien de tristeza que de esperanza; no habia esa inquietud que precede a los dias siniestros; no se vislumbraba tampoco el jesto encubierto de las ambiciones sofocadas i los partidos mismos se habian como retirado un instante de la lucha para no dejar entrever sus deseos. Este gran silencio interrumpido apénas por el ruido de los lanceros entumecidos en sus caballos ociosos, no cambió tampoco con la llegada del coche del presidente. Cuatro caballos blancos, símbolos de paz, tascaban el freno en la húmeda plaza; el presidente resplandeciente de oro i de salud bajó de él con la misma frialdad del clima; el mensaje no le preocupaba, no traia en él ningun rayo amenazador, venia simplemente a dar cuenta de un año de trabajos i zozobras; ninguna gloria le rodeaba, ningun peligro le amenazaba; no era el aspecto del héroe ni el abatimiento de la victima lo que se veia en ese personaje. Era la proximidad de un desenlace, la penúltima mirada de una cosa que se ama, era como el adios postrero de una felicidad que se desvanece.—No queda mas que un

año de presidencia a ese jeneral afortunado que haciendo triunfar nuestras banderas a las orillas del Rimac ha ganado despues dos batallas electorales, ha luchado durante 9 años con los partidos, cambiando de amigos i enemigos, segun las circunstancias, hasta llegar al último año cansado de gloria, de poder, con un rollo de papel en la mano, penúltimo boletin de un jeneral en retirada. Abi está ese mensaje, pálido reflejo de un dia moribundo, contando uno a uno los pasos de la administracion, repitiendo las mismas cosas anteriores, prometiendo algunas reformas i encomendando las mas a la providencia i al zelo del Congreso. Todo esto se ha oido sin aplausos; el recibimiento exterior ha sido igual al de la sala; presidentes, ministros, diputados, pueblo, todos se separaron en ese dia de frío con una tranquilidad admirable, hija del hábito quizás si no de un descontento familiar. Todos los años se ve la misma ceremonia; convidados i festejantes asisten al banquete democrático con igual derecho; hai quienes se contentan con la descripcion lujosa del banquete, algunos no encuentran bocado que gustar, otros prueban lo amargo, los mas llegan tarde o se satisfacen con el deseo. Pero el mensaje siempre se presenta opíparo, lleno de alimento, tentador; es el *puchero* anual servido al pais i casi nunca gustado, semejante a los pollos de madera que se comen en el teatro.

La situacion de la República en el exterior, segun el discurso, es de las mas interesantes; se consolidará mas por las nuevas leyes de navegacion hasta que de un momento a otro la libertad comercial reine en todos nuestros puertos. Cada vez se acerca mas al verdadero conocimiento del pais nuestra ciencia financiera; ya abandonando el sistema protector en beneficio de mui pocos, ya haciendo cesar esa guerra estúpida a los productos extranjerqs, preocupacion inmensa fundada en el egoismo i en la ignorancia de los verdaderos intereses.

En el interior algunas obras útiles han recibido la última mano, i hasta el célebre i fabuloso puente de los Morros se anuncia como concluido. La historia de este puente es la historia del gabinete de setiembre; tres años han empleado ambos en establecerse: el puente ha quedado i los ministros se han ido. Ahora se ofrece el puente de Cachapoal, que durará lo que dure el ministerio de Abril; i si cada ministerio ha de dejar un puente, sentimos que el de Junio no haya encontrado puente ninguno que construir; la candidatura presidencial en su inhabilidad para formar un partido, los perdió; era una especie de puente col-

gado entre dos abismos, obra colosal, digna de los tiempos maravillosos, que habria encerrado el vacío bajo la bóveda de una arcada.

La reforma postal parece tambien preocupar al ministerio. La base que le sirve de apoyo es mui sencilla; unir la prontitud a la igualdad i pequenez del impuesto; las distancias no deben hacerse pagar i si hubiese de tomarse en cuenta los mas cercanos como mas favorecidos deberian pagarla.

La colonizacion es tambien uno de los puntos que toca el mensaje. Pero ignoramos el interes de una lei que arregle estos puntos *tomando en cuenta las necesidades i costumbres de la sociedad chilena*, desde el momento en que aun no han llegado esos colonos, cuando la inmigracion aun no se verifica i cuando es seguro que con el aliciente actual i a pesar de la futura lei de colonizacion ningun o vendrá. Un conquistador que distribuye las tierras pertenecientes al enemigo, ántes de vencerlo i de apoderarse de ellas, no obraria con tanta prevision como nuestro gobierno. Hágase una buena lei para interesar a los emigrados i la parte administrativa de la colonia vendrá por si sola i a su tiempo. Pero fundar la ciudad, la policía, la administracion ántes de echar los cimientos del nuevo edificio, es principiar los palacios por el techo, construir maravillas como las hadas i anidar en el abismo como los avechuchos fantásticos e imposibles.

Pero ninguna cosa importa mas al interes de los araucanos que la poblacion de las fronteras i nadie como el Sr. Varas puede llevar adelante un proyecto de reduccion de indijenas. En sus ideas altamente filantrópicas hai el vigor i la civilizacion que exige el siglo. Pasaron esos tiempos inquisitoriales en que la patria i la relijion, el suelo i el paraíso se inoculaban con una flecha ensangrentada. Dios i el progreso rechazan esos medios i es infame el que envuelve sus ídolos en el sangriento manto de las víctimas, como el ciudadano que trae al altar de la patria la cabeza de un hermano. El hacha glorifica al mártir, no al asesino, cualquiera que sea la causa; ya la sangre ha dejado de ser un rocío fecundante en las sementeras humanas. La barbárie tiene sus derechos como la civilizacion, sin otros límites que la vida. Desde el momento en que a nombre de una idea, a nombre del error, del fanatismo, se lanza el grito de exterminio de unos contra los otros, desde el instante en que todos concurren a este grito de sangre i fuego, la sociedad se convierte en un foco de crimen i las ciudades i campos se cubren con la púrpura de las víctimas.

¿Quién es aquel que con la mano en el corazón toca a degüello en medio del silencio de los hombres? ¿Quién es ese santo que pide sangre al cielo para apagar su sed? ¿Quién tiene esa infalibilidad divina para blandir el hacha con justicia disponiendo del perdón i de la gloria? La civilización introduce el buen gusto en las palabras; es de mal tono, de mala educación hablar de *exterminio*, *excecraciones*, *matanzas*, *degüellos*, *nada mas que* por dar la medida de sus convicciones. El hombre valiente, según este modo de obrar, es el que ha matado más hombres; el mas convencido es el que aborrece mas a sus adversarios; el hombre mas bueno, mas santo, mas divino es el que tiene la mano mas cerca de la cuchilla del sacrificio i la lengua mas impregnada de veneno corrosivo.—Si los araucanos han merecido las simpatías del ministro Varas, ¿no lo merecerán para otra clase de jente los de una misma sociedad ignorantes o civilizados, pacíficos i revolucionarios?

Nada ofrece el mensaje respecto a la reforma judicial. Bien es cierto que se han planteado dos cortes de Apelaciones, pero bajo el mismo réjimen anterior, con una misma lei de procedimientos, que no garantiza mas que el embrollo i los pleitos interminables. Esta parte esencial de un buen gobierno debia llamar la atención de los miembros del Congreso, ya que un olvido involuntario de parte de los políticos del gabinete ha venido a poner en claro su falta de ideas tocante a estas reformas. ¿Quién podrá figurarse que bajo este punto de vista estaban los romanos mas adelantados que nosotros? La propiedad tenia muchas mas garantías en la manera de proceder de los romanos i la mala fe ménos medios para tomar asiento en los pleitos. ¿No es una farsa esta polémica de traslados interminables, insignificantes, expresamente hechos para demorar el juicio, falsificar documentos i alejar el fin de toda causa? En vano muchas veces el demandante deja de establecer su verdadera acción; pida una cosa enteramente imposible, pida un absurdo o cosa alguna, el pleito sigue adelante sin fundamento i como una diversion retórica en beneficio de la mala fe. Ahora el tiempo que pierden los jueces; con ítem mas la rutina, única jurisprudencia conocida en Chile. Todo se vuelve sutilezas, enredos, artículos; nada de doctrina judicial. Un abogado es aquí un cubiletero, el mas hábil triunfa; por lo que hace al juez maldito, lo que le importa; las partes lo guían, lo tironean, juegan con él; cuando debiera ser él el director del pleito i el opositor constante a esos interminables pleitos i epi-

sódios en un mismo i único pleito.—Otra de las reformas que pudiera introducirse ya que el jurado en materias de imprenta no se ha acreditado mucho en Chile, seria aplicarlo a los negocios de comercio. Valparaiso i Santiago por lo ménos estan llenos de comerciantes acreditados, que pudieran nombrar anualmente sus jurados para las causas comerciales. La jurisprudencia mercantil es de suyo de fácil aprendizaje i no hai un comerciante por pequeño que sea que no entienda las ordenanzas de Bilbao. Poner a esta segunda prueba el jurado seria salvar su honor i el porvenir que le pertenece sin duda en un estado social demasiado brillante. Los jueces de paz elejidos por los barrios no dejarían de dar buenos frutos.

El culto ha recibido una atención particular, ya levantando nuevos templos, ya animando a los misioneros con pequeños socorros en sus conquistas pacíficas i religiosas. Pero es necesario democratizar los bautismos, matrimonios i entierros; es preciso que el pobre, o mas bien el ciudadano de una república cristiana, no pague un óbolo para entrar en la fe, para contraer un lazo sagrado i eterno, o para pasar al otro mundo. La autoridad civil debe encargarse de estos pasos del hombre i enseñarle la santidad de su mision por la falta de estipendio. ¿No se ven en las aldeas cadáveres en torno del cementerio porque los deudos no tienen dinero? ¿No hai muchos que viven en malas relaciones por el mismo motivo? ¿No hai tambien muchos que mueren sin los santos oleos? Todo acto de virtud es un deber i no puede comprarse. Es preciso que el clero comprenda sus obligaciones i que no exija en el cumplimiento de una mision santa un honorario anticipado. El clero tampoco debe ser retribuido por los monarcas; debe mantenerse de la caridad de los fieles, o de las erogaciones de los propietarios. Pero en todo caso que nadie pague por ser cristiano, por ser marido, o por dos varas de tierra en la patria comun de los difuntos. No se diga que faltarian donaciones i que las ciudades podrian ver a un párroco en la miseria sin socorrerle. Al contrario, creemos que las municipalidades debian fijar sus emolumentos, haciendo a los vecinos solidarios de las virtudes de sus párrocos. El cura no debe ser un hombre político nunca; es el consejero del pueblo, el amigo de los vecinos, no debe recibir nunca una ofrenda de las arcas del fisco; en hora buena para los templos i fiestas, jamas por el bautismo, matrimonio, entierro, etc. En cuanto a sus demas propinas, allí tienen las misas, los responsos, etc.; eso debe ser retri-

buido porque la conciencia lo paga, esa es su única exigencia, su solo derecho. Pero cobrar un derecho en lo que forma la base de la sociedad, eso no le es permitido mas que al Estado. ¿Pero el Estado no debe interesar la virtud, no debe facilitar el deber? ¿No le vemos ahora empeñado en la instruccion primaria obligatoria? ¿Al qué es la instruccion sin la moral? ¿qué la religion, la familia, las tumbas, si se compran con un poco de dinero? Hacéis hombres instruidos por fuerza, sin exigir retribucion i no quereis hacer cristianos de valde, ni matrimonios sin paga!—Esa anomalía debe cesar; es necesario que nada mengüe en santidad en la mision del clero i del Estado. Ambos tienen una esfera propia; el primero en la conciencia, el segundo en los actos libres. De la exactitud de estas relaciones solo puede nacer la armonía.

La escuela de Artes i Oficios es un plantel magnífico; muy diverso de la Escuela militar, sin objeto hoy dia. Basta ponerlas juntas para conocer el absurdo de la última i las inmensas ventajas de la primera.

Lo mismo debemos decir de nuestra marina de guerra. Lo que importa es la mercante. Esta es una fuerza, desenvuelve un gran interes; la otra es un lujo esteril, es una pequeñez insignificante entre nosotros, podría decirse, el fuego artificial de nuestra marina mercante. ¿Se figuran que lo que constituye la marina son los buques de guerra? Seria lo mismo llamar soldados a los armeros. La fuerza de una marina está en el comercio; por eso los Estados-Unidos con ménos buques de guerra que los ingleses tienen una marina mas poderosa; por eso la Inglaterra vale mas que la Francia i esta mas que la España. La marina de guerra en Chile es una ridiculez sino un absurdo; es un niño de 4 años con un casco romano brillante de penachos i de dorados.

Respecto a la Hacienda pública hai grandes esperanzas, segun el discurso; esperanzas que han admirado al partir de un ministro enteramente desconocido. Es el único ministro que parece decidido a aclarar los reglamentos fiscales, a reformar las monedas, suprimir el estanco i sustituir el diézmo, impuesto desigual el mas gravoso i mas antiguo que haya pesado sobre las clases pobres. No podemos ménos que desear al nuevo ministro un gran suceso; la conclusion de estos proyectos harán la felicidad de Chile i la gloria del hombre sencillo i franco que se ha atrevido a seguir lo que el sentido comun enseña.

Estas reformas financieras indican bien la solidez de juicio del ministerio de abril; ellas son las únicas que brillan en el mensa-

je; una vez realizadas, bastarian por si solas a perdonar los extravios, los errores de tantos años de incuria, de timidez, en una administracion tantas veces renovada, falsificada, desmejorada.

La riqueza se hace perdonar muchas faltas. Una nacion no siente instantáneamente los golpes hechos a su honor; es a la larga en las mejillas de la posteridad donde vienen a asomar los colores de la vergüenza, cuando la historia aplica friamente su analisis a las cosas i a los hombres pasados, cuando todo personaje resucitando desde lejos con la majestad del tiempo se arrastra de rodillas o se alza cuan alto es ante el historiador inflexible, viva conciencia de la patria. Entónces no hai amistades ni intereses del momento como hoi; en la actualidad la persona nunca desaparece, tiene amigos que la adulen, enemigos que la calumbien; tiene corazas que la defienden; a veces la bienen i en la actividad de sus emociones, guiada por la pasion o el interes es toda oidos para sus cortesanos i toda odio e indiferencia para sus adversarios. La virtud i el honor no son una impresion de la sensibilidad; ellos no pasan como los objetos para la vista; quedan siempre en el alma cada vez mas encarnados, mas visibles para el ojo insaciable del remordimiento. La posteridad aun debe estar mas presente para el jefe de un pueblo, para el elejido entre los iguales. Encargado del honor i de la utilidad de otros, debe tener su conciencia abierta al pais entero para que vea cada palpitation de su corazon nacional. Entónces se puede bajar del puesto mas elevado i pasar como el Dictador Sifa por en medio de sus enenigos, solo, sin temor ni esperanzas, dispuesto a ser la víctima o el triunfo, la rechilla o la glorificacion.

El presidente Búlnes ha anunciado la próxima eleccion presidencial con palabras dignas del jefe del Estado. No se han visto en ellas recrudescencia ni amargura; no ha maldecido de ninguna libertad en su abuso i se prepara a mantener la lei en la expresion libre de los sufragios con toda la majestad que requiere tamaño sacrificio. Cerca de esa lucha da garantias a los partidos, deja a un lado su voto para contemplar con imparcialidad los hechos. Esta concentracion del presidente en si mismo es de buen agüero; anuncia su resignacion patriótica en medio de dos partidos divididos por intereses contrarios. Será la primera vez que un personaje baje asi lleno de amor por sus conciudadanos, habiendo hecho por ellos lo posible si no lo perfecto, i encomendando al espíritu chileno que le ha dado tantas pruebas de sim-

patía i de órden los futuros destinos del país. ¿I qué le resta por otra parte al despedirse del gobierno i del pueblo que lo eligiera por 10 años? Es sacrificio, es prescindencia legal, caballeresca en medio de los peligros a que arrastran las facciones? ¿Qué importa una persona en el desarrollo fatal de nuestro país? Una idea puede salvar al país, esa idea es la reforma de la Constitución muchas veces falseada, mal interpretada, desprestijiada ya hoy día por los avances del ejecutivo i los ataques de la Cámara de 1849. Un sentimiento puede tranquilizar su espíritu, desconfiar un poco de sus afecciones de familia, aislarse un tanto i hacerse el mediador i hasta el consejero de ambos partidos. ¿Por qué arriesgar su porvenir i el del país en una elección difícil de obtener? ¿I qué haría la oposición contra estos resultados?—Nada; impotente para fundar, aun lo es mas para luchar. ¿No se la ve hoy día vagar en busca de su antigua mayoría como una alma en pena? ¿Dónde se ha ido esa falanje destructora de ministerios?—Ya nadie sabe a qué atenerse en esta anarquía; se ocurre a la suerte, donde el ángel de la fortuna mas bien es el diablo que otra cosa. El tiempo los ha perdido; aun les queda el cubilete i la suerte, dos cosas harto diabólicas, dignas del clérigo *Castroporci*.—Otra vez nos ocuparemos de las sesiones con un presidente de la oposición i un vice del ministerio. Todas estas son cosas del diablo.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

IX.

El éxito del día dependía de la guardia nacional. El gobierno hasta aquella hora no había querido sondear sus disposiciones equívocas exigiéndole que tomase una parte activa en los acontecimientos e hiciese fuego sobre el pueblo de París. Su Comandante en jefe, el general Jacqueminot, intrépido i personalmente arriesgado, pero enfermo, no dudaba hallar en sus oficiales i en sus soldados la resolución marcial, la abnegación de que él se sentía capaz. El rei, que en el espacio de 18 años había estrechado hombre por hombre las manos de esta guardia civica de París i que conocía como nadie la profunda solidaridad entre los inte-

reses de ella i los suyos propios, se creia seguro de sus corazones i de sus bayonetas.

El prefecto de Paris, conde de Rambuteau, mui adicto a la familia real, pero incapaz de lisonjear hasta en el momento de la catástrofe a las personas que amaba, no participaba de esta confianza. Sus relaciones de todos los dias con el comercio de Paris, del que proceden casi todos los coroneles i oficiales de este cuerpo, le habian revelado hacia algun tiempo un descontento sordo, una desafeccion, ingrata quizas pero real, que no produciria una sedicion, pero que podria mui bien manifestarse en abandono a la hora del peligro. Habia advertido de este peligro al rei, que rechazó la advertencia sonriéndose i con un jesto de incredulidad. «Ocupaos de Paris, le habia contestado este príncipe; yo respondo del reino.» El fiel majistrado se habia retirado inquieto al ver tan profunda seguridad.

X.

La guardia nacional, convocada efectivamente, la mañana del 24 para interponerse entre el pueblo i las tropas de linea, acudia lenta i tibiamente a la llamada. Veia en el movimiento prolongado del pueblo una manifestacion anti-ministerial, una peticion armada en favor de la reforma electoral, que ella se hallaba léjos de desaprobar. Sonreia secretamente. Habia llegado a serle anti-pático el nombre de M. Guizot; como que se le hacia pesada su autoridad provocante i excesivamente prolongada. Talvez amaba los principios de gobierno de M. Guizot, pero no le amaba personalmente. Veia en él un condescendiente desde luego i un instigador despues de la Inglaterra. Le echaba en rostro la paz comprada a excesivo precio por servilidades políticas en Portugal; la guerra, mas que temerariamente arriesgada por el engrandecimiento de la familia de Orleans en Madrid. La guardia nacional se regocijaba de la caida i de la humillacion de este ministro, tan impopular a causa de la paz como a causa de la guerra.

No se alarmaba demasiado de ver al pueblo votar a tiros contra el sistema gastado del rei. Este príncipe habia envejecido en el corazon de la guardia nacional, como habia envejecido en edad. Su sabiduria parecia a los Parisienses petrificada en su obstinacion. Esta obstinacion, conmovida o vencida por el alboroto popular, parecia al vecindario justo castigo de una fortuna demasiado constante. Todo se limitaba en la opinion de los guar-

días nacionales a un cambio de ministerio algo forzado por la emoción de París; a la entrada de la oposición al manejo de los negocios, en las personas de M. Thiers i de M. Odilon Barrot; a una reforma moderada de la lei electoral; a una Cámara de Diputados rejenerada i que fuera la verdadera expresión del espíritu del país. Los mas previsores creían que en todo caso lo mas en que vendría a parar este estado de cosas, seria en la abdicación del rei i una rejencia. En una palabra, la guardia nacional por sus murmullos, creía hacer la oposición en las calles, cuando lo que hacia en realidad era una revolución.

Por lo demas, no dudaba que la noche hubiera hecho reflexionar al rei; estaba persuadida que se anunciaria un nuevo ministerio en la mañana; que el tumulto sin objeto se disiparia por si mismo, i se convertiria como la vispera, en gritos de alegría i en iluminaciones.

XI.

La Cámara de Diputados se hallaba reunida desde las 8 de la mañana, esperando las comunicaciones que el rei le dirijiria por el órgano de sus ministros en tan plena seguridad como el mismo rei. La mayoría confiada en su fuerza, en el número de las tropas, en su fidelidad, departia pacíficamente en sus bancos acerca de las diversas combinaciones ministeriales que instantáneamente deberian revelarse a los diputados. Se veía un cambio de poder inminente. Nadie presentia todavía un cambio de gobierno. Los amigos que el antiguo ministerio se habia vuelto a captar, se hallaban consternados. En los rostros de los ambiciosos radiaba la esperanza de su próxima fortuna. Los hombres independientes contemplaban con tristeza esta lucha entre dos partidos encarnizados de la que podia resultar la ruina del país. Una ansiedad penosa, aunque no desesperada, agobiaba a la Asamblea. Cada vez que un hombre importante entraba a la Sala, se agrupaban los diputados al rededor de él como para arrancarle de antemano la palabra del destino. Sin embargo, uno de estos hombres a los que la Providencia reservaba una parte en el acontecimiento, no preveía todavía la catástrofe que iba a absorber dentro de algunas horas la monarquía. Este hombre era Lamartine. Lamartine, hijo de un hidalgo de provincia de las riberas del Saona. Su primera juventud habia corrido en la oscuridad; la habia pasado entregado al estudio, viajando o retirado

en el campo. Habia platicado mucho con la naturaleza, con los libros, con su corazon, con sus pensamientos. Habia sido educado bajo la inspiracion de odio al imperio; aquella servidumbre solo era gloriosa en el exterior, triste i deslucida en el interior. La lectura de Tácito sublevaba su corazon contra la tirania del nuevo César. Descendiente de una raza militar religiosa i realista, Lamartine entró en las guardias del rei al regreso de los Borbones, como todos los hijos de la antigua nobleza de provincia. La impaciencia i el hastio del servicio en tiempo de paz, le decidieron a salir de aquel cuerpo. Habia vuelto a adquirir su independencia i a vagar al traves del mundo. Algunas poesias, puede decirse involuntarias, habian hecho conocer su nombre. Esta precoz ilustracion fue causa de que le acogiesen favorablemente los hombres políticos de la época: M. de Talleyrand, M. Pasquier, M. Mounier, M. Royer-Collard, M. de Broglie, M. de Bonald, i mui particularmente M. Lainé. Bajo sus auspicios habia entrado en la diplomacia. Sus opiniones desde entónces, liberales i constitucionales como las de su familia, habian desagradado a la Corte; su independencia habia perjudicado a sus adelantos. No fue nombrado ministro plenipotenciario en Grecia hasta el año de 1850.

Despues de la revolucion de julio, dió su dimision por un sentimiento de respeto a la fortuna vacilante de la casa de los reyes que habia servido, i de reserva a la fortuna ascendente de los nuevos reyes que se elevaban. Habia empleado dos años en viajes por el Oriente. El horizonte del mundo ensancha el pensamiento. El espectáculo de las ruinas de los imperios entristece, pero fortifica la filosofia. Se ve como desde las alturas de una cumbre jeográfica surgir, engrandecerse i disiparse las razas, las ideas, las religiones, los imperios. Los pueblos desaparecen. No se percibe mas que la humanidad trazando su curso i multiplicando sus paradas en el camino del infinito. Se distingue mas claramente a Dios en el término de este camino de la caravana de las naciones. Trata uno de darse cuenta del desígnio divino de la civilizacion. Se llega a divisarlo. Se adquiere la fe del progreso indefinido de las cosas humanas. La politica momentánea i local achica sus proporciones i se evapora. La politica universal i eterna aparece. Uno ha partido hombre i vuelve filósofo; no se sigue otra bandera sino la de Dios. La opinion se convierte en filosofia, la politica en religion. Ved el efecto de los largos viajes i de los profundos pensamientos al traves de las rejiones de Oriente. No se descubre el fondo del abismo i los secretos de la profundidad del

Océano, hasta que el Océano se agota. Sucede lo mismo con los pueblos; la historia no los comprende hasta que han dejado de existir.

XII.

Mientras Lamartine viajaba por Oriente fue electo diputado por el departamento del norte. Durante doce años había sido miembro de la Cámara de Diputados i se había mantenido aislado de todos los partidos, buscando la via de la verdad, la luz de la filosofía, hablando segun le dictaba su conciencia en pro o en contra de las miras del gobierno, sin rencor, como tambien sin afecto a la nueva dinastía; pronto a auxiliarla si queria gobernar en el sentido de la democracia creciente en derecho i en poder; pronto a resistirla si tomaba otra vez el camino del tiempo pasado.

Los principios políticos de Lamartine, eran los de la eterna verdad, de los que el Evangelio es una página, la igualdad de los hombres ante Dios realizada en la tierra por las leyes i la forma de gobierno que dan al mayor número i darán pronto a la universalidad de los ciudadanos la parte mas igual de intervencion personal en el gobierno i como consecuencia de esta parte, la mas igual tambien en los beneficios morales i materiales de la sociedad humana.

No obstante, Lamartine consideraba el gobierno de la razon superior a la soberanía brutal del número, porque siendo la razon a su modo de pensar la reverberacion de Dios en el jénero humano, la soberanía de la razon es la soberanía de Dios. No llegaban hasta un punto quimérico sus aspiraciones a la igualdad violenta e imposible en la actualidad de las condiciones sociales. No comprendia la existencia de sociedad alguna civilizada sin estas tres bases que parecen dadas por el instinto mismo, que es el gran revelador de las verdades eternas: el Estado, la familia, la propiedad. El comunismo de bienes, del que necesariamente es fruto el comunismo de la mujer, del hijo, del padre i de la madre i el embrutecimiento de la especie, le causaba horror. El socialismo en sus diferentes fórmulas, *sansimonismo*, *fourrierismo*, *desposeimiento del capital* bajo pretesto de quitar las trabas i de multiplicar el producto, le inspiraba piedad. La propiedad, no hai duda, aparecia a sus ojos como cualquiera otra cosa susceptible de perfeccionarse por las instituciones que la protejen en vez

de destruirla; pero la proteccion del salario era en su concepto la forma mas libre i mas perfecta de la asociacion entre el capital i el trabajo; pues que el salario es la exacta proporcion discutida libremente entre el valor del trabajo i las necesidades del capital: proporcion expresada en todo pais de libertad, por lo que se llama concurrencia.

Con todo, como el jornalero agobiado por el hambre no tiene siempre e inmediatamente su completa libertad de debatir su derecho i de proporcionar de este modo el precio de su trabajo al servicio que presta al capital, Lamartine consideraba en cierto modo al Estado como árbitro o como el gran *hombre bueno* entre las exigencias contrarias de los dos contratantes.

Pretendia ademas que el Estado, providencia de los fuertes i de los débiles, proporcionase en ciertos casos extremos, determinados por la Administracion, *trabajo de asistencia* a los jornaleros que no tuviesen posibilidad de procurar el pan a sus familias. Pedía un *contingente de pobres*. No queria que la última palabra de una sociedad civilizada al obrero que carece de alimentos i de abrigo, fuese el abandono i la muerte. Pretendia que esta última palabra fuese trabajo i pan.

Penetrado en fin de las ventajas de la propiedad, verdadero derecho de ciudad de los tiempos modernos, aspiraba a extinguir por grados el proletariado, haciendo susceptible de adquirir al mayor número i finalmente a la universalidad de los ciudadanos la propiedad mas universalizada. Pero la primera condicion de este llamamiento sucesivo a una parte de la propiedad en manos de todos, era el respeto de la propiedad en manos de los propietarios, de los negociantes, de los industriales, elevados ya a esta dignidad por el trabajo i por la herencia de familia. Desposeer a los unos a fin de enriquecer a los otros, no le parecia un progreso, sino una expoliacion ruinosa para todos. Estas eran sus ideas sobre el aspecto social de la revolucion que debería llevarse a cabo, o mas bien del gobierno que debería perfeccionarse en beneficio de las masas. Por lo que toca a la forma en si del gobierno, habia escrito en su libro de la *Historia de los Jirondinos* su verdadero pensamiento acerca de la forma monárquica o la forma republicana. Lo reproducimos (1). Estas pájinas retratan al hombre.

(1) Véase al fin del tomo primero.

XIII.

Se ve claramente en estas páginas: la cuestion de gobierno era en concepto de Lamartine mas que de principio una cuestion de circunstancia. Es evidente que si el gobierno constitucional de Luis Felipe hubiese manifestado tendencias a llevar a cabo gradual i sinceramente las dos o tres grandes perfecciones morales o materiales que exijia la época, Lamartine habria defendido la monarquía; porque en su apreciacion tranquila i sazónada de la felicidad de las naciones i de los individuos, la estabilidad i el órden se le representaban ciertamente como inmensas condiciones de reposo; i nadie duda que el reposo es un bien. Pero Lamartine sabia que los poderes *sentados*, valiéndose de la expresion de que se ha servido en los Jirondinos, se niegan casi invenciblemente a estas obras de transformacion que son siempre sacudimientos. Aunque rehusaba por conciencia provocar él mismo una revolucion, aceptaba en su espiritu la eventualidad de una involuntaria, dado caso que la fuerza de las circunstancias ocasionase una revolucion. Se hallaba resuelto a arrostrar las tempestades i los peligros para hacerla concurrir por una parte a la realizacion de las ideas que él creia en sazón; i por otra contenerla cuanto estuviese a sus alcances en los límites de la justicia, de la prudencia i de la humanidad.

Las dos ideas principales que Lamartine creia suficientemente santas i en sazón para merecer el esfuerzo de una revolucion, eran completamente desinteresadas. Aprovechaban solo a Dios i a la humanidad. En nada satisfacian sus intereses o sus pasiones personales, o al ménos eran las pasiones de un filósofo i no las de un ambicioso. Nada podia ganar en una revolucion i podia perder mucho. Todo lo que solicitaba de esta revolucion, era que se dejase servir por él, i que aceptase su corazon, su razon, quizás su vida: ambas ideas dignas de semejante sacrificio.

Era la una el advenimiento de las masas al derecho político para preparar su advenimiento progresivo, inofensivo i regular a la justicia, es decir, a la igualdad de nivel, de luz i de bienestar relativo en la sociedad.

Era la segunda la emancipacion real de la conciencia del jénero humano; no a impulsos de la destruccion, sino de la libertad completa de las creencias relijiosas. El medio a sus ojos, era la separacion definitiva del Estado i de la Iglesia. Miétras que el

Estado i la Iglesia estuviesen encadenados entre sí por contratos simoniacos, por estipendios recibidos, por dignidades obsequiadas, el Estado le parecia interpuesto entre Dios i la conciencia humana. Las relijiones por su parte le parecian alteradas o profanadas; descendiendo de este modo de su majestad de creencias voluntarias a la condicion servil de magistraturas politicas. «La revolución de 89, habia dicho en la tribuna, ha conquistado la libertad en provecho de todo el mundo, excepto de Dios. La verdad relijiosa es cautiva de la lei, o captada por los salarios i los favores parciales de los gobiernos. Es preciso restituirle su independendencia i abandonarla a su brillo natural en el espíritu humano. Haciéndose mas libre, llegará a ser mas verdadera; siendo mas verdadera, será mas santa; siendo mas santa i mas libre, será forzosamente mas eficaz. No es mas que lei, será fe; no es mas que letra, será espíritu; no es mas que fórmula, será accion.»

Lamartine habia sido creado relijioso, como el aire ha sido creado transparente. El sentimiento de Dios era tan inseparable de su alma, que hubiera sido imposible distinguir en él la politica de la relijion. Todo progreso que no conducia al hombre a un conocimiento mas luminoso i a una adoracion mas activa del Creador, principio i fin de la humanidad, le parecia una marcha a tientas i sin objeto en el caos.

Pero clamando con todas sus aspiraciones i todos sus actos por un progreso en la fe i en la adoracion, Lamartine no deseaba este progreso sino por la accion de la razon jeneral en todos i la de cada uno en su propia razon. Las persecuciones, las violencias, hasta las seducciones de conciencia, le causaban horror. Respetaba sinceramente en los demas el órgano mas inviolable de todos los del hombre, la creencia. Veneraba la fe i la piedad bajo cualquiera forma santa que animasen, alumbrasen i consolasen a sus hermanos. Dábase cuenta de las innumerables i santas virtudes de que el catolicismo, aun comprendido de un modo diferente al que él lo comprendia, era el resorte divino en el corazon de los creyentes. Hubiera muerto por la inviolabilidad del culto sincero i concienzudo del último de los fieles. Deseaba que las relijiones se despojasen por sí mismas de la vejez de que se hallan revestidas. No queria que lo fuesen violenta o irreverenciosamente. Su único apóstol era la libertad. Es el único ministro digno de Dios en el espíritu de los hombres. Respetaba el sacerdocio; bien entendido que el sacerdocio fuese la magistratura

Voluntaria del alma armada con la fe i no con la lei. Su sistema de la libertad de cultos por la sola asociacion, era racional, piadosa i anti-revolucionaria en la mala acepcion de la palabra.

XIV.

Esos eran los dos principales móviles secretos que lanzaban a Lamartine, no a efectuar, pero sí a aceptar una revolucion o por lo ménos un complemento de revolucion; porque de ninguna manera se le ocultaban las dificultades, los peligros i las desgracias que toda revolucion arrastra tras de sí. Amaba a la democracia como amaba a la justicia. Aborrecia a la demagogia como a la tirania de la multitud. Dios ha formado la humanidad del mismo modo que ha formado al hombre; de un principio de bien i otro de mal. Hai una dosis de virtud i una dosis de vicio i de crimen en las masas, como la hai en los individuos. Este vicio i este crimen se ajitan i se exaltan en las revoluciones. Todo lo que los pone en movimiento parece multiplicarlos, hasta que renace la calma i la naturaleza los arrastra al fondo. Es la guerra de la espuma en el Occéano. Cuando el Occéano se calma, triunfa siempre i absorve la espuma; mas no por eso ha dejado de mancharlo. Lamartine sabia esto. Los excesos de la demagogia le hacian temblar anticipadamente. Estaba resuelto a resistirla i a morir si fuese necesario para preservar de sus delirios i de sus furores al partido puro del pueblo i a la majestad sosegada de una revolucion.

XV.

Pero miéntras que Lamartine escuchaba i observaba sin comprenderlo bien el movimiento mas semejante a un tumulto que a una revolucion concentrándose en algunas calles del centro de Paris, ved lo que habia pasado:

El 25 en la tarde, momentos despues del anochecer, la turba, satisfecha de un cambio de ministerio inundaba los boulevards i las calles palmoteando a la vista de las iluminaciones que resplandecian en las fachadas de las casas. Un sentimiento de paz i de alegría íntima reposaba en el fondo de los corazones de los ciudadanos. Era una proclamacion muda de reconciliacion i de concordia despues de una cólera abortada entre el rei i el pueblo. Se sabia que el rei, conmovido aunque no vencido, hacia llamar

sucesivamente a las Tullerías a M. Molé, a M. Thiers i a M. Barrot.

M. Molé, hombre de temperamento práctico en las crisis, agradable a los ojos de las cortes, estimado de los conservadores, querido de la alta sociedad, una de estas aristocracias de nacimiento i de carácter, cuya superioridad es tan natural que hasta la mas celosa democracia se honra reconociéndolas i amándolas.

M. Thiers, jefe de la oposicion personal al rei, hombre cuyo talento dispuesto a todo i capaz de las mas inesperadas exclusiones, podía sorprender igualmente a los conservadores, dominar al rei i fascinar al pueblo.

M. Barrot, inaplicable hasta aquella época al gobierno a causa de esta inflexibilidad i de la impopularidad de sus principios, pero que se hacia siempre necesario en la extremidad del peligro, i cuyo solo nombre prometía al pueblo la última administracion posible entre el trono i la República.

Las opiniones políticas de M. Barrot le colocaban en los últimos limites de la monarquía. Era el Lafayette de 1848. Su elocuencia era de naturaleza aparente para hacer consistir en ella la fuerza i el esplendor de un ministerio. Su carácter de una indisputable pureza, debilitado algunas veces por condescendencias e indecisiones de espíritu, nunca por debilidades de corazón, hacia de él un ídolo grave i casi inviolable del pueblo. Era la oposicion personificada, pero la oposicion desinteresada de toda ambicion que no fuese la de la gloria honrada. Semejante hombre parecia haber sido guardado aparte por el espacio de 18 años para salvar en la hora suprema al rei vencido que se arrojaba en sus brazos.

XVI.

Estas negociaciones a nada habian conducido en la noche del 25. El rei habia permanecido sordo a las condiciones propuestas por M. Molé. Un cambio de hombres parecia a este príncipe suficiente sacrificio a la necesidad. Un cambio en las cosas le parecia una abdicacion de su propia sabiduría. Por lo que toca a M. Thiers i a M. Barrot, sus nombres repugnaban al rei como signos visibles de su derrota personal. Se reservaba estos dos nombres como supremas conjuraciones contra supremos peligros: pero no se creia sériamente condenado a la necesidad de servir de ellos. Le quedaba la noche para reflexionar i decidirse se-

gun fuesen mas o ménos amenazadoras las apariencias del dia siguiente. Nada anunciaba que esta noche comenzada con los esplendores de una iluminacion fuese la última noche de la monarquía.

Un reducido número de combatientes concentrados en el cuartel de Paris, que forma por la oblicuidad i desfiladero de sus calles la ciudadela natural de las insurrecciones, conservaba solo una actitud hostil i una posicion inaccesible. Estos hombres eran casi todos los veteranos de la república, formados en la disciplina voluntaria de las sectas, en las sociedades secretas de las dos monarquías; aguerridos en la lucha i hasta en el martirio en todas las jornadas que habian ensangrentado las calles de Paris disputado el establecimiento del rei. Nadie sabia quien los mandaba. Su jefe invisible no tenia ni nombre ni grado. Era el soplo imperceptible de la revolucion, el espíritu de secta, el alma del pueblo padeciendo por el estado presente i aspirando a hacer florecer en el porvenir el fanatismo desinteresado i de sangre fria que se goza en madurar si en su muerte puede la posteridad hallar un jérmen de perfeccion i de vida. Se unian a estos hombres otras dos especies de combatientes que se precipitan siempre espontáneamente en los movimientos tumultuosos de las sediciones. Las naturalezas salvajes a las que la sangre es un cebo i la muerte un placer; i las naturalezas inconstantes, que el torbellino seduce i arrastra, la plebe de Paris. Pero este núcleo no se aumentaba; velaba silenciosamente con el fusil al brazo. Se contentaba con proporcionar de este modo algunas horas para que se efectuase la sublevacion jeneral.

En ninguna parte se manifestaba esta sublevacion. Era preciso un grito de guerra para excitarla; un grito de horror para sembrar el furor i la venganza en esta masa de poblacion flotante, tan dispuesta a retirarse a sus hogares como a sumerjir al gobierno. Solamente algunos grupos mudos se formaban aqui i allá a la extremidad de los barrios del Temple i de San Antonio. Otros grupos en número escaso, aparecian a la embocadura de las calles que desembocan de la *Chausé d'Antin* a los boulevards. — Las dos clases de grupos eran diferentes por el traje i por la actitud. Los unos eran compuestos de jóvenes pertenecientes a las clases pudientes i elegantes del vecindario, a las escuelas, al comercio, a la guardia nacional, a la literatura, i sobre todo a la prensa periódica. Arengaban al pueblo, exaltaban su cólera contra el rei, el ministerio, las Cámaras, hablaban de la humillacion

de la Francia en el extranjero, de las traiciones diplomáticas de la Corte, de la corrupción i de la servilidad insolente de los diputados vendidos a la discreción de Luis Felipe. Discutían a voces los nombres de los ministros populares que la insurrección debía imponer a las Tullerías. Los numerosos paseantes i los curiosos de novedades se detenían a escuchar a los oradores i aplaudían sus mociones.

Los otros estaban formados de hombres del pueblo que habían abandonado hacia dos días sus talleres al ruido del tiroteo. Sus vestidos de día de trabajo, sus camisas azules despechugadas, sus manos ennegrecidas aun con el humo del carbon, escuchaban en silencio separados en corrillos rozando las paredes de las calles, que desaguan Clichy, la Villette, i el canal de l'Ourek. Uno o dos obreros, mejor vestidos que los demas, con fraque de paño o levita de largos faldones, marchaban delante de ellos, les hablaban en voz baja, i parecían darles la palabra de orden. Eran los jefes de las secciones de los derechos del hombre o de las familias.

La sociedad de los derechos del hombre i de las familias era una especie de masonería democrática establecida en 1850 por algunos republicanos activos. Bajo nombres diversos conservaban estas sociedades, desde que destruyó Bonaparte la primera república, los rencores de la libertad traicionada, i así mismo algunas tradiciones de jacobinismo trasmitidas por Babeuf a Buonaroti, i por Buonaroti a los jóvenes republicanos de esta escuela. Se reclutaban casi todos los miembros de estas sociedades puramente políticas, entre los jefes de talleres mecánicos, cerrajeros, ebanistas, tipógrafos, carpinteros de talla i carpinteros de París.

Se organizaban paralelamente a estas permanentes conjuraciones contra el trono, sociedades filosóficas compuestas casi de los mismos elementos, unas bajo los auspicios de Saint-Simon, otras de Fourier, aquellas de Cavet, estas de Raspail, de Pierre Leroux, de Luis Blanc. Eran conjuraciones a cielo descubierto promovidas por la sola propaganda de la palabra, de la asociación i de la prensa periódica. Estas sociedades, sectas pacíficas hasta entónces, discutían i hacían discutir con libertad sus dogmas.

Estos dogmas, cuyo principio era una fraternidad quimérica realizada en la tierra, dirijían sus tendencias a la supresión de la propiedad individual, i por consecuencia directa a la supresión

de la familia. La familia es la trinidad del padre, de la madre i del hijo. El padre, la madre i el hijo que perpetúan las familias, renuevan incesantemente esta trinidad única que completa i continua [al hombre. Sin la propiedad personal i hereditaria, esta familia origen, delicias i continuacion de la humanidad, no tiene base alguna que la haga jerminal i perpetuarse en la tierra. El hombre es un macho; la mujer una hembra; el hijo un corderillo del rebaño humano. El suelo sin propietario no fertiliza. La civilizacion, producto de la riqueza, de la comodidad i de la emulacion se disipa. El desposeimiento de la familia es el suicidio del jénero humano. Estas verdades elementales estaban relegadas al olvido entre el número de preocupaciones e [insultadas con los nombres de tiranía por los diversos maestros de estas escuelas. Filósofos o sofistas, aventureros de ideas, estos hombres, la mayor parte honrados, convencidos, fanáticos de sus propias quimeras, se habian lanzado por la imajinacion, mas allá del punto a que el mundo social conduce al hombre. Se extrañaban elocuentemente en el caos de los sistemas, con ellos desgraciadamente extrañaban tambien, hombres sencillos, pacientes, crédulos, de cortos alcances, de rectas intenciones, i de ideas torcidas por la miseria i por el resentimiento contra el mundo real. Estos sistemas eran la poesia del comunismo embriagado con las aspiraciones de los utopistas, i la venganza de los descontentos del órden social. El pueblo nómada de los talleres, arrancado de su suelo natal i de sus verdades de familia, se arrojaba en ellos sin percibir su nada. Se irritaba de la lentitud del tiempo necesario para realizar las promesas de sus maestros. Todo estremecimiento de gobierno parecia a los miembros de estas sociedades anti-sociales un acontecimiento de sus sueños. Sin participar de modo alguno el dogma puramente republicano i nivelador de la sociedad de los derechos del hombre i de la sociedad de las familias, los socialistas se unian cordialmente a los combatientes en la esperanza de hallar su tesoro bajo una ruina. La diferencia entre estas dos naturalezas de revolucionarios consiste en que la inspiracion de las primeras era el odio al trono; i la de las segundas el progreso de la humanidad. La República i la igualdad eran el objeto de las unas; la renovacion social i la fraternidad el de las otras. No tenian mas de comun que la impaciencia contra lo existente i la esperanza de lo que veian asomar en una próxima revolucion.

XVII.

Como a las 10 de la noche, una pequeña columna de jóvenes republicanos, desembocó por la calle de la Peletier, se agrupó en silencio a la puerta de la redaccion del *Nacional* como si hubieran convenido en una cita. En todas nuestras revoluciones se celebra el concejo; dáse la palabra de orden i parte la impulsión de las inmediaciones de una oficina de periódicos. Son los Comicios de la opinion, los tribunos ambulantes del pueblo. Se oyó un largo coloquio entre los republicanos del exterior i los del interior. Se cambiaban palabras rápidas i febriles ¡al traves de la ventana baja i con reja del cuarto del portero. La columna inspirada por el fuego que acababa de comunicársele avanzó ácia el boulevard prorrumpiendo en gritos de *viva la reforma! abajo los ministros!*

Habia abandonado apénas la altura de la redaccion del *Nacional*, cuando se presentó allí otra columna de obreros i de hombres del pueblo, i se detuvo a la voz de sus jefes. Parecia ser esperada allí. La aplaudieron a palmadas desde el interior de la casa. Despues un jóven de pequeña estatura, de fuego concentrado en sus miradas, labios trémulos por el entusiasmo i cabellos ajitados por el soplo de la inspiracion, subió sobre la pared de apoyo interior de la ventana i arengó a esta muchedumbre. Los espectadores no vieron mas que los jestos; no oyeron mas que el sonido de la voz i algunas frases vibrantes marcadas por un acento meridional. El tono de esta elocuencia era popular; pero esta popularidad sabia i de imaginacion, nada tenia de tribal. Elevaba la calle de Paris a la altura del *forum* de Roma. Era la pasion moderna en los labios de un hombre alimentado de la antigüedad. A la luz de una lámpara, creyóse reconocer al hombre letrado bajo el tribuno. Dicese que era M. Marrast, el redactor alternativamente festivo o terrible en sarcasmos i en cóleras de la oposicion republicana. Se hacia resentir el rebote de esta arenga en las impaciencias, en las actitudes, en los silenciosos estremecimientos de este grupo de combatientes. Partieron para unirse al primer grupo que parecia dirijirlos. Otros dos grupos silenciosos tambien avanzaban en el mismo instante como un cuerpo destacado ácia una posicion designada anteriormente. El uno parecia proceder de los cuarteles populosos i siempre ajitados del boulevard de la Bastilla; el otro del centro de Paris, ha-

biendo formado su núcleo en la redaccion de la *Reforma*. Templadas en el alma de los conspiradores mas infatigables contra el trono, a la cabeza de los que marchaban hombres mas de accion que de palabras, llevaban armas bajo sus vestidos. Marchaban como una tropa aguerrida i envejecida en el fuego de la que cada combatiente se apoya con confianza en el brazo experimentado de su compañero de armas. La columna del boulevard de la Bastilla era mas numerosa, pero ménos compacta i ménos varonil. Hacia recordar las procesiones revolucionarias del mismo pueblo que descendian a Paris en los dias decisivos de nuestros primeros disturbios civiles. Veíase entre ellos muchas mujeres i muchachos andrajosos; emigraciones de los suburbios, que vienen de tiempo en tiempo a causar la admiracion del centro rico i voluptuoso de las capitales con el espectáculo de la indijencia i de la virilidad del pueblo primitivo. Estos grupos mas populares necesitan simbolos visibles i resplandecientes para reunirse. Participan de la naturaleza de los rebaños i de la de los ejércitos; como a los primeros les es indispensable un guia; como a los segundos, bandera, tambores, colores i ruido. Llevaban dos o tres banderas desgarradas en la lucha de la víspera i del dia. Leíanse en ellas algunas imprecaciones tribiales grabadas en el terció blanco de los tres colores. Un hombre, proximamente de 40 años, alto, delgado, de cabellos rizados i flotantes hasta el cuello, vestido con un paletot blanco, raído i manchado de barro, marchaba a la cabeza con paso militar; sus brazos cruzados sobre el pecho, su cabeza un poco inclinada ácia adelante como un hombre que va a arrostrar las balas con reflexion i que marcha a la muerte orgulloso de encontrarla. Los ojos de este hombre conocido de la multitud, concentraban todo el fuego de una revolucion; su fisonomía era la expresion de un reto que desprecia la fuerza; sus labios perpétuamente ajitados por la palabra interior, estaban pálidos i trémulos. No obstante, su rostro completamente marcial, tenia en el fondo no sé qué de caviliosidad, tristeza i compasion, que excluía toda idea de crueldad en su valor; mas bien había en su planta, en su actitud i en sus facciones un fanatismo en el sacrificio, un extravio en el heroísmo, que traía a la memoria los *Delhys* de Oriente, embriagados de opio para precipitarse a la muerte. Decíase que se llamaba *Lagrange*.

Cerca del café Tortoni, punto de reunion de los ociosos, estas tres columnas formaron en masa. Abrieron bajo su peso la mul-

titud de curiosos i de ociosos que flotaban a voluntad de la oscilacion natural de las turbas en las grandes encrucijadas de los boulevards. Una parte del pueblo inofensivo, siguió maquinalmente los flancos de esta columna muda. Un escaso destacamento compuesto de obreros armados con sables i picas se separó del cuerpo principal en la altura de la calle de Choiseul, i se internó silenciosamente en esta calle. A este destacamento, parecia habersele dado la mision de flanquear el Palacio de Relaciones Exteriores ocupado por las tropas miéntras que la cabeza de la columna acometia de frente. Un plan invisible combinaba evidentemente estos movimientos. El soplo unánime de una revolucion subleva las masas. Solo los conjurados pueden gobernar con tanta precision los azares de ella i dirigir de este modo las evoluciones.

(Continuará).

EL SARDANAPALO

DE

LORD BYRON.

El *Sardanapalo* es una de las mas bellas tragedias de Lord Byron. El carácter del protagonista es una concepcion orijinal, en que el poeta se propuso rehabilitar este personaje, tratado con demasiada severidad por la historia. El *Sardanapalo* de Lord Byron mira el placer como el primer objeto de la vida, pero no es el príncipe muelle i cobarde, cuya disolucion i afeminacion se han hecho proverbiales; bien que en esta parte la historia se convence a sí misma de preocupacion e injusticia. Segun ella, *Sardanapalo* peleó con valor contra el rebelde Arbáces, que capitaneaba un ejército formidable, i estaba de intelijencia con los sacerdotes caldeos i algunos de los gobernadores de las provincias. Vencióle tres veces, i en la tercera batalla mostró no ménos habilidad que denuedo. Arbáces herido se refujió con los restos de su ejército a los montes de la Caldea. La insurreccion pareció sofocada, i *Sardanapalo* asegurado en el trono, con la llegada de las tropas bactrianas, que acudian desde el fondo del Oriente a la defensa de su rei. Pero Belésis, sacerdote caldeo, que era el alma de la insurreccion, sedujo a los jefes bactrianos, i persuadió a sus confederados a tentar por la cuarta vez la fortuna. *Sardanapalo* sorprendido i derrotado no desmayó por eso. Sitiado en Niive, preparó una vigorosa defensa, miéntras que Salaménés, a la cabeza de las reliquias de su ejército, hacia frente a

los enemigos fuera de las murallas de Nínive. Su derrota i muerte acarrearón el levantamiento de las provincias del imperio que aun permanecian fieles a la antigua dinastía. Sardanapalo reducido al recinto de su capital, resistió tres años enteros; en el tercer año una inundacion del Tigris echó por tierra una parte de las murallas de la ciudad, i abrió ancha brecha a los sitiadores. Sardanapalo hizo entónces levantar una alta pira, colocó en ella sus insignias reales, sus tesoros, sus mujeres, i sus eunucos; le puso fuego él mismo, i se lanzó a las llamas (el año 817 ántes de J. C.). Tal es el verdadero Sardanapalo, rehabilitado por Byron, despues de dos mil años de prescripcion.

La muestra que presentamos podrá dar alguna idea del estilo trájico de Byron, i de la intelijencia superior con que ha trazado su Sardanapalo i su Salaménes. Mirra, la esclava griega, que solo se deja ver aquí unos pocos momentos, presenta el tipo de casi todas las mujeres de Byron; ternura, desprendimiento, consagracion al objeto amado, pero con los accidentes característicos de una hija de la Grecia.

El metro adoptado en la traduccion es el mismo del orijinal. Las personas que hablan son: *Sardanapalo*, rei de Asiria; *Salaménes*, hermano de la reina; *Mirra*, cautiva griega, concubina de Sardanapalo. Comparsa de damas.

SARDANAPALO.

Que se corone el pabellon de estio
De olorosas guirnaldas: un banquete
Opíparo se sirva: a media noche
Cenaremos allí: no falte nada:
Reúnase la orquesta.... I mientras sigue
El sol su lento jiro ácia el ocaso,
Aprovechemos el súave soplo
Que las ondas enriza del Eufrates.
El esquite!.... A embarcarnos!.... Bellas damas,
Las que os dignais a mis alegres horas
Dar compañía: en la mas dulce i grata
De todas, cuando al orbe cubre el manto
De las tinieblas, al placer propicias,
Nos juntaremos otra vez, al modo
Que en la azulada bóveda los astros,
I harémos otro cielo tan brillante
I hermoso como el suyo. De su tiempo
Hasta entónces disponga, como guste,
Cada cual de vosotras. I tú, hija

De Grecia, Mirra de mis ojos, ¿piensas
Acompañarlas? o venir conmigo?

MIRRA.

Señor.....!

SARDANAPALO.

¿Señor, bien mio? ¿Cómo puedes
Darme ese triste nombre, ese dictado
De maldicion, de los monarcas? Regla
Tus horas, como quieras, i las mias.

MIRRA.

Ordene vuestra alteza!

SARDANAPALO.

¡Vuestra alteza!

Ah! por tu cara vida, que es la mía,
Olvide ya tu labio ese lenguaje.
Por el primero de mis goces tengo
Que tú te goces; i me atrevo apenas
A exhalar un deseo, recelando
Que talvez con alguno de los tuyos
Cruzarse pueda; porque ¿cuándo duda
Mirra sacrificar a los ajenos
Sus pensamientos?

MIRRA.

Es mi dicha sola

Mirar la tuya; mas.....

SARDANAPALO.

¿Qué mas? Barrera

No habrá ninguna entre tu amor i el mio,
Sino tu gusto.

MIRRA.

Pienso que es ya hora

De que el consejo se reuna, i debo
Retirarme de aquí.

SALAMÉNES.

La esclava griega

Dice mui bien: retírese.

SARDANAPALO.

¿Quién osa

Alzar la voz? ¿Qué es esto, hermano?

SALAMÉNES.

Hermano

De la reina, señor; vasallo vuestro.

SARDANAPALO.

Vosotras, idos. Cada cual disponga
Del tiempo, como dije, a su talante,
Hasta la hora del banquete (1). Mirra,
¿Tambien te vas? Tus ojos me dijeron,
Tus griegos ojos, cuya dulce lengua
Habla tan claro al corazon, tus ojos
¿No me dijeron que partirme ahora
No pensabas de mi?

MIRRA.

Gran rei!..... Tu hermano.....

SALAMÉNES.

Hermano de la reina, de su esposa:
Barragana de Grecia, ¿osas mentarme
Sin rubor?

SARDANAPALO.

¿Sin rubor? Eres tan ciego
Como insensible, que no ves bañado
Su rostro en el carmin de la nevada
Caucásea cumbre, cuando el sol se pone;
I de tu yerta ceguedad la acusas.....
¿Tú lloras, Mirra?

SALAMÉNES.

Tiempo es ya que corra,
Siendo tan justa la ocasion, su llanto.
Harto hai mas que llorar, de lo que piensas;
I de mas triste lloro es ella causa.

SARDANAPALO.

¡Maldicion sobre el bárbaro que pudo
Hacerla así llorar!

SALAMÉNES.

No te maldigas;
Que demasiadas, demasiadas voces
Ya te maldicen.

SARDANAPALO.

Olvidar pareces
Quién eres i quién soi. ¿Forzarme intentas
A recordar que soi monarca?

SALAMÉNES.

¡Al cielo
Plugiuese que una vez lo recordáras!

(1) Vanse las damas.

MIRRA.

Augusto soberano de la Asiria,
I tú, príncipe ilustre, permitidme
Que me retire.

SARDANAPALO.

Pues que tú lo quieres,
I herir tan despiadadamente pudo
Rústica avilantez tu manso pecho,
Ve; pero ten presente que te aguardo.
La corona de Asiria vale ménos
Que tu vista a mis ojos. (2)

SALAMÉNES.

Una i otra
Vas a perder.... i para siempre acaso.

SARDANAPALO.

Este paciente oído que a tus voces
Me ves dar, manifiesta que a lo ménos
Sé vencerme a mí mismo. Pero baste:
No apures mas mi natural templanza.

SALAMÉNES.

Templanza muelle, afeminada, torpe,
Indigna! ¡Oh si apurarla al fin pudiese
I despertar tu adormecido brio,
Aunque contra mí mismo lo emplearas!

SARDANAPALO.

¡Por vida de Baal! este hombre quiere
Hacer de mí un tirano.

SALAMÉNES.

¿I qué otra cosa
Has sido i eres que un tirano? ¿Juzgas
Que hai solo tiranía de cadenas,
De sangre i muerte? El mudo despotismo
Del vicio, el débil depravado lujo,
La floja negligencia, la apatía,
La sensual pereza, enjendran miles
I miles de tiranos delegados,
Cuya crueldad excede a los peores
Actos de un amo enérgico, por duro,
Aspero, atroz, que en su conducta sea.
De tu lujuria el seductivo ejemplo
Corrompe tanto como oprime, i mina

(2) Vase Mirra.

A un tiempo mismo el vano simulacro
De tu poder, i sus apoyos. Ora
Fuerza enemiga invada, ora en el reino
Civil tumulto estalle, igual miseria
Amaga: a la primera, en tus vasallos
No hai valor que resista; i al segundo,
Antes auxilio harán, que resistencia.

SARDANAPALO.

¿Quién te hizo a tí vocero de la plebe?

SALAMÉNES.

El perdon de la injuria de mi hermana,
El natural cariño a tus infantes
Hijos, en que circula sangre mia,
La fe que debo al rei, la fe que presto
Has de necesitar, i no en palabras,
El respeto a la stirpe esclarecida
De Nemrod; i otra cosa de que nunca
Alcanzaste noticia.

• SARDANAPALO.

¿Cuál?

SALAMÉNES.

Un nombre

Que nunca oiste articular.

SARDANAPALO.

¿Qué nombre?

SALAMÉNES.

Virtud.

SARDANAPALO.

¡Oh cuánto yerras! No hai acento
Que haya sonado tanto en mis oidos.
Peor es para mí que gritería
De alborotada plebe, o son guerrero
De aturdidora trompa. ¿El nombre, dices,
De la virtud? Jamas oí que hablase
Tu hermana de otra cosa.

SALAMÉNES.

Pues al ménos,
Para mudar tan enojoso tema,
Oirás hablar del vicio.

SARDANAPALO.

¿A quién?

SALAMÉNES.

¿No escuchas

El eco de las quejas nacionales

Que va do quiera derramando el viento?

SARDANAPALO.

Ménos exaltacion i mas cordura!
Sufrido soi, lo sabes. Tienes hartas
Pruebas de mi paciencia. Habla. ¿Qué temes?
¿Qué es lo que así te inquieta?

SALAMÉNES.

Tu peligro.

SARDANAPALO.

Acaba de una vez

SALAMÉNES.

Los pueblos todos,
Cuantos de tus abuelos heredaste,
Levantán contra tí la voz al cielo.

SARDANAPALO.

¿Contra mí? Mis esclavos? Qué les falta?

SALAMÉNES.

Un rei.

SARDANAPALO:

Pues yo ¿qué soi?

SALAMÉNES.

Nada a sus ojos:
La fantasma de un hombre que pudiera
Ser algo si quisiese.

SARDANAPALO.

¡Temerarios!

¿Qué puedo darles mas de lo que tienen,
Cuando en la paz i la abundancia viven?

SALAMÉNES.

Tienen de la primera, demasiado
Para el honor; de la segunda, ménos
De lo que piensa el rei.

SARDANAPALO.

Si alguna cosa
Al bienestar de las provincias falta,
¿No es culpa de los Sátrapas?

SALAMÉNES.

Es tuya,

Tuya, que aletargado en el deleite,
No tiendes mas allá de esos jardines
La vista, sino el dia que trasladas
Tu corte a otro palacio en la alta sierra,
Hasta que los calores templá Otoño.

¡Oh gran Baal, que en otro tiempo fuiste
 El fundador, i hoy eres Dios de Asiria,
 O como un Dios, al ménos, en la larga
 Carrera de los siglos resplandeces!
 Este, que descender de tí presume,
 Jamas ha visto como un rei los reinos
 Que como un héroe conquistar supiste.
 ¿I para qué? Para que fuese un día
 El sudor de los pueblos devorado
 En nocturnos festines i cebase
 La pública sustancia una ramera.

SARDANAPALO.

¡Ah! ya lo entiendo. ¿Tú quisieras verme
 Salir a conquistar? Por esos astros,
 En que la ciencia lee de los Caldeos,
 Bien a ese inquieto vulgo le estaria
 Que yo por maldicion su gusto hiciese
 I los llevase a la victoria.

SALAMÉNES.

Hicieras
 Lo que la gran Semíramis, que solo
 Fué una mujer, i las asirias huestes
 Llevó al remoto Gánjes.

SARDANAPALO.

¿I del Gánjes
 Cómo volvió?

SALAMÉNES.

Con veinte guardias solo:
 Rechazada, es verdad, mas no vencida.

SARDANAPALO.

¿I cuántos, dime, miseros asirios
 Quedaron en la India prisioneros
 O muertos?

SALAMÉNES.

No lo dicen los anales.

SARDANAPALO.

Pues yo por ellos digo, que harto fuera
 Mejor para Semíramis, que dentro
 De las alcobas de palacio hubiese
 Veinte o cuarenta túnicas tejido,
 Que el haberse salvado, abandonando,
 Para presa de cuervos i de lobos
 I de hombres (que es peor), miles i miles

De súbditos amantes. ¿Gloria es esa?
 Prefiero a tales glorias la ignominia.

SALAMÉNES.

No todas las empresas lograr pueden
 Suceso igual. Semiramis augusta,
 Madre de cien monarcas, venturosa
 No fué en la India, pero a Persia i Media
 I Bactria incorporó con los dominios
 De sas antepasados, que podrias
 Como ella gobernar.

SARDANAPALO.

Yo los gobierno:
 Ella no supo mas que desolarlos.

SALAMÉNES.

Tiempo vendrá talvez, i no distante,
 Que menester habrás, mas que tu cetro,
 La espada de Semíramis. Razones
 Vanas dejemos. El intento mio
 Fué arrancarte del ocio vergonzoso
 En que dormitas. Lo que yo no pude,
 La rebelion podrá.

SARDANAPALO.

¿Quién se rebela?
 ¿Por qué? Con cuál pretexto? Soi monarca
 Legítimo, i desciendo de una línea
 De reyes, que en el solio no tuvieron
 Predecesores. ¿Cuál mi culpa ha sido
 Contigo o con el pueblo?

SALAMÉNES.

De tu culpa
 Connigo, nada he dicho.

SARDANAPALO.

Pero piensas
 Que a la reina hago injuria.

SALAMÉNES.

No lo pienso:
 Le haces injuria.

SARDANAPALO.

Salaménes, oye.
 El poder, la tutela de sus hijos
 Mis herederos, la real grandeza,
 El aparato, el público homenaje,

Que al trono pertenece de la Asiria,
 Todo lo tiene. Me casé con ella,
 Como los reyes, por razon de estado.
 Améla, como suelen los maridos
 Amar a sus esposas. Si creíste,
 I si creyó tu hermana, que amoroso,
 Rendido, fiel, como un pastor Caldeo
 A su zagala, iba a tenerme siempre,
 Digo que no supiste, ni ella supo,
 Lo que soi yo, lo que es un rei, i un hombre.

SALAMÉNRS.

Mudemos de sujeto. De la queja
 Desconozco el idioma; i la que tiene
 Sangre de Salaménes en el pecho,
 No pide (aunque el del rei de Asiria sea)
 Forzado amor, con griegas prostitutas
 I extranjeras comblezas repartido.
 La reina calla.

SARDANAPALP.

¿I por qué no su hermano?

SALAMÉNES.

Esta voz es la voz de los imperios,
 I desoiria es abdicarlos.

SARDANAPALO.

¡Vulgo
 Desconocido! De su rei murmura,
 Porque no quise derramar su sangre;
 Porque no quise que sus huesos fueran
 A rodar insepultos por la orilla
 Del Gánjes, o aumentar desmoronados
 El polvo del desierto; porque leyes
 Ferozes no dicté que los diezmasen;
 Porque con el sudor de mis vasallos
 No levanté pirámides ejipticas
 Ni babilonios muros.

SALAMÉNES.

A lo ménos
 Fueran trofeos tales mas honrosos
 Para tu pueblo i para tí, que bailes
 I cantos i festines i rameras,
 I entronizados vicios, i tesoros
 Desperdiçados.

SARDANAPALO.

Yo tambien trofeos

Al mundo dejaré: las dos ciudades
De Anquialo i de Tarso, edificadas
En pocas horas. ¿Qué mas pudo, dime,
Esa marcial Semíramis, mi *casta*,
Mi heroica abuela, excepto destruirlas?

SALAMÉNES.

Te labraste por cierto gloria eterna
Fundando por capricho dos ciudades
I haciendo de esa accion memoria, en versos
Que las infamarán perpetuamente,
I a ti con ellas.

SARDANAPALO.

¡Infamarme! Juro
A mi projenitor Baal, que hermosas
Como son ellas, valen mas mis versos.
Escucha: «El hijo de Anacindaraxes,
Sardanapalo, edificó en un dia
Las ciudades de Anquialo i de Tarso:
Comed, bebed, gozad de amor los bienes,
Que todo lo demas no importa un bledo.»

SALAMÉNES.

¡Sábía moral, seguramente, i digna
De que para memoria de las jentes
La grave un rei en mármoles i bronce!

SARDANAPALO.

A lo que entiendo, hermano, tú querrias
Que yo hablase a mis pueblos de este modo:
«Obedeced al rei: pagad impuestos
A su tesoro: reclutad sus huestes:
Derramad a su antojo vuestra sangre:
Postraos i adorad:»... O de este modo:
«El rei Sardanapalo en este sitio
Mató cincuenta mil de sus contrarios:
Esas las tumbas son, i este el trofeo.»
Yo dejo, hermano, semejantes glorias
A los conquistadores; i me basta
Para la mia, alijerar un tanto
A mis vasallos, si es posible, el peso
De la miseria humana, i que descendan
Sin jemir al sepulcro. Los placeres
Que me permito a mí, se los permito
A los demas, que somos todos hombres.

SALAMÉNES.

¡Ninive! está sellada tu ruina.

¡Ai, ai de ti, señora de las jentes,
Ciudad sin par!

SARDANAPALO.

¿Qué temes?

SALAMÉNES.

Los que guardan
Tu persona i tu trono i tu familia,
Tus enemigos son; i su carrera
No habrá el sol de mañana terminado,
Cuando verá su fin la de tu raza.

SARDANAPALO.

¿Qué es lo que a tus temores da motivo?

SALAMÉNES.

Alevosa ambicion, que tiende en torno
De tí sus redes. Mas aun hai remedio.
Dame el sello real, i de la oculta
Conspiracion trastorno el plan, i pongo
A tus pies las cabezas enemigas.

SARDANAPALO.

¿Cabezas? cuántas?

SALAMÉNES.

Quando está en peligro
La tuya propia, ¿para qué contarlas?
Dame tu sello, i lo restante deja
A mi cuidado.

SARDANAPALO.

Yo no doi a nadie
Tan gran poder.

SALAMÉNES.

¿Respetarás las vidas
De fementidos, que a la tuya amagan?

SARDANAPALO.

¡Ardua cuestion! Mas dí que no. ¿Forzoso
Será remedio tal? ¿De quién sospechas?
Arresta a los culpables.

SALAMÉNES.

No querria
Tener que responderte. En un momento
Referirá sus nombres la liviana
Charla de cortesanos: ni en palacio
Serán sabidos solamente; i todo
Se frustrará. Confia en mí.

SARDANAPALO.

Tu zelo
Conozco bien. Recibe el sello.

SALAMÉNES.

Pido
Otra cosa además.

SARDANAPALO.

¿Cuál es?

SALAMÉNES.

Que omitas
La preparada fiesta.

SARDANAPALO.

No por cuantos
Conspiradores sacudir un reino
Osaron. Vengan: sobre mí descarguen
Toda su furia. Demudarme un punto
No me verán: no dejaré la copa:
No perderé por ellos un instante
De placer, ni una sola rosa ménos
Coronará mi frente. No me inspiran
Ningun temor.

SALAMÉNES.

Si la ocasion se ofrece,
¿Las armas tomarás?

SARDANAPALO.

Dado que importe
Para hacer de malvados escarmiento,
Esgrimiré la espada hasta que mansos
Pidan que la trasformé en rueda.

SALAMÉNES.

Dicen
Que en eso el cetro has convertido.

SARDANAPALO.

Mienten.
Mas díganlo enbuenhora. La calumnia
Es privilegio de la plebe antiguo
Contra los soberanos.

SALAMÉNES.

A tus padres
No calumniaron nunca de esa suerte.

SARDANAPALO.

Porque, en perpetuo afan, pasaban solo

Del grave arnés a la servil coyunda.
 Ahora en paz i holganza triscar pueden
 I murmurar. Murmuren: no me pesa.
 No doi de un bello rostro la sonrisa
 Por cuantos ecos populares hincen
 El grito de la fama. Las procaces
 Lenguas de esa vil grei, que la abundancia
 Insolentó, ¿qué son, para que ofendan
 O halaguen mis oídos las ruidosas
 Voces de su censura o su alabanza?

SALAMÉNES.

Si te desdeñas de ser rei, no es mucho
 Digan que no naciste para serlo.

SARDANAPALO.

Mienten. Por mi desgracia solo sirvo
 Para ser rei. Si así no fuera, el trono
 Al mas vil de los Medos cederia.

SALAMÉNES.

Pues hai un Medo que ocuparlo intenta:

SARDANAPALO.

¿Qué me quieres decir? Mas tu secreto
 Guarda: no soi curioso. Haz lo que importe
 A la paz: yo te apoyo. Jamas hubo
 Quien mas que yo la desease; pero
 Si hai quien la turbe i mi furor despierte,
 Harto mejor seria que evocase
 Del polvo helado de la tumba, al fiero
 Nemrod, el cazador: haré la Asiria
 Un vasto yermo de silvestre caza,
 Donde a los que hombres eran, como brutos
 Acosaré. Si lo que soi calumnian,
 Para lo que seré los desafío
 A que dictado tan odioso encuentren,
 Que me calumnien.

SALAMÉNES.

¿Al fin sentiste?

SARDANAPALO.

¿Qué alma
 Pudo a la ingratitud no ser sensible?

CRÓNICA.

SANTIAGO, JUNIO 14 DE 1850.

Exterior.—Las noticias que se han recibido últimamente de los estados vecinos no aumentan en nada la seguridad que ofrece su bienestar siempre comprometido, siempre cerca de la ruina. Así vemos a Guayaquil trastornado i pidiendo con ansia una dictadura militar que lo reduzca al silencio si no al orden. Bolivia por otra parte no ofrece mucha estabilidad en esa agitacion ondulante en que asoman de cuando en cuando los colores de la sangre. Porque es un hecho histórico, esta fatalidad de anarquía, de division, de odio que pesa sobre los antiguos colonos de la España. Desde Cortés, este Anibal creyente de la España se han visto reproducirse las mismas escenas de la metrópoli, con las mismas bandas armadas, bajo iguales pretextos. ¿I no se sabe también que los reyes de España se han humillado hasta tender la mano al bandido que poco ántes los desafiaba en las sierras? El alma de los Pizarros i Aguirres no se ha hecho trizas en los antiguos combates, sin dejar una chispa en cada uno de sus sucesores; así vemos en cada capitán que se levanta la misma enseña, i el hacha reluciente jamas enfiada al lado de las inmensas nieves de los Andes.—La suerte de Bolivia parece siempre un problema. Si por otro lado el Perú se tranquiliza, en otro punto detras de

las cordilleras reina el órden de los sepulcros. Buenos-Aires no es mas que un cementerio de vivientes en cuyas grutas sangrientas la venganza se arraiga para nutrir de su jugo a la posteridad que ha de vengar los pasados ultrajes. En esa guerra contra el extranjero el bandido de las orillas del Plata tiene a sus pies a toda la nacion, escuchando su mas pequeña palpitacion, observando toda vena para apartar la que bulla de patriotismo con la punta de su puñal. I no contento con esta presa fulmina su anatema contra la prensa de Chile i establece un cordon sanitario para alejar el pensamiento chileno. Hace bien en elevar otra barrera entre los dos países; porque el aliento que cae a ese suelo de matanzas debe corromperse pronto; no hai yerba que reverdezca por donde ha pasado el caballo del gaucho. I si de los lados de Chile llegaba una aura de libertad para los pueblos oprimidos, justo es que se quite ese inocente recreo i que el gobernador de Buenos-Aires tienda su sangriento manto entre la luz i el abismo para no dejar ver mas que su cuchilla. —Nuestro gobierno espera sia embargo arreglar su comercio con aquel país; busca un enviado que acreditar cerca del imperio brasileiro. Con estas esperanzas cualquiera aplazará sin disgusto sus proyectos, i llegará el dia en que veamos descender del Andes al ministro de Rosas i partir de Chile al enviado que ha de ir a colocarse en las pintorescas ensenadas de bota-fogo, perplejo entre el brillo de un imperio colosal i el lujo voluptuoso de esa vegetacion de los trópicos que sombrea los golfos, las ensenadas o se eleva en los picos hasta enredar sus perfumados cogollos con los rayos, las plumas de las aves i las alas sonoras de las brisas. —Montevideo apénas renace a las nuevas esperanzas que le vienen de Francia.

«Vive sin esperanza en el deseo.»

Interior. —Se espera un nuevo vapor para el próximo Octubre con el objeto de navegar entre Valparaiso i Copiapó. Este vapor construido a todo costo i teniendo en vista la cesacion del privilejio de la compañía actual es el mejor argumento contra los partidarios de la próroga del privilejio. —La llegada de ingenieros para el ferro-carril de Copiapó es una nueva seguridad de que los empresarios se apresuran a dar un desmentido a los pesimistas, a los supuestos conocedores que apoyan su ciencia en negar lo posible para no tener nada que aprender ni oír ninguna de las cosas que ellos ignoran.

El último párrafo del mensaje presidencial no ha dejado de producir alguna sensación en los diversos círculos políticos. Algunos quieren poner más fe de la necesaria en las seguridades que él inspira; otros retiran su confianza del todo i muy pocos pretenden quedarse sin saber cosa que valga. La cuestión de la candidatura en manos del ministerio es una brasa ardiente que quemó las inocentes manos del ministerio de Junio, al pasársela al de Abril; pero el actual la ha dejado pronto fuera de camino con el objeto de que se enfrie en su olvido. Muchas veces debe tentar aquella maldita brasa, otras tantas debe inspirar recelo; sin embargo, como no puede quitarse del medio, como ningún ministerio puede saltar esta raya incendiaria sin perecer o salvar con ella los partidos i el país entero, la soplan con un inmenso empuje i la hacen echar llamas que cada uno interpreta según el aliento que las inspira. El partido del gobierno fundado en la verdadera inteligencia de las cosas i guiado por el sentido común, no puede tener más que dos hombres que lo representen: el Sr. Senador Benavente i el Sr. Diputado Montt; el primero contemporáneo i actor en la revolución de la independencia: hombre público en las épocas posteriores con un influjo real en todos los destinos tanto por su buena como por su mala fortuna, desterrado a veces, juzgado como conspirador otras, enviado en seguida como ministro plenipotenciario al Perú, consejero i amigo actual de los mismos que lo perseguían antes por pasión o errores de partido; el segundo hombre nuevo, envejecido ya en 10 años de una influencia política que su inteligencia conquistara i que la necesidad i la gratitud ha hecho estable; hombre recto que el rencor de sus enemigos implacables ha hecho más bueno, más progresista, más inteligente, el único hombre de Estado que ha elevado un monumento grandioso a Chile con su ley de instrucción pública; hombre de energía que los propietarios escojen por miedo en la anarquía que predica la oposición. Los errores políticos que pueden haber cometido esos hombres pueden ser más o menos grandes según la pasión del escritor. A un tiempo se examinarán; pero el partido del gobierno si quiere conceder a la experiencia, a la capacidad, a los servicios algún título para rejir los futuros destinos de Chile no puede salir de estos dos hombres. Benavente en este último quinquenio ha dejado de tener enemigos, desde el instante que éstos se han apresurado a coronarlo, i no hai mayor gloria para un ofendido que esa reparación delante del país de una injuria o de un error. La infamia

nunca se borra mas que con la propia mano del infamante. El medio mas seguro de destruir la oposicion es esta candidatura; ella no busca mas que un pretexto para chocar, no tiene conexion su fuerza, es una multitud de pequeños intereses encontrados que jamas se juntarán para producir una fuerza verdadera. La candidatura Montt que teme la oposicion i que el partido conservador enarbola como un signo de salvacion i una enseña de espanto para sus adversarios, tiene todas las simpatías de los propietarios i cuenta con la gratitud del jefe del estado que ha elevado dos veces a la silla presidencial con esfuerzos increíbles, a costa muchas veces de su responsabilidad politica. Lójicamente, el partido conservador no puede tener otro representante. Pero si quiere al mismo tiempo desviarse de la lójica i destruir la oposicion i con ella asegurar el triunfo de antemano, ninguna candidatura como la Benavente. ¿Quiere salir de esta senda el ministerio de Abril? ¿Quiere echarse en manos de los militares para probar que no hai otra capacidad digna de la silla presidencial sino la de un militar, la de un jeneral que haya envejecido en los campamentos con mas o ménos cicatrices? ¿Se podrá creer en Chile que esta sola profesion inspira respeto, autoridad, inteligencia? El hombre público siempre en lucha constante con los partidos no es como el militar que va rara vez a los combates; vive siempre en la brecha blanco de todos los tiros, de los que hieren el corazon, de los que envenenan la vida; contra él la calumnia vacia diariamente su aljaba i si llega la gloria es allá mui tarde cuando su polvo no rebulla ya con sus memorias. Ninguna carrera mas deslumbrante que la del soldado; los peligros la hacen acreedora a tanto entusiasmo. ¿Pero la vida no está siempre cerca de perderse? ¿Qué importa buscar el peligro cuando este nos rodea a cada segundo i en todas partes? ¿Qué es sin la gloria la muerte en un asalto?—Nada, un cambio quizas de lugar, una zanja en vez de un lecho; porque el hombre no se intimida con la muerte, la lleva sobre sus hombros i la encomienda a la fortuna como un peso que al fin ha de abrumarle.

Todos pretenden hoi dia salir de esa senda i manifestar al pais que gobernar un pueblo no es lo mismo que conducirlo al asalto; es preciso que los hombres de Estado succedan a los jenerales, a lo ménos en beneficio de la igualdad que en una democracia debe contentarse aun mas que la libertad misma. Si se quiere por candidato algun militar, sea el que méaos preocupaciones abrigue respecto a su clase, el que por sus relaciones, su carác-

ter sirva de transición entre la clase militar i el pueblo. Si se quieren términos medios ahí está ese; si se quiere romper brusca-mente con el pasado no hai mas que adoptar algun hombre de Estado.—Nosotros hemos indicado los pensamientos que deben surgir en el partido conservador; el estado de la cuestion para la conciencia de sus partidarios parece ser el que hemos indicado. El acaso, las circunstancias, lo imprevisto pueden cambiar estas ideas o dirijirlas en otro sentido; pero es preciso que un partido sepa a dónde va si quiere ignorar de dónde viene i cómo se ha formado. La cuestion de la presidencia de los pelucones respecto a la oposicion que debe destruirse por todo medio, es importantísima para el partido político aun mas que para la nacion; su interés está en ponerle un banquillo a esa oposicion hoy que la marea ministerial la gana hasta la mitad del cuerpo; las disidencias personales no deben detenerle, pues todos tienen que perder con el triunfo de una faccion anárquica que no promete una idea; un partido hipócrita que abjura de día en día sus principios, que ensalza la constitucion para pisotearla, que desprestijia los otros poderes del Estado con sus usurpaciones, que insulta al país con sus actos de mala fe en las elecciones i sus tiranías en todo.

La Cámara de Diputados en que los representantes de la mayoría dejan ver sus tristes figuras iluminadas de cuando en cuando a los reflejos de la barra, en que mas que en ellos palpita el alma de sus inspiraciones, se ha estremecido ultimamente con los discursos de los abates. ¿I quién no se sentirá conmovido con esa elocuencia virjinal del abate Taforó? ¿Quién podrá resistir a ese lenguaje florido, melifluo, esos discursos que, segun su linda expresion, son unos pastelitos de las monjas saturados de aloja i de perfume? Pero el abate Eizaguirre es otra cosa; seco de fisonomía aunque no de bolsillo, pudiera llamársele la vaina de la oposicion, porque ese abate encapotado abrigando mil cosas ocultas es el jesuitismo personificado, el jesuitismo político que agrega a la confesion i el púlpito, la tribuna, la prensa, el club i los sindicatos. ¿Es una farsa esa relijion que sirven cuando les vemos tan desocupados en otros odios, en otra mision? ¿Puede ser buen pastor, pueden parecerse al Arzobispo de Paris que concibió la política interponiéndose entre las balas para estancar la sangre fraternal, esos abates metidos a jefes de faccion por arrancar un aplauso o una pitanza? Pero no hablemos de eso: el Sr. Montt en su contestacion al discurso de los abates que se oponian al establecimiento de escuelas por las monjas los ha des-

pedazado con justicia; se nos figuraban en sus manos dos poffo^s desplumados; tanto se desvanecian los argumentos frailesco^s sentimentales de los abates a cada palabra del Sr. Montt! Cuantas lágrimas habrá costado a Taforó este descalabro! Pero Eizaguirre se venga en las votaciones i el honorable Lastarria lo eleva a la gloria en la discusion sobre el modo de rentar las escuelas. El Sr. Lastarria en sus discursos es siempre un abogado charlador i un diputado con ribetes de profesor. El Sr. Montt en su lei de instruccion pública ha hablado con una facilidad i un juicio incuestionables. Jamas se ha mostrado el Sr. Montt mas suficientemente instruido, nunca mas dueño de sus ideas, ni mas adelantado, jamas mas pronto i feliz para replicar. ¿De qué ha servido esa instruccion, ese discurrir con tanto tino, esa prontitud para aclarar i responder a las objeciones? Su resultado ha sido un pésimo discurso del Sr. Lastarria i por consiguiente la pérdida del artículo, la anulacion mas bien de la misma lei que sancionaban en principio. Se reconoce en el Estado la obligacion de la enseñanza gratuita. ¿Con qué se paga? Con un impuesto especial, dice Montt. —Mas tarde se podrá, dice Sanfuentes. No puede hacerse, dice el Sr. Lastarria, porque los propietarios no quieren, porque en 400 escuelas (es fuerte en cálculos este caballero) pueden enseñarse 500,000 niños. ¿Qué puede esperarse de un orador semejante, de un orador vocinglero que ataca la lei Montt porque su autor ha dicho que podía ser imperfecta? Es vaciedad este ataque o estupidez?

La instruccion primaria gratuita es una lei en una República. lei que nadie contesta; ¿por qué no ha de tener una renta para establecerse? ¿por qué el propietario no podrá dar al gobierno una cantidad para la enseñanza? ¿Dónde está la injusticia? dónde la resistencia? ¿Ademas del *income tax* no hai en Inglaterra un impuesto para los pobres con iteu mas las leyes suntuarias? ¿Entre los romanos no se daba tierra i trigos a los pobres? La caridad entónces es obligatoria; ¿i no es obra de la caridad la instruccion primaria que exige la relijion i el Estado? O rechazais la obligacion en que constituís el Estado, o admitis la renta necesaria para el cumplimiento de un deber.

La única parte atacable en la lei Montt es la atribucion de las municipalidades respecto a los contribuyentes. Pero hai un medio mui fácil de reparar este inconveniente: atenerse a la palabra del propietario si no hai prueba en contra.—La municipalidad es un cuerpo que solo tiene vida en las elecciones; se des-

pierta para cosas políticas i se abandona el interes vecinal por el partido. O el gobierno nombra en cada pueblo una comision que sea mas jeneral para fijar el impuesto de los contribuyentes, o cada contribuyente se impone la cifra que le corresponda segun su honor i su deber sin que sea necesario entónces un consejo o municipalidad. Los colectadores del *income tax* en Inglaterra no obran de otra manera. De este modo el propietario que teme dar una pequeñísima cantidad medirá por su honradez la cuota; el bribon no pagará, ese no necesita sino favorecer la ignorancia porque la enriquece con el crimen; el propietario honrado, moral, que sabe que cuantos mas honrados haya mas segura estará su propiedad i vida, entregará su parte correspondiente, sirviendo a la relijion i al estado en un mismo i pequeño acto de virtud.—Esta renta especial para la instruccion primaria, no es mas que el banco nacional de la intelijencia; es la caja de ahorros de la moralidad pública en beneficio de la instruccion que solo puede difundirla i consolidarla. Lo que sale del fisco nadie lo conoce; ahí se amalgaman todos los impuestos; pero en el caso presente esta renta tiene mucho de personal, interesa al que tiene familia avanzándole un capital de intelijencia, atrae al que no la tiene por la seguridad que consigue contribuyendo a la moralizacion del pueblo con una limosna insignificante. El Estado determinaria los fondos para la instruccion en una escala pequeña, movible, segun sus necesidades; aqui la nacion entra en sociedad consigo misma i se establece un impuesto perpetuo, grande, para abarcar las necesidades. El capital unido a la instruccion funda aqui una sociedad intelijente, fomenta el trabajo i gana por otros canales lo que avanza por el impuesto.

La instruccion primaria gratuita es un dogma republicano; establece la solidaridad de la fe i de la ciencia. ¿Qué mas titulos puede tener el trabajo? ¿El pan del alma no tiene tantos derechos o mas que el cuerpo? ¿Por qué rebajar este derecho de las conciencias a instruirse cuando el individuo i la sociedad ganan en esta fraternidad? Conceded al Estado la determinacion de la renta; quitais a la institución su relijiosidad, poneis entre los padres i el Estado mil desconfianzas, ya los temores de corrupcion, dilapidacion, ya demoras, intrigas; desalentais por consiguiente a los contribuidores, los desmoralizais i les haceis creer que hai en el impuesto una injusticia i una violacion de propiedad. Pero dejad que cada cual contribuya i ponga en otras arcas ese impuesto

que el honor i la virtud determinan, decid que el Estado sea el guardian de estos intereses, considerándolos como una cosa sagrada; i vereis que el propietario paga con placer; entónces, obrando en conciencia, su amor propio se satisface i el Estado puede contraerse a sus demas asuntos sia tocar nada de la instruccion, sino los buenos frutos.—Mirad por otra parte lo que se gasta en la guerra i la marina; nadie se alarma del consumo de la tercera parte de las rentas en ese esteril lujo de fuerza porque el ministro mide las cosas i mutila aquí la industria, aca la ciencia, allí el comercio, la justicia. Pero si hubiese un impuesto especial para la guerra, ya veriais a los propietarios alarmarse, oiriais gritar injusticia e invocar rebeliones en cada esquina, en la mas recondita aldea. Proponed mañana la recaudacion de lo que se gasta en esos ramos, lo que todo el mundo sabe por medio de un impuesto especial; haced pasar como le i ese proyeeto; i os aseguro que en vez de dinero tendriais lanzas i la revolucion entera echandoos de todas partes con la enerjia de la injusticia i del ultraje vengador. Luego significa algo el modo de percibir i destinar la renta. ¿Sucederia lo mismo con el impuesto especial para la instruccion ademas de ser un fácil ensayo para la contribucion única i directa?

La lei Montt ha caido en presencia de una mayoría ignorante. Es tarde para instruirla i esos hombres pasarán en poco tiempo. La oposicion acaba de obtener otro triunfo contra el adelante del pais; ayer les exijia a los electores un capital superior al que exige la aristocrática Inglaterra i como si quisiese hacer un pueblo de ignorantes les restringe la instruccion; ayer el voto, hoi la educacion. ¿Qué hará la oposicion con un poder electoral privilegiado en un pais donde se tasa la instruccion, donde se somete al capital la intelijencia i la felicidad de Chile, a la ignorancia universal i a los privilejios odiosos?—¿Son hechos semejantes acusaciones? Habrá quien crea en la buena fe de esta multitud de hombres encerrados en un nombre sin antecedentes ni servicios como en una nueva caja de Pandora. Reventrá este desgraciado candidato; reventará mui luego esta caja de elementos incoherentes i que se reniegan.—Esperamos que el Senado sostenga la lei Montt.

Otro proyeto ruidoso es la lei Bello sobre mayorazgos. La oposicion pretende siempre corregir la carta; al principio la defiende, en los hechos la niega, la falsea, la contradice, la mira como un pedazo de papel escrito con lápiz i fácil de borrar con go-

ma. Como toda especie de libertad, este proyecto es contrario a la Constitución. Si el proyecto es bueno, quítese la constitucion que lo rechaza. Pero es una niñería engañar con interpretaciones. Nosotros creemos que bajo este punto, como en materia de colonización, matrimonios mixtos i otras cosas es preciso reformar la carta. Sin hacer esto bajo una buena lei electoral todo es inútil, o pernicioso.—La propiedad del suelo es la fuerza de la aristocracia, ¿pero lo es aqui? ¿Dónde estan esas inmensas propiedades vinculadas?—Apenas 17. ¿Dónde esos grandes valores? Apenas 8 millones. ¿Dónde esa desigualdad espantosa? Casi todos los vinculos se han establecido por colaterales con fondos que no habrian venido a Chile ni a mano de ninguna de las familias sin esa condicion de perpetuidad. ¿Dónde esa necesidad de división? La propiedad está dividida lo sutemente; no lo está mas porque faltan brazos, capitales, mercados. ¿Es por que no se edifican ciertas casas? Eso es pueril.—

Vemos pues a la oposicion empeñada en hacer creer que la cuestion de los mayorazgos es de una gran utilidad.

Un mayorazgo en nuestro estado republicano no es un privilejio si se reduce a rentas; es un capital fijo con que hará su fortuna el primojénito de una familia; luego a toda familia le conviene. La condicion impuesta por el testador no da derecho ninguno; es una gracia concedida al que no teniendo derecho quiere llenar una obligacion fructifera; no hai pues tirania ni desigualdad cuando esa misma desigualdad favorece a todos los miembros de la familia. Sin ese capital todos serian pobres; con él todos son ricos si sufren que haya uno mas favorecido.

Para su abolicion pues hai que atender a la voluntad del testador i al interes público.

Donde los mayorazgos no tienen títulos ni jurisdicciones, todo se reduce a un capital. La lei debe conservar, si es posible, la disposicion del testador; reduce a dinero los fundos i cumple con el testador; las propiedades se venden i dividen; i el mayorazgo queda reducido a un derecho que no impide la enajenacion de los intereses vinculados.

En este arreglo hai una expropiacion; los poseedores i los sucesores no pueden serlo sin una indemnizacion. Pero como la constitucion quiere la libertad de esas propiedades, es preciso hacer la reforma satisfaciendo al poseedor, al sucesor i al interes público.

Unos quieren solo abolir la lei de Toro, que impide las mejo-

ras; otros dan al poseedor en tasacion los fundos reconociendo un censo; otros exigen esta trasmision en almoneda. Todos estos proyectos tienen sus inconvenientes; es preciso adoptar el mas equitativo.

Conceder la renta de la venta de la mitad de los bienes vinculados a los poseedores reconociendo su censo, i la otra al sucesor con la misma imposicion. De este modo en dos jeneraciones quedan reducidos a un simple derecho los mayorazgos, habiéndose atendido al interes de los favorecidos i del Estado. Pudiera tambien efectuarse por tercios para no hacer de peor condicion que los poseedores al sucesor; esta cuestion es fácil de allanarse. Pero querer abolirlos completamente cuando se han instituido en virtud de otras leyes, es obrar con injusticia i no respetar al pasado que tiene a la lei por representante perpetuo.—Hágase la venta por tasacion, en almoneda, del todo, la mitad, o la tercera parte: esta segunda cuestion es insignificante una vez decidida la conversion de los mayorazgos.

Solo el Estado podria hacer vender todos los fundos haciéndose propietario de sus capitales, que podrian percibir los sucesores por rentas sobre la deuda interior consolidada. Seria un empréstito forzoso hecho a ciertos propietarios que la lei desconoce, i si álguien debe ganar en esta expropiacion contra la voluntad del testador, es mas justo que el Estado saque esas ventajas.

Opera. La reaparicion de la señora Rossi ha sido aplaudida como se esperaba. Otra vez hablaremos de Nabuco que ha gustado tanto i de Luisa Strozzi en que la señora Rossi ha cantado admirablemente.—Esperamos el Atila en que la señora Pantanelli brillará como de costumbre; es la pieza de su beneficio. Sus grandes talentos en el duo de la Semiramis son harto conocidos: no necesita ella de nuevos triunfos, porque tiene al pueblo acostumbrado a los suyos. Los Sres. Lanza, Zambaiti i Bastogi se oirán con gusto. El público no faltará a tan escojida fiesta dando prueba de buen gusto i de jenerosidad: la señora Pantanelli es digna de las mas brillantes manifestaciones por su talento i el aprecio que hace de ellas.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

XVIII.

Una bandera blanca flotaba en medio del humo de los baches de las primeras filas de esta muchedumbre. Continuaba avanzando i engrosándose. Una curiosidad siniestra se atraía esta nube de hombres que parecía conducir el misterio del día. Al frente del Palacio de Relaciones Exteriores un batallon de línea formado en batalla, bala en boca, con su comandante a la cabeza, cerraba el boulevard. La columna se detiene repentinamente ante esta hilera de bayonetas. A las ondulaciones de la bandera i al resplandor de las teas, se encabrita el caballo del comandante i aterrizado, retrocede sobre sus dos patas ácia el batallon que

se abre para cubrir a su jefe. Oyese un tiro en la confusion de este movimiento. ¿Partió como se dice de una mano oculta i perversa contra el pueblo por un agitador del pueblo, a fin de reanimar con la vista de la sangre la lucha que se extinguia? Partió de la mano de uno de los insurrectos contra la tropa? i lo que es mas verósímil en fin, partió casualmente por el movimiento de un arma cargada o de la mano de uno de los soldados creyendo a su Comandante herido, viendo los espantos de su caballo? Nadie lo sabe: crimen o casualidad, este tiro encendió una revolucion. Los soldados creyéndose atacados, preparan sus fusiles; un rastro de fuego brilla en toda la linea. La descarga repercutida por los altos edificios i por las calles profundas de este centro de Paris, estremece todo el boulevard. La columna del pueblo de los arrabales cae diezmada por las balas; los gritos de muerte i los ayes de los heridos se confunden con los gritos de terror de los curiosos, de las mujeres, de los muchachos que huyen i se precipitan en las casas vecinas, en las calles bajas i tras las puertas cocheras. A la luz de las teas que se apagan en la sangre sobre el empedrado, se distinguen grupos de cadáveres cubriendo aquí i allá el malecon. La muchedumbre horrorizada, creyéndose perseguida, refluye clamando venganza hasta las inmediaciones de la calle Lafitte, dejando el vacío, el silencio i la noche entre ella i los batallones. La multitud creía haber sido traidoramente batida en una demostracion de alegria i de concordia a consecuencia del cambio de ministros. Su rabia se dirigía otra vez contra estos ministros bastante pérfidos para vengar su caída con torrentes de sangre; contra este rei bastante obstinado para herir al mismo pueblo que se habia coronado con su propia sangre en 1850.

Los soldados por su parte se hallaban consternados de esta carniceria involuntaria. Nadie habia dado la órden de hacer fuego. No se habia dado sino la de armar bayoneta para oponer el fierro a la impetuosidad del pueblo. La noche, la turbacion, el acaso, la precipitacion, eran causa de todo. La sangre inundaba los pies de los soldados; los heridos se arrastraban para morir entre las piernas de sus asesinos i contra las paredes del palacio. El comandante vertia lágrimas de desesperacion. Los oficiales embotaban la punta de sus sables en las losas, deplorando este crimen de la casualidad. Presentian de antemano el rechazo de este involuntario asesinato del pueblo en el espíritu de la poblacion de Paris. El comandante se apresuró a prevenir esta equi-

vocacion, entrando en explicaciones con el pueblo. Mandó a un subteniente que fuese a expresar a la multitud agrupada en la esquina de la calle Laffitte, los sentimientos de la tropa e hiciese al mismo tiempo aclaraciones del suceso.

El oficial se presenta en el café Tortoni que forma el ángulo de esta calle i del boulevard. Quiere hablar. La turba le rodea i le escucha; pero apénas ha proferido algunas palabras, cuando un hombre armado de un fusil, entra, aparta a los espectadores i apunta al parlamentario. Algunos guardias nacionales levantan el arma, rechazan al asesino, i conducen al oficial a su batallón. Sin embargo la relacion del acontecimiento se habia extendido con la celeridad del ruido de la descarga en toda la linea del boulevard i en la mitad de Paris. La columna de los arrabales dispersa i rechazada un momento, habia vuelto sobre sus pasos para recoger sus muertos. Inmensos carros con sus tiros correspondientes, se habian hallado a su disposicion a esta hora avanzada de la noche, como si hubiesen sido preparados de antemano para pasear por Paris los cadáveres destinados a reaninar con su aspecto el furor del pueblo. Se recojen los cadáveres; se les agrupa en estos carros con los brazos pendientes fuera de ellos, las heridas descubiertas, la sangre chorreando en las ruedas, se les pasea a la luz de las teas por delante de la oficina del *Nacional*, como un trofeo de venganza próxima, ostentado cerca de la cuna de la república.

Despues de esta lúgubre estacion, el carro se dirige ácia la calle Montmartre i se detiene delante de la oficina del periódico la *Reforma*. Nueva llamada a la irreconciliabilidad de la república i de la monarquía. Gritos roncós i como reforzados por la indignacion i por el sollozo interior del fúnebre acompañamiento, se elevan hasta las ventanas de las casas. Un hombre parado en el carro, con los pies ensangrentados, levanta de cuando en cuando del monton de cadáveres el de una mujer; lo muestra a la turba, i lo vuelve a acostar en su sangriento lecho. A este aspecto la piedad de los espectadores indiferentes hasta allí, se convierte en furor. Corren a armarse a sus casas. Las calles quedan desiertas. Una hilera de hombres armados de fusiles, marcha al rededor de las ruedas; se internan en las calles oscuras del centro populoso de Paris ácia el cuadrilongo Saint-Martin, este monte Aventino del pueblo. Tocan de puerta en puerta para llamar nuevos combatientes a la venganza. Al espectáculo de estas víctimas por las que se hacian cargos al trono, estos cuarteles se

levantan, corren a los campanarios, tocan a rebato. Desempie-
 dran las calles: construyen i multiplican barricadas. De cuando
 en cuando resuenan los tiros de fusil para impedir que el sueño
 adormezca la ansiedad i la cólera de la ciudad. Las campanas
 llevan de iglesia en iglesia hasta los oídos del rei i de las Tulle-
 rias los sonidos febriles precursores de la insurreccion del dia
 siguiente.

LIBRO TERCERO.

I.

Mientras que la sublevacion escitada por la venganza i favorecida por la noche, se propagaba por todo Paris, el rei reflexionaba al oír el toque de alarma en los medios de tranquilizar al pueblo, i contener la revolucion; revolucion que no queria considerar todavia sino como un tumulto. La abdicacion de su sistema de politica exterior, personificado en M. Guizot, en M. Duchatel i en la mayoría de las Cámaras completamente adheridas a sus intereses, debia parecerle mayor sacrificio todavia que una abdicacion de su corona. Era la abdicacion de su pensamiento, de su sagacidad, de su aureola de infalibilidad a los ojos de Europa; de su familia i de su pueblo a sus propios ojos. Poco importa a una alma grande ceder un trono a la fortuna airada, pero ceder su fama i su autoridad moral a la opinion triunfante i a la historia implacable, es el esfuerzo mas doloroso que puede obtenerse del corazon humano; porque es el esfuerzo que le destroza i le humilla. Pero la naturaleza del rei no era de aquellas temerarias i sangrientas que arriesgan a sangre fria la vida de un pueblo contra la satisfaccion de su orgullo. Conocia perfectamente la historia, era práctico en los acontecimientos i en sus consecuencias: habia reflexionado mucho. No se le ocultaba que una dinastía que hubiera reconquistado a Paris con la metralla i el obus, se veria sin cesar asediada por el horror del pueblo. Su

campo de batalla habia sido siempre la opinion. En ella era en lo que pretendia influir; con ella deseaba reconciliarse prontamente haciéndole algunas concesiones; pero como politico avisado i económico, regateaba con ella i con la opinion, a fin de obtener esta reconciliacion con el menor detrimento posible de su sistema i de su dignidad. Juzgaba tener hartos grados de popularidad que descender ántes de descender de los del trono. El resto de la noche le parecia un espacio mas que suficiente para burlar las exigencias de la situacion con que le amenazaba el dia.

II.

En esta disposicion de espíritu el rei, esperaba a M. Molé con quien ya habia hablado en el dia. Los acontecimientos de la noche le inclinaban a entrar en transaccion. M. Molé, prudente i mesurado por naturaleza, hubiera indudablemente conciliado con exactitud tres dias ántes lo que exijia la conservacion del principio monárquico a que habia estado ligado toda su vida, con lo que exijian las irritaciones de la opinion parlamentaria. Pero M. Molé, desanimado a consecuencia de la entrevista de la mañana anterior, no fue a palacio.

El rei mandó buscar entónces a M. Thiers. Este ministro nacido con el trono de Julio, colmado de favores por la corona, caro a causa de su elocuencia en el parlamento, descontento muchas veces, otras agitador de tribuna, nunca irreconciliable, debía su corazon i su palabra a los peligros de la dinastia que le habia adoptado. Templado otra vez en una oposicion de siete años, podia volver a conquistar para el rei con condiciones monárquicas toda aquella parte del pais cuyo republicanismo no era mas que un capricho. El nombre de M. Thiers equivalia a la victoria de la oposicion contra la pertinacia personal del rei; pero no a una victoria contra el trono. Cuando en 1840 una coalision casi sediciosa de los diferentes partidos de la Cámara hubo obligado al rei a llamar a M. Thiers, éste habia demostrado que no abusaria del triunfo. Dueño entónces del rei, se habia dejado vencer honrosamente a su vez por el rei; habia resignado el ministerio en manos de M. Guizot i de los conservadores, en aquel momento en que podia obligar al rei a conservarle en su puesto, i a la Europa a trastornarse por el interes de su ambicion. No habia querido ser el Necker de la dinastia de Orleans cuando la imprudencia de las oposiciones coaligadas le habia dado el papel de un

ministro amo de su amo. Se habia limitado a servir al rei en su equivocado pensamiento de colocar el trono en una ciudadela fortificando la Capital; i de ajitar diplomáticamente la Europa hasta los limites extremos de la guerra, a fin de reconquistar a su causa en las negociaciones relativas al Oriente, algo de popularidad belicosa. Esta desgraciada concepcion del gabinete frances hubiera dado por resultado o la separacion del ministerio o una guerra universal sin aliados a la Francia. M. Thiers que habia marchado con resolucion al abismo cuando le veia lejano, se habia detenido al verlo a sus pies. No tuvo la obstinacion criminal de su error; habia borrado su personalidad al aspecto del peligro de su pais. No habia querido ilustrar su nombre con la sangre de Europa. Este arrepentimiento habia cubierto de honra su caida a los ojos de los hombres honrados. Se habia retirado desconceptuado en el pensamiento de los hombres de Estado; despolarizado en el espiritu de las facciones extremas, pero exaltado en la estimacion de los hombres imparciales. Al ménos así es como nosotros comprendimos su temeraria elevacion, su ajitado ministerio i su honrosa separacion; la historia debe considerar la conciencia en la apreciacion del hombre de Estado.

III.

M. Thiers, llamado a la mitad de la noche, no vacila en acudir. Parecia que la Providencia le hubiese predestinado a asistir a la cuna i a los funerales de esta monarquia. En el instante en que M. Thiers entraba en las Tullerías, M. Guizot se hallaba todavía con el rei. La ilusion acerca de la naturaleza del movimiento i la imperturbable confianza en el poder de su voluntad i en la infalibilidad de sus designios, no permiten pensar que ningun paso atras, que ninguna reconvenccion a sí propio haya hecho vacilar en este supremo instante el alma del ministro. Su último acto fue un reto a la opinion: al retirarse la provocaba aun. El rei i el ministro, descontentos de las disposiciones militares confiadas al jeneral Jacqueminot i al jeneral Tiburcio Sebastiani, acababan de firmar el nombramiento del mariscal Bugeaud para la comandancia militar de Paris. El mariscal Bugeaud era entónces al mismo tiempo el hombre de toda la confianza del ejército i el hombre de la impopularidad de Paris. Su nombre era una declaracion de guerra extrema a la transaccion.

Simple coronel en 1850, célebre en este grado por un valor heróico i por una intelijencia instintiva del arte de la guerra, el mariscal Bugeaud se habia consagrado sin restriccion a la nueva dinastía. Comandante del fuerte de Blaye, habia tenido allí como prisionera a la duquesa de Berry. La desventurada cautiva habia salido de la prision respetada en su heroismo de princesa, pero herida en su honor de mujer. La divulgacion de una debilidad de corazon habia servido a la política de la dinastía de Orleans, pero habia contristado a la naturaleza. El mariscal Bugeaud, a no dudarlo, no habia aconsejado ni aprobado esta política que pisoteaba la familia. Pero habia tenido la desgracia de hallarse colocado entre su deber de soldado i sus sentimientos de hombre: lo que era solamente una situacion se le achacó como crimen.

Desde esta época la opinion realista alimentaba profundo resentimiento contra él; despues, decíase que habia tratado algunos cuarteles de Paris como plaza sitiada mas que como capital, en los alborotos que marcaron las últimas tentativas del partido republicano. Este partido no olvidaba jamas el nombre del mariscal en sus imprecaciones contra los rigores monárquicos. Pero el comandante jeneral de Argel, ejercitado majistralmente por el espacio de cinco años; la sumision i la pacificacion de Africa; infatigables campañas; una batalla ilustre por el nombre de Isly; la administracion absoluta pero detallada de la provincia; la solicitud como padre i jeneral del ejército; su amor al soldado, habian reconciliado a la Francia con el nombre del mariscal Bugeaud: su intelijencia parecia haberse perfeccionado i extendido en proporcion a sus honores. Habia en su exterior, en su estilo, en su palabra rápida que partía sin herir, una rusticidad sensata, una franqueza militar, una autoridad de mando, que le captaban la atencion de las masas, la confianza de las tropas, el terror de los enenigos. Hombre semejante colocado la víspera a la cabeza de 60,000 hombres del ejército de Paris, hubiera imposibilitado o ensangrentado el triunfo del pueblo. Requerido en el momento en que el ministro cedia, su nombre era un contrasentido con las concesiones; las hacia sospechosas por parte del rei, e inaceptables por la del pueblo.

IV.

M. Thiers i M. Guizot, uno saliendo i el otro entrando, se encontraron a la puerta del gabinete del rei. Los dos parecian llamados inútilmente en socorro de un reino gastado igualmente por la politica de ámbos.

M. Thiers se encargó de organizar un ministerio con la condicion de que M. Odilon Barrot, jefe de la oposicion mas antigua i mas liberal, hiciese parte de él. Para volver a sentar el poder monárquico era preciso sacarlo enteramente de su lugar. Solo una revolucion parlamentaria podia reprimir una revolucion popular. El instinto de salvacion exijia esta medida. El rei consintió en ella. El nuevo ministro compreadió ademas que el nombramiento del mariscal Bugeaud como Comandante Jeneral de las tropas, pareceria entónces una provocacion i apasionaria mas el combate. Proyectaba una tregua a fin de negociar con la opinion. Ordenó la suspension de hostilidades para el dia siguiente; redactó una proclama al pueblo. Enviada esta proclama a la policia, fué publicada ántes del amanecer. Tranquilizado por estas medidas de pacificacion que debia considerar eficaces, M. Thiers se retiró. M. Guizot que no habia salido de palacio, volvió a entrar al gabinete del rei; permaneció allí una hora en íntima conversacion con el principe. Se ignora el objeto de esta última entrevista entre el principe i su ministro. Tratóse sin duda de precaver el porvenir mas que de retroceder al pasado. Las voluntades enérgicas se ilusionan, no se arrepienten jamas. El jenio dominante de M. Guizot era la voluntad. Esta voluntad podia quebrarse; pero ¿doblarla? ni la mano de Dios.

V.

Paris parecia en este momento adormecido en el silencio i el cansancio. Habia cesado el toque de rebato. Un ejército mudo concentrado en el corazon de la antigua ciudad al rededor del cuadrilongo Saint Martin, desempedra las calles i amontonaba las piedras, fortificaciones de la campaña del pueblo. En todas partes se levantaban innumerables barricadas; algunos tiros de fusil resonaban de tiempo en tiempo a los primeros albores del dia.

Despiértanse las Tullerías al ruido del tiroteo. La proclamacion

tardía publicada con dificultad en los cuarteles sublevados, ni siquiera había sido firmada. El pueblo la toma por un lazo anónimo que se le tiende para hacerle tropezar i caer en la lucha. En vez de abandonar las armas, las toma; recluta combatientes se une i se agrupa en gabillas aquí i allá en columna de accion. M. Thiers va a las Tullerías a organizar definitivamente su ministerio.

Los principales miembros de la oposicion constitucional adictos a la libertad por principio, i consagrados al trono por reconocimiento, se reunen espontáneamente a algunos jenerales que ofrecen su espada en los peligros del dia. Vése llegar sucesivamente el mariscal Gerard, veterano del imperio, cordialmente adicto a la persona del rei, consejo i amigo en los dias difíciles; el jeneral Lamoricière, revestido del prestigio que su nombre ha conquistado en Africa, i que manda una brigada del ejército de Paris. M. Duvergier de Hauranne, hombre eminente en el parlamento, cuya ambicion es mas bien de inspirar al poder que de manejarlo; M. de Remusat, ministro en la administracion Thiers; M. Cremieux; M. de Lasteyrie, muchos otros miembros de ambas Cámaras. El peligro parece que hiciese correr a las Tullerías a hombres que hacia mucho tiempo no habian atravesado los umbrales: honroso pero impotente esfuerzo para sostener lo que va a caer hecho pedazos. En los salones que preceden al gabinete del rei se celebra un consejo tumultuoso, interrumpido a cada momento por nuevos interlocutores, i cuyas resoluciones se modifican incésantemente a causa de las noticias contradictorias, traídas de afuera, sobre las disposiciones de la capital i los progresos de la insurreccion. El príncipe, fatigado de las inquietudes de la vispera, i de las agitaciones de la noche, descansa algunas horas sin desnudarse en un canapé en medio del murmullo de las conversaciones en las que se discuten su victoria, su derrota o su abdicacion.

VI.

Durante este corto instante de descanso del rei, las horas traian nuevas fuerzas a la insurreccion. Habia corrido i no se apartó en toda la noche de corazon alguno la noticia de una mortandad de pueblo en el boulevard. Las campanas habian esparcido hasta en los arrabales ese espasmo febril que no permite al hombre sueño ni inmovilidad. Todos estaban en pie, ar-

ñados, prontos a resoluciones estremas. Los estudiantes de París, inteligencia del pueblo, que toma naturalmente la discusión de la fuerza ciega de las masas, se agitaban en el interior de las paredes de sus escuelas, forzaban las puertas, salían por grupos de la escuela politécnica, fraternizaban con las bandadas de obreros, se colocaban a su cabeza i descendían cantando la *Marsellesa* i los *Girondinos* de su elevado cuartel al corazón de París. Una inspiración jeneral del alma de un pueblo parecia conducirles a las posiciones militares mas aparentes para embarazar las maniobras de la tropa i dominar la jornada. Cada minuto estrechaba el círculo de hierro i de piedras con que las barricadas cercaban el Palacio i las proximidades de las Tullerías. Hubiérase dicho que las piedras del enlosado de París se levantaban espontáneamente para sepultar el trono. Entre 10 i 11 de la mañana las tropas concentradas en los dos costados del Louvre, en la plaza del palacio Real i en la plaza de la Concordia, oían i contemplaban inmóviles los clamores i los asaltos de la muchedumbre que aumentaba al rededor del palacio de las Tullerías i de los principales palacios del gobierno. La actitud de estas tropas era la de la admiración, del cansancio i la tristeza. El soldado quieto, pierde toda la fuerza del entusiasmo i del arrojo; es mas difícil esperar la muerte que arrostrarla.

La guardia nacional, visiblemente dividida se presentaba en número reducido; trataba por medio de su exortación de pacificar la turba i tomar presos a los insurrectos. Cediendo despues a la presión de la masa, al contagio del ejemplo i a sus propios hábitos de descontento, se formaba para dejar pasar la insurrección. La saludaba animándola con ademanes i gritos de *viva la reforma!* i algunas veces la reforzaba con sus defecciones, la autorizaba con sus uniformes, la armaba con sus bayonetas. El pueblo acababa de apoderarse de la plaza del palacio Real. Este palacio, antigua residencia de la casa de Orleans, era saqueado por los vencedores. El mismo pueblo que tan repetidas veces habia salido de sus umbrales en 1789 como de la cuna de la revolución francesa, i que habia venido en 1830 a buscar allí un rei, volvía a entrar al cabo de medio siglo como la venganza de una funesta popularidad. Los muebles, los cuadros, las estatuas eran destruidas mas por cólera que por pasión de robo. Un batallón de infantería que habia evacuado el palacio i atravesado la plaza bajo el fuego de las ventanas, se habia retirado al puesto del castillo de Eau, lleno ya de guardias municipales heridos.

Una capitulacion les permitió salir al mui poco tiempo. El fuego devoraba este edificio, i dícese que algunos heridos incapaces de movimiento espiraban entre las llamas.

Pasaba todo esto a mui pocos pasos de numerosos destacamentos de tropas inmóviles i como asfixiadas de admiracion a las órdenes de jefes a quienes el rei i su nuevo ministro prohibian combatir.

La plaza del Carroussel i el patio de las Tullerías estaban ocupados por infantería, caballería i artillería. Parecia esperarse con seguridad en el interior del palacio, que la noticia del cambio de ministerio i las concesiones prometidas pacificasen por si solas la sublevacion. M. Odilon Barrot recorria los boulevards rodeado de algunos jefes populares de la guardia nacional. Esperaba que su nombre, su presencia i su advenimiento al poder, serian un signo visible i una prenda suficiente a la opinion de victoria i de concordia. Pero ya la prolongada agitacion del pueblo sublevado en los banquetes de su partido habia despretijado esta honrada i valiente popularidad, que se consagraba al peligro de la dinastia.

M. Barrot, respetado como hombre donde quiera que se presentase, habia sido rechazado como conciliador. Regresaba tristemente a su casa. Se preparaba a tomar en el Ministerio del Interior, cediendo a la exigencia del rei, un poder roto con anticipacion en sus manos. En el mismo instante, un valiente oficial, M. de Prevois, ardiendo en deseos de suspender la efusion de sangre, se precipitaba al esclusivo impulso de su abnegacion, al encuentro de las olas del pueblo armado que desbordaba de la plaza del palacio real para atacar el Carroussel. ¿Qué quereis? les decia: ¿qué exijis para arrojar esas armas fatricidas? El trono hace a la oposicion todas las concesiones que pueden satisfaceros. Quereis la reforma? se os promete. Quereis la dimision de los ministros? ya están separados. ¿Cuáles son, pues, los hombres de vuestra confianza en manos de los que considerais seguras vuestras libertades, i vuestras voluntades satisfechas? El rei acaba de nombrar a M. Thiers. ¿Estais contentos?—No, no, respondia la turba.—Nombrará a M. Barrot?—No, no, esclamaban los combatiemtes. Pero depondriais las armas, replicó el pacificador, si el rei llamase a M. de Lamartine?—Lamartine? Viva Lamartine! prorrumpió la multitud. Sí, sí, es el hombre que necesitamos. Que el rei nos le dé i aun podrá arreglarse todo. El aislamiento de Lamartine en una estrecha Cámara de Diputados,

era la causa de que resplandeciese entónces tanto su popularidad en el espacioso i profundo sentimiento del pueblo.

Pero ni el rei, ni la Cámara, ni la oposicion de M. Thiers, ni la de M. Barrot, ni el partido republicano del *Nacional* o de la *Reforma*, pensaban en presentar a Lamartine al pueblo como ministro, como pacificador o como tribuno. No era el hombre de las Tullerías ni el de los diarios de la oposicion, ni el de los banquetes reformistas, ni el hombre de las conspiraciones contra el trono. Se hallaba débil i aislado, no pasándosele por la imaginacion que la imprevista confianza del pueblo invocaba su nombre en aquel momento. M. de Prevois, escapando de los grupos armados que le rodeaban, volvió con trabajo a contar en las Tullerías a algunos cortesanos lo que acababa de ver i oír; pero habia pasado ya el instante de deliberar acerca de la eleccion de este o de aquel hombre lejano de la Corte. El rei se hallaba obligado a tomar precipitadamente el que tuviese mas a la mano; por otra parte, Lamartine era el último de los hombres a quien el rei hubiese llamado al poder en una hora de agonía. Este principe no amaba a M. de Lamartine; le comprendia todavia menos. Ved los motivos de su desapego.

VII.

La familia materna de M. Lamartine habia estado ligada bajo el antiguo réjimen a la casa de Orleans; habia recibido de ella honores, favores, beneficios. M. de Lamartine habia sido educado con sentimientos de respeto i de reconocimiento a esta rama de la familia real. Jamas habia olvidado los piadosos recuerdos que su madre le habia exijido ácia esta raza. Pero la familia paterna de M. de Lamartine era realista, constitucional, enemiga en consecuencia de las opiniones revolucionarias i de las pretensiones usurpadoras de una corona usurpada en la cabeza del duque de Orleans.

No obstante, al regreso de los Borbones en 1815 el padre de M. de Lamartine se habia presentado al duque de Orleans mas tarde Luis Felipe. Habia solicitado para él las funciones de ayudante de campo del mismo duque de Orleans. Este considerando a M. de Lamartine demasiado jóven, o queriendo con preferencia captarse la afeccion de familias nuevas consagradas al imperio, rehusó el nombramiento. Despues M. de Lamartine habia vuelto a ver de tiempo en tiempo al principe, pero sin mezclarse de modo alguno

en las confidencias ni en las esperanzas del reino que se ajitaban al rededor del sol naciente. Llamado mas tarde a la Cámara, se habia mantenido en una completa independendencia i en una respetuosa reserva respecto al nuevo rei.

Luis Felipe habia deducido sin duda que M. de Lamartine era un enemigo de su casa o una intelijencia politica de limitados alcances que prefiere las quimeras a las utilidades reales del poder. El principe desde esta época, bien que el diputado le rindiase homenaje algunas veces, i le prestase otras servicios en la tribuna, habia hablado siempre de M. de Lamartine como de un iluso cuyas alas no rozaban jamas la tierra, i cuyos ojos no sabian distinguir las sombras de las realidades: las palabras del rei eran tambien las de la clase media. No tolera a ciertos hombres que carezcan de las medianias del vulgo o de los vicios de la época. El nombre de M. de Lamartine era el último que pudieran pronunciar los labios del rei. En él únicamente podia pensar el pueblo; i aun el pueblo repetia su nombre al acaso, como un eco vuelve la palabra que se pronuncia.

VIII.

En el momento en que este nombre resonaba por la primera vez en medio de los tiros de fusil en la plaza del Carroussel i bajo el vestibulo de palacio, M. Guizot que habia permanecido en reserva en una recámara del rei como para expiar hasta el último minuto una vuelta de fortuna de la monarquía, salia en fin furtivamente de las Tullerías huyendo la revolucion encarnizada contra su nombre. Reconocido al salir del postigo del Carroussel, algunos tiros le obligan a retroceder. Penetra como en un asilo en la parte del Louvre ocupada por el Estado Mayor; allí quedó oculto hasta la hora en que las sombras de la noche le permitieron ir a buscar un abrigo mas secreto en casa de una artista, mujer consagrada a la piedad. Pudo contemplar desde las ventanas del Louvre que dan al Carroussel la invasion del pueblo, la defeccion de los guardias nacionales, la inmovilidad de las tropas, la ajitacion impotente de los jenerales, la última revista del rei, la huida a pié de toda su familia i la rápida agonía de esta dinastía, a la que él habia consagrado tantos esfuerzos, tanta voluntad, tanto carácter, i tan ruinosa obstinacion de sacrificios. ¡Qué escena para un hombre de Estado! qué terrible compendio de una vida en una hora! cuántos errores, no habrán sido expiados!

cuántas venganzas satisfechas, i hasta enternecidas por el aniquilamiento de los pensamientos del hombre a sus propios ojos! Justos o falsos, estos pensamientos vienen a parar siempre en las mismas ruinas i en la misma piedad. No queda muchas veces después de poco tiempo a los hombres de Estado lanzados en estas tempestades, mas que la conciencia de haberse engañado de buena fé.

IX.

¿Qué pasaba en el castillo mientras la inundacion de la insurreccion siempre en aumento?

El rei habia dado orden de suspender el fuego i conservar únicamente las posiciones. El mariscal Bugeaud, a caballo ya para combatir, habia echado pié a tierra al anuncio de su revocacion de las funciones de Comandante de Paris. M. Thiers, desarmando de este modo la resistencia, creia haber desarmado la agresion. El duque de Nemours, reiteraba en todas partes la orden de suspender las hostilidades. La duquesa de Orleans se hallaba abandonada en sus departamentos a las ansiedades de su espiritu i a las incertidumbres de su suerte. La reina, cuyo corazon animaba la sangre de Maria Teresa, de Maria Antonieta i de la reina de Nápoles, manifestaba el valor varonil que prescinde de las prudencias de la política. Id, decia al rei, presentaos a las tropas abatidas, a la guardia nacional indecisa, yo saldré al balcon con mis nietos i mis princesas i os veré morir con la dignidad que vuestro nombre, el trono i nuestras desgracias exigen! La fisonomia de esta esposa amada, i de esta madre tanto tiempo feliz, se animaba por primera vez con la enerjia de su doble sentimiento por su marido i por sus hijos. Toda la ternura con que los amaba se concentraba i se apasionaba en la zozobra por su honor. Su vida valia ménos en el corazon de ella. Sus nevados cabellos, contrastando con el fuego de sus miradas i con la agitacion que tenía sus mejillas, imprimian a su rostro no sé qué de trájico i de santo entre la Athalia i la Niobe. Calmábala el rei con palabras de confianza en la experiencia i en la cordura que todavia no le habian burlado una sola vez. A las 11 se creia tan completamente seguro de dominar el movimiento i de reducir la crisis a una modificacion de ministerio aceptada por el pueblo, que bajó con aspecto risueño i en descuidado traje de casa a la sala de comer al almuerzo de familia.

X.

Habia comenzado apénas el almuerzo, cuando se abre la puerta i entran precipadamente dos consejeros íntimos i desinteresados de la corona, designados, segun se dice, por M. Thiers para hacer parte del ministerio. Eran M. de Remusat i M. Duvergier de Hauranne. Rogaron al duque de Montpensier que les escuchase aparte. El príncipe se levanta; hace un signo de seguridad al rei i a la reina i corre ácia los dos negociadores. Pero el rei i la reina, no pudiendo dominar su impaciencia, se levantaron en el mismo momento interrogando con la vista a M. de Remusat. “Señor, dijo éste, es preciso que el rei sepa la verdad: callarla en este instante, fuera hacerse cómplice del acontecimiento. Vuestra seguridad prueba que estais engañado. A trescientos pasos de vuestro palacio los dragones truecan sus sables i los soldados sus fusiles con el pueblo.”—“Es imposible, contestó el rei, retrocediendo admirado.—Un ayudante de campo M. de Lauvepin, dijo respetuosamente a S. M.:—“Lo he visto—”

A estas palabras, toda la familia dejó la mesa. El rei volvió a subir, vistió su uniforme i montó a caballo. Sus dos hijos, el duque de Nemours, el duque de Montpensier, i un grupo de jenerales fieles le acompañaban. Pasó lentamente revista a las tropas i batallones poco numerosos de guardias nacionales que estaban situados en la plaza del Carroussel i en el patio de las Tullerías. La actitud del rei era desanimada; la de las tropas, fria; la de la guardia nacional, indecisa. Algunos gritos de *viva el rei* confundidos con los de *viva la reforma*, salian de las filas. La reina i las princesas de pié en un balcon del palacio, como Maria Antonieta al amanecer del 10 de Agosto, seguian con la vista i con el corazon al rei i a los príncipes. Veian los saludos militares de los soldados ajitando sus sables en el frente de las lineas; oian tambien el eco sordo de palabras que no podian distinguir. Creyeron que se habia reconquistado el entusiasmo i volvieron a entrar en las habitaciones llenos de alegría.

La frialdad del recibimiento no podia engañar al rei; todás las fisonomías se le habian manifestado inquietas u hostiles. Habia oido proferir al pié de su caballo los gritos de *viva la reforma! abajo los ministros*, como el obus de la sublevacion que tronaba hasta en las puertas de su palacio. Volvió a entrar abatido i consternado temiendo tanto provocar la lucha como esperarla; en es-

ta inmovilidad forzada que se apodera de los hombres i que los encierra entre dificultades iguales de ambas partes; situaciones en las que solamente la accion puede salvar al hombre, pero en las que la misma accion es imposible; la desesperacion es el jenio de las circunstancias desesperadas. La desgracia del rei consistió en no desesperar demasiado pronto. Habitado a la felicidad, la constante felicidad de su larga vida burló el último dia de su reino.

XI.

M. Thiers, testigo de esta catástrofe acelerada, esperaba al re para dimitir el poder que se le escapaba ántes de haberle tomado i ejercido. Sentia deslizarse ácia otro nombre la popularidad fujitiva que tuvo el suyo una sola noche. Indicó al rei exclusivamente a M. Barrot; era imposible hacer mas concesiones a la oposicion sin abandonar la monarquia. M. Barrot habia experimentado ya delante del pueblo del boulevard la impotencia i la fragilidad de un nombre. No obstante, se sacrificaba al rei i a la pacificacion sin considerar que iba a prodigar en pocas horas una popularidad de 48 años. Esta consagracion en el instante en que la fortuna volvia el rostro, era una generosidad de carácter i de valor que ensalza a un hombre en la conciencia del porvenir. Materia de burla para los hombres inconstantes del dia, título de estimacion para la posteridad imparcial. M. Barrot, instruido algunos momentos despues por el rei de su nombramiento, no vaciló en marchar a tomar posesion del ministerio del interior, i en apoderarse del roto timon.

En este momento, el consejo del rei en las Tullerías se reducía a su propio consejo. En pocas horas se habian desecho tres ministerios; M. Guizot, M. Molé, M. Thiers. La reina, los príncipes, los diputados, los jenerales, los simples oficiales del ejército i de la guardia nacional se agrupaban al rededor del príncipe; le sitiaban con informes i noticias interrumpidas por informes i noticias contrarias. Las mujeres, pálidas i llorosas; los hijos de la familia real entermecian los corazones, al contemplar la ignorancia i la seguridad marcadas en sus fisonomias. En los gestos, en las actitudes, en la agitacion i en las palabras, todo traicionaba la fluctuacion de ideas i de resolucion que da campo a la desgracia i que desanima la fidelidad. Las puertas i las ventanas de las habitaciones del piso bajo abiertas al patio, permitian a las

guardias nacionales ver i oír esta angustia. Era mui posible que se alterase su disposicion moral.

Convenia echar un velo sobre este desórden de los pensamientos del rei i sobre esta confusion de su familia, a fin de que una desanimacion contagiosa no enmoheciese las bayonetas. Un ciudadano de la guardia nacional que se hallaba de faccion en el perístilo del gabinete del rei, se enterneció a este espectáculo hasta el extremo de saltársele las lágrimas. Hombre de oposicion casi republicana, pero sensible i leal, deseaba el progreso sin aspirar a la ruina. Sobre todo no queria que la causa de la libertad debiese su triunfo al cobarde abandono de un anciano, de unas mujeres i de unos niños por los que estaban encargados de protegerlos. Se acercó a un teniente jeneral que mandaba las tropas:—Jeneral, le dijo en voz baja i con una emocion imperiosa por su acento, haced alejar vuestras tropas fuera del alcance de estas escenas de luto. Es preciso que los soldados no contemplen la agonía de los reyes!—El jeneral comprendió el sentido de estas palabras; hizo retirar los batallones.

XII.

El rei que habia vuelto a subir a su gabinete, escuchaba todavia i alternativamente los consejos de M. Thiers, de M. de Lamoricière, de M. de Remusat, i del duque de Montpensier, su hijo menor, cuando prolongados i numerosos fusilazos sonaron en la extremidad del Carroussel ácia la plaza del Palacio Real. A este estrépito, ábrese la puerta del gabinete, i M. de Girardin se precipita en busca del rei. M. de Girardin, ántes diputado, publicista aun, ménos hombre de oposicion que de ideas, ménos hombre de revolucion que de crisis, se habia lanzado en un acontecimiento en que habia peligro, peripecia, grandeza; pertenecia al escaso número de caractéres que buscan constantemente ocasion para entrar en escena con el acaso, porque están impacientes de su actividad, de su enerjía i de su talento i se creen a la altura de las circunstancias i de las cosas. M. de Girardin no era fanático por el trono ni antipático a la república. No amaba en la política mas que la accion. Ambicioso, superioridad intelectual mas que de situacion, de representacion mas que de poder real, habia corrido espontáneamente sin mas órden que la de su propia impulsión. Su redaccion del diario la *Prensa*, le daba una notoriedad en Europa i una publicidad en Paris que le colocaban con-

tinuamente en diálogo con la opinion: era uno de aquellos hombres que piensan en voz alta en medio de un pueblo i de los que, cada pensamiento es el suceso o la controversia del día. La antigüedad no poseia sino los oradores del *forum*. La prensa periódica ha creado estos oradores del hogar.

M. de Girardin, en palabras ásperas i rápidas, que resumen los minutos, i resuelven las objeciones, dijo al rei con un doloroso respeto, que ya no era del caso la irresolucion acerca de los nombres ministeriales; que el momento arrebatava el trono con los consejos; i que no habia mas que una palabra que correspondiese a la urjencia de la sublevacion: la abdicacion!

El rei se hallaba en uno de estos momentos en que las verdades hieren sin ofender. Cayósele sin embargo de las manos la pluma con que combinaba sobre el papel algunos nombres ministeriales. Quiso discutir. M. de Girardin, apurado como el tiempo, cruel como la evidencia, ni siquiera admitió la discusion. — «Señor, dijo, la abdicacion del rei o la abdicacion de la monarquía; hé ahí el dilema. El tiempo no permite ni un minuto para buscar una tercera solucion al acontecimiento.»

Hablando así, M. de Girardin presentó al rei un proyecto de proclama que acababa de redactar de antemano i de enviar a la imprenta. Esta proclama, concisa como un hecho, no contenia mas que estas cuatro líneas, con las que era preciso impresionar en el momento i en todas partes los ojos del pueblo:

Abdicacion del rei.

Rejencia de la señora Duquesa de Orleans.

Disolucion de la Cámara.

Amnistia jeneral.

El rei vacilaba. Su hijo, el duque de Montpensier, arrastrado sin duda por la expresion enérgica de la fisonomía, accion i palabras de M. de Girardin, instó a su padre, con mas precipitacion talvez que las que el trono, la edad i el infortunio permiten al respeto filial. Presentósele la pluma al rei, se le arrancó el centro por una impaciencia que no aguardó su plena i libre conviccion. La rudeza de la fortuna para con el rei, no debió dejarse conocer en la precipitacion del consejo. Por otra parte, corria la sangre, el trono se resbalaba en ella; hasta las vidas del principe i de su familia estaban comprometidas; puede explicarse todo hasta por la solicitud i por la ternura de los consejeros. La

historia debe siempre elejir la version que humilla i destroza ménos el corazon humano.

XIII.

Al ruido de los tiros de fusil, el mariscal Bugeaud monta a caballo para ir a interponerse entre los combatientes. Millares de voces le gritan que no se presente al público. Se teme que su presencia i su nombre sean una nueva señal de carniceria. Insiste, avanza, arrostra la actitud i las armas de la muchedumbre; vuelve sin haber conseguido mas que hacer admirar su arrojo; se apea del caballo en el patio de las Tullerías; ya se le habia retirado el mando; con él se habia investido al duque de Nemours. El jóven jeneral Lamoricière, cuyo nombre no tiene otro prestigio que el de su valor en Africa, se lanza al galope al través del Carroussel; atraviesa en medio de las balas los puestos avanzados; se presenta enérgicamente a los primeros grupos de combatientes; mientras que los arenga le acribillan a tiros. Su caballo cae; quíebrasele la espada en la caída. El jeneral herido en la mano i bendado en una casa vecina, vuelve a montar a caballo i atraviesa silenciosamente la plaza para venir a anunciar al rei que las tropas se fatigan i que el pueblo es inaccesible a los consejos. En efecto, a los mismos pasos de Lamoricière, el pueblo desborda de la calle de Rohan al Carroussel i parlamenta con los soldados. Los soldados retroceden en desórden i se precipitan en el patio de las Tullerías.

El rei escribe al ruido de la insurreccion que se aumenta estas palabras:—Abdico en favor de mi nieto el Conde de Paris. Deseo que sea mas feliz que yo.

XIV.

El principe no se explicaba acerca de la rejencia. ¿Era por respeto a la lei que habia hecho votar en favor de la rejencia de su hijo el duque de Nemours? era con el objeto de dejar entre el pueblo i los ministros una última concesion que contestar i disputar a fin de ganar tiempo? era para conservar a su casa, aun despues de él, un poder celoso que no habia querido dejar en conformidad con la naturaleza i la verdadera política a la madre del conde de Paris su nieto? Se ignora. M. Thiers habia coadyuvado al pensamiento del rei, pronunciándose con una parte de

la oposicion, contra la rejenca de la señora duquesa de Orleans. M. de Lamartine, habia sostenido enérgicamente el derecho de las madres: «No hai buena política contra la naturaleza, habia exclamado.» Le habia vencido una débil mayoría por la influencia combinada de la corte i de la oposicion adicta a la corte. El momento actual le justificaba tristemente. El duque de Nemours, rejente designado, aunque jóven, valiente, instruido, laborioso, no era amado del pueblo. La naturaleza, al dotarle de intelijencia, de prudencia precoz i del valor de su raza, le habia rehusado la expansion que atrae los corazones. La distancia no era favorable a sus cualidades. No se las veia sino de cerca. No es una falta en un particular i es una desgracia en un principe. Todo lo que se ofrece a la atencion de un pueblo, debe de inspirar prestigio. El duque de Nemours no inspiraba mas que aprecio. Véase en él una continuacion de las virtudes i de los defectos de su padre; al cambiar de rei no se cambiaba de reino. Los pueblos gustan de variar.

La falta del rei i de M. Thiers de haber arrebatado la rejenca a la jóven madre de un rei niño, pesaba fatalmente sobre esta hora última del trono. Luis Felipe i su ministro perecian bajo la imprevision de este acto. Si en vez de arrojar al pueblo esta abdicacion ambigua, que no se explicaba acerca de la rejenca i que permitia a los combatientes vislumbrar al duque de Nemours detras de la abdicacion, M. de Girardin portador de este acto hubiese hecho percibir a la imaginacion i al corazon de la nacion una jóven viuda, i una jóven madre reinando por la gracia i la popularidad en el nombre de su hijo; si esta princesa amada e intacta a todas las recriminaciones, hubiese salido a los patios de palacio i hubiese presentado su hijo a la adopcion del pais, no hai duda que la naturaleza habria triunfado del trono; porque la naturaleza hubiera encontrado un cómplice en el corazon i en la mirada de cada combatiente. Así duermen largo tiempo las faltas de los reyes i de los hombres de Estado para venir a aniquilarlos impensadamente en el momento en que las creen olvidadas.

XV.

Pero la duquesa de Orleans hasta en esta hora suprema estaba retirada con sus hijos en los departamentos de palacio que habitaba. El rei temia la influencia de esta mujer jóven, bella,

grave, cubierta con sus lutos, sin tacha en su conducta, destrurada voluntariamente del mundo a fin de que el brillo involuntario de su lealtad, de su gracia i de su talento no atrajese ácia ella el pensamiento del país i la designase como blanco de los zelos de la corte. La princesa vivia ceñida a su maternidad i a su dolor; sin embargo no podia dejar de entrever las últimas faltas del rei, i de alarmarse pensando en el porvenir de sus hijos. Habia debido tambien sentir dolorosamente la dureza dinástica de la lei de rejencia pedida i votada contra ella i que le arrebatava con la tutela política de su hijo la ocasion de mostrar al mundo las grandes cualidades que la adornaban. Pero esta amargura yacia en su corazon sin que pudiese traspirarse en su exterior. Sus labios no habian prorrumpido jamas en una sola queja; hacia consistir su orgullo en su resignacion, su mérito en su silencio. M. de Lamartine, el defensor de ella desconocido, de sus derechos naturales en la discusion de la lei de rejencia, nunca habia tenido relacion alguna con la princesa; ni siquiera habia recibido un signo de aprobacion o de reconocimiento por el homenaje desinteresado i meramente político que le habia tributado en la tribuna. Se aseguraba que hacia algun tiempo M. Thiers, descontento quizá del partido que habia tomado en favor de la rejencia del duque de Nemours, dirijia sus pensamientos a esta princesa. Es posible que la desafeccion creciente en contra de los principes hubiese hecho reflexionar a este hombre de Estado i que esperase en efecto volver a empapar el sentimiento monárquico en una popularidad de mujer o de niño. No se puede afirmar; mas este pensamiento está bastante indicado por la naturaleza, para que un talento justo lo adopte despues de haberse apartado de él.

M. de Girardin habia sostenido en su diario con grande autoridad de talento i de perseverancia el sistema que M. de Lamartine sostuvo con su palabra en la tribuna. Despues éste habia visto una vez a la señora duquesa de Orleans. Aquellas cortas i raras entrevistas habian producido en él una conviccion fortificada por la admiracion que le inspiraba la princesa. No obstante, jamas palabra alguna de ella, habia revelado una ambicion dolorosa o una amargura oculta. Sus dolores eran puros; no solo de todo complot sino hasta de toda ambicion. Habia manifestado la serenidad i el interes de una madre que se olvida enteramente de si misma entre los recuerdos de su esposo i las esperanzas de su hijo. Con todo, se puede suponer que arrancando

tan precipitadamente al rei esta abdicacion vaga que no entregaba el reino a nadie, M. de Girardin i quizá M. Thiers con él, retrocedian involuntariamente a la rejencia de la jóven viuda, i esperaban oirla proclamar por la voz del pueblo.

XVI.

Esta idea si existía, abortó ántes de nacer. Un error la hizo disipar. La precipitacion natural en semejantes momentos, fué causa de que se olvidasen de poner firma alguna a la proclama de Girardin arrojada a la turba en el Carrousel i en la plaza del Palacio Real. En vano Girardin despreciaba el acero i el fuego para obtener esta tregua. La multitud despues de haber leído, no viendo sancion alguna de las promesas manuscritas de abdicacion, las consideraba como una red i siempre avanzaba. El hijo del almirante Bandin, que habia partido con M. de Girardin para ir a esparcir estas proclamas en la plaza de la Concordia, era rechazado por la misma incredulidad i por los mismos peligros. La impaciencia consumía al rei; le brilló un postrer rayo de esperanza a la entrada de un viejo servidor que habia llegado a ser el amigo del rei, permaneciendo al mismo tiempo amigo del pueblo de Paris. Era el mariscal Gerard, hombre sencillo i antiguo, trasladado de los campos de batalla del imperio a la corte sin haber perdido la memoria de la libertad. Consagrado cordialmente al rei de tiempo atras, no habia perdido ni la independencia ni el calor de sus opiniones. Valiente como un soldado, popular como un tribuno, el mariscal Gerard era seguramente el hombre de la hora suprema. «Id a esas masas, le dijo el rei, i anunciadles mi abdicacion.»

El mariscal, en descuidado traje de paisano, de deslucido color, con sombrero redondo, monta el caballo que el mariscal Bugeaud acababa de dejar en el patio. El jeneral Duchant, brillante oficial del imperio, célebre por su jentileza marcial i por su valor, acompaña al mariscal Gerard: pasan la reja. Son acogidos con los gritos de: «vivan los valientes.» El anciano mariscal, reconoce entre la multitud al coronel Dumoulin, antiguo oficial del emperador, hombre arriesgado, a quien el vértigo del fuego seduce i el movimiento embriaga, le llama por su apellido. «Aquí teneis, le dice, mi querido Dumoulin, la abdicacion del rei i la rejencia de la duquesa de Orleans que llevo al pueblo. Ayudadme a hacerlas aceptar.»

Diciendo estas palabras el mariscal presenta un papel al coronel Dumoulin. Pero el republicano Lagrange, mas listo que Dumoulin, arranca la proclama de mano del jeneral i desaparece sin comunicarla al pueblo. Esta accion arrebató a la dinastia de Orleans la rejencia i el trono. Quizas se hubiera detenido la república en presencia de un nombre de mujer.

(Continuará).

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA ROSSI.

Hai una magia en tu cantar, Teresa,
Que deliciosamente me embelesa.
¿Jimes? traspasa el alma tu jemido:
¿Lloras? me arranca lágrimas tu llanto.
No sé decir si alegre o dolorido
Tiene en mi pecho mas poder tu canto.
Cuando injenua aldeana
Te burlas del amor i de la vana
Charla que hechizos vende
I avasallar la voluntad pretende,
Que tú sola lo tienes imagino
El elixir que busca Nemorino.
Si amorosa Lucia,
Víctima triste de ambicion impia,
Te exhalas en acentos moribundos;
O si, Julieta, arrodillada invocas
La paternal piedad, ¡oh cómo tocas
Del corazon los pliegues mas profundos!
¿A qué diré de tí, sensible Amina?
Yo tambien al oírte, en vago sueño
Me pierdo, i un fantástico diseño
De ilusion peregrina
Me arroba, i de mí misma me enajena....
¿Pero qué alegre música resuena?
¿Quién es la que cantando se engalana?
¿Cómo tu voz me hechiza i me trasporta,

Elvira, encantadora puritana!
Vezzosa te llamaste? Quedas corta;
Llámate de las almas soberana;
Oyéndote, diviso
Solitario encantado paraiso,
Donde ninfa celeste al aura envia
Cánticos de inocencia i de alegría.
Mas no pienses que solo con prestadas
Formas, Teresa, agradas,
Ni que hablo solo a la admirable artista
Que los afectos con su voz conquista:
Hablo a la amiga; i declararle quiero
El cariño sincero
De una alma fiel. ¡Jamás con pena alguna
Acibare tus dichas la fortuna!
Donde quiera que mores
A manos llenas sobre ti las flores
De la felicidad derrame el cielo!
I si talvez pisando extraño suelo,
O atravesando dilatados mares
De Chile te acordares,
I a mi memoria un breve instante dieres,
Una amable sonrisa
Te merezcan los rudos caractéres
Que traza en estas pájinas tu Luisa!

A. Pello;

DANTE.

(Traducción del alemán de Luis Uhland.)

¿Era puerta de Florencia
O puerta del cielo aquella
Por do salió una mañana
Tropa tan alegre i bella?

Niñas de flores ornadas,
Cual los ángeles, graciosas,
Fueron a bailar festivas
En el valle de las Rosas.

Bajo de un laurel estaba,
De edad de nueve años, Dante,
Quien en la mas bella niña
Su ángel conoció al instante.

¿El laurel no susurrara
Sacudido por el viento?

¿No vibró el alma de Dante
Del amor al dulce aliento?

Si! desde entónces la fuente
Para él del canto brotó;
I en sonetos i canciones
Su amor pronto resonó.

Cuando alma niña crecida
La ve otra vez tiempo breve,
Se alza entónces su poesía
Como árbol que flores llueve.

Por la puerta de Florencia
Salieron nuevas hileras,
Mas lentas, tristes i al son
De cántigas lastimeras.

Bajo la negra mortaja

De blanca cruz adornada,
Va Beatriz, por la muerte
Flor mui temprano segada.

Estaba en su cuarto Dante
Solo i lleno de tristeza,
Oyó los lejanos dobles
I cubrióse la cabeza.

Baja al bosque mas sombrío
El noble cantor en tanto
I como lejano doble
Sonó de entónces su canto.

Pero al mas salvaje yermo
A do iba todo angustiado,
De su bella amada muerta
Vino a verle un enviado,

Que fiel le muestra del Tártaro
El mas escondido seno,
Donde al mirar a los réprobos
Calló su dolor terreno.

Pronto hace que a luz eterna
Por entre nieblas le siga
I del Eden en la puerta
Salió a encontrarle su amiga.

Mas i mas cruzan del cielo
Las delicias i arreboles;
Ella, sin cegar, mirando
Al sol de todos los soles;

Él, con los ojos clavados
De su amiga en la faz tierna,
Que le da transfigurada
Reflejo de luz eterna.

Despues en su poesia
Divina todo revive
Con tan hondos rasgos, como
Los que el rayo en roca escribe,

Con razon este cantor
Es como divino honrado
Dante cuyo amor terreno
En célico se ha cambiado

A UN JUNCO.

¿Por qué d^í, bella flor, inclinas triste
Hacia la tierra tu angustiada frente
I no te alzas al soplo del ambiente
Ni de aromas la brisa te reviste?

Quizá ese síno, pobre flor, quisiste,
O quizás en tu caliz inocente
Hai un veneno que te oprime ardiente
I eterno¿hasta matarte en él existe?

Pero no: ya comprendo. Tus dolores
Son de amor, pobre flor descolorida,
I por eso has perdido tus primores.

La esperanza miraste desprendida
Del árbol celestial de los amores,
I el amargo pesar roe tu vida!!

GUILLERMO MATA.

CRÓNICA.

SANTIAGO, JUNIO 22 DE 1850.

Interior.—Cuando nosotros repetiamos al partido conservador los nombres de Benavente, Montt i Aldunate, para que hiciese de ellos lo que creyese conveniente segun su rumbo politico; cuando esto haciamos en vista del porvenir del pais sin la inspiracion de un partido, club u hombre alguno; allá en la sombra i por motivos bien diversos aparecia tambien el nombre del jeneral Freire como un nuevo candidato de la oposicion. Esta pobre desgraciada, que teme aun de sus amigos, ha gritado hasta enloquecerse pretendiendo que el ministerio habia alimentado este áspid para envenenarla. Sus clubs i la prensa han duplicado sus fuerzas i ya gritan contra los pelucones, ya contra los pipiolos. En su terror pánico no hai nada de que no recelen i visten como los chinos grandes trajes i espantosas armaduras para infundir miedo a los ministeriales, verdaderos ingleses en la refriega. ¿Por qué no deja la oposicion esos temores? ¿A quién pretende asustar con sus fantasmas? ¿Piden de buena fé una revolucion? ¿Sabeis lo que es una revolucion? ¿Hai por otra parte tanto odio, tanta enerjia en vuestras almas para osar tal empresa? Sois revolucionarios poco temibles a la verdad; con gritos i con un poco de agua barrosa en lugar de sangre, no se hacen revolu-

ciones, ni se fabrican jefes de un momento a otro el día de la lucha, ni se mata nadie por el deseo de pelear o parecer valiente. Dejad esas niñerías, porque es seguro que no podeis tomar la espada por el puño, ni esperar con sangre fría la punta que os amenaza.

Pero nosotros no hemos querido imponer una candidatura ántes de que la opinion pública se manifieste. ¿No podrían hacerlo mil con los nombres de Pinto, Cruz, Tocornal, hijo, i aun de Irrázaval, etc.? Es cierto que la oposicion sola proclama de un lado a Errázuriz i de otro a Montt. ¿Se puede interpretar así el silencio de este último cuando ha dicho:—“Yo diré mi nombre i mis servicios al país i recorreré las provincias pidiendo un voto a mis conciudadanos el día en que me seduzca ese destino.»

Un hombre célebre por sus escritos aun mas que por la espada; un coronel que tiene la dicha de haber sido amigo de todos i de todos enemigo; un militar antiguo que si ha podido dejar enmohecer su espada no ha hecho igual cosa con su lengua i su pluma, el coronel Godoi, en fin, arrepentido quizás, ha vuelto al partido pipiolo, al partido que reconoce por jefe al jeneral Freire. ¿Qué tiene de extraño este proceder? ¿qué nos importa esta alianza que representa mas que la de Vial i Errázuriz? ¿No ha dicho ese coronel en su cinismo: “puesto que el gobierno tiene al señor Garrido i la oposicion al señor Garfias, ¿por qué los pipiolos puros no han de admitirme?”

El jeneral Freire por sus hechos, por su fortuna i sus desgracias es el jefe popular de la oposicion. Un día, como quien descuelga una heroica armadura, se le antoja a un hombre o a un club mostrar al país este resto glorioso, hablar al pueblo de sus campañas i prometer una esperanza a todo viejo soldado. No sabemos si el jeneral Freire pueda resistir a la lucha, si será tan afortunado en el triunfo presidencial como lo fué en Lircái i en Chiloé. ¿Pero la oposicion no ganaria con su nombre? no obraria lójicamente representando hasta las venganzas de su partido? La oposicion cuenta con él para un caso estremo; le deja a un lado como una espada sin filo, mientras no teme, mientras se figura escamotar una presidencia con intrigas; pero dispuesta a llamarlo con frenesí el día en que la anarquía se desate, el día en que la revolucion que se figuran arda en todas partes, el día, en fin, en que muertos de miedo, sin poder saber qué medios tomar, qué jefes elejir, qué refujios preparar, pidan a gritos la salvacion.

Cualesquiera que sean los errores del jeneral Freire, nosotros respetaremos siempre su gloria de soldado. ¿Pero es justo que al separarse de un partido que le reniega permita mancillar su nombre guardándose como un instrumento de destruccion, como un último e indigno recurso para el día en que una faccion le pida su nombre, su espada, su persona?

El jeneral Freire debe guardar en el retiro su gloria i su desgracia. Retírese en buena hora de las facciones, no de su país; gastado para la ambicion, deje su nombre a la historia, sus últimos años a la vejez digna del soldado, a la paz. Es innoble el proceder de un partido sin union, que deslustra con su mano las armas resplandecientes con que la República ganó sus victorias. ¿Es propio del soldado que ha arriesgado su vida en las guerras nacionales i civiles, en las conspiraciones i el destierro, ceder a esa intriga cobarde de un partido? Los pipiolos le han dejado solo; bien, justo es que no les recuerde el jeneral cuando aquellos le llamen.

Todos se admirarán de la conducta de la oposicion respecto a las ideas que proclama. Se dice revolucionaria i elije al señor Errázuriz, que jamas lo ha sido; se dice demócrata i olvida al jeneral Freire que ha sido elevado por las victorias; se dice amiga de la libertad i encadena la prensa; se llama partidaria de la igualdad i establece el censo para el voto, funda el privilejio electoral; en una palabra, restringe toda libertad i aristocratiza el derecho electoral, única base de la verdadera República. ¿De dónde vienen estas contradicciones? ¿Hai tanta estupidez en ese partido que no sabe cómo formular una idea, precisar un pensamiento, abrir un horizonte despejado a su ambicion, dar un fin a sus miras?—Es que no hai cohesion en ese partido, que, como los dioses de la India, es una multitud de miembros, un enjambre de brazos que la voluntad no dirige.

¿Qué direccion pueden dar los señores Errázuriz, Vial, Garfias, Lastarria i Eizaguirre? ¿Qué inspiracion les ha invitado a unirse? ¿Qué concierto puede nacer de estos instrumentos?—Es imposible extraer una idea de este pensamiento político; imposible dar una alma a este cuerpo diforme, embrion mas bien. ¿Hai alguien que divise una cabeza en esta mezclanza de hombres? No le queda de la cabeza sino las orejas, única señal de cosa humana en ese cuerpo mutilado.

Se ha hablado tambien del advenimiento del señor Mujica al ministerio de justicia. Ignoramos el poder que adquiriera el mi-

nisterio de Abril con este nombramiento, en un tiempo en que dominan cuestiones políticas solamente i sobre todo la de la candidatura presidencial, mui delicada i que no debe arriesgarse atolondradamente. Mucho vale el señor Mujica como jurisconsulto i poco popular es como hombre de Estado. Los partidos deben saber que en las actuales circunstancias, con un presidente que desea concluir sin violencias ni intrigas, nada pueden ganar con medidas anárquicas. La amenaza está de mas en la oposicion i el golpe de Estado es un contrasentido de parte del ejecutivo. Es preciso no exajerar los peligros ni embriagarse con el poder; la serenidad es una de las principales cualidades de un hombre público, asi como la paciencia es la virtud mas comun en el pueblo chileno. La oposicion tiene muchas necesidades, la ambicion i el temor la engañan fácilmente, por eso es impaciente, desconfiada, anarquista. Pero el poder en una República debe ser estoico mas bien, sin abandonar por eso la República al acaso; debe pensar i obrar al mismo tiempo; es el único modo de obrar con justicia: la fuerza o el miedo no deben turbar su espíritu, cuando el patriotismo es el alma de los que sirven al pais.

Ademas del proyecto del señor Lastarria sobre la declaracion de puertos francos para Chiloé i Valdivia, hai tambien en la Cámara de Diputados el del señor Infante sobre dotacion de párrocos i el del señor Gárfias sobre guardia nacional. Estos tres nombres en estos proyectos harto liberales, parecen tres langostas en un campo florido. Los examinaremos a un tiempo a pesar de no pertenecerles ninguno de los pensamientos.

El señor Infante es una rama conocida de aquel famoso Infante que tiene mucho de romano en su carácter, pero que sabia bien poco, aunque mas que su sobrino. Ahi teneis a ese sobrino de su tío, menos correjido aunque mas aumentado en su última edicion, con pretensiones de orador i mas de destructor. Es el *Atila* de la oposicion; para él nada valen Estanco, diezmo etc. etc. es contrario a todo impuesto i quisiera destruir de un solo golpe toda especie de contribucion. Sin embargo, ácia los párrocos tiene su pequeña inclinacion, mucho mas que la que les tiene su amigo Errázuris, algo ignoranton, a pesar de no haber sido cura, como dice injénuamente. Para nosotros la cuestion es "si debe dotar el fisco los párrocos como propone el señor Infante, o si hai otro mejor que haga mas independientes a los curas del ministerio sin faltar a su sustento."

¿Debe una parroquia pagar su cura de almas? La municipalidad

o el vecindario que recibe los beneficios inmediatamente deben pagar esta pensión. Cualquiera dependencia del párroco respecto al gobierno, es perjudicial a la política i a la religión. Un párroco asalariado así, es un funcionario público; su nombramiento o destitución se someterá a la política; tendrá que tener una opinión; será jefe de club a veces, agente o enemigo de la administración; i en vez de ser el amigo de los vecinos será el enemigo encubierto con piel de oveja en el rebaño que se le ha encomendado.

El gobierno no debe contribuir a los gastos locales sino a falta de fondos en las municipalidades. Recargarlo con mas gastos, es complicar los intereses, darle mas autoridad inútil, es atrazar sus municipalidades, es vincular su dependencia hasta el extremo de que el gobierno les nombre sus confesores para inocular una religión oficial. ¿De qué sirve abolir el estanco, esta armada de agentes electorales, si se instituyen los párrocos asalariados por el ministerio? Distribuidores de la fe, dueños de las conciencias a que no llega el Estado, los párrocos no pueden sin humillarse, sin degradarse, unir su misión divina a su misión oficial. Por la misma razón que la influencia del párroco es mas verdadera, mas íntima, mas reconocida, debe temerse mucho la parte que el gobierno puede tomar en sus miras. ¿Puede un ministerio, desprendiéndose de la política hasta el extremo de no imponer sus opiniones que cree buenas, nombrar ese u otro párroco sin atender a sus propias opiniones? ¿Sería además justo el nombramiento de un párroco que rechaza las ideas administrativas de un ministro inteligente?—Ningun ministro lo haría atendiendo a su dignidad; todo funcionario debe ser buscado según sus ideas, si no quiere pasar por un estúpido i un hombre sin inteligencia ni patriotismo.

La dotación de los párrocos por el gobierno es un ataque directo a la libertad, es una profanación del acto a que está destinado el párroco; perjudica a la moral poniendo en lucha dos poderes contradictorios i dando un ancho campo a los abusos sin afianzar por eso ni al ministerio que siguen o traicionan, ni a la religión que ensalzan o desprestigian, según el orden o la santidad de los hombres que la adoran. No ignoramos el lado liberal del proyecto del Sr. Infante en la necesidad de emancipar los bautismos, los matrimonios i los entierros de los derechos del cura. La dominación exclusiva del párroco en estos actos civiles es una antigualla que en los tiempos feudales en que la Iglesia era al

mismo tiempo gobierno, era una excelente cosa; era además una necesidad, porque los gobiernos militares de aquellos tiempos estaban asociados para las guerras, i el interes comun o la importancia de la moral i la ciencia se dejaba a los eclesiasticos, únicos hombres de paz en aquella guerra universal de razas i de civilizaciones. Las sociedades modernas se han arreglado hoi dia de otro modo: de un lado la Iglesia, del otro el Estado. Es tiempo pues de que el gobierno lleve la cuenta corriente de la poblacion, para calcular sus fuerzas, para extender la moralidad i proveer a la miseria i al vicio. La santidad de estos actos civiles pertenece a la iglesia. ¿Es justo una recompensa por ella? ¿Los apóstoles la exijieron alguna vez cuando las poblaciones se arrojaban a su voz? No queremos por eso hacer vivir a los curas con puras oraciones; la abstraccion es una sustancia que solo sirve para las cabezas vacias. Querémos, cuando se intenta reformar, hacer una cosa mejor: quítese el carácter politico a la dotacion i se habrá satisfecho al Estado, a la relijion i al estómago de los párrocos.

La municipalidad puede encontrar fondos en la imposicion de coches, criados, puertas i ventanas, caballos, perros, etc. Puede tambien inventar otros medios; hágase interesar al párroco en su parroquia, ponga su dependencia en favor del vecindario, hágase su nombramiento por la municipalidad o por todos los vecinos si se quiere ejercitar el derecho electoral, i vecinos i párrocos quedarán contentos; el uno será el guardian i el otro el rebaño: habrá un pastor con sus ovejas i no un pastor oficial con mas o ménos carneros por feligreses.

Otra vez nos ocuparémos del proyecto del Sr. Garfias, hombre extraordinario, silencioso, como esas aguas estancadas cuyos bordes ahuyentan las aves i en cuyo seno si hai pez alguno, es algo de misterioso i siniestro, una especie de leviathan. Esta vez sin embargo ha llegado a sus riberas una cosa interesante. El Sr. Garfias va adelantando mucho; único opositor, es cierto, de buena fe, lo que prueba que es mejor para diputado opositor que para ajente de elecciones o juez de contrabando.

El presidente Lira cada vez simpatiza mas con la barra; se le ve silencioso oyendo sin turbarse los silvidos o aplausos de esa tropa de aplaudidores pagados. Los diputados de ambos partidos comienzan a disgustarse de su debilidad i de su paciencia en medio de ese desórden i ultraje. No le sucede así cuando un diputado de color contrario habla mas o ménos enerjicamente;

entónces ájita la campanilla con prontitud; entónces se sonrie en su poder. I si como le ha sucedido con el diputado del Huasco, álguien le insulta como hombre, entónces coaoce su error i palidece. Pero como semejante escena habrá muchas si ambos partidos, por dignidad a los pueblos que los elijieron, no se apresuran a nombrar otro presidente mas capaz de conducir el debate, mas imparcial para con los diputados i mas enéjrico para sofocar esos infames *mueras* que suelen resonar en las sesiones. ¿Es una caverna de bandidos ese recinto? ¿Se pueden escuchar sin rubor esos gritos de muerte, en otro lugar que en la guillotina? ¿Es el matadero público que envía sus hombres a la Cámara? i son estos los intérpretes de la conciencia política de un partido?—Es infame esa profanacion i mas infame la tolerancia—Da verguenza pintar tales escenas; búrlense, si quieren, silven, atruenen la Sala; pero no hagan rodar palabras de venganza i exterminio, si no se quiere hacernos asistir al centro de las conspiraciones o a las sangrientas cuevas de los bandidos. ¿Es civilizacion tal recrudescencia? ¿Es una amenaza tal vocingleria infamante? ¿A qué dar de la concurrencia una idea tan humillante, tan odiosa, tan inútil? ¿Por parecer bárbaros i fuertes? por parecer justos, instruidos o tenaces en sus venganzas? ¡extraña pretension!

Se nos asegura tambien que el diputado Gonzalez se propone interpelar al Ministerio. Le deseamos buena elocucion i bastante sangre fria en sus futuros discursos. El orador Lastarria está ya mui gastado, i el señor Sanfuentes apénas podrá con los dramas i romances que han hecho de su cabeza un peloton de lana difícil de hilar con la rueca del discurso.

OPERA.

¡Qué triste carrera es la del artista lírico cuando al presentarse a la escena lleno de zozobras i de esperanzas, palpitando de emoción a cada soplo del público no recoge un aplauso i se retira frío, desalentado, dudando de su arte i maldiciendo su fortuna! Si este artista es una mujer, mayor es su infortunio; el público que paga es el advenedizo mas insolente; juez prevenido siempre, dispuesto a probar su gusto con una injusticia o a ser intolerante para manifestar su independencia con las monedas insignificantes que ha dado a la entrada. Cuando una hermosa cantarina dominando esa multitud ansiosa de emociones, se ajita como una harpa eolía en el espacio i lanza sus notas apasionadas como el eco de un instrumento invisible, se ven en su persona, en su fisonomía las vibraciones de su alma; su voz se hace trizas de dolor, todo su ser se conmueve i se deshace en armonía. Entónces para el público, aquel ser es una cosa anjélica i se siente arrebatado de entusiasmo, o sumido en el sueño del deleite bajo la impresión fantástica de mil delicias. Lluven entónces las coronas, la cantarina se estremece de placer atormentada deleitosamente por el arte i el aplauso, i en su delirio febril quizás no sabe qué elegir entre ese placer inquieto i abrasador del arte i el frío recibimiento de un público gastado. ¡Qué de noches horribles para una que se consigue inquietamente deleitable! Todas las semanas ventos salir a la escena esas musas de la armonía para divertir la multitud caprichosa, avara de aplausos, ingrata en demasía. Dentro de poco tiempo aquella mujer que llenaba de entusiasmo a los concurrentes por un mezquino aplauso, deja de aparecer en las tablas, se retira mas o menos consolada i muere en el olvido como un ins-

trumento roto relegado en algun rincon. Esa vida consagrada al público; esa voz gastada en interpretar los ecos mas desconocidos del alma melodiosa; esa hermosura de formas al servicio de la mas ideal de las artes; todo se olvida. La ingratitud es el único recuerdo del público insaciable de placer. Colmad siquiera de aplausos, mientras dura el astro, a vuestra favorita. Solo el presente existe para los cantores; su gloria se compone de esas sutiles exhalaciones de la voz que mueren al salir de los labios. ¿Quién podrá recordar la música que estos han derramado? ¿Quién percibirá ese perfume de melodias una vez cerradas las rosas de los labios? ¿Qué corazon volverá a estremecerse, perdido ya aquel acento arrancado del alma misma de la cantarina. . . .?

Todas estas consideraciones melancólicas se nos vienen a las mientes las noches que asistimos a la ópera. Siempre esa escasa muchedumbre sin corazon i sin manos, parecida a un hombre enbozado en su capa hasta las orejas; siempre de parte de los cantores un entusiasmo frenético por su arte i esfuerzos increíbles rara vez aplaudidos. El público i los artistas parecen desalentados; un frio glacial entumece todos sus miembros; i la inmensa lámpara con su círculo de fuego parece ser el único viviente. — No se puede decir que falta novedad en los espectáculos. Ayer no mas se daba *Nabucodonosor* con sus hermosos coros i esas armonias orijinales i nuevas de Verdi que nos hacen recordar la Alemania, el pais de la harmonia.

Tambien hemos oido con gusto al autor de *Luisa Strozzi*, Sanelli, opera graciosa, nueva en sus motivos i vaciada un poco en el molde de Verdi i Mayerbeer. Esta nueva faz de la música italiana, este prurito de instrumentacion tomado de los alemanes, no sienta mucho a los músicos meridionales de la Italia, poetas epicureos hasta en esas rejiones impalpables. Pero era preciso llegar a ese último escalon; los italianos son adoradores de lo bello como lo comprendia Rafael en sus puros diseños. Los alemanes han hecho dobles esfuerzos i han querido hacer servir la música para todo; carácter, situacion, pasion, sentimientos, todo puede tocarse, todo puede expresarse por medio de notas musicales. ¿Se podrá conseguir? La precision fuera de ciertos sentimientos jamás podrá obtenerse en la música. Los alemanes han querido *trancher du Miguel Anjel* sin tener los recursos de los colores, las líneas i las sombras. Pero tambien podian pretenderlo por ese grado de ciencia musical a que han llegado; ciencia que no se ejercita en Italia, donde apenas se ven duos i tríos. ¿En qué ciu-

dad de Alemania no se oyen magníficos cuartetos i quintetos?— Es preciso confesar tambien que en Paris hace mui pocos años que ha logrado hacerse oír la música de Beethoven, i en jeneral la verdadera música alemana. ¡Tanta estrañeza les causaba esa vaguedad de frases musicales, esa profundidad a veces i esa traduccion imitativa de cosas i sentimientos nunca ensayados!

La música de Verdi jamas tendrá su efecto natural sin una rica orquesta. ¿Quién no ha sentido su falta en el *Atila*, esta esplendorosa vejetacion de armonias, sobre todo en el momento en que pinta el dia levantándose sobre la creacion con un *crescendo* de variados cantos?

El beneficio de la señora Pantanelli, en que han brillado a la par la señora Rossi i los señores Bastogi, Lanza i Zambaiti, no ha sido de los mas concurridos; pero la funcion ha correspondido a las esperanzas: nunca se encuentra inferior, cualquiera que sea su papel, a la señora Pantanelli; lo mismo diremos del señor Lanza. Algo podriamos indicar sobre ciertas pequeñeces, pero ellas no pueden hacernos olvidar jamas el canto apasionado de la señora Pantanelli, las graciosas notas de la Rossi, sobre todo en el *Elixir*, composicion que ella ha hecho expresamente suya, i la fácil ejecucion del señor Lanza en su admirable papel de *Dulcamara*.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

XVII.

Sin embargo, el rei que habia prometido abdicar a M. de Girardin, a su hijo i a los ministros que le rodeaban aterrizados, no habia acabado todavia de escribir formalmente su abdicacion; parecia que esperaba otro consejo mas conforme con sus hábitos de ganar tiempo i de disputar aun con la necesidad. En poco estuvo que una circunstancia justificase su lentitud i volviese a sentar en el trono a él i a su dinastia. El mariscal Bugeaud, atravesando nuevamente a galope el patio de las Tullerias al volver de un nuevo reconocimiento, se precipitó de su caballo i entró casi por fuerza al gabinete lleno de desórden, de ministros

póstumos i de consejeros de hecho que rodeaban al monarca. Se abrió paso por entre los grupos hasta el lugar que ocupaba el rei.

Retrocedamos una noche i veamos cuál habia sido hasta entónces la parte de accion del mariscal Bugeaud.

El mariscal Bugeaud, como se ha visto anteriormente, habia tenido algunos instantes el mando jeneral de la guardia nacional i de las tropas. A las dos de la mañana, se le habia entregado su nombramiento. Habia montado inmediatamente a caballo i se habia trasladado al estado mayor a fin de combinar su plan i dar sus órdenes de batalla. El estado mayor estaba vacío. Jenerales, oficiales i soldados, todos reposaban de las fatigas de los dos días precedentes, durmiendo envueltos en sus capotes en la plaza, en los entresuelos i en las azoteas del inmenso Louvre. El mariscal habia perdido excesivo tiempo antes de haber podido llamar a su lado algunos jenerales i algunos oficiales de estado mayor, i de haber conseguido imponerse del número i de la colocacion de las tropas que se hallaban bajo sus órdenes. El número de las tropas, que se creia constaba por lo ménos de 50,000 hombres, no se elevaba a mas de 33,000 hombres activos; restando el número de soldados destinados a guarnecer los fuertes, los cuarteles, i los que por otras cualesquiera causas se hallan fuera de servicio, no se contaba sino con cerca de 23,000 combatientes de todas armas; tropas suficientes contra masas desparramadas i confusas a quienes la disciplina no da solidez alguna i que se disipan de la misma manera que se forman. Pero tropas gastadas ya por 48 horas de estacion en el barro, ateridas por el frio, extenuadas por el hambre, fatigadas por la duda, inciertas sobre el partido a quien pertenecia el derecho, vergonzosas de desertar al rei, consternadas de hacer la guerra al pueblo, observando para guiarse por su actitud a la guardia nacional que tambien fluctuaba entre los dos ejércitos.

El mariscal, con su instinto militar, maduro por la reflexion e ilustrado por la experiencia del manejo de tropas, sabia que la inmovilidad es la derrota moral de los ejércitos. Habia cambiado en el instante el plan o el acaso seguido hasta entónces. Llamó a si a los dos jenerales que mandaban estos cuerpos: era el uno Tiburcio Sebastiani, hermano del mariscal de este nombre; oficial decidido i de sangre fria. El otro era el jeneral Bédau que habia hecho su carrera en Africa, i cuyo nombre estaba ya acostumbrado al respeto de sus compañeros de armas en

Paris. Les habia mandado formar dos columnas de 3,500 hombres cada una i avanzar al corazon de Paris, la una por las calles que costean i vienen a parar en el Hôtel de Ville; la otra por las calles mas próximas a los malecones. Ambas columnas tenían artilleria. Los jenerales debian destruir avanzando todas las barricadas que encontrasen a su paso; borrar estas fortalezas de la insurreccion, barrer las masas i concentrarse en el Hôtel de Ville, posicion decisiva de la jornada. El jeneral Lamoricière debia mandar la reserva como de 9,000 hombres al rededor del palacio.

El rei i M. Thiers habian llamado ya i nombrado a Lamoricière, como una celebridad nueva i jóven, impaciente de hacerse distinguir ántes de la llegada del mariscal al estado mayor. Entre este jóven jeneral i el mariscal habian mediado grandes desavenencias en Africa. La cooperacion del jefe i del teniente, podia tener colisiones i peligros si uno i otro no hubiesen antepuesto a su resentimiento su consagracion al rei. Lo habian hecho con una cordialidad militar digna de ámbos. El mariscal viendo a Lamoricière en el grupo de oficiales jenerales que se hallaban a sus órdenes, habia avanzado ácia él i tendidole la mano: «Creo, le habia dicho, mi querido teniente, que hemos dejado en Africa nuestras diferencias, i que aquí no tenemos mas que nuestro mútuo aprecio i nuestra consagracion a nuestros deberes de soldados.» Lamoricière, digno de comprender semejantes palabras, se conmovió hasta el punto de saltársele las lágrimas. Las lágrimas del soldado no son mas que valor. Lamoricière enternecido hasta el corazon, lo habia dado todo a las inspiraciones del mariscal. Al rayar el dia habian partido ya las dos columnas; de instantes en instantes, oficiales de estado mayor, disfrazados de paisanos o de artesanos, traian noticias i comunicaban sus progresos al jeneral en jefe. Estas columnas no encontraron punto de resistencia hasta la entrada del Hôtel de Ville. Dispersaban la multitud que les hacia calle a los gritos de «viva el ejército! viva la reforma!» Atravesaban sin obstáculo los principios de las barricadas borradas bajo sus plantas. Nuevas masas de pueblo armado pero inofensivo, les hacian frente en todas las grandes desembocaduras de las calles; sin pretexto para combatirlos, los dos jenerales no se atrevian a dispararlas a la bayoneta o a cañonazos.

Permaneciendo así las tropas i el pueblo se establecian los diálogos, circulaban las falsas noticias, el instinto de paz que

trabaja los corazones entre ciudadanos de una misma patria, de un mismo pensamiento; el horror de la sangre derramada inútilmente en el Hôtel de Ville mientras que en las Tullerías se habían reconciliado ya por medio de las combinaciones políticas o de una abdicación, paralizaban las órdenes en los pechos de los jenerales, las armas en las manos de los soldados. El mariscal, obligado por las órdenes reiteradas del rei, habia enviado a sus tenientes la orden de retroceder. El jeneral Bedeau, habia hecho replegar los batallones. Dicese que algunos soldados daban vueltas a sus fusiles, como signo de desarme fraternal en presencia de la poblacion. Este regreso al traves de Paris, tenia el aspecto de una defeccion o de una vanguardia de la revolucion marchando ácia las Tullerías. Estas tropas, vencidas ya por este paso, habian vuelto, intactas, es verdad, pero impotentes para recuperar sus posiciones en la plaza de la Concordia, en los Campos Eliseos i en la calle de Rívoli. El ejército frances humillado, deja de ser un ejército. La amargura de esta retirada laceraba su corazon; esta amargura todavia la conserva.

XIX.

Forzado el mariscal a la inmovilidad por obediencia al rei i a los ministros, habia esperado atacar con su persona i su palabra las masas que trataban de entrar en el Carroussel. Dos veces, como hemos visto, habia marchado a caballo a la presencia de ellas, i acojido ambas con los gritos de «viva el vencedor de Isly,» habia llegado a persuadirles que esperasen el resultado de la deliberacion de los ministros. Una sola vez, insultado en la calle Transnonai, con el nombre de asesino del pueblo, habia penetrado hasta el vociferador, alzado la injuria, probado que habia permanecido extraño a los enconos cometidos en estos dias siniestros, i habia reconquistado el respeto i la popularidad de las masas.

Lamoricière, a su vez, se habia precipitado solo a caballo, en las olas alteradas de estas muchedumbres, las habia arengado i habia vuelto vencido, pero honrado por sus esfuerzos de pacificacion. Durante estas escenas del Carroussel, los insurrectos, hallando desembarazados el boulevard i la calle de la Magdalena, se acumulaban hasta la embocadura de la plaza de la Concordia, incendiaban los cuerpos de guardia que circundan los campos Eliseos, hacian fuego a los puestos i asesinaban a los guar-

días municipales odiosos al pueblo, porque eran la represion visible de todos los desórdenes i de todos los alborotos de Paris. Estos infelices soldados, iban a expirar al hierro de sus asesinos en los puestos i en el palacio del ministerio de la marina. Sus gritos de angustia clamaban por defensores i vengadores. Los batallones i los escuadrones estacionaban a mui corta distancia. Los oficiales i los soldados provocaban la órden de marchar contra los asesinos; los jefes, encadenados por la consigna, vacilaban en rechazar los agresores, i se limitaban a salvar la vida de los guardias municipales abrigándolos con sus sables. Tanto temian os ministros dar con la resistencia un pretexto a la convulsion jeneral de Paris. Pero esta sangre impune no la extinguió; no hizo mas que atizarla; consternó a la vez la victoria i la derrota.

Eran las once: en este momento habia venido a anunciar a mariscal repetidas veces que el rei le habia quitado el mando i que el mariscal Gerard mandaba en su lugar. Habia cedido impacientemente a estas órdenes i habia corrido en busca del rei para representarle el peligro de abdicar en una derrota. Al entrar en las Tullerías le habian anunciado la abdicacion; se habia precipitado, como hemos dicho, en el gabinete; se hallaba al lado del rei.

XX.

El principe sentado delante de una mesa, tenia la pluma en la mano i escribia pausadamente su abdicacion, con un cuidado i una simetria de caligrafo, que parecia trasladar al papel la majestad de la real maa. Los ministros de la vispera, de la noche i del dia, los cortesanos, los consejeros officiosos, los principes, las princesas, los infantes, llenaban la habitacion de jente, de confusiones, de diálogos, de cuchicheos, i de grupos ajitados. En los rostros estaba pintada la expresion del terror que precipita las resoluciones i quiebra los caractéres. Era una de aquellas horas supremas en que los corazones se revelan en su desnudez, en que la máscara del rango, del titulo, de la dignidad, cae de los rostros i deja ver la naturaleza muchas veces degradada por el miedo. Oíase de léjos, al traves de los rumores de la habitacion, los tiros que resonaban ya en la extremidad del patio del Louvre. Una bala silba perceptiblemente en el acostumbrado oido del mariscal. El mariscal no dice a los que le rodean el siniestro significado de este ruido. El palacio de los reyes podia llegar a ser un

campo de batalla. En su concepto era el momento de combatir i no de capitular.

«¿Cómo, señor! dijo el rei, ¿se atreven a aconsejaros que abdi-queis en medio de un combate? ¿Ignoran pues, que es aconsejaros mas que la ruina la deshonra? La (abdicacion en la calma i en la libertad de la deliberacion, es algunas veces la salud de un imperio i la prudencia de un rei. La abdicacion bajo los fuegos, se asemeja siempre a una debilidad; i ademas, añadió, esta debilidad que vuestros enemigos traducirian como cobardía seria inútil en este momento. El combate está empeñado; no hai medio alguno de anunciar esta abdicacion a las masas numerosas que se levantan, i cuya impulsión no podría detener una palabra arrojada desde los puestos avanzados. Restablezcamos primero el órden i deliberemos despues.»

«I bien, dijo el rei levantándose a estas palabras, estrechando con sus manos trémulas las manos del mariscal. Vos, vos me prohibis que abdique!—Sí, señor, contestó con una respetuosa enerjia el valiente soldado. Me atrevo a aconsejaros que no ce-
dais al ménos en este momento a un consejo que no salvará nada i que puede perderlo todo.»

El rei pareció radiante de alegría viendo su sentimiento participado i autorizado por la palabra firme i marcial de su jeneral.

«Mariscal, le dijo con ternura i en un tono casi de súplica, perdonadme por haber quebrado en vuestras manos vuestra espada, quitándoos el mando para dárselo a Gerard, era mas popular que vos! Señor, replicó el mariscal Bugeaud, salve él a V. M. i no le envidia nada de vuestra confianza.» El rei no se acercaba ya a la mesa, i parecía renunciar a la idea de la abdicacion; los grupos de sus consejeros se mostraron consternados; unos cifraban su salvacion en esta idea, otros la del trono; algunos quizás la satisfaccion de ambiciones secretas. Todos veian por lo ménos una de aquellas soluciones que imponen a las crisis la diversion de un momento, i que alivian el espíritu del peso de largas incertidumbres.

El duque de Montpensier, hijo del rei, que parecia aun mas dominado que los demas por la impaciencia de un desenlace, se aproximó mas a su padre, le abrumó con instancias i ademanes casi imperiosos para obligarle a volverse a sentar i a firmar. Esta actitud, estas palabras, se grabaron en la memoria de los asistentes como una de las mas dolorosas impresiones de esta escena. La reina sola en este tumulto i en este torbellino de consejos

timidos, conservó la grandeza, la sangre fria i la resolucion de su rango de esposa, madre i reina. Despues de haber combatido con el mariscal el pensamiento de una abdicacion precipitada, cedió a la presion de la muchedumbre. Se retiró al alfeizar de una ventana, desde donde contemplaba al rei con la indignacion en los labios i con los ojos anegados en lágrimas.

El rei entregó su abdicacion a sus ministros, fué a unirse con la reina a la entrada del salon. Ya no era rei, pero nadie tenia autoridad legal para apoderarse del reinado. El pueblo no marchaba ya al combate contra el rei sino contra el trono; en una palabra, era demasiado temprano o demasiado tarde.

Antes de separarse el mariscal Bugeaud, hizo todavia al rei esa respetuosa observacion. «Lo sé, mariscal, contestó el príncipe, pero no quiero que corra la sangre mas tiempo a causa mia.» El rei era personalmente valiente; no era pues esta palabra un pretexto con que disfrazaba su fuga ni una cobardía. Esta palabra debe consolar el destierro i enternecer la historia. Lo que Dios aprueba, los hombres no deben afrentarlo.

XXI.

Quitóse el rei su uniforme i placas, puso su espada sobre la mesa, vistió un sencillo frac negro, i dió el brazo a la reina para abandonar el palacio al nuevo reinado.

El silencio de este último momento fué turbado solamente por los sollozos ahogados de los espectadores. El príncipe sin prestigio resplandeciente como rei, era amado como hombre. Su anciana experiencia confortaba los ánimos; su atenta familiaridad cautivaba los corazones. Su vejez, abandonada una sola vez de la fortuna, atraía la piedad. Una supersticion politica inspiraba horror a la vista de este último fujitivo del trono; creíase ver alejarse con él la prudencia del imperio. La reina, suspendida a su brazo, se manifestaba orgullosa de caer con el esposo i con el rei que habia sido i que quedaba en la tierra sin trono i sin patria. Esta pareja de ancianos inseparables en la felicidad i en el destierro, enternecía mas contemplando sus blancos cabellos, que la pareja de jóvenes soberanos entrando en el palacio de su poder i de su porvenir. La esperanza i la felicidad son un resplandor; la ancianidad i el infortunio son dos majestades: una deslumbra, las otras enternecen. Los mismos republicanos hubieran llorado tras los pasos de este padre i de esta madre arrojados del hogar

en que creían dejar sus hijos. Besábanles las manos, tocaban sus trajes; intrépidos soldados que una hora despues iban a servir a la república como el almirante Baudin i Lamoricière, regaban con lágrimas las huellas del rei. Dicese que la reina al recibir sus despedidas no pudo contener un reproche a M. Thiers, cuya oposicion indirecta al rei habia herido profundamente su corazon de mujer. «Oh! caballero, no mereciais un rei tan bondadoso. Redúcese su venganza a huir ante sus enemigos.»

El antiguo ministro de una dinastia que efectivamente habia afirmado i estremecido, respetó el dolor de una mujer i de una madre; ahogó toda réplica en su corazon i se inclinó solemnemente. ¿Dejaron estas palabras a los presentes el remordimiento de una oposicion excesivamente personal a la corona, o a la piedad al considerar la ceguedad de las cortes? Solo su silencio lo sabe.

XXII.

En el momento de pasar el umbral de su gabinete, el rei, volviéndose a la duquesa de Orleans, que se levantaba para seguirle, le dijo: Quedaos, Elena! La princesa se arrojó a sus pies conjurándole a que la llevase con él. Olvidaba el trono para no pensar mas que en el padre de su marido. Ya no era princesa, era madre; todo fue en vano.

M. Cremieux, diputado activo i elocuente de la oposicion, habia volado a palacio para aconsejar en las últimas crisis i para interponerse entra la guerra civil i la corona. A estas palabras se precipitó ácia el rei, i tomándole su brazo: «Señor, le dijo con un tono de interrogacion que exige una respuesta, ¿no es verdad que se sobreentiende que la rejencia pertenece a la señora duquesa de Orleans?»

«No, respondió el rei, la lei da la rejencia a mi hijo el duque de Nemours; no me toca a mi cambiar una lei; la nacion hará a este respecto lo que convenga a su voluntad i salud;» i continuó su camino dejando a sus espaldas un problema.

La rejencia decretada a su hijo, habia sido una de las inquietudes de su reinado. Le humillaba dejar tras sí la administracion de algunos años a una mujer extranjera a su raza. Quizá tambien su prevision remota le hacia temer que la diferencia de relijion existente entre la duquesa i la nacion presajiasse turbulencias al Estado i aversion a su nieto. El rei, pensador por naturaleza, habia pasado ademas veinte años de soledad, de destierro i de re-

flexion sobre el porvenir. La prudencia era su jenio i su defecto al mismo tiempo. Puede decirse con verdad que tres excesos de prudencia dinástica, fueron las tres causas principales de su pérdida. Las fortificaciones de Paris, que amenazaron remotamente la libertad; el matrimonio del duque de Montpensier en España, presajio de guerra de sucesion por un interes dinástico; finalmente, la rejenia dada al duque de Nemours, que arrebató a la causa de la monarquía en aquel momento la inocencia de una jóven i el interes que inspira un niño; infalibles prestijios para el pueblo.

XXIII.

La duquesa, de rodillas ante el rei, permaneció largo tiempo en esta actitud. Se habian mandado buscar carruajes de la Corte; el populacho los habia incendiado al atravesar la plaza del Carroussel. Una descarga de los insurrectos habia matado al picador que iba a buscarlos. Fue preciso renunciar a este medio de partida.

El rei salió por la puerta de un subterráneo que comunica de sus habitaciones al jardin de las Tullerías. Atravesó a pié el mismo jardin que Luis XVI, Maria Antonieta i sus hijos habian atravesado en la aurora del 40 de Agosto, refugiándose en la Asamblea nacional, camino del cadalso o del destierro que los reyes no hacen jamas dos veces.

La reina consolaba al rei con algunas palabras pronunciadas en voz baja. Un grupo de servidores fieles, de oficiales, de mujeres i de niños, seguia en silencio. Dos carruajes pequeños de alquiler, tomados al acaso por un oficial disfrazado en las calles en que estaban situados para el servicio del público, se habian apostado a la salida de las Tullerías al extremo del terraplen. Las fuerzas sobre excitadas por la larga crisis habian desfallecido al aire libre en los nervios de la reina. Sollozaba, vacilaba, tropezaba al último paso; fue preciso que el rei la suspendiese en sus brazos para montarla en el carruaje; subió despues de ella. La duquesa de Nemours, gracia i belleza de la corte, subió llorosa con sus hijos al segundo carruaje, buscando con ojos inquietos a su marido que habia quedado expuesto a las dificultades i a los peligros de su deber. Un escuadron de coraceros cubrió los dos coches; partieron al galope por el malecon de Passy. A la extremidad de los campos Eliseos, algunos tiros saludaron desde lejos

el acompañamiento i a la vista del rei inutilizaron dos caballos de la escolta; la fuga era ácia Saint-Cloud.

XXIV.

El duque de Nemours habia quedado al lado de la duquesa de Orleans, mas cuidadoso de la suerte de esta princesa i de sus sobrinos, confiados a su prudencia, que de su propia ambicion. Este principe impopular, se hizo solo por su desinteres i su valor, digno de popularidad. El Carroussel i los patios quedaban ya sin defensores. Forzado el palacio, podia ser el sepulcro de la duquesa de Orleans i de sus hijos. El duque de Nemours era responsable en adelante de todas estas vidas i de la sangre del pueblo. Bajo el peristilo del pabellon del reloj, se le presentaron algunos parlamentarios, le intimaron que retirase las tropas i entregase el palacio a la guardia nacional. Este principe, convencido de que el pueblo armado i vencedor, como milicia civica podia únicamente imponer respeto al pueblo insurrecto, dió la orden. Las tropas se retiraron silenciosamente i se replegaron por el jardín. El duque de Nemours permaneció el último a fin de proteger la partida de la duquesa de Orleans.

Miéntas que de este modo las tropas evacuaban el palacio, un corto número de oficiales i consejeros, los unos consagrados a la dinastía, los otros a la persona, algunos exclusivamente al infortunio de una mujer, deliberaban en torno de la duquesa de Orleans i de sus hijos. Hacia se notar allí el jeneral Gourgaud amigo del emperador, su compañero voluntario de destierro en Santa Elena, acostumbrado a la desgracia i a la fidelidad; un hijo del mariscal Ney, M. de Elchingen, M. de Mont-Guyon, Villaumez i M. de Bois-Millon. Tres cañonazos hicieron estremecer los cristales de la habitacion; la duquesa lanzó un grito. Era la artillería en retirada que hacia fuego al pueblo que desembocaba del malecon al Carroussel. La princesa mandó al jeneral Gourgaud suspender el fuego; los artilleros apagaron sus mechas en signo de paz. El jeneral Gourgaud regresó. Le seguia M. Dupin.

M. Dupin, ménos jurista que lejislador, presidente largo tiempo de la Cámara de diputados, orador eminente, tradicion viva del espíritu de resistencia i de libertad legal en la monarquía, que habia caracterizado en otro tiempo los Harlay, los Molé, los l'Hôpital, demócrata de costumbres i de traje, realista por sentimiento, habia sido desde 1815 el consejo doméstico i el amigo

ya rudo, ya cariñoso del duque de Orleans hecho rei. La austeridad de su palabra, la aspereza de sus sarcasmos, habian disculpado a los ojos del pais las condescendencias de su adhesion personal a la familia real. Se vengaba en los ministros de la corona de sus facilidades con el rei. Su independencian en el parlamento le reconquistaba su popularidad comprometida por la corte. Sábio, elocuente, hábil, oráculo de la majistratura, inflexible en su tono, cediendo a las revoluciones, temido de los débiles, considerado de los fuertes, igual a los acontecimientos, M. Dupin era una de las grandes autoridades de la opinion. Por el punto que pasaba muchos le seguian. Se presentó a la hora decisiva en que la revolucion buscaba un estandarte; le tomó naturalmente en esta mujer i en este niño; ninguna mano era mas propia para tenerlo i hacerlo adoptar. Viólo entrar la duquesa como un augurio de fuerza i de paz. «Ah! caballero, qué venis a decirme, exclamó?» — «Vengo a decirlos, señora, contestó M. Dupin, con el acento de una triste pero sólida esperanza, que quizá os está reservado el papel de una segunda Maria Teresa.» — «Guíadme, replicó la princesa; mi vida es de la Francia i de mis hijos.» — «Pues bien, señora, partamos; no tenemos un instante que perder; vamos a la Cámara de Diputados.»

Era en efecto el único partido que se ofrecia a la duquesa. La rejencia perdida en las calles, podia volver a encontrarse en la Cámara de Diputados, si la Cámara de Diputados, desacreditada ante la nacion por su espíritu de corte, hubiese conservado bastante ascendiente para detener la monarquia en su caida. La presencia de una mujer, las gracias i la inocencia de un niño, eran mas seductoras que todos los discursos. La elocuencia en accion es la piedad. El manto sangriento de César tendido en la tribuna es ménos seductor que una lágrima de mujer jóven i bella, presentando un hijo huérfano a los representantes de un pueblo sensible.

El duque de Nemours, despues de haber recibido el adios de su padre i cubierto su marcha con su persona, entró miéntras que el último batallon de las tropas del Carroussel desfilaba por el jardin i por el malecon.

XXV.

Púsose en marcha la duquesa. Conducía de la mano a su hijo mayor el conde de Paris; un ayudante de campo llevaba en sus brazos al otro hijo suyo el duque de Chartres. El duque de Nemours, pronto a todo sacrificio a fin de salvar a su cuñada i el trono de su pupilo, caminaba a un lado de la princesa. Al otro lado conversaba con ella M. Dupin. Algunos oficiales de la casa seguían silenciosos. Reduciáse la escolta de esta rejencia a un ayuda de cámara llamado Hubert, adicto a los niños. Este reinado no tenía que recorrer ántes de hundirse con el trono sino el espacio que media entre el jardín de los reyes i el palacio de la representacion.

Hallábase apénas la princesa a dos tercios del jardín, cuando una columna de republicanos que combatía desde la vispera, aumentándose i acercándose siempre, entraba a pesar de las tropas en el palacio, inundaba los salones, borraba las huellas del trono, proclamaba la república, arrebatava el estandarte que servía de dosel al trono, i haciendo solamente un corto alto en el palacio, se volvía a formar inmediatamente para marchar a la Cámara de Diputados en pos de la rejencia. Era la columna mandada por el capitan Dunoyer que se multiplicó en este día.

LIBRO CUARTO.

I.

Remontemos por algunos instantes la corriente rápida de los sucesos, i narremos lo que pasaba simultáneamente en la Cámara de Diputados.

Ajeno Lamartine a toda especie de conjuración contra la monarquía, se había dormido la víspera consternado por la sangre derramada en el boulevard, pero firmemente convencido que la noche que había dado treguas a la lucha, i que el día que iba a declarar nuevas concesiones del trono, pacificarían el movimiento. Sin partido en la Cámara, sin cómplice en la calle, detenido a causa de una indisposición, no pensaba salir de su inacción. 'Qué importaba su presencia en la asamblea para oír únicamente los nombres i el programa ordinario de un nuevo ministerio? Los acontecimientos pasaban en escena superior a la suya; llegaría a saberlos como el público, con indiferencia o con alegría, según que pareciesen servir o perjudicar la causa desinteresada que abrigaba en su corazón.

Algunos de sus colegas venían a cada momento a referirle los accidentes de los dos días. Ninguno de ellos preveía una catástrofe final de la dinastía; limitábase a conjeturas sobre los nombres i proyectos de los ministros que la prolongada sedición había exigido al rei.

Sin embargo a las diez i media un amigo suyo vino a anunciar-

le que se temia una invasion del pueblo en la Cámara de Diputados. A esta noticia se levantó Lamartine, aunque daba bien poco crédito a semejante impotencia de 50000 hombres de ejército que se creian concentrados en Paris; pero el peligro que se podia preveer corriesen sus colegas, le imponia el deber de participarlo. La popularidad de aprecio de que gozaba en la Cámara i fuera de ella, podia hacer su presencia útil i su intervencion protectora tratándose de la vida de ciudadanos o de diputados. La cuestion politica le parecia terminada por el momento. Salió por un instinto de honor no por un fin politico. Creia que la crisis estaba resuelta. «El día de ayer, dijo al tiempo de salir, « ha sido un 20 de junio; un trono desarmado que capitula bajo los fuegos, deja de ser un trono. El 10 de agosto avanza « pero todavia está léjos.»

Fue solo a pié a la Cámara de Diputados. Una atmósfera nebulosa i sombría, rota de vez en cuando por un rayo de sol de invierno, semejava la fortuna del dia; era indeciso i tempestuoso; las calles estaban desiertas; algunos puestos avanzados de infantería con el barro a la rodilla, i algunos jinetes envueltos en sus blancos capotes, con las riendas en los cuellos tendidos de sus caballos, ocupaban en reducido número las cercanias de la Cámara. Le dejaron pasar.

Al atravesar la plaza del palacio de la Asamblea oyó el rodar de un carruaje i los gritos de «viva Barrot, viva la reforma» le hicieron volver la cabeza: se detuvo. Una calesa de alquiler, dislocada i llena de barro, tirada con trabajo por dos caballos fatigados del peso, pasó por delante de él; reconoció en el asiento al lado del cochero, a M. Pagnerre, presidente de la junta de la oposicion de Paris. Detras del carruaje, dos o tres ciudadanos bien vestidos, ajitaban sus sombreros i pañuelos i hacian señales a los transeuntes de que todo estaba ya sosegado. Un pequeño grupo de pueblo, compuesto principalmente de jóvenes i muchachos, seguia las ruedas lanzando gritos de alegria. En el fondo del carruaje el rostro cabiloso i pálido de M. Odilon Barrot atestiguaba la ajitacion de sus pensamientos i el insomnio de la noche; se trasladaba valientemente a su lugar en el ministerio del interior, incierto si le seguia la pacificacion o la sublevacion de la muchedumbre. Sabia la fuga del rei i la toma del palacio; pero proseguia su deber sin mirar a su espalda. Hora semejante rescata hartas vacilaciones. El corazon de este jefe de la oposicion no participó jamas de las ondulaciones de su espiri-

tu, i se dice que las ondulaciones de su espíritu nunca fueron mas que los escrúpulos de su conciencia.

II.

Lamartine miró, compadeció en su corazon i siguió.

Bajo la bóveda de un peristilo de la Cámara de Diputados, dos jenerales a caballo espada en mano, el rostro animado por la agitacion, los uniformes manchados de barro, acababan de encontrarse i hablaban en alta voz estrechándose la mano. Era el uno el jeneral de caballería Perrot; el otro desconocido;—«I bien, « jeneral, decia uno de los oficiales a su colega; qué noticias? — « Nada grave, respondió el jeneral Perrot; los grupos en la plaza de la Concordia son escasos i ceden al menor movimiento « de mis escuadrones; por otra parte, las mejores tropas de Europa no podrian forzar el puente.»—Cuando el jeneral hablaba así, ignoraba aun la partida del rei, la retirada de las tropas del Carroussel, la inmovilidad de los jenerales que mandaban al otro lado del rio i la ocupacion del palacio. Los acontecimientos se adelantaban a las horas.

Tranquilizado Lamartine acerca de la suerte de la Cámara por las palabras que al ir a ella llegaron a sus oidos, atravesó el patio i entró en el palacio.

Siete u ocho personas le esperaban bajo el vestibulo; eran en su mayor parte periodistas de la oposicion i algunos hombres activos marcados desde 1830 por las opiniones republicanas correspondientes a las del diario el *Nacional*. Jamas habia tenido M. de Lamartine relaciones con este periódico; la injusticia de sus redactores con respecto a él, parecia muchas veces una inflexible hostilidad; el *Nacional* pintaba a Lamartine como un orador ambicioso, alagando la oposicion por hacerse popular, pero dispuesto a sacrificar esta popularidad a la corte por obtener algun poder. Mas amenudo cubria de flores al orador para borrar con mas facilidad al hombre politico; desperdiciaba pocas ocasiones de unir como correctivo al elojio exajerado del talento el desden de la idea. Relegaba con afectacion al diputado entre los poetas que Platón arrojaba de la República. Lamartine por su parte desconfiaba de la oposicion estrepitosa de este diario; creia vislumbrar al traves de este énfasis de cólera contra el trono, ciertas contemplaciones, tal vez ciertas complicidades de intelijencia con el partido parlamentario de M. Thiers. Se engañaba sin duda; pero

una oposicion aliada de este modo, le parecia tan fatal a la monarquía constitucional como a la república, gustaba de que las cuestiones se presentasen con claridad. En la prensa como en la Cámara le repugnaba la ambigüedad de las coaliciones parlamentarias.

En cuanto a los periodistas de la *Reforma*, Lamartine no los conocia sino por las designaciones i los disfraces que este diario mas franco en su tono, pero excesivo i acerbo en sus opiniones hacia de sus discursos. Solo habia tenido ocasion de ver cinco o seis veces a su colega de la Cámara M. Ledru-Rollin, que era el inspirador i el hombre político de este periódico. Estas relaciones extrañas a la politica, no le habian aproximado a punto alguno del espíritu de la *Reforma*; habia rehusado asociarse a los banquetes de Dijon i de Chalons, presididos por M. Ledru-Rollin i por M. Flocon. Habia vituperado enérgicamente en el periódico de su departamento, los signos nefastos, las apelaciones póstumas, las palabras acerbadas de estos banquetes; no habia alabado en el partido de la *Reforma* sino la franqueza de la oposicion i el talento. Habia roto de antemano con las doctrinas.

III.

El grupo de republicanos que rodeó a Lamartine a su entrada en los pasadizos de la Cámara, le pidió una entrevista secreta i urgente en un salon separado del palacio. M. de Lamartine los condujo a él. Cerraron la puerta; a la mayor parte de estos hombres no los conocia mas que de vista.

Uno de ellos tomó la palabra a nombre de todos. «El momento urge, dijo: los sucesos están suspendidos por un objeto desconocido; somos republicanos; nuestras convicciones, nuestras ideas, nuestras vidas están consagradas a la república. No negáremos esta causa comun al pueblo i a nosotros en el instante en que nuestros amigos derraman su sangre por ella desde hace tres días. Será siempre el alma de nuestras almas, el fin supremo de nuestras esperanzas, la tendencia obstinada de nuestros actos i de nuestros escritos; en una palabra, jamás la abandonaremos; pero podemos emplazarla i suspenderla en presencia de intereses superiores en nuestro concepto a la república misma; los intereses de la patria. Se halla la Francia en sazón para esta forma de gobierno? La aceptaria sin resistencia? Cederia sin violencia? En una palabra, no hai mayor

« peligro quizá en lanzarla mañana en la plenitud de sus institu-
 « ciones que en detenerla en el umbral mostrándoselas de léjos
 « i haciéndoselas desear con mas pasion? Ved el estado de nues-
 « tros espíritus; ved nuestros escrúpulos; resolvámoslos. Noso-
 « tros no os conocemos, no os lisonjamos; pero os apreciamos.
 « El pueblo invoca vuestro nombre. Confia en vos; sois a nues-
 « tros ojos el hombre de la circunstancia. Se dirá lo que digais.
 « Se hará lo que queráis. El reino de Luis Felipe ha concluido;
 « es imposible reconciliacion alguna entre él i nosotros. ¿Pero
 « una continuacion de trono temporal en el nombre de un niño,
 « en la mano débil de una mujer, i bajo la direccion de un mi-
 « nistro popular, mandatario del pueblo, amado de los republi-
 « canos, puede cerrar la crisis e iniciar la nacion a la república
 « con el nombre vano de monarquia? Quereis ser el ministro, el
 « tutor del trono moribundo i de la libertad naciente, gover-
 « nando esta mujer, este niño, este pueblo? El partido republi-
 « cano se os liga auténticamente por medio de nuestras voces.
 « Estamos prontos a comprometernos formalmente, a elevaros al
 « poder por medio de la mano en adelante invencible de la re-
 « volucion que brama a estas puertas; a sosteneros en él, a per-
 « petuaros con nuestros votos, nuestros diarios, nuestras socie-
 « dades secretas, nuestras fuerzas disciplinadas en el fondo del
 « pueblo. Vuestra causa será la nuestra. Ministro de una rejen-
 « cia para la Francia i para Europa, sereis para nosotros el mi-
 « nistro de la verdadera república.»

IV.

El orador conmovido i concienzudo, calló. Sus colegas asintie-
 ron con su silencio i con sus acciones a estas palabras. Lamar-
 tine les pidió un instante de reflexion para pesar en su espíritu
 una resolucion i una responsabilidad tan terribles. Puso sus dos
 codos sobre la mesa, cubrió su frente con sus manos, invocó
 mentalmente las inspiraciones del único que no engaña: reflexio-
 nado casi sin respirar cinco o seis minutos. Los republicanos
 habian permanecido de pié enfrente de él i agrupados al rede-
 dor de la mesa. Lamartine apartó en fin sus manos, levantó su
 cabeza i les dijo:

« Señores: nuestras situaciones, nuestros antecedentes son bien
 « diversos, i nuestros papeles en este momento bien extraños;
 « sois antiguos republicanos a todo trance; yo, yo no soi repu-

« blicano de esta raza, i sin embargo soi yo quien en este mo-
 « mento va a ser mas republicano que vosotros. Entendámonos.
 « Considero como vosotros el gobierno republicano; es decir, el
 « gobierno de los pueblos por su propia razon i por su propia
 « voluntad, como el solo objeto i el único fin de las grandes ci-
 « vilizaciones; como el solo instrumento del advenimiento de
 « las grandes verdades jenerales que un pueblo quiere inaugu-
 « rar en sus leyes; los otros gobiernos son telas, confesiones
 « de la eterna minoria de los pueblos, de las imperfecciones an-
 « te la filosofía, humillaciones ante la historia; pero yo no tengo
 « impaciencia alguna de hombre que quiere marchar mas rápi-
 « damente que las ideas, ningun fanatismo absoluto por esta o
 « aquella forma de gobierno: todo lo que quiero es que las for-
 « mas progresen i que se mantengan siempre, no adelante ni
 « atras de la cabeza de la columna del pueblo, sino a la altura
 « precisa de las ideas i de los instintos de una época. No soi
 « pues como vosotros republicano absoluto, pero soi político.
 « Pues bien! como político creo deber rehusar en este momento
 « el concurso que quereis ofrecerme para emplazar la república
 « si ha de florecer dentro de una hora. Como político, os decla-
 « ro que yo no conspiro; no destruyo; que yo no deseo la ruina
 « del reino, pero que si el reinado se hunde por si mismo, no in-
 « tentaré levantarlo, i que yo no entraré sino en un movimiento
 « completo; es decir, en la República!

Hubo un momento de silencio; el asombro, una especie de es-
 tupo mezclado de duda, se pintó en los rostros; Lamartine con-
 tinuó:

« Voi a deciros por qué. En las grandes crisis, necesarias son a
 « la sociedad grandes fuerzas. Si el gobierno del rei se hunde
 « hoí, vamos a entrar en una de esas crisis mas grandes por las
 « que haya debido jamás pasar un pueblo ántes de hallar otra
 « forma definitiva de gobierno. El reinado de 18 años de un hom-
 « bre solo en nombre de una sola clase de ciudadanos, ha acu-
 « mulado olas de ideas, de impaciencias revolucionarias, de ren-
 « cores i de resentimientos en la nacion, que exigirán un nuevo
 « reinado de satisfacciones imposibles. La reforma indefinida que
 « triunfa hoí en la calle, no podrá definirse, limitarse sin volver
 « a lanzar inmediatamente en la agresion todas las clases del
 « pueblo que fueren arrojadas del ejercicio de la soberania. Re-
 « publicanos, lejitimistas, socialistas, comunistas, terroristas,
 « a quienes separa el objeto, los unirán la ira para destruir la

« débil barrera que un gobierno de tregua intentaría en vano
 « oponerles. La Cámara de los Pares participa de los odios del
 « pueblo a la Corte. La Cámara de Diputados ha perdido toda
 « autoridad moral por la doble accion de la corrupcion que la
 « desacreditaba i de la prensa que la despopulariza. Los electo-
 « res no son mas que una simple oligarquia en el Estado. El
 « ejército se halla desconcertado i teme cometer un parricidio
 « volviendo sus armas contra los ciudadanos. La guardia nacio-
 « nal, fuerza imparcial, ha tomado partido por la oposicion. El
 « inveterado respeto al rei está violado en los corazones por su
 « obstinacion i su derrota. ¿Con qué fuerza rodearais mañana es-
 « te trono restablecido para hacer sentar en él un niño? La re-
 « forma? pero la reforma no es mas que una bandera que cubre
 « la república. ¿El sufragio universal? es un enigma i encierra un
 « misterio. Con una palabra, con un ademán, se tragará este
 « resto de monarquía, este fantasma de oposicion, estas sombras
 « de ministros que habrán creído dominarlo. Su segunda pala-
 « bra podrá ser monarquía o imperio; su primera será repúbli-
 « ca. No habreis hecho mas que prepararle una presa real que
 « devorar. ¿Quién sostendrá la rejencia? Será la grande propiedad?
 « Pertenece cordialmente a Enrique V: La rejencia para ella no
 « será mas que un campo de batalla que la conduzca a la lejiti-
 « midad. Será la propiedad media? Es personal i traficante; una
 « minoría ajitada, un reinado en sedicion permanente arruinará
 « sus intereses i la obligará a pedir en el momento un estado
 « definitivo en la república. ¿Será en fin el pueblo? Es vencedor,
 « está armado, triunfante en todas partes; se halla agujijoneado
 « desde hace 15 años por doctrinas que se apoderarán de la oca-
 « sion para lanzar su victoria sobre el trono hasta el trastorno
 « de la misma sociedad.

« La rejencia será la *Fronde* del pueblo. La fronda con el ele-
 « mento popular comunista i socialista de mas: la sociedad de-
 « fendida solamente por un gobierno de corto número bajo una
 « forma de administracion que no será ni monarquía ni repúbli-
 « ca, será atacada sin defensa hasta en sus fundamentos. El pue-
 « blo, tranquilizado quizá esta tarde por la proclama de la re-
 « jencia, volverá mañana al asalto a fin de arrancar otra nove-
 « dad. Cada una de estas manifestaciones irresistibles obtendrá
 « i conseguirá una semi-concesion, un postrer pedazo de poder,
 « el pueblo será lanzado a esta via por republicanos mas implaca-
 « bles que vosotros. No habreis dejado del trono sino lo suficien-

« te para irritar la libertad, no lo bastante para contenerla. Es-
 « te trono será el blanco permanente de las oposiciones, de las
 « sediciones, de las agresiones de la muchedumbre. Marchareis
 « del 20 de junio al 10 de agosto hasta los días siniestros de se-
 « tiembre. Hoi, se exigirá a este débil poder el cadalso en el in-
 « terior; mañana, la guerra en el exterior. Nada podrá rehusar,
 « o será violentado. Cebariais el pueblo en la sangre. Fatalidad
 « i deshounra a la revolucion si se mancha en ella. Caeriais en el
 « 95 de la miseria, del fanatismo i del socialismo. La guerra ci-
 « vil encarnizada por el hombre i por la pasion de la propiedad,
 « esta pesadilla de los utopistas, llegará a ser la realidad mo-
 « mentánea de la patria. Por haber querido detener una mujer
 « i un niño en la pendiente de un destronamiento pacifico, ha-
 « reis rodar la Francia, la propiedad, la familia en uu abismo de
 « anarquía i de sangre.»

(Continuará).

LOS MAYORAZGOS.

Entro a ocuparme de una de las cuestiones mas espinosas de la época presente, mas ingratas, mas desgraciadamente desnaturalizadas por el espíritu de controversia —La cuestion de la existencia de los mayorazgos.

No es por consiguiente una tarea que alhague el trabajo del estudioso: es materia de intereses, i donde estos se versan, aparecen las prevenciones, los rencores, los desahogos de las preocupaciones, la intolerancia politica, casi tan funesta como el fanatismo en materias religiosas.

Cualquiera que sea, sin embargo, el jiro que se dé a mis expresiones, como se ha tratado de hacer lugar a esta cuestion en lo mas intrincado del campo de la politica, me pertenece como a ciudadano, dejando a un lado las razones de interes particular, me pertenece, digo, tomar una parte en la discusion, a no ser que la libertad que tanto se decanta, sirva para que se me acuse por este hecho, de retrógrado, antiliberal i monárquico; palabras que nada valen en sí, pero que cada cual las interpreta a su modo.

Trataré de ser claro poniendo la cuestion al alcance de las capacidades ménos luminosas, i protestó desde luego contra todo espíritu de animosidad que quiera atribuirseme. Trataré tambien de ser conciso, único medio de no tocar en el extremo de fastidioso en un asunto hartó debatido ya.

Pero como no sea posible entrar de lleno a la solucion del problema, se hace necesario sentar las bases de la discusion, i la ba-

se para mi quedará fijada desde que remontemos al orijen de la institucion acusada.

Orijen probable de los Mayorazgos existentes en Chile

Tres son, a mi juicio, los diversos orijenenes que han llevado a efecto esta institucion, pero desde luego no trepido en asegurar que consisten todos tres en el uso arreglado a la lei de las facultades que la misma lei dejaba a los fundadores.

En primer lugar: Por disposiciones testamentarias de individuos que morian sin dejar herederos forzosos, i que hacian donacion de sus bienes a los primojénitos de una familia cualquiera.

En segundo lugar: Por disposiciones testamentarias de la parte de bienes libres que concede la lei a los propietarios.

En tercer lugar: Por mercedes del soberano en obsequio de los primojénitos de los conquistadores o mercedes hechas a los de otros servidores del gobierno, en recompensa de su civismo, o de acciones de guerra memorables, o por otros motivos.

Supuestas las citadas bases, es preciso convenir en que las fundaciones de vinculaciones no pudieron tener un orijen mas legal, ménos inofensivo; porque el uso libre de la cosa de que se disponia, *sin daño de tercero*, era el mas santo i sagrado de cuantos los hombres pueden adquirir i conservar.

Pero ¿qué sucede?—Que con el trascurso del tiempo se halla que las citadas vinculaciones han aumentado un ciento, un doscientos, un trescientos o mas por ciento, su primitivo valor. I he aquí por que todas las miradas se vuelven a considerarlas, no con un espíritu de inquisicion severo i justo, sino ofuscadas al traves del velo espeso de la pasion i del encono.

Todo ha sido inicuo, dicen, i sin tomar en cuenta los antecedentes necesarios, llaman expoliacion a lo que es el uso libre i lejítimo de la propiedad, llaman bárbaro i tiránico a lo que a nadie causó daños ni perjuicios, i ominoso i fatal a lo que hizo la fortuna de muchas jeneraciones.

Porque es preciso que entendamos, que si no queda bastante garantizada la lejitimidad con lo que acabamos de exponer, será necesario que renunciemos a entender el sentido de lo que se llama lejítimo en nuestro idioma.

Entrarémos ahora a pasar en revista los principales argumentos de los que pretenden la abolicion de los mayorazgos, i veamos desde luego cuales son sus principales argumentos.

1.º *La vinculacion es una institucion aristocrática, dicen, i por consiguiente debe ser destruida.*

¿En qué se fundan los que piensan que entre nosotros valen los mayorazgos por un privilejio de nobleza? ¿Será en que algunos llevaban anexo a la heredad, el título de Conde o de Marques? o ¿será talvez porque la mayor parte de ellos fueron fundados en tiempos del coloniaje?

No basta decir que es una institucion aristocrática, es preciso probarlo; i si es verdad que por nuestra lei fundamental desaparecieron los privilejios i las exenciones que acompañaban a los títulos, si es verdad que ante la lei todos somos iguales, si todos adquirimos conforme a ella i se nos premia i castiga, sin distincion de rangos ni de personas, ¿en dónde está la institucion aristocrática? ¿qué es lo que se llama aristocracia? ¿En dónde se hallan escritos los soñados privilejios que tienen estos mayorazgos, para intervenir en los negocios del estado mas o ménos que cualesquiera otros individuos de la asociacion chilena? Esto seria necesario probar para llamar aristocrática a la institucion de que tratamos. I no basta decir que en un tiempo tuvo los citados privilejios, tuvo exenciones i prerrogativas que murieron i caducaron desde que fueron anulados i destruidos por el pacto social que nos rige porque ni esto es verdad en el sentido que quiere dársele, ni basta tampoco llamarla institucion aristocrática, porque remonte su orijen a los tiempos del coloniaje.

Si que algunas vinculaciones tuviesen orijen por mercedes del soberano, por mercedes del soberano como de cualquier otro libre poseedor i señor de la cosa, tuvieron tambien orijen diversas otras instituciones i leyes que nadie se atreveria a llamar aristocráticas. Por mercedes del soberano se conserva hasta hoi diversas especies de rentas i como bienes de la corona de la metrópoli, los que hoi componen los del estado. La época, pues, no hace al nombre, sino en cuanto la esencia convenga con el que a la cosa pretenda dársele.

2.º *Que el derecho de primojenitura priva a legitimos herederos de los poseedores actuales de una parte de herencia que les pertenece.*

Semejante argumento peca por su base. Supone graciosamente en el poseedor actual el dominio absoluto de la cosa que posee; supone que el derecho del poseedor sea de mejor lei que el del inmediato sucesor; supone que el poseedor al tiempo de su falle-

cimiento, haya adquirido mas titulos para la posesion que los que tuvo al tiempo de heredar; i ¿se pretende que un poseedor actual es ante los ojos de la lei de mejor condicion que un inmediato sucesor? Pero ¿si su titulo no es otro que el mismo titulo a suceder que ha obtenido un primojénito, si este titulo no ha distinguido al dar los respectivos derechos de poseedor actual ni de inmediato sucesor? ¿por qué lei, en virtud de qué racionio se le quiere quitar al sucesor lo que no se pretende quitar al poseedor actual? ¿no están ambos colocados bajo la ejiida de la misma lei? ¿no es uno mismo el titulo porque heredaron? ¿de dónde se saca entónces el derecho de perjudicar a éste i no a aquel?

Tendrémos que recordar aqui lo que dejo dicho mas arriba. Un poseedor actual, no tiene mas derecho adquirido por el hecho de entrar en posesion de un mayorazgo, que al usufructo de la vinculacion: todo otro derecho que pretenda dársele, es con inmediato perjuicio del sucesor, a menos que no se trate de inventar como indemnizar a este del perjuicio que reciba.

Pero jamas se ha pensado en ella, o si se ha pensado, demasiado se conoce por los expedientes propuestos para la indemnizacion, que no eran los agraviados los que los habian imaginado.

Sobre la facultad que se supone a los actuales poseedores para poder disponer de los bienes amayorazgados, es sobre lo que estriba toda la fuerza del argumento de que nos ocupamos: «Un padre, dicen, muere i se ve obligado a dejar *sus bienes* a uno solo de sus hijos.» No son *sus bienes* los que deja a uno solo de sus hijos, no son los bienes del padre que muere, son los bienes del fundador del mayorazgo, son los bienes que legó al primojénito del padre que muere el que instituyó la vinculacion. No son por consiguiente *sus bienes*, los que enfáticamente se llaman *sus bienes*; deja a su hijo primojénito los bienes que legó el fundador al hijo primojénito del padre que muere i nada mas.

Repitiendo el mismo racionio continuan los que quieren desposeer a los inmediatos sucesores de las fortunas legalmente adquiridas, del modo siguiente: «Por esta institucion, se vé un padre en la triste necesidad de condenar a la indijencia a una numerosa familia, entregando toda su fortuna a las manos del primojénito. Esta institucion hace que en el lecho de la muerte, siniestras imájenes se ofrezcan a la vista del moribundo.»

Pero los que de tal modo racionian están mui lèjos de imaginarse por un solo momento, que sin la citada institucion era mui probable que el moribundo que así pensase, no solo tendria el

dolor de dejar en la indigencia a sus demas hijos, sino que tambien correría la misma suerte el primojénito, a quien se culpa de semejante catástrofe. Si un padre no ha podido hallar como hacerse una fortuna independiente i libre, con los recursos que le prestaba la misma institucion que poseia, es necesario que le supongamos en mayor imposibilidad de adquirirla en el caso contrario. Sin la institucion que tanto se maldice, ese mismo padre talvez no hubiera tenido cómo educar a sus hijos, talvez los hubiera tenido que entregar al luto, a la desesperacion, a la muerte de la hambre, antes que estuviesen en estado de contar sus últimos momentos!—Sin la institucion, es verdad, que hoy no se quejarian los hermanos i los tios de los primojénitos (si hai algunos que se quejen), porque es preciso que convengamos en que no existiria causa para disputar sobre bienes que no habia.

¿Cuáles son, pues, las razones en que se basa el formidable argumento de que me ocupo? Yo no las encuentro. Hemos visto lo que pertenece al derecho del poseedor, i hemos examinado lo que espera el sucesor con arreglo a la justicia. Hallo a ámbos con el mismo titulo, colocados en el mismo caso, vivos ámbos i con igual derecho adquirido. Todo lo que destruya esos derechos, es tiránico, es absurdo, es una violacion, es un robo; léjítimelo si se quiere una lei nacional, pero una lei que siempre tendré derecho para decir que dispuso de los bienes de un particular, sin tomar en cuenta que se desposeia a ese particular de derechos adquiridos i de una fortuna que le pertenecia.

Peroy no es asi como solamente se arguye. No solo hai que tomar en cuenta i destruir las observaciones i argumentos que dejamas analizados, sino que la falanje de los soñados derechos de los parientes de los primojénitos, pretende reforzarse con las disposiciones que la *Constitucion de 1828* libró sobre vinculaciones. Paso inmediatamente a ocuparme de esas disposiciones sin olvidarme de aquellas mas fuertes conclusiones con que pueda atacarse el derecho de los primojénitos.

3.º Que nuestro código fundamental no puede haber privado a los que adquirieron un derecho, desde la promulgacion de la Constitucion de 1828, a suceder en parte de los bienes amayorazga los de los sucesores.

Yo me aparto de la eterna injusticia de lo dispuesto por la *Constitucion de 1828* sobre vinculaciones; me aparto por ahora, de lo que el mismo cuerpo legislativo de 1852 de-

claró cuando dijo, estando vijente la incomprensible Constitucion de 1828, que —

« Los artículos de la Constitucion relativos a mayorazgos, su aplicacion e intelijencia, exigen especial declaracion del cuerpo « lejislativo. » Me aparto tambien de si pudo o no pudo la Constitucion de 33 reparar la violacion del derecho natural i las garantias sociales que atacaban la constitucion de 28, punto que aclararemos mas tarde, i solo preguntaré: —

Si la Constitucion de 33 atacaba los derechos que habia dado la de 28, ¿en qué grado debe considerarse que ésta atacaba los que habian dado todas las constituciones anteriores de la república, a los inmediatos sucesores a quienes quiso o pretendió despostrar la de 28? ¿Qué cosa medianamente razonable puede alegarse, por una induccion que no carezca, no digo de lójica, pero que tenga siquiera visos de sentido comun, en apoyo de lo dispuesto por la constitucion de 28? Todas las constituciones anteriores a esta dejaron vijentes las leyes españolas en todo lo tocante a herencias i legados. Conforme a ellas se hicieron los legados i conforme a ellas se entró en posesion de las herencias: todas ellas garantizaron la posesion de los bienes amayorazgados a los inmediatos sucesores, llegado que fuese su turno; i lo que hizo la Constitucion de 28 al privarlos de las expectativas fundadas en la lei, no fué otra cosa que dar un efecto retroactivo a su disposicion, tan odioso como temerario, puesto que, como todo lo que lleva efectos retroactivos, lleva en si mismo el sello de la inconsecuencia, infunde la desconfianza i hace que el hombre ni aun en el goce de sus derechos mas sagrados e imprescriptibles, halle la seguridad i el reposo convenientes.

I sin embargo, es de notar que se haga tanto incapié en lo dispuesto por la Constitucion de 28. Esta es para los enemigos de los primojénitos la que quiere transformarse en la piedra de toque, por donde se pruebe la lei i calidad de los derechos de los sucesores; porque no se halla, sin duda, que las demas constituciones anteriores a ella tengan el mismo orijen, tengan la misma fuerza i cuyas disposiciones deban influir en la balanza de la justicia, para hallar quienes han sido los verdaderamente expoliados i sacrificados por temerarias e inconsideradas razones personales.

Pero discutiendo con ánimo sereno, llevando la luz de la razon a este intrincado dedalo de inconsecuencias, dígase ¿de parte de quién se halla la justicia?

De tal magnitud fue el perjuicio i la violacion de las garantías sociales que ocasionó la Constitucion de 28, que las quejas i las protestas de los agraviados no tardaron en hacerse oír: fueron llevados al centro mismo de las legislaturas que sucedieron a aquella constituyente, i ellas, valorizando en [su verdadero carácter todo lo que tenian de justo i de racional aquellas quejas i protestas; considerando que las disposiciones de que se apelaba, envolvian el jérmen de interminables cuestiones i pleitos entre los hijos de los mismos padres, dispusieron que la intelijencia i aplicacion de aquellas disposiciones, exijian especial declaracion del cuerpo legislativo. [Lei ya citada de 5 de Setiembre de 1852].

Sucedió efectivamente que la Constitucion del año siguiente declaró en su artículo ciento sesenta i dos (162) que *las vinculaciones de cualquier clase que sean, tanto las establecidas hasta aqui, como las que en adelante se establecieren, no impiden la libre enajenación de las propiedades sobre que descansan, asegurándose a los inmediatos sucesores llamados por la respectiva institucion, EL VALOR DE LAS QUE SE ENAJENAREN.*

¿Qué hizo, pues, en última análisis, la Constitucion de 55? Restablecer la justicia i la equidad bárbaramente atacadas por la de 28 i dejar asegurados para los sucesores lo que el derecho i lei les garantizaba. No tuvo efecto retroactivo alguno, porque la única que de tal pudiera acusarse, fue la misma en que pretenden apoyarse los que tratan de desposeer a los inmediatos sucesores, la que entónces les quiso privar de sus derechos, la misma Constitucion, en fin, que la práctica vió, en las disposiciones de que me ocupo, que era inasequible i temeraria. Pruébalo mas fuertemente que todo cuanto pudiera yo decir en apoyo de esta verdad, que aun los que mas interes podian tener en la dissolution de las vinculaciones, hallaron comprometida no solo la justicia humana, en el tenor vago de una lei que no creyeron bastante garantía del paso que darian disolviendo el mayorazgo, sino la conciencia del hombre honrado que está colocada mas alto todavia que todas las leyes i disposiciones que emanan del juicio equivoco de los hombres.

Por esto los mayorazgos, los poseedores de las vinculaciones al tiempo de la promulgacion de la Constitucion de 1828 se abstuvieron de hacer innovacion alguna, temieron comprometerse ante los ojos de sus mismos hijos, i si mui raro ejemplo pudiera citarse en contravencion a lo que asiento, notoria es la timidez

con que procedió quien se encontró autorizado para disolver alguna parte de la vinculación, según lo dispuesto en aquella Constitución i como indemnizó al primojénito del perjuicio que la lei le habia ocasionado. Temieron, pues, los poseedores, i temieron con razon. Las vinculaciones, casi todas las vinculaciones permanecieron en el mismo estado en que se hallaban ántes de la promulgacion de la citada Constitución de 28 i por esto dijo la de 33, tanto *las establecidas hasta aquí como las que en adelante se establecieren*, no impiden la libre enajenacion de las propiedades.... pero añadiendo luego, reservándose al inmediato sucesor el VALOR DE LAS QUE SE ENAJENAREN.

(Concluirá)

EL ÁNJEL I EL NIÑO.

A UNA MADRE.

(J. Reboul. 1828.)

Un ángel de faz luciente
Una cuna contemplaba,
I como en límpida fuente
Su imájen se reflejaba.

«Ven con ecos cariñosos,
Le decia, ven conmigo;
Juntos seremos dichosos;
Que la tierra es falso amigo.

«No hai alegría serena;
Sufre el alma en cada gozo;
No hai placer sin honda pena,
Ni voluptad sin sollozo.

«Vive el temor en las fiestas.
Si un buen dia se consigue
Contra las ráfagas prestas
Jamás preserva al que sigue.

«¡Es justo que el desencanto
Perturbe tu faz tranquila,
I la amargura del llanto
Queme tu linda pupila!

«Ven conmigo i abandona
Los sueños que te engañaban:
El Creador te perdona
Los dias que te restaban.

«No haya en tu casa un lamento,
Ni se oscurezca el vestido;

Bendigan tu último aliento
Como tu primer latido.

«No haya una sombría frente,
Ni de las tumbas el sello;
Que es a tu edad inocente
El postrer día el mas bello.»

Emprendió el ángel su vuelo,
Cuando estas palabras dijo,
Hacia el deslumbrante cielo....
Madre infeliz!.... ¡murió tu hijo!

F. M.

CRÓNICA.

SANTIAGO, JUNIO 29 DE 1850.

Exterior.—Las noticias últimas del continente europeo no traen esta vez grandes cosas. —La Francia despues de las elecciones de Marzo ha vuelto a contar con nuevas esperanzas. Los partidos monarquistas no se entienden; tanto en politica como en la enseñanza estan divididos de corazon a pesar de tener en el primer caso al presidente i en el segundo un consejo de filósofos i obispos, jente que jamas ha podido entenderse. Por donde quiera que pasa Bonaparte se oyen silvos i gritos alarmantes; la armada misma se pronuncia en el mismo sentido. En vano M. Thiers en sus incesantes evoluciones protesta de su fe en favor de la República, porque de otro lado uno de los jefes lejitimistas pone en cuestion esta misma República. Las leyes represivas contra la prensa se han retirado por el nuevo ministro Baroche. La eleccion de 1852 se espera con resignacion; signo inequivoco del buen orden que reina en los adversarios de la administracion actual. Las conspiraciones deben ceder al sufragio universal i si en la nueva reeleccion de Paris aparece Dupon, de l'Eure, el anciano de la República, el veterano de la honradez politica, todas las facciones realistas comenzarán a cejar en sus pretensiones i a desesperar del porvenir comprometido tantas veces por su am-

bicion i mala fe en los servicios traidores prestados a una República aborrecida en su corazón i aplaudida por sus manos.

El movimiento literario no ha sido escaso i hasta el teatro ha vuelto a resonar con los nombres de Sand, Ponsard, Augier i Lamartine, en las piezas de Francisco el huérfano, Carlota Corday, Gabriela i Santos Louverture.

Los ataques del partido tory no han disminuido en Lóndres; D'Israeli, Hume, Cobden en asuntos interiores i algunos otros en la política exterior de Lord Palmerston, multiplican sus esfuerzos i hacen probable un cambio de ministerio.—Se habia recibido en el gabinete británico al jeneral Santa Cruz como ministro plenipotenciario de Bolivia.

En Madrid se esperaba el alumbramiento de la reina, cosa que parece desesperar al amado consorte no creyéndose capaz de presenciar semejante acto de valor. Debe ser mui nervioso ese vástago borbon al no querer oír los dolores de una reina en su primera manifestacion de amor i fecundidad. ¡Pueden faltar hombres en España, pero no mujeres! ¡I allí está la reina que deja atras tres maridos reales i aun mas!

La vuelta del papa a Roma estaba decidida. Nuestro ministro Irarrázabal habia vuelto ya a la ciudad santa probablemente a concluir sus estudios de pintura; buena precaucion en caso de no aprovechar su viaje en torno a la silla presidencial. Su amigo, el señor Búlnes, debe estar mui contento de su empeño, porque con ese ministro cerca del papa tiene segura la salvacion del cielo a falta de nueva presidencia. Asi es que el de allá negocia el paraíso, el de aquí la tierra; este pobre Chile escapulario del pobre i envidia de una familia larga i desgraciada. ¡Lo que vale ser compadre! Entre irnos al cielo con el jeneral Búlnes o quedarnos con el señor Irarrázabal, aquí, en esta grande hacienda de los presidentes, preferimos cualquiera otro peor lugar; que el cielo i la tierra se ha hecho solo para los compadres.

El resto de la Italia tranquilo como esos volcanes cambiados en lagos sulfurosos.

La Alemania, que habia enarbolado la unidad jermanica como un signo de salvacion, comienza a retroceder en su marcha. Las varias constituciones, las diversas rivalidades, los intereses contrarios han hecho de la Alemania unitaria un gran tejido mas o ménos hecho pedazos: es la tela de Penelope que no se concluye nunca. Todo el movimiento era ántes de la circunferencia al centro; ahora, al revés se despliegan en lugar de

replegarse caminando a la federacion, al *particularismo*, segun su jerga metafisica. Quieren ser independientes, mas que aglomerados en una administracion politica i universal; quieren ser mas como individuos i ménos como nacion; establecer en fin su chimenea en cada gobierno sin apercibirse del grado de calor de los vecinos. La union en la jurisprudencia i aduanas seria un gran paso. Para la unidad politica i administrativa se necesita la guerra, la guerra contra la Rusia, por ejemplo. ¿Cómo se figuran esos candorosos alemanes unitarizar sus intereses i ambiciones? La guerra exterior constituyó la Francia i mató a los Jirondinos federales, hombres de corazon i demasiado utopistas. ¿Tienen ellos siquiera una misma religion, una misma civilizacion? La Alemania tiene que conquistar su unidad a balazos, llamando a la cruzada a los polacos, verdaderos israelitas de la politica europea.

El Congreso de la federacion americana parece dispuesto a admitir el Estado de la California.

En Méjico, ademas del cólera, tienen la eleccion del futuro presidente; tienen dos veces el cólera.

Centro América conmovida siempre por la guerra civil, manifiesta bien la poca cohesion de sus fuerzas; en guerra con las montañas aqui, en guerra contra si mismos allá, abandona los grandes intereses que encierra en su mision.

El jeneral Paez ha sido expulsado de la República granadina para siempre, sin grados ni honores. Pero el Itsmo de Panamá prospera; es ahora el tránsito del oro, el camino de la esperanza para los que vienen i el del infierno para los que vuelven sin él. ¿No hemos visto con dolor la fisionomia de los chilenos recientemente llegados de California? ¿Qué pocos risueños rostros para tantos sombríos estropeados, sulcados por el desengaño! Nuestros argonautas han tenido mucho que sufrir en busca de este nuevo vellocino; han vuelto sin vellón; es poco, han vuelto sin camisa. California, con todo, marcha rápidamente; su riqueza no deja por eso de atraer con vigor a los ilusos i a los desesperados.

La República ecuatoriana permanece en un estado de efervescencia; Guayaquil no ha dado un paso adelante desde mucho tiempo atras; parece un cocodrilo enterrado en las arenas de la playa. Embriagados con la vejetacion, voluptuosos i marchitos por el calor, los ecuatorianos parecen vivir de ensueños i de terrores imaginarios.—Ahí están batiéndose en la sombra.—Del Perú i Bolivia nada puede decirse.

Interior.—La cuestion de las candidaturas presidenciales ocupa siempre los ánimos; la oposicion sobre todo hace mas ruido i comienza a dudar de su fortuna; asi se le ve aunque aferrada exteriormente al nombre del señor Errázuris, vagar de este lado a otro como quien pretende asir una sombra fujitiva. Muchos pipiolos puros en la imposibilidad de hacer triunfar la candidatura Freire, se han adherido al partido conservador, al partido que resiste a las tendencias anárquicas i retrógradas de la oposicion. ¿Qué seria de la República en manos de los Garfias, Garcias, Eizaguirre, etc.? ¿Puede arriesgarse el destino de la nacion hoy dia en manos de un partido que ha hecho todo por el orden, delante de esa faccion política que predica el trastorno, la ignorancia i la conspiracion? ¿Jamás le ha tocado un papel mas digno de la libertad al partido conservador; no seguirlo hasta el último extremo, no hacerlo fructifero para el pais en las actuales circunstancias, es manifestar impotencia, es traicionar al pais, es ser cobardes como partidarios de la libertad, es suicidarse políticamente como buenos ciudadanos. Si algunos pelucones no quieren comprender las cosas que ellos mismos han creado; si en una época brillante de esperanzas no quieren pasar a la posteridad envueltos en el manto de la libertad, es porque no se acercan bastante a los subterráneos de la oposicion en que se elaboran los combustibles revolucionarios, es porque no temen la revuelta teniendo ellos la fuerza, es porque separan la vista de la gota de sangre que pudiera manchar a vencidos i vencedores.

Pero es preciso no cegarse. ¿Es justo, es racional que un partido despues de haber atravesado 20 años de lucha i organizacion mas o ménos despótica, perezca por exceso de confianza, o arriesgue toda su fortuna por exceso de ambicion en el miedo que le inspiran amigos i enemigos? ¿Se puede creer que falte juicio a hombres de tantos años de esperiencia política? — Veis a la oposicion predicando medidas restrictivas, haciéndose de antemano de un poder que en las actuales manos del gobierno es inútil, preparándose en fin un despotismo futuro que le dará la anarquía o el triunfo de su propio candidato. ¿Delante de tal expectativa quereis permanecer impassibles oyendo la proclamacion de un candidato que no confesais? La oposicion hasta aquí es la única voz que se oye; la única cosa que mantiene al ministerio; el solo grito que aumenta el número de prosélitos en beneficio de la libertad; el único aliento que envía la calunnia a todas partes para contajiar todos los sufrimientos, para enconar

todas las llagas, para corromper todas las ambiciones, para animar todas las mediocridades indignas del país.

Las provincias aparecen hoy día como emancipadas de un yugo apenas quebrantado por el tiempo. ¿Se puede considerar como un acto de justicia la destitucion de dos intendentes? ¿Se ha satisfecho a la lei en su proceder? Habeis [quitado el mando a esos baja del presidente obrando como con aquel clé-rigo a quien se le castigó con no decir misa por haber muerto a un hombre. ¿Está hoy mas adelantada la justicia que en tiempo de don Pedro el cruel? Se le quitó la renta a esos empleados i no se habló mas de tiranias electorales i de cartas del presidente que hubieran merecido una acusacion en un país de honradez política i de honor-privado.

Las provincias pues han quedado descontentas. Se presenta para ellas una oposicion que calumnia i amenaza; una oposicion que sin ofrecer una idea, un progreso cualquiera, trae un nombre oscuro i la cuchilla revolucionaria. ¿Qué aliciente hai para los provincianos en esa oposicion sin prestigio? El aliciente está en esa guerra contra el poder, en esa necesidad de lucha contra los ministerios mas o ménos débiles, en esa emancipacion que sienten en su corazon al concluir un gobierno, en las esperanzas que se revelan delante de un futuro presidente de una cosa desconocida que puede ser, o la venganza o la victoria, o la justicia o el patíbulo. — La oposicion no envuelve pues ninguna idea de progreso; no tiene principio, ni tiene objeto; por consiguiente la solucion de sus problemas políticos no puede atraer ni convencer al pueblo. ¿Cómo es sin embargo que las provincias se separan de la marcha del gobierno? ¿Es porque se figuran votar libremente segun las promesas del ministerio de Abril? ¿Es porque el ministerio anuncia una prescindencia completa respecto a la eleccion presidencial? ¿I que en este caso, como si el ministerio les volviese su conciencia, es el goze, la alegria de contarse como hombres libres lo que les impele a obrar contra el gobierno?

Es un hecho que las provincias no quieren adherir a ningun partido; a la oposicion porque nada ofrece, al ministerio porque nada tiene; a los pipiolos netos porque son muy raros i es preciso irlos a buscar a las salas de armas mas bien que a las ciudades; a los pelucones porque se retraen o por modestia o por miedo: son las verdaderas tortugas de la política, fuertes, feos, i con una coraza hecha a martillo en el yunque de la calumnia. Las provin-

cias quieren hoy día ser nacionales; quieren probar su suerte en las manos de la independencia apenas conquistada; quieren tener un candidato suyo el de los hombres sin partido; ¡lo tendrán.

La prensa política de Talca, Serena i Copiapó apenas tiene eco en los mismos lugares en que trabaja; parece que todos los ciudadanos tuviesen formada de antemano su opinion. ¿Qué podría moverlos? ¿El nombre de un candidato?—Las personas no pueden hacerse lugar por los diarios; esa propaganda en país de comadrería como Chile, donde todo lo hace el sistema capitalero i jesuitico, carece de eficacia. Ese sistema que atrae las represalias en la prensa perjudica tambien a proporción que el candidato es mas ministerial, obra mas exclusiva del gobierno que de un partido. —El pueblo de las provincias no raciocina bajo la fascinación de la esperanza; no tiene tampoco mucha fe en la intelijencia que sube i baja a medida que el hombre gana en posición social: el gran talento para ellas es un billete de banco sujeto al crédito; como la gran corrupción tambien le parece que es una moneda falsa i envenenada a la usanza de los partidos exclusivistas. —No se puede mover una provincia sino con hechos; los hechos son la historia i los datos sobre que funda sus resoluciones. —No creais que alejen siempre al que mas los ha servido; son como los invalidos que nunca bendicen al médico que les cortó una pierna o un brazo por salvarles la vida. Hai remedios que hacen la desgracia del que los regala; los pueblos se parecen a los niños, no se convencen nunca del servicio i rompen como un juguete las cosas mas gigantescas i pesadas. —Ved cuánto hizo Luis Felipe por la Francia en el desarrollo material de sus intereses, cuánto pacificó los intereses i las pasiones exaltadas, cuánto se hizo valer en las cortes extranjeras por esa paz octaviana a costa del honor del reino i sin embargo qué pronto volvió el pueblo por su honor mancillado, por su libertad ahrojada, por su porvenir comprometido en las ambiciones dinásticas de una familia apenas apoyada en las barricadas del año 50. El pueblo no agradece el orden si se ha de conquistar con la pérdida de la libertad; no adora tampoco la riqueza si es que le deslumbra muchas veces a costa de la esclavitud de su conciencia. Cuando el jeneral Cavaignac despues de su triunfo contra las barricadas de Junio, despues de haberse presentado al país como el restaurador del orden en la guerra social de 1848 quiso ser presidente de la República acabada de salvar por sus propias manos, ¿qué le respondió la Francia?—Envio a un Bonaparte, el vástago del hombre

mas glorioso de los tiempos modernos. — Habia contra Cavaignac la sangre derramada, los sitios, las leyes represivas, habia en fin por un orden tan sangrientamente conquistado 2,000 cadáveres, 6,000 desterrados i el duelo inmenso de los vencedores como un remordimiento o como un rasgo de tristeza en medio de tanta desolacion. La necesidad es la lei de las batallas; pero no por eso un conquistador de cualquiera clase dejara de ser un azote de Dios.

El presidente Bonaparte era solo un nombre glorioso; era tambien una venganza de todos los partidos, pero representando la revolucion ensanchada por las victorias. Los pueblos viven de la historia i vuelven la vista a ella cuando el porvenir se oscurece i el presente bambolea. Al desencanto sucede el recuerdo de los pasados tiempos, a las esperanzas sombrías las memorias de otra edad; por eso comienza el pueblo chileno a buscar sus nombres en las épocas de la independencia i los busca allí porque los encuentra a la distancia sin la escolta de las desgracias, sin las faustas del miedo, sin la sangre en fin que deslustra todo—¿Ha dado acaso la oposicion un nombre glorioso al pais? Solo le ha presentado personajes insignificantes, hombres sin talento desprestijados de antemano por sus miserables fechorias i una tropa de calumniadores pagados, que no teniendo nada que pregonar, pregonan la infamia ajena; sin nada que vender venden su corazon i su lengua.

El pais quiere algo. Hasta aquí no encuentra esa satisfaccion ni entre los opositores ni entre los ministeriales. ¿Quereis que el pueblo en masa venga a las puertas de un club o de un ministerio a formular sus exijencias? ¿Los hombres de Estado no sienten las palpitations del pais al solo nombre de oposicion?— Si este pais ha adelantado, si las provincias piden libertad para sus municipalidades, enseñanza gratuita para todos, garantías contra sus intendentes jamas castigados, si gritan de indignacion contra una mayoria parlamentaria indigna del honor nacional, si todas estas exijencias i quejas se hacen en silencio consultando el orden i la libertad, ¿será justo no prestar atencion? Si los representantes no hablan, ¿qué harán los ciudadanos? ¿Qué hará una provincia el dia en que un intendente mostrando órdenes del jefe del Estado para ganar elecciones a todo trance, no encuentre un diputado que interpele al ministerio? ¿Qué harán todas cuando se olvida el ultraje a la autoridad i se esconden los representantes de cobardia o por ambicion e indolencia?—¿No se

han dado azotes aquí? ¿no han votado presidarios allá?—Todo esto se sabe; la prensa ha divulgado hechos escandalosos; los intendentes faltando a una amistad quién sabe cómo conquistada, han publicado cartas singulares. ¿Qué ha hecho la mayoría parlamentaria?—Aumentar la deshonra con el olvido, injuriarse unos a otros por la prensa i en los debates, i todo por rivalidades de ambicion o por motivos enteramente insignificantes. ¿I estos hombres se atreven a presentarse al país con semejante escolta de maldiciones? ¿Pueden tomar un nombre por limpio que sea sin contajiarlo? ¿El Sr. Errázuris puede ser bajo la mano sucia de la oposicion otra cosa que un instrumento, si es ciego, o un velo hipócrita de su ambicion, si es capaz de consentir en tal deshonra?

No podemos figurarnos por un instante que el Sr. Errázuris concienta en prestar su nombre a una farsa. Es singular en un hombre de sus años i experiencia ese ardor juvenil que nunca tuvo en aquella edad, es extraño por cierto ese entusiasmo febril por una presidencia ofrecida a impulsos de la intriga en el momento en que unos cuantos ambiciosos estaban abandonados de la fortuna.—¿Quiere ser presidente el señor Errázuris?—Sepárese de la oposicion i quite de las columnas de los diarios esa enseña de bodegon hecha para lisonjear el amor propio del vendedor i engañar a los bobos: esto es hacer el oficio de un Dulcamara. «Aquí va la droga, hermanos; sí, la droga presidencial.....» No debe uno reirse de semejantes ridiculeces, porque al fin está el interes del país en semejante cuestion. Pero la oposicion se ha empeñado en hacer presidente al señor Errázuris, Garfias, etc. para descuartizar a Montt, o en hacer a este para serlo ella, segun los temores i calumnias que diariamente inventa.—Es tiempo de pensar con seriedad en esta ruina que nos depara la oposicion; puede tolerársele, mas no debe guardarse silencio.

Las discusiones parlamentarias no ofrecen cosa de importancia. Apénas se ocupa el público de la cuestion de los mayorazgos; porque las hembras-abogados i los abogados-hembras que llevan el hacha exterminadora contra esos infelices han convertido la cuestion en asunto de alcoba; ya no hai hachas, ni plomo, hai abanicazos i balas de algodón i los desgraciados representantes del pueblo tienen que habérselas con Cupidos i Venus que jamas han perdido una cuestion en el Olimpo. No le faltaba a la cuestion de vinculaciones mas que la ridiculez. Ahora es seguro que el proyecto del señor Bello no pasará ni en la Cámara de Diputados, esta coqueta universal.

Tenemos a la vista el proyecto del señor Garfias sobre la guardia nacional. Es notable el adelanto de este hombre iletrado que escribe sin saber leer ni escribir como un déspota, por probar que hasta la pluma puede someterse a ese talento embutido por fuerza en un cerebro estrechísimo. Qué de esfuerzos no habrá necesitado para concebir tal proyecto! ¡Cómo habrá sufrido en armonizar tantos artículos, en ligar tanta frase, en colocar cada palabra! Nos espanta de veras la concepcion i mas que todo la expresion de esos pensamientos mortificados en esa habitacion helada del celebro del señor Gárfias. Ha hecho bien el diputado en aliviar su cabeza; por eso desde tiempos atras se le veia tan pensativo, con la frente inclinada hacia el pecho, cubierto con una gran capa para abrigar mas sus proyectos de lei; ¡i qué grande fué el gusto de la mayoría cuando vió deslizarse al diputado Gárfias con el vuelo que toman las aves carniceras hasta dejar caer el rollo de papel en la mesa del secretario! Nosotros tambien aplaudimos de léjos al diputado cuando deponia furtivamente el memorable proyecto, cuando le vimos despues escurrirse indeferentemente como quien no habia dajado nada, como quien escondia un tesoro para causar una sorpresa al que lo encontrase. Ya tendremos pues, un cuerpo de oficiales nombrados por la Municipalidad; ya tendremos mil graciosos cuentos con esta lei del señor Gárfias que ha debido revestirse de otras plumas para llegar hasta la Cámara. Dejaremos para otra ocasion la noticia de este proyecto; porque el autor tiene su gramática propia como su política propia; escribe sin saber i gobierna sin entender; buena planta para oficina por lo que tiene de parasito el carácter ministerial i pésimo fruto para cualquiera paladar, ¡si es que puede dar alguno el señor Gárfias.

Policía.—Su organizacion es mui defectuosa i esperamos de nuevo intendente alguna reforma a este respecto. La única hasta aquí es una especie de expionaje concedido a los serenos despues de media noche. ¿Estamos bajo la lei marcial? De cuadra en cuadra, el sereno con ese piteo alármante parece decir: «Ahí va ese,» «cuidado.» Este hecho es un abuso, Sr. Intendente; ya que quereis tener por sospechoso a todo hombre que se recoje tarde en una ciudad de hombres libres, hacedlo secretamente, sin incomodar a los vecinos ni alarmar a los pasantes. En otro número diremos al Sr. Intendente lo que es la policía

ris, i en Lóndres sobre todo, cuyo réjimen modelo es debido a Sir R. Peel i digno de ser imitado en todos los países. De pronto le diremos que no hai policía secreta ni espionaje en Inglaterra.

... escribir sin saber leer ni escribir como un caballo, por lo que
 que hasta la pluma puede convertirse a ese taladro empujado por
 locura en un cerebro estupefacto. Que de espavores no habla
 necesario para concebir tal proyecto; cómo haber sabido en
 paralizar tantos artículos, en ligar tanta masa, en colocar en
 la palabra. Nos espanta de veras la concepción i más que todo la
 expresión de esos pensamientos mortificados en esa habitación
 delata del editor del señor Gálvez. Ha hecho bien el diputado
 en girar su cabeza; por eso desde tiempos atrás se lo veía tan
 pensativo, con la frente inclinada hacia el pecho, cubierto con
 una gran capa para abrigar mas sus proyectos de lei; i que trasido
 fue el caso de la parroquia cuando yo fuí a visitar al diputado
 Gálvez con el voto que tomó los tres cuando hasta dejar
 caer el rollo de papel en la mesa del secretario. Nosotros también
 aplaudimos de veras al diputado cuando después de haber estado
 en el mismo proyecto, cuando le vimos después escribir indolente-
 mente como quien no había dado nada, como quien se
 acordaba un teatro para causar una sorpresa a que lo concierne.
 Ya sabemos pues, un cuerpo de oficiales nombrados por la
 Municipalidad, ya sabemos, en muchos puntos con esta lei
 del señor Gálvez que ha debido trabajar de otra pluma para
 llegar hasta la Cámara. Dejémoslos para otra ocasión la noticia
 de este proyecto porque el autor tiene su gran idea propia en
 su política propia; escribe sin saber i gobierna sin entender;
 buena planta para oficiar por lo que tiene de paraiso el caso.
 ter ministerial i bueno tanto para cualquier paladar, así es que
 puede dar alguno el señor Gálvez.

... 1.ª oficio. — Su organización es muy defectuosa i esperamos de
 nuevo inminente alguna reforma a este respecto. La única duda
 que es una especie de espionaje concedido a los señores des-
 pues de media noche. Llamamos bajo la lei municipal de cuando en
 cuando el señero con ese tipo durante porque decir. Ahí
 en este sentido. Este hecho es un abuso. Sr. Intendente; se
 que quieris leer por suspechozo a todo hombre que se levante
 tarde en una ciudad de hombres libres, hecho secretamente,
 sin incomodar a los vecinos ni alarmar a las pasiones. La otro
 número damos al Sr. Intendente lo que es la verdad.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

V.

Las fisonomías parecían conmovidas. Lamartine continuó: «Por
« lo que a mí toca, veo con harta claridad la serie de catástrofes
« consecutivas que prepararía a mi país tratando de detener el
« alud de una revolucion semejante en una pendiente en
« que ninguna fuerza dinástica podrá detenerla sin acumular su
« masa, su peso, las ruinas de su caída. No hai, os lo repito,
« mas que una sola fuerza capaz de preservar al pueblo de los
« peligros que una revolucion en tales condiciones sociales va a
« hacerle correr: es la fuerza del mismo pueblo, es la libertad
« completa, es el sufragio, la voluntad, la razon, el interes, la

« mano, el alma de todos! es la república! Si, es la república,
« prosiguió con un acento de íntima convicción, la única que
« puede hoy salvarlos de la anarquía, de la guerra civil, de la
« guerra extranjera, de la expoliación, del cadalso, de la diezma
« de la propiedad, del trastorno de la sociedad i de la invasión
« extranjera. *El remedio es heroico, lo sé; pero en crisis de tiem-*
« *pos i de ideas, como en los que vivimos, no hai mas política efi-*
« *caz, que la política grande i audaz como la crisis misma. Al*
« *dar mañana la república por su nombre al pueblo, lo desar-*
« *mais al instante de la palabra que le ajita. ¿Qué digo? Conver-*
« *tís al instante su cólera en alegría, su furor en entusiasmo.*
« Todo lo que abriga el sentimiento republicano en el corazón,
« todo lo que tiene en la imaginación el sueño de la república,
« todo lo que desea, todo lo que aspira, todo lo que razona, to-
« do lo que medita en Francia; republicanos de sociedades se-
« cretas, republicanos militantes, republicanos especuladores,
« pueblos, tribunos, juventud, escuelas, periodistas, hombres
« de acción, hombres de pensamiento, no lanzan mas que un gri-
• to; se forman alrededor de su bandera; se arman para defen-
« derla; se reúnen confusamente al principio, en orden des-
• pues, para proteger el gobierno i para preservar a la misma so-
« ciedad al amparo de este gobierno de todos. Fuerza suprema
« que puede detener sus agitaciones, jamas sus destronamientos o
« ruinas; porque este gobierno está basado en el mismo fondo de
« la nación. Solo él hace participes a todos. El solo puede con-
• servarse; él solo puede moderarse; él solo puede acumular
« por la voz i la mano de todos, la razón, la voluntad, los su-
• frajos necesarios i las armas para salvar no solamente la na-
« ción de la servidumbre, sino la sociedad, la familia, la propie-
« dad, la moral, amenazadas por el cataclismo de ideas que fer-
« menta bajo los fundamentos de este trono medio derrumbado.
« Si la anarquía puede ser domada, tenedlo bien presente, es
« por la república! Si el comunismo puede ser vencido, es por la
« república! Si la revolución puede ser moderada, es por la re-
« pública! Si el derramamiento de sangre puede ser evitado, es
« por la república! Si la guerra universal, si la invasión que vol-
« vería a acarrear quizá como una reacción de la Europa contra
« nosotros, pueden ser desviadas, no lo dudeis! es por la repú-
« blica! Ved por qué en razón i en conciencia de hombre de Es-
« tado, ante Dios i ante vosotros, sin ilusión como sin fanatis-
« mo, si la hora durante la que deliberamos está henchida de una

« revolución, no quiero conspirar por una semi-revolucion. Yo
 « por ninguna conspiro; pero si hubiere de efectuarse alguna, la
 « aceptaria completa i me decidiria por la república!

« Con todo, añadió, levantándose, espero todavía que Dios per-
 « donará esta crisis a mi país; porque yo acepto las revolucio-
 « nes, pero no las hago. Para tomar sobre si la responsabilidad
 « de un pueblo, es preciso ser un malvado, un loco, o un Dios.»

« Lamartine tiene razon, exclamó uno de los interlocutores ;
 « mas imparcial que nosotros, tiene no obstante mas fe en nues-
 « tras ideas que nosotros mismos. Estamos convenidos, excla-
 « maron todos. » — « Separémonos, i obrad, añadieron, dirijién-
 « dose a Lamartine, como mejor os inspiren las circunstancias. »

VI.

Miéntras que esto pasaba en una de las oficinas de la Cámara, una escena análoga tenia lugar en otra oficina inmediata.

Un jóven, acreditado a pesar de sus pocos años entre los republicanos mas avanzados en edad, M. Emmanuel Arago, hijo del ilustre ciudadano que habia creado este nombre, se esforzaba por atraer a M. Odilon Barrot al partido republicano.

M. Emmanuel Arago, que habia dejado algunos momentos ántes la redaccion del *Nacional* en la que desde una ventana habia arengado al pueblo i habia arrostrado con su nombre i su voz grupos de combatientes a la plaza de la Concordia. Detenido a la salida de la calle Real por masas de tropas que se hallaban situadas en esta plaza, habia pedido hablar al jeneral Bedeau. El jeneral habia venido al galopé, le habia permitido pasar como un parlamentario del pueblo que llevaba a la Cámara consejos e informes aparentes para suspender la lucha. M. Emmanuel Arago parlamentaba en efecto con diputados de todos los matices en esta oficina, cuando M. Odilon Barrot, provocado por sus amigos, entró en ella. M. Arago i sus amigos, redactores del periódico la *Reforma*, no pudieron seducir a M. Odilon Barrot; su opinion podia ser flotante, su deber era preciso: era ministro. Sus concesiones hubieran sido traiciones. Resistió con valor, tuvo la elocuencia del carácter. Hai hombres que retroceden i se engrandecen al borde del abismo. M. Barrot fue uno de estos hombres; tuvo la desesperacion heróica i acentos dignos de la antigüedad.

Lamartine, despues de haber dejado a los republicanos que acababan de rodearle, entró en la Cámara.

VII.

Las tribunas estaban llenas de espectadores taciturnos. En los bancos de la sala habia pocos diputados; las fisonomias pálidas i agobiadas revelaban los insomnios de la última noche, los presajios del dia. Los diputados arrojados a cada instante de su banco por la agitacion interior de sus ideas, conversaban en voz baja, lanzando a los diputados de opinion contraria miradas escrutadoras. Tratábase de leer en los rostros de los miembros de la oposicion el destino del dia. Algunos iban a los pasillos en busca de informes; otros subian a la plataforma del peristilo a fin de contemplar desde un punto mas elevado los movimientos ininteligibles del pueblo i de las tropas en la plaza de la Concordia. De minuto en minuto, detonaciones lejanas, descargas de fusilería hacian temblar los cristales de la media naranja i palidecer a las mujeres en las tribunas. Lamartine se sentó solo en su banco desierto. No atravesó una palabra con ninguno de sus cólegas en las dos horas de esta sesión. Su temor era mudo como su esperanza, o mas bien, no sabia si temia o esperaba. Se entristecia. Las revoluciones son como las esfinjes: tienen una palabra que no se les pregunta sin terror.

VIII.

M. Thiers apareció un momento en la sala que precede al recinto de las sesiones, con la cabeza descubierta, el rostro trastornado por el rechazo de las escenas de que acababa de ser espectador o testigo en la partida del rei. Los diputados monárquicos se agrupan a su alrededor i le abruman con preguntas. Se inclina como bajo el peso del destino. Erguiéndose despues i levantando con su mano derecha su sombrero mas arriba de su cabeza en la actitud de un piloto en naufragio, «la marea asciende, asciende,» exclamó, i se perdió entre la turba. Esta palabra consternó a los que la oyeron: era el grito de peligro que se abisma en la resignacion.

El sillón del presidente estaba vacío, como si el pensamiento de la Cámara hubiese estado visiblemente ausente de este simulacro de deliberacion. M. Sauzet, presidente querido de la Asam-

blea i del rei, sube en fin. En las facciones de M. Sauzet estaban pintados el presentimiento de la sesion i la tristeza de los funerales de la dinastia. Ni un ministro en los bancos del gobierno. Veíase en todas partes el interregno. La Cámara buscaba un hombre a quien preguntar, un signo de poder que rodear. Reinaba el silencio. Un jóven diputado, M. Laffite, nombre fatal a los tronos, sube a la tribuna. Se dióje a todos los partidos, especialmente a la oposicion, jenerosa, puesto que se halla triunfante, i pide que la Cámara, preocupada de la salvacion comun, se declare en permanencia. Es la señal de los momentos extremos. La Cámara por comuaidad adopta esta mocion. Pero los diputados monárquicos se limitan a esta medida. Ninguna iniciativa enérgica parte de sus filas. Piérdese la hora en una inútil espectacion.

Sin embargo, un oficial de uniforme es introducido precipitadamente en la sala. Sube la escalera de la tribuna i habla al oido de M. Sauzet. M. Sauzet se levanta, invoca el silencio, anuncia con voz firme pero conmovida, que la señora duquesa de Orleans i sus hijos quieren entrar en la sala. El anuncio de la llegada de la princesa ajita sin admirar. Se presajiaba la abdicacion. Se esperaba la proclamacion de la rejencia. Se ignoraba la fuga del rei. Hallábase natural que la princesa, madre del jóven rei, viniese a presentar su hijo a la adopcion del pais por la Cámara de diputados. Los hombres de servicio colocan dos sillas i un sillou al frente de la Asamblea; reina en todos los bancos un respetuoso silencio. Los diputados bajan de las alturas de la sala para acercarse a la escena. Los espectadores en la tribuna inclinan sus cuerpos ácia adelante, i fijan sus ojos en las puertas. La actitud universal manifiesta la decencia del lugar i la ansiedad del espectáculo.

IX.

Abrese la ancha puerta que dá frente a la tribuna a la altura de los bancos mas elevados de la Sala. Aparece una mujer: es la duquesa de Orleans; está en traje de luto. Su velo, medio recojido en su sombrero, permite contemplar su rostro marcado con una emocion i con una tristeza que relevan la juventud i la hermosura. Sus mejillas pálidas, están surcadas por las lágrimas de la viuda i las ansiedades de la madre. Es imposible a una mirada de hombre fijarse en estas facciones sin enternecerse. Todo el resentimiento contra la monarquía se evapora del alma. Los ojos azu-

les de la princesa vagan en el espacio por el que son un momento ofuscados, como para pedir socorro a todas las miradas. Su cuerpo frágil i esbelto se inclina al ruido de los aplausos con que es recibida. Un ligero carmin, rayo de esperanza en la caída i de alegría en el luto, colora sus mejillas. Su sonrisa de gratitud brilla en medio de sus lágrimas. Se conoce que ella se contempla rodeada de amigos. Da la mano derecha al jóven rei que tropieza en las gradas, i la izquierda a su otro hijo el duque de Chartres; niños para quienes su catástrofe es un espectáculo: ambos están vestidos de un traje corto de paño negro. Un cuello blanco cae de sus gargantas sobre sus vestidos; retratos vivos de Vandic desprendidos del lienzo de los hijos de Carlos I.

El duque de Nemours va al lado de la duquesa de Orleans, fiel a la memoria de su hermano en sus sobrinos: protector que tendrá necesidad bien pronto de ser protegido él mismo. La figura de este príncipe ennoblecida por la desgracia, respira la satisfacción esforzada pero modesta, de un deber cumplido a riesgo de su ambición i de sus días. Algunos jenerales en traje de uniforme, oficiales de la guardia nacional, descienden tras los pasos de la princesa. Esta saluda con una gracia tímida a la asamblea inmóvil; se sienta entre sus dos hijos al pié de la tribuna: inocente acusada ante un tribunal sin apelación que viene a oír abogar por la causa del trono. En este momento estaba ganada esta causa en los ojos en los corazones de todos. La naturaleza triunfará siempre de la política en una asamblea de hombres impresionados por las tres armas mayores de la mujer en el corazón humano: la juventud, la maternidad i la piedad.

X.

Parece que se esperase una palabra. La tribuna de los oradores está vacía. ¿Quién se atrevería a hablar a la faz de semejante espectáculo? Déjase hablar a la misma escena. Todos se recojen en su emoción.

Con todo, la hora urje. Es preciso adelantarse a la revolución por un voto, o cualquiera palabra llegará demasiado tarde. Un diputado conocido por su independencia e intrepidez, M. Lacroix, jeneroso i franco como los hombres de Bretaña, desconfiando sin razón de su autoridad, se levanta. Pide con visible intento de provocar la elocuencia de uno de los dueños de la tribuna, que se conceda la palabra a M. Dupin. La intención era piadosa, pero

carecía de instinto. Un estremecimiento sombrío recorre la Asamblea i excita un rumor que se convierte casi en murmullo. M. Dupin era tenido por el amigo i el confidente personal del rei. Jefe de sus consejos privados, veíase en él en semejante momento mas bien el intérprete de confianza de los votos de la Corte que el orador de la Nación. Es el rei quien va a hablar, se decían por lo bajo. La desconfianza se arma de antemano contra la seducción. Endúrcense por el orgullo de divisar i evitar un lazo. Es un drama convenido en la noche en las Tullerías. Vislúmbrase la trama. Piérdese el efecto. Un grito del alma, un ademán militar de M. Lacrost hubieran arrastrado la Asamblea. Un grande orador la hiela. Todo consiste en la hora. No era la hora de M. Dupin: era la de un sentimiento inculto pero comunicativo. Lacrost tenía este sentimiento en el corazón i le hubiera hallado en la voz.

El mismo M. Dupin lo conocía i tenía el instinto del silencio. «No he pedido la palabra,» dijo admirado. Pero la Asamblea impaciente le señala con el dedo la tribuna. Subió a ella.

«Señores, dijo con una voz en cuyo tono se sentía temblar la monarquía; conocéis la situación de la capital: las manifestaciones que han tenido lugar han dado por resultado la abdicación de S. M. Luis Felipe, que ha declarado renunciar el poder i dejarlo a su libre transmision en la cabeza del conde de Paris con la rejencia de la señora duquesa de Orleans.»

Los amigos de la dinastía se apresuraron a aplaudir como para apoderarse con un primer movimiento de sorpresa de esta rejencia que la discusión puede arrebatárles: finjen tomar como prenda de la inauguración de una nueva monarquía los gritos de respetuosa ternura que saludan a un niño i a una mujer con los nombres de rejenta i de rei.

M. Dupin quiere hacer constar estos gritos en presencia de la tribuna como para hacerlos irrevocables— «Señores, dijo: estas aclamaciones tan preciosas para el nuevo rei i para la señora rejenta, no son las primeras que la hayan saludado. La princesa ha atravesado a pié las Tullerías i la plaza de la Concordia, escoltada por el pueblo i por la guardia nacional, que expresaban este voto. Como su corazón le dicta no administrar sino con el sentimiento profundo del interés público, del voto nacional, de la gloria i de la prosperidad de la Francia, pido que se estienda un proceso verbal de nuestras aclamaciones.» Gritos mas raros responden a estas palabras. El entusiasmo no tie-

ne mas que un relámpago, como el rayo. Si uno se levanta despues de su brillo es que ha escapado de él. M. Sauzet trata de volvera apoderarse del entusiasmo. «Señores, dijo a su vez: me parece que la Cámara con sus aclamaciones unánimes.»

No se le permite acabar. Un ruido inusitado estalla a la puerta de la izquierda al pié de la tribuna. Algunos desconocidos, algunos guardias nacionales armados, hombres del pueblo con trajes de dia de trabajo, echan abajo la puerta, separan a empujones los ujieres agrupados al pié de la tribuna, invaden la mitad del hemicielo, e interpelan con sordas vociferaciones al duque de Nemours.

Varios diputados se precipitan a su encuentro para formar con sus cuerpos una muralla a la princesa M. Mauguin, tranquilo i con la cabeza erguida, las rechaza con su actitud i con su pecho. El jeneral Oudinot les habla con cólera marcial. Atraviesa en seguida esta multitud para ir a invocar en el patio el apoyo de la guardia nacional. Recuerda la inviolabilidad de la Asamblea i el respeto debido a una princesa i a una mujer que se halla amparada por las bayonetas francesas. Los guardias nacionales le escuchan, aparentan participar de su indignacion, toman lentamente las armas i acaban por contemporizar con el acontecimiento.

Oudinot, indignado, vuelve a entrar en la Sala. Sus opiniones de diputado, inciertas acerca de la dinastia, quedan sepultadas en su corazon; hombre i soldado, se irrita ante el insulto hecho a una mujer.

La sesion interrumpida por esta semi-invasion del pueblo, continúa. Los diputados se indignan de la insinuacion del presidente que ha querido hacér constar la aclamacion de algunos como el voto de todos. Se apresuran a protestar a los pies de las dos escaleras de la tribuna. M. Marie, orador imponente i sosegado, de una oposicion severa pero moderada, consigue subir a ella; otros le disputan el intervalo de su accion i el ruido de su voz. Cruza los brazos sobre el pecho i espera su derecho.

La estimacion que su carácter atrae, redobla la influencia de sus discursos. Su elevada estatura, sus facciones marcadas aunque breves, imprimen a su persona un no sé qué de trájico que traen a la memoria el busto romano. Contempla la tempestad sin ceder a ella, pero sin vencerla.

Lamartine conoce que la deliberacion va a perder algo de su libertad, si se discute la rejencia sobre la cabeza de la rejenta i de sus hijos. Quiere salvar al mismo tiempo al espíritu de la

Asamblea de la opresion de un sentimiento, i a la duquesa de la profanacion de su infortunio. « Pido, dijo, al señor Presidente » que suspenda la sesion por el doble motivo del respeto debido a » la representacion nacional, i el debido a la augusta princesa » que se halla presente. »

XI.

El presidente adopta este consejo, que hace recuperar al voto su dignidad i la decencia al rango, al sexo i a la desgracia. La señora duquesa de Orleans vacila si se retirará: parece sentir que su presencia es la única prenda que queda al restablecimiento del trono. El jeneral Oudinot se lanza a la tribuna para retardar la marcha de la princesa o para honrarla con un posttrer saludo. — « Se apela a todos los sentimientos jenerosos, » dijo el valiente soldado. La princesa, se os ha dicho ya, ha » atravesado las Tullerías i la plaza de la Concordia, sola, a pié, » con sus hijos, en medio de las aclamaciones públicas. Si desea » retirarse, ábransele las puertas, rodéennla nuestros respetos » como se hallaba rodeada hace un momento por los respetos » de la ciudad de Paris. »

No dejándose oír reclamacion alguna contra la marcha de la princesa a pesar de las hábiles alusiones del orador al amor del pueblo: « Acompañémosla adonde quiera ir, añadió. »

La princesa no tenia mas que decir: quiero ir a las Tullerías; la Cámara en masa, el pueblo conmovido al espectáculo, la hubiera vuelto a conducir con la misma oleada que acababa de arrojarla de allí.

Ella no se atrevió a interrumpir. Oudinot parecia esperar esta palabra. Su espada sin duda habria protegido la viuda i los niños. — « Si quiere continuar en este recinto, que permanezca i tendrá » razon, añadió con un acento que parecia clavar a la princesa en » su lugar, porque será protegida por nuestra consagracion. »

XII.

Pero aumentándose el tumulto a las dos puertas i al pié de la tribuna, la duquesa, respetuosamente arrastrada por los oficiales de su séquito, por el duque de Nemours i por los diputados del centro, deja su lugar, sube las gradas que ha dejado hace un momento, i toma asiento en uno de los últimos bancos

al frente de la tribuna. Un grupo de diputados en pié, la protege. Rumores crecientes vienen de la parte de afuera a sumirse en el recinto. M. Marie arrostra la presencia de la augusta cliente de la Asamblea.

« Señores, dijo: en la situación en que se halla París no hai » una hora que perder para tomar medidas que puedan tener » autoridad sobre la población. Desde esta mañana el mal ha » hecho inmensos progresos. ¿Qué partido tomar? Acaban de » proclamar la rejeñcia de la señora duquesa de Orleans, pero » teneis una lei que nombra de rejente al señor duque de Ne- » mours. Hoí no podeis decretar una rejeñcia; es preciso que obe- » dezcaís la lei. Sin embargo, preciso es tambien reflexionar. Nece- » sario es desde luego a la cabeza de la capital, como cabeza de » todo el reino, un gobierno imponente. Pido que se instituya » un gobierno provisorio. »

Ni un solo murmullo se elevó a esta palabra decisiva. Todo reinado, toda rejeñcia, se han desplomado ya en los espíritus. Los amigos complacientes de la rejeñcia del hijo mayor del rei, consternados al presente, conocen la falta que han cometido violando la lei de la naturaleza que nombraba a la duquesa de Orleans. No habria hoí un vacío que llenar con una nueva lei; una Constitución que violar, un intervalo de tiempo necesario para anular esta lei i rebacerla, una monarquía que arrojar al abismo con el rejente.

« Cuando se haya constituido este gobierno, continuó M. Ma- » rie, resolverá en union de las Cámaras i tendrá autoridad en » el país. Tomado este partido, es necesario instruir de él in- » mediatamente a París. Es el único medio de restablecer la » tranquilidad. En semejante momento es necesario no perder » el tiempo en vanos discursos. Pido que se organice un go- » bierno provisorio. »

XIII.

Las tribunas aplauden. Ningun contradictor se levanta. La duquesa de Orleans palidece todavia mas; el duque de Nemours hace anotaciones con un lapiz como si preparase una magnánima renuncia.

Un orador popular, *M. Cremieux*, que acababa de escoltar al rei a su carruaje, afectado de la grandeza de la situación i de lo político del espectáculo, deslizó en la mano de la princesa algunas

palabras propias para lisonjear a la nacion i para hacer devolver por las manos del mismo pueblo el imperio a la viuda del duque de Orleans. Si es un crimen, es el crimen de la piedad. ¿Quién no hubiese cometido este crimen si se hubiese hallado al lado de esta pobre mujer?

No por esto deja M. Cremieux de subir a la tribuna despues de M. Marie. «En 1850, dijo, nos hemos apresurado demasiado; hé-
« nos aquí en 1848 obligados a empezar otra vez; no queremos
« apresurarnos en 1848. Queremos proceder con regularidad,
« con legalidad, con enerjia. El gobierno provisorio que nombra-
« reis, no estará encargado únicamente de conservar el órden,
« sino de darnos tambien instituciones que protejan todas las
« partes de la poblacion, todo lo que habia sido prometido en
« 1850 i que no ha sido cumplido. En cuanto a mí, os lo decla-
« ro, profeso el mas profundo respeto a la señora duquesa de
« Orleans. Acabo de acompañar, tengo este triste honor, a la fa-
« milia real hasta los carruajes que la conducen en su viaje. No
« he faltado a este deber; pero al presente, la poblacion, la guar-
« dia nacional han manifestado su opinion. Pues bien, la procla-
« macion de la rejencia que se os propone en este momento, vio-
« laria la lei ya dada. Nombremos un gobierno provisorio! (Los
« bravos redoblan i se jeneralizan). Que sea justo, firme, vigoroso,
« amigo del pais, al que pueda hablar. Vednos llegados hoy
« a lo que debia darnos la revolucion de julio. Aprovechémonos
« de los sucesos. No dejemos a nuestros hijos el cuidado de re-
« novar esta revolucion. Pido un gobierno provisorio compues-
« to de cinco miembros.» Mientras que toda la Asamblea adopta
con sus aplausos o su resignacion esta mocion, el niño rei, sobre
las rodillas de su madre, contempla con ojos distraidos este mo-
vimiento tumultuoso de la asamblea i aplaude con sus manecitas
la mocion que le destrona. La duquesa de Orleans frota entre sus
dedos el papel que contiene las palabras escritas por M. Cre-
mieux i las hace leer a M. Dupin que parece aprobarlas.

XIV.

M. Odilon Barrot entra i sube a pasos lentos i solemnes la es-
cala de los oradores, [que ha subido i descendido tantas veces
en medio de los aplausos de la oposicion. Su rostro está pálido,
sus cejas arrugadas por la inquietud, su ojo mas cóncavo i mas
dudoso que nunca. Se le contempla con respeto. Se sabe que lo

que pasa en su fisonomía pasa en su corazón. Puede dudarse de su decisión, no se tiene duda alguna de su conciencia. El patriotismo desinteresado es su religión. La popularidad es su única debilidad. Ha fluctuado toda su vida entre la república i la monarquía; marchando siempre al estado popular, adhiriéndose siempre al trono. Es preciso que elija. Esta hora reasume e interroga su vida; le exige despiadadamente la última palabra que ha exigido en 1850 a Lafayette en el Hotel de ville. M. Barrot es el Lafayette de los oradores. La república o la monarquía están suspendidas de sus labios.

«Nunca, dijo, nos han sido mas necesarias la sangre fria i la prudencia. Ojalá os unais todos en un mismo sentimiento; el de salvar al país del mas desastroso de los azotes; el de la guerra civil! Las naciones no mueren! Pero pueden debilitarse en las disensiones intestinas, i jamas ha tenido la Francia mas necesidad de toda su grandeza i de toda su fuerza! Nuestro deber está ya marcado; tiene dichosamente esa sencillez que lo presenta con claridad a toda una nacion. Recurre a lo que ella posee de mas jeneroso i de mas intimo: su valor i su honor. La corona de julio descansa en la cabeza de un niño i de una mujer.»

El centro de la asamblea que ocupan los amigos de la dinastía, saluda nuevamente estas palabras con frenéticos aplausos. Al punto a que se inclina la popularidad de M. Barrot, creen ver inclinarse el destino. La misma duquesa, por un feliz instinto de reconocimiento, se levanta i saluda a la tribuna. Cada una de sus acciones, imprime un movimiento de curiosidad i una expresion de tierno interés a las actitudes i a las fisonomías. La princesa vuelve a sentarse.

El jóven rei se levanta a indicacion de la princesa, i saluda a su vez a los que han aplaudido a su madre. El duque de Nemours habla al oido de la duquesa: esta se levanta de nuevo con una timidez mas visible; tiene un papel en su mano, lo ajita mostrándolo al presidente. Una voz femenina, clara, vibrante, pero ahogada por la emocion, sale del grupo que la rodea i hace correr como un temblor un lijero zumbido en la asamblea: es la duquesa que pide hablar a los representantes de la nacion. ¿Quién hubiera resistido a esta voz? Quién no hubiera sentido brotar de su corazón las lágrimas que a no dudarlo la hubieran interrumpido! Hubiérase terminado la discusion. El presidente no ve este ademan, no oye esta voz, o afecta no ver o no oír para con-

servar la atención de los espíritus a M. Barrot. La duquesa cor-
tada i horrorizada de su audacia, vuelve a sentarse. La naturale-
za vencida, queda muda. ¿Qué podrá la elocuencia?

M. Barrot continua: «En nombre de la libertad política en nues-
tro país, en nombre sobre todo de las necesidades de orden,
« en nombre de nuestra unión i de nuestra armonía en tan difi-
« ciles circunstancias, pido a todo mi país que se una en torno
« de sus representantes de la revolución de julio. Cuanta mayor
« grandeza i mayor jenerosidad hayan en mantener i en volver a
« ensalzar de este modo la pureza i la inocencia, con tanto
« mayor valor se consagrará a ello mi país. Por lo que a mí to-
« ca, me consideraré dichoso de consagrar mi existencia, cuan-
« tas facultades poseo en este mundo, a hacer triunfar esta
« causa que es la de la verdadera libertad en mi patria.

«¿Pretenderíase por acaso poner en cuestión lo que hemos de-
« cidido por la revolución de julio? Señores, la circunstancia es difi-
« cil, convengo en ello; pero hai en este país tales elementos de
« grandeza, de jenerosidad i de buen sentido, que me hallo conven-
« cido de que basta apelar a estos elementos para que la población
« de París acuda al rededor de este estandarte. Hai aquí todos los
« medios de asegurar toda la libertad a que tiene derecho de pre-
« tender el país; de conciliarla con todas las necesidades de ór-
« den, que le son tan necesarias; de reunir todas las fuerzas vi-
« vas de este país, i de atravesar las grandes pruebas que quizá
« le están reservadas. Este deber es simple, trazado por el ho-
« nor, por los verdaderos intereses del país. Si no sabemos lle-
« narlo con firmeza, perseverancia i valor, no sé cuáles puedan
« ser las consecuencias. Pero estad convencidos, como lo decia
« al empezar, que el que ha tenido el valor de tomar la respon-
« sabilidad de una guerra civil en el seno de nuestra noble Fran-
« cia, este es culpable para con el primer jefe, este es criminal
« para con su país, para con la libertad de la Francia i del mun-
« do entero. En cuanto a mí, señores, no puedo aceptar esta
« responsabilidad. La rejección de la duquesa de Orleans, un mi-
« nisterio elejido entre las opiniones mas experimentadas, van a
« dar mas prendas a la libertad; i quiera el cielo que un llama-
« miento al país, a la opinión pública en toda su libertad, haga
« que se pronuncie entónces, i se pronuncie sin extraviarse has-
« ta preteusiones rivales de la guerra civil, que se pronuncie
« en nombre de los intereses del país i de la verdadera
« libertad. Este es mi consejo, esta es mi opinión. No po-

«dría adoptar la responsabilidad de cualquiera otra situación.»

XV.

Este discurso expiró en el silencio o entre murmullos. El tiempo había seguido su curso mientras que el orador hablaba. M. Barrot estaba ya en el pasado, no le pertenecía el presente, se le escapaba el porvenir.

M. de Larochejacquelin, se lanzó a la tribuna. Hijo de los héroes de la Vendia, M. de Larochejacquelin aceptaba la responsabilidad de la causa i de la gloria de su padre. Pero vendiano de corazon, era liberal i casi republicano de intelijencia. A falta de rei lejítimo, decapitado o proscrito por la omnipotencia de los sucesos, no reconocía mas rei que el pueblo. Apelaba a la insurreccion de 1830, a la libertad de todas las épocas. Su habilidad era la franqueza; su táctica parlamentaria, el honor; su elocuencia, el grito repentino i siempre jeneroso de su conciencia. En medio de tantos oradores, era el orador ecuestre, el jentil hombre de tribuna. Su voz era la esplosion del cañon en el campo de batalla. Su jentil fisonomía, su espesa cabellera de leon, su cabeza erguida, su pecho levantado, su actitud heróica, eran imponentes. Una cierta jovialidad de acento, le hacia grato al pueblo; el pueblo le perdonaba su nombre realista por su oposicion al nuevo trono.

Viéndole lanzarse a la tribuna, se creyó que iba a reivindicar la corona para Enrique V. Un murmullo reveló este pensamiento. M. de Larochejacquelin lo oyó i lo refutó con un ademan.

«Ninguno mas que yo, dijo, inclinándose lijeramente ante la duquesa de Orleans, ninguno mas que yo respeta i conoce tan profundamente lo que hai de bello en ciertas situaciones. No es esta mi primera prueba! . . . no vengo a suscitar aquí locamente pretensiones contrarias a aquellas a que ha aludido M. Barrot. No; pero creo que M. Barrot no ha servido como hubiera querido servir, los intereses que hubiera querido salvar. Toca quizá a los que han servido siempre los reyes en el tiempo pasado, hablar al presente del pais i del pueblo.» I erguiéndose en toda su estatura i dirijiendo a los diputados del centro un ademan esterminador de verdad i de reto: «hoi, exclamó con su mas tonante voz, no sois nada! absolutamente nada!»

XVI.

Esta palabra parecia haber transportado a la asamblea la insurreccion de la calle. Los centros sublevados estallan en gritos i en acciones de indignacion i de tumulto. « Cuando he dicho » que no sois nada, continuó el impassible orador, no creia haber excitado tantas tempestades. No soi yo diputado, quien os » dirá que no existis como diputados; yo digo que la Cámara no » existe como. . . .

El pueblo se encarga de acabar la frase suspendida del orador. Oyese chocar contra la puerta de la izquierda al pié de la tribuna. Ruido de armas, gritos, interpelaciones, jemidos de hombres sofocados unos por otros, resuenan en los corredores. La sala i las tribunas se levantan por un impulso eléctrico. Hombres con los brazos tendidos, con bayonetas, sables, barras de hierro, banderas desgarradas sobre sus cabezas, hacen esfuerzos por penetrar en el hemiciclo. Era la columna del capitán Dunoyer, aumentada con los republicanos que habia reclutado en su camino. Esta columna habia entrado en un principio en las Tullerías confundida en desórden con las masas de insurrectos que habian invadido el palacio por todas sus puertas. Habia salvado allí las guardias municipales i los soldados olvidados en la retirada. Llegada despues a la sala del trono, la columna habia sido precedida por Lagrange, el combatiente exaltado de las insurrecciones de Leon i de Paris.

Lagrange tenia en la mano la abdicacion que habia arrebatado, como hemos visto, al mariscal Gerard en el momento en que el anciano guerrero la desdoblaba ante el pueblo para desarmarle.

Lagrange sube a una banqueta, lee esta abdicacion al pueblo. En seguida pasando sobre su auditorio una mirada de interrogacion i una sonrisa de desden, parece preguntar si basta esta miserable satisfaccion a la sangre derramada desde hace tres dias. No, no! gritan los vencedores; ni trono ni reinado! Bravo amigos, esclama Lagrange, es la república lo que necesitamos. A esta palabra estallan los aplausos. Algunos oradores toman el mismo trono por tribuna; se suceden en él blandiendo sus armas; proclaman en él la abolicion "al trono. El capitán Dunoyer i los suyos desprenden una de las banderas que adornaban Dunoel dosel; otros los imitan, desgarran las banderas, repártense los jirones, hacen de ellos trofeos, bandas, escara-

pelas. El capitán Dunoyer reúne a su alrededor la flor de sus hombres arrancados por su voz al espectáculo de la devastación del palacio. Vuelve a formar su columna i grita : a la Cámara! Persigamos al trono en el asilo en que su sombra se ha refugiado!

La columna atraviesa el Sena, sigue por el malecón Orçay, gritando : abajo la rejencia! Auméntase en su marcha con esos hombres que las corrientes populares arrastran como el agua desbordada arrastra sin elección lo que hai de puro o impuro en sus orillas. Un mozo de carnicería, con su delantal manchado de sangre, blandiendo en su mano un cuchillo; un viejo, la cabeza descubierta i calva, la barba blanca i erizada, armado de una espada desnuda, antigua, salida de algún museo, cuya guarnición está formada de un pan de munición atravesado por la ancha hoja, modelo vivo de los estudios de pintura; otros vagabundos notables a la vista por los harapos i por la estrañeza de sus trajes i de sus armas, se colocan espontáneamente a la cabeza de los guardias nacionales i de los combatientes, como otras tantas erupciones de las sublevaciones del volcán del pueblo. Algunos alumnos de la escuela politécnica marchan entre estos hombres i la columna; se avanza a toda carrera. Los puestos avanzados de línea, cruzan en vano la bayoneta. Los republicanos bajan las armas de los soldados, atraviesan por entre ellos, perciben los coches de la corte que esperan a la duquesa a las puertas de la Cámara. Temen que las súplicas i las lágrimas de mujer les arrebatan la revolución. Se avanzan en tumulto hasta la reja que da frente al puente. Los 2000 hombres en batalla mandados por el jeneral Gourgaud, les detienen sin rechazarles. En vano se pretende entrar en razones. Se les intima que respeten la inviolabilidad de la representación. « ¡ qué! responde uno de ellos; nuestros padres han atravesado tantas veces el umbral de la asamblea nacional i de la convención, ¿i no atravesaremos nosotros una sola el umbral de la corrupción de las cortes? »

XVII.

El jeneral Gourgaud se presenta i los arenga : se esfuerza por contemporizar al ménos con ellos. « Esperad, les dice, voi yo mismo a la sala i os daré cuenta de lo sucesos. »

Durante la corta ausencia del jeneral, una parte de los republicanos trepa i salva la muralla del recinto exterior, las gradas del peristilo, e intenta forzar las aberturas que toman la luz bajo

las columnas de la fachada «Deteneos, hijos míos, exclama Gourgaud, que vuelve a ellos, M. Cremieux está en la tribuna, combate en este momento la rejencia. M. Marie, cuyo nombre conocéis, defensor incorruptible de vuestra causa, va a venir él mismo a anunciároslo.»

Oyese con respeto el nombre de Marie. El aspecto militar del jeneral, el reflejo del nombre de Napoleon en su nombre, hablan en su favor. «Os creemos, jeneral, responde el jefe de la columna, el capitán Dunoyer, pero son pocos en la Cámara los amigos del pueblo. La mayoría vendida va a ahogar sus voces. Será demasiado tarde i la patria os maldecirá por haber detenido nuestros pasos.» A estas palabras, Gourgaud, en la impotencia de dominar su impetuosidad, cede i ordena sus tropas, que permanecen neutrales. La guardia nacional aplaude. M. Marie se presenta en vano. Su voz es ahogada por el tumulto; sus brazos comprimidos por la turba. Esta turba aparta, derriba, ahoga las centinelas, los ujieres, los representantes que intentan oponerse al torrente.

El coronel *Dumoulin*, antiguo oficial de órdenes de Napoleon, que une al fanatismo de sus recuerdos militares el fanatismo de la república, se arroja en esta cabeza de columna como para arrastrarla a un asalto. Arrebata la bandera del trono de manos de uno de los combatientes; sube la escalera de los oradores, plantando el asta de la bandera sobre el mármol de la tribuna: parece esperar que le siga un orador para proclamar allí la República.

Al pié de la tribuna, bajo los pliegues de la bandera, un viejo de fisonomía dulce i tranquila, se apoya en el pomo de un largo sable desenvainado, como una cariátida, imájen del pueblo vencedor i apaciguado. El carnicero con su cuchillo en la mano, atraviesa solo el espacio vacío entre la tribuna i las gradas. Los diputados retroceden horrorizados, evitando el contacto de sus vestidos ensangrentados. Forman un grupo mas espeso sobre los bancos superiores en torno de la duquesa de Orleans. La princesa sin intimidarse, toma notas al lapiz sobre sus rodillas. Busca sin duda en su propio corazon las palabras mas propias para salvar a sus hijos. Ningun ademan, niingun grito de los invasores, intentaba imponer su voluntad a la representacion nacional. Parecian haber venido mas como espectadores que como dueños de la suerte que la asamblea les decretaria. Todo parecia suspendido i como petrificado en la comun espectacion.

(Continuará).

MACIAS.

(Imitación.)

Todo es pálido despojo
Del hastio i del dolor,
Todo causa triste enojo
Si no lo anima el amor.

TROVA DE MACIAS.

El cantor.

En la torre de Arjonilla,
Negro gigante que se alza
Como un espectro sombrío
En un confin de la España,
El infelice Macias
Amante suspira i canta,
Llorando su bien perdido
I su fortuna contraria.
Mas les ecos de su lira
Delirios son de su alma,
Que la ilusion creó bellos
I que el desengaño amarga!
En vano en tristes endechas
Sus quejas al viento manda,
Si las rejas de su cárcel
Niegan paso a su esperanza
I solo inertes paredes
Oyen sus amantes cántigas!
Él allí, solo, encerrado,
I su Elvira idolatrada
De odioso rival en brazos,
En amor la vida exhala.

Muchas veces a las rejas
 El infeliz se acercaba
 I daba al inmenso espacio
 Las melodias de su harpa.
 El viajero conmovido
 Sus acentos escuchaba
 I al oír sus tristes ayes
 Sentia romperse el alma!
 ¡Cuántas de amor, lastimeras,
 Murmuraron en las auras,
 Quejas sentidas i dulces
 Que su cítara brotaba!
 Si los viajeros despues
 En sus liras las cantaran,
 O si el aura vagarosa
 Que enántes las escuchara
 En sus pliegues las llevase
 Adonde estaba su amada,
 No se sabe; mas la hermosa
 Por quien el triste cantaba
 De su amante trovador
 Supo la fortuna amarga;
 I a sus oídos llegaron
 Desde la torre apartada
 De su harpa el lánguido eco
 Sus endechas i sus lágrimas.

La venganza.

En el corazon de Elvira
 Los ayes del prisionero
 Penetraron, i en lo íntimo
 Profunda herida le hicieron;
 De sus mejillas las rosas
 Perdieron el matiz bello,
 I llanto eterno anubló
 Sus ojos, color de cielo.
 Para Elvira no hai festines;
 Para Elvira no hai recreo;
 Que en todas partes le sigue
 De Macias el recuerdo,
 Que perturba sus placeres,
 Perturba sus dulces sueños,
 I de su alma desgarrada
 Acrecienta los tormentos.
 El conde, esposo de Elvira,
 Espiando con sus zelos
 Ha adivinado la causa

De sus continuos lamentos.
«Aun encerrado, decia,
De ese doncel temer debo
Pues los ayes de su lira
Quizá hasta aquí trae el viento.
Ya que la ausencia no basta
Para apagar ese fuego
Que en el alma de mi esposa
Encendió su atrevimiento;
Entre ambos alzaré un muro
Mas horrible i mas espeso.
I lo que no ha hecho la ausencia
La muerte logrará hacerlo.»
I cual si fuese a la guerra
Férrea armadura vistiendo,
En un robusto morcillo
Se dirige el conde fiero
A la torre de Arjonilla
En ira i venganza ardiendo.
En las rejas justamente,
De su solitario encierro,
El amoroso Macias
Cantaba su harpa tañendo;
I arrobado no sentia
Ni los ruidos del viento,
Ni del caballo del conde
Los atronadores ecos.
¡Quizá soñaba en su mente
Algun fantástico cielo
Do se mecía estasiado
Su inspirado pensamiento!
Al verlo el conde, la lanza
Con brazo fuerte blandiendo
Apoyado en los arzones
La arrojó al cantor colérico . . .
Un instante fue: la pica
Silbó, los aires partiendo
I pasando por las rejas
Vino a clavarse en su pecho;
I atravesado Macias
Exanime cayó al suelo.
Murió cantando, cual cisne
Que en el cristalino espejo
De una tranquila laguna
Hiere cazador certero.
Orgullecido del triunfo

Vuelve el conde brida presto
 I hácia Galicia, confiado
 Aguija el potro lijero.

El castigo.

Vano delirio! Macias
 Murió; mas viven sonoras
 Repetidas por do quiera
 Sus endechas amorosas,
 Que canta el amante triste
 Si de amores, penas llora:
 Cantos suaves que volaron
 Como el olor de la rosa,
 En su camino dejando
 Pura esencia, grato aroma.
 Con su traidora muerte
 Dióle al olvido la esposa?
 No; en el alma su recuerdo
 Vivió siempre con sus trovas.
 Sincera amante, cada año
 Dejaba en su yerta losa
 En recuerdo de su amor
 Un ramo de puras violas,
 Con su llanto humedecidas
 I los besos de su boca.
 Tampoco el conde malvado
 Con su traicion alevosa
 Gozó la paz que anhelaba
 Donde quiera, a todas horas
 En la estancia solitaria,
 En la orjía bulliciosa,
 O cuando en lecho de plumas
 El tranquilo sueño goza,
 Tristes ayes le perturban
 De interminable congoja
 Que quebrantan su reposo
 I que su espíritu agobian.
 Donde quiera amenazante
 Ve de Macias la sombra,
 Sangre chorreando, gritarle,
 «Asesino!» con voz sorda.
 I si apartarse un momento
 De aquestas visiones logra,
 Oye el rumor de mil citaras
 Que sonos lúgubres tocan
 I como voces de espectros

Que se alzan huecas i bronceas.
 Oye cantar de Macías
 Las enamoradas trovas
 Que claras repite el eco
 Por las solitarias bóvedas.

GUILLERMO MATTA.

Hacia una vida sonora
 Hospitalaria por doquiera
 Sus endechas amorosas
 Que en las alcobas tristes
 Si de amor se para el pie
 Lanza suaves que volarán
 Como el olor de la rosa.
 En su camino de vida
 Para esencia, grato aroma
 Con su trabajo honesto
 Dado al olvido la espada
 No en el día su recuerdo
 Visto siempre con sus trovas
 Sincera amante cada uno
 Habla en su vida los
 En recuerdo de su amor
 El rano de porras viejas
 Con su llanto pueril
 Los besos de su boca
 Tampoco el canto malvado
 Con su raudal de voces
 Como la paz que anhela
 Desde poeta a todas horas
 En la estancia solitaria
 En la vida pública
 O cuando en lecto de poemas
 El mundo suyo esta
 Triste a los lecciones
 El inimitable congo
 Que deprimen en trovas
 I que se espanta a todos
 Desde que se encuentran
 Y de dar a la vida
 Sangre chorreando gratos
 Al mundo con su vida
 I se agitan en momentos
 De agitación y amor
 Que en el mundo de los días
 Que son las horas locas
 I como voces de esperanza

LA SERENATA.

(L. CARRER.)

Riza el agua del lago
La blanda aura olorosa;
I el cespced a su halago
Ondula con la rosa....
La blanca luna sírvame
De antorcha esta ocasion.

El igual movimiento
Del remo en grata calma
Lleve solo su acento
A la ferviente alma,
Que acorta mas mi tránsito
Con su palpitacion:

¿Quién a mi vista guarda
Su deleitable techo?

¡Ella es! Allí me aguarda
La que abrasa mi pecho.
Talvez dice en congojas:
¡Cuánto tarda mi bien!

Veré su rostro ledo,
Oiré su voz tan bella;
I si gozar no puedo
Por mi cruel estrella,
Serán dulces las lágrimas
Que a solas verteré.

Al léjos la armonia
De suave lira arranca;
Es la adorada mia
Que con su mano blanca
Pulsa en las cuerdas plácidas

mui raro ejemplo de haber sido alguna disuelta en los dos tercios del valor que aquella lei permitia enajenar.

¿Pudieron todos los poseedores en aquel tiempo realizar los dos tercios que les concedió la lei?—Sí pudieron. ¿Lo hicieron?—No lo hicieron. ¿Les obligaba la lei a que lo hicieran? No los obligaba. Luego las vinculaciones se hallaron en el mismo estado en que las encontró la promulgacion de la Constitucion de 28, i en el propio caso en que las halló la de 33; i por eso dijo esta: *redúzcase a vinculaciones de valores TANTO LAS ESTABLECIDAS HASTA AQUÍ como las que en adelante se establecieren; i añadiendo: asegurándose a los inmediatos sucesores llamados por la respectiva institucion EL VALOR DE LAS QUE SE ENAJENAREN.*

Seamos consecuentes. Las vinculaciones estan disueltas, se dice. Bien. ¿Qué se pretende entónces?—Que haya una lei que las disuelva. ¿Hai consecuencia en semejante modo de racionar?

No la hai, i porque no la hai, es por lo que no podemos entenderlos. Por esto vemos que los que mas incuban sobre una dissolution que no ha llegado a tener efecto, los que mas sostienen que no existen los mayorazgos, son los que mas claramente prueban la existencia que disputan. Disputan un hecho, i reconocen el hecho mismo. ¿Hai en esto consecuencia, hai lójica, hai razon?—¿Qué se deduce de aquí? Que los hechos son lo que son, que nadie los puede desnaturalizar, i que las palabras que contra ellos se dirijen, valen lo que vale la niebla ante el astro poderoso del dia: será ofuscado, cuando mas; pero nadie le impedirá alumbrar.

¶ Parece que hemos recorrido todo lo que puede tener relacion con la materia de que trato, en cuanto a lo que se deduce de los derechos conculcados por la Constitucion de 28, i restablecidos a su ser primero por la de 33. Si a esta se le niega la facultad de poder reparar una injusticia, es necesario que, guiados cuando ménos por el mismo espíritu de consecuencia, no le reconozcamos a la otra el poder de cometerla. De otro modo, no obraremos sino guiados por las mas funestas prevenciones.

¶ Pero aun hai mas. No son solamente ya la justicia, la equidad, las que se invocan. No se trata de hacer fuerza argumentando con las razones rebatidas; aquí entra el mas poderoso de todos los razonamientos que se han objetado en contra de la institucion de los mayorazgos: el del bien del estado, el provecho nacional, i dicen:

4.º *Que impidiendo las vinculaciones la division i subdivision de las propiedades, perjudican a la industria i a la agricultura nacionales.*

Yo supongo por un momento que este fuese un hecho reconocido; supongo tambien que el pais pierda con la existencia de las vinculaciones, supongo que los mismos fundos amayorazgados padezcan i sufran por consecuencia de la institucion. Preguntaré, solamente, ¿no puede conciliarse la destruccion de esta institucion con los derechos adquiridos i con las expectativas legales? ¿no puede una lei, consultando el bien comun que se invoca, reparar i conservar los derechos que por otro lado tanto se desatienden i menosprecian? Parece, sin embargo, que no fuera posible, porque, segun lo que vemos, el inmediato sucesor es el único que debe ser sacrificado.

Peró hai leyes patrias que disponen que no pueda quitársele a un individuo lo que le pertenece, cuando el bien jeneral lo reclama, sin indemnizarle de las pérdidas que se le hayan de ocasionar. Peró todo esto se olvida. Un inmediato sucesor a una vinculacion, debe juzgarse como sino perteneciera a la clase de ciudadanos a quienes garantiza la constitucion el goce de lo que tiene adquirido.

Mañana muere un individuo cualquiera sin herederos forzosos, i deja toda su fortuna, conforme a la lei, a otro individuo con la calidad de que, muerto este, pase la herencia al menor o al mayor de sus hijos: ¿Quién duda de que seria inícuo i bárbara la lei que despues desposeyese a cualquiera de estos dos llamados al goce de aquella fortuna que tenian heredada segun las expectativas legales, que los desposeyese de los derechos que habian adquirido, burlando las disposiciones i la voluntad del testador? Yo estoy seguro que nadie se atreveria ni a pensar siquiera en ello; tan repugnante le seria imaginar tamaña injusticia.

Pues para un inmediato sucesor que se halla en el mismo caso que en el anterior, no obsta sin duda las mismas consideraciones, no está sujeto a las mismas prerrogativas; puesto que nadie intentará privar a aquel de la herencia que habia de poseer sin indemnizarle, i cualquiera, sin escrúpulo alguno, cree que lo mas equitativo i justo es privar a un inmediato sucesor del goce del patronato que haya de heredar, sin remuneracion, sin que le quede lugar a reclamo alguno, contra quien de tal modo destruyó sus esperanzas i sus derechos.

Porque un inmediato sucesor, vuelvo a decirlo, no es para

algunos un hombre como los demas; debe sin duda considerársele como un ente raro que se halla enteramente fuera del alcance de lo que a todos los demas les concierne: un inmediato sucesor debe estar colocado en una escala aparte; debe vivir como no viven los otros hombres, debe haber otras leyes para gobernarlo: no deben ser sus privilejios los de los demas, i las instituciones nacionales servir para todos, ménos para él.

Así es que cuando se trata de la extincion de los mayorazgos, no se vé otra manera de cortar el mal que sacrificando a los primojénitos. Ya es un tercio, ya son dos tercios, ya es la mitad, o mas, lo que ellos deben perder. ¿I por qué esta desigualdad? ¿No es el bien procomunal el que pide imperiosamente, segun algunos, que queden destruidas las vinculaciones? Por qué se quiere que los primojénitos pierdan, sea poco, sea mucho? Natural, naturalísimo seria que interesado el bien nacional en destruir las vinculaciones, nadie mas que la nacion misma resarciera las pérdidas que ocasionaba su propio interes.

Esto no sucederá, se dice, i bien se comprende que no sucederá; porque si eso hubiera de suceder, ya hubiera variado el aspecto de la cuestion a los ojos de los que tanto empeño toman por la destruccion de las vinculaciones. Ya se tomaria ménos apresuramiento en la formacion de proyectos que iban necesariamente a afectar el erario nacional. Ya quizá no se encontraría el bien público tan comprometido. Ya se pensaría quizá, que catorce o dieziseis mayorazgos no podian constituir en el pais una jerarquía que jamas llegará a hacerse temible.

I volviendo los ojos mas arriba, muchos de los que hoy atacan los derechos de los primojénitos, encontrando que las vinculaciones pugnan con las instituciones republicanas i con el adelanto progresivo de la industria i de la agricultura nacionales, hallarian quizá que los fundos rústicos amayorazgados, eran de los mas bien cultivados de la república, o que corren parejas por lo ménos con los demas.

Hallarian que en la república de Chile no son las vinculaciones las que atrasan la industria i la agricultura; la industria, que ha llegado en nuestros dias a su apojeeo, ea la Inglaterra, el pais donde se hallan fradados los mas colosales mayorazgos; la agricultura, que ha conseguido hacer de la árida roca de La antigua Albion, uno de los verjeles de la tierra, a pesar de sus mayorazgos, sin que su nobleza i sus titulos, hayan sido un impedimento para ello.

Hallarian quizá que nosotros todo lo hemos exajerado ; encontrarían otras mas reales i verdaderas causas a que atribuir el poco camino que recorre nuestra industria i nuestra agricultura ; i comparando territorios con territorios , mayorazgos con mayorazgos , resultaria que los existentes en Chile no merecian el abinco con que se les persigue.

Encontrarian que queremos copiar sin discernimiento las consecuencias de las revoluciones de otras naciones de la vieja Europa , i que pretendemos consumir a sangre fria los atentados que cometieron otros pueblos , en medio de los furores de la guerra civil.

Si, porque las expoliaciones que se cometen no cambian de naturaleza , sean ejecutadas por un tirano , por el brazo de hierro de un déspota , por el hacha devastadora de un triunvirato , o por las cien cabezas de la hidra revolucionaria . Grandes injusticias cometen las revoluciones , como las cometen las monarquías , como las cometen las repúblicas . Cuando faltan las garantías de seguridad , todo caduca , nada es estable , todo es peligroso , i la cadena que ata i sostiene los diversos eslabones sociales , no es mucho que al romperse derrumbe lo que mas sólido se alzaba , lo que mas bien cimentado se ostentaba , cuanto mas justo i equitativo parecia .

Caigan los títulos de nobleza , está bien ; para nada los necesitamos , nadie aboga por ellos . Caigan los gobiernos aristócratas ; está bien ; ¿quién hai que entre nosotros los encoomie ? Pero no se trata de eso : se trata solamente de que la seguridad de las garantías sociales no se altere , de que se respeten las fortunas adquiridas , como se respeta la vida i la propiedad donde quiera que impera la justicia . Se trata , si , de que llamemos a las cosas por sus nombres , de que las veamos como son en si , no como quisiéramos que faesen . Se trata de que en cada mayorazgo , en cada inmediato sucesor , hallemos derechos que respetar , que ninguno de ellos pide nada a la nacion , aunque se halle cada uno dispuesto a concederle todo lo que no sea la completa ruina de sus intereses .

Asi lo hicieron en los días de angustia de la patria . Vivos están la mayor parte de ellos , i cuando , hace cuarenta años , alzaron los pueblos el grito de independencia , poco conocerá de nuestra historia , quien no vea escritos en documentos imperecederos los nombres de los mayorazgos : los Iruarrázabal , Larraines , Alcaldes , Tagles , Trucios i otros , que con sus caudales alimen-

taron la guerra santa de la emancipacion, hablan mas alto que los que se atreven a llamarlos aristócratas; i los presidios de Juan Fernandez i las mazmorras de Casas Matas que vieron sus padecimientos, desmienten mas elocuentemente con su silencio tan temerarias aserciones.

I sin embargo, parece que hai quien quiere ignorar que tuvieron en Chile los mayorazgos el influjo que tuvieron en la revolucion, i hai quien de buena fé piensa que las fortunas de los mayorazgos son un impedimento para el adelanto del pais. Pero enteadámonos: ¿Es la fortuna o es la institucion? Si es la aglomeracion de los capitales en unas pocas manos la que se teme, dirijámonos contra todas las personas acaudaladas i propendamos de una vez al comunismo: de este modo seremos consecuentes. Si es solamente la institucion i no otra mira mezquina de interes la que se tiene atacando a las vinculaciones, respétese, pues, los derechos adquiridos; disuélvanse los mayorazgos, pero no se irroguen perjuicios insubsanables, i condúzcanos la razon fria, mas que el encono, la parcialidad i la intolerancia, que jamas produjeron otra cosa que calumnias, destrozos i venganzas.

Si es la fortuna la que quiere ver repartida la sociedad, si se teme la miseria, i por ella i solo por ella se pide la destruccion de las vinculaciones, poco remedio será este para mal tamaño, i mal principio par comenzar obra tan cristianE, el de quitar esa fortuna a los que la tienen adquirida. Mal principio el de alentar exajeradas pretensiones personales, i triste resultado el que se pensiera a la vista de todo hombre honrado i laborioso, cuando hubiera de verse privado del fruto de sus sudores, para acudir a llevar a cabo una nivelacion de interes que es del todo ajena de la condicion humana.

Las leyes no pueden dar ni quitar fortunas con un golpe de pluma, puesto que eso equivale a darlas o quitarlas por medio de un golpe de autoridad: si esto fuera horrible en medio de una monarquia absoluta, ¿cómo se considerará semejante paso dado en medio de la paz de una república, imperando las leyes i las garantías? ¿qué nombres convendria dar a semejantes actos?

Pero se quiere hacer creer que con la disolucion i repartimiento de las vinculaciones, va a concluirse el pauperismo en Chile; i hai corazones tan inocentes i cabezas tan débiles que así se lo figuran. Hai jentes que de buena fé piensan que una vez destruidos los mayorazgos, hemos llegado al pináculo de la felicidad; i por es-

to tanta fuerza, tanto encono, tanto denuedo: por esto tanto proyecto a cual mas descabellado, a cual mas temerario, a cual mas inconstitucional; apénas si hai uno que haya consultado la justicia. Jentes hai que consagran sus tareas, con un ardor digno de mejor causa, a obtener la ansiada disolucion de estos vínculos tan combatidos i que piensan empeñarse en una obra cristiana i meritoria.

Mas, ¿cuán terrible seria el desengaño, si se llegara a pesar todo lo que tienen de exajerado estos cálculos? ¡cuánta i cuan grande responsabilidad sobre los que alucinaron al pueblo, haciéndole creer que ya se habia encontrado la piedra filosofal!

Disuélvase enhorabuena! las vinculaciones; pero no se irroguen perjuicios: escribase cuanto se quiera para probar la utilidad de semejante paso, invóquese tambien el bien procomunal, que nada ganaria con ello, i fatíguense nuestros politicos en inventar proyectos mas o ménos inasequibles. Llamen de utilidad pública la desvinculacion de unas cuantas leguas de territorio miéntras no se encuentra ningun politico, ninguna jóven capacidad que consiga hallar el medio oportuno de poblar las inmensas rejiones que poseemos, no pisadas todavia por la planta del hombre. Escriban nuestros publicistas todo cuanto crean oportuno para hacer creer que las vinculaciones impiden el progreso rápido de la agricultura i de la industria, miéntras ninguno de esos publicistas sea capaz de decirnos en qué consiste que todas las demas propiedades que no se hallan vinculadas, se encuentran en el propio caso de atraso i de estagnacion; miéntras que ninguno de esos publicistas halla que los verdaderos males de estos países nacies, no son los pretendidos mayorazgos, sino la falta real i verdadera de brazos para sacar de la tierra todo lo que la tierra puede dar; i no de los terrenos vinculados, sino de los libres, de aquellos que están brindando al comercio i al hombre laborioso con los ópimos frutos de su fértil seno.

Yo siempre creeré que la tarea digna de nuestras capacidades, digna de la época presente i abundante de resultados, consiste, no en que se fije la mente del lejislador en otra cosa que en dictar las leyes protectoras de una inmigracion intelijente i vigorosa, que saque de nuestras vastas e incultas rejiones todo cuanto liberales i lozanas están ofreciendo.

De otro modo, desvincúlese o no las pocas propiedades amayorazgadas que existen en la república. Chile será lo que ha sido i lo que es: nuestra agricultura la misma, nuestra industria la misma, nuestro comercio el mismo.

De otro modo, solo tocaremos con medidas paliativas, que nada producen, porque jiran al rededor de un circulo mui mezquino de intereses. Medidas estrechas que solo producen efectos rastreros; mientras que el pais pide providencias mas altas, de grandiosos resultados, i que le ofrezcan brillantes i seguros bienes en perspectiva.

II. DE LA

CRÓNICA.

SANTIAGO, JULIO 5 DE 1850.

Interior.—La agitación política parece ya completamente organizada. Los ministeriales dueños del poder se figuran serlo también del porvenir; los opositores cuya mayoría parlamentaria es una sombra que toman hoy i que dejan escapar mañana, comienzan a contraerse a los clubs electorales; allí, de palabra o por escrito, se trazan los planes mas seductores; allí la ambición deslumbra esas cabezas soñolientas que si pudieran contener un adarme de razon estallarían repentinamente. ¿I puede titularse mayoría ese conjunto de personas que baja a las tinieblas para imprimir su fuerza; que descende hasta la conspiración para revolver el país i enarbolar en la tormenta un estandarte revolucionario?—Cuando veíamos esos restos de todos los partidos destrozados amarrarse para eslabonar una cadena de ambiciones e intrigas en torno del candidato Errázuris, creíamos que pudiese ser algo esa mayoría, que llegase a formar un conjunto bien unido i disciplinado. Entónces combatían al poder por los medios legales i engañaban al país con una independencia bautizada por Er deshonra electoral. Estaba en los principios ese partido; habia inmensos hombres nuevos en las intrigas; era preciso acostumbrarlos a la ambición, al odio de facciosos, a la esperanza de

las conspiraciones i a la habilidad de la intriga. Pero hoy todos los hombres de la oposicion se hallan bien instruidos; en lugar de aprendices ya son maestros. La mayoría que pretendian conquistar ha desaparecido como un ensueño. ¿De cuándo acá una mayoría que tiene el número a su servicio descende a las intrigas revolucionarias para obrar, para manifestar la expresion de sus miras? Desde el momento que un partido conspira, ese partido es una faccion en un pueblo libre; ese partido ya tiene que hacer uso de todos los medios ilegales para contrarrestar el poder con la violencia, la fuerza pública con la conspiracion, la opinion del país con las misteriosas palabras de reformas forjadas en silencio en la fragua revolucionaria.

La oposicion aparenta una audacia tanto mayor cuanto menor fuerza real tiene en sus manos. Por eso se la vé en las cámaras, en la prensa, en los clubs desafiar la lei, burlar el gobierno, lanzar la amenaza i proclamar la revolucion armada. No contenta con remover las instituciones desmoralizando el país, ha llegado a los últimos escalones de la sociedad, esa primera capa del aire social; se ha injerido en los asuntos de los obreros para agriar sus males en vista de las riquezas ajenas; ha excitado la envidia i queriendo explotar los sufrimientos fatales del hombre social ha hecho de su miseria propia una arma, de la fortuna ajena un motivo de odio i esterminio. ¿No son ya por desgracia bastante miserables los hombres que transitan esta penosa carrera del vivir cualesquiera que sean sus rangos? Es preciso tener bastante crueldad para enconar, en la imposibilidad de remediarlas todas, esas llagas eternas impuestas a la humanidad en su camino terrenal como una espiacion o un martirio necesario para conseguir un bien mas distante i mas duradero. I sin embargo esos mismos que remueven a los obreros, que hablan del trabajo como de un oprobio; los mismos que les predicán un nivelamiento esterminador, esos mismos filántropos que ocurren a los desgraciados para entregarles una cuchilla, como si no estuviesen llamados mas que para las venganzas i carnicerías, esos mismos reformadores profetas, hombres de estado, les quitan el derecho de ser ciudadanos, el derecho a instruirse, el derecho de hablar o escribir. ¿Dónde está, pues, la lógica de la oposicion? ¿Cómo se uniforman las leyes de los jefes de la oposicion con los proyectos trastornadores de sus sociedades niveladoras?—Si hai buena fé ¿cómo podeis explicar ese antagonismo político, esa política doble e hipócrita; repre-

siva, aristocrática antirepublicana en el parlamento; anárquica, plebeya i comunista en vuestras sociedades igualitarias? ¿Es el temor quien os hace obrar de esta manera? — Es imposible; vosotros al contrario lo infundís. ¿Es por hacer recaer en otros la responsabilidad de las leyes opresivas que presentais? — Eso es malignidad. ¿O queréis al contrario tener alejada de los derechos políticos una clase de la sociedad que no os pertenece de ningun modo, para tener en jaque otra parte de la sociedad, para vivificar el rencor que el interes o la ambicion deja en las almas, para alimentar en fin una especie de monstruo devorador, insaciable, instigado por la sed i la hambre inextinguibles?

Lo oposicion no tiene pues mayoría en ninguna parte, no es lójica, es jesuita; no liberal como lo pretende. Es ademas cruel en su tenacidad para mezclar en cosas políticas una clase trabajadora i rara vez miserable; clase que la oposicion misma ha condenado a un ostracismo político imperdonable. ¿Quién les hace un mal a esas clases trabajadoras? ¿Nosotros que pedimos la ciudadanía activa i la instruccion para ellas o los que le han negado la capacidad electoral i el derecho a la instruccion?— Olvidais a la plebe para otorgarles un derecho incuestionable i os acordais de ella para la amenaza i la conspiracion, los creis malos para ciudadanos, inútiles, incapaces, i para verdugos los encontráis magníficos. No podeis dar a sus manos callosas ni la pluma, ni el libro, pero le dais el hacha i el catecismo de sangre. No podemos pues comprender estas contradicciones tan palpables, i mucho ménos los fines de estas tendencias opuestas en un mismo partido, en una faccion que se dice marcha como un solo hombre a la realizacion de una candidatura presidencial.— ¿Por otro lado está segura la oposicion con sus aliados? Si como debe suceder el club absorbe a la oposicion parlamentaria, si le impone nuevos programas, i nuevo candidato ¿qué hará la oposicion con su antiguo programa i su antiguo presidente Errázuriz? ¿Qué hará este mismo señor coronado ántes de tiempo i obligado a retirarse sin haber llegado a probar de la corona mas que las espinas? Nos conduce la desgracia por no decir la burla de ese partido i de ese candidato. ¿Los jefes como Eizaguirre, Garfias i Lastarria, creen oponer un dique al torrente que quieren lanzar contra sus enemigos políticos? ¿Se figuran que el jesuitismo basta para desbaratar una conspiracion? ¿Será suficiente la mediocridad imperturbable i la charlataneria de abogados para contener la masa de los nuevos clubistas revolucionarios?

rios? — La oposicion tiene una hidra en su seno: el club de los comunistas devorará a su madre.

El gabinete de Abril delante de tamañas cosas acaba de completarse con la entrada del señor Mujica. El señor Varas es el hombre sólido del partido ministerial; el señor Urmeneta es el único ministro de hacienda que haya entrado francamente en las vias del comercio libre; el señor Vidal es un ministro de paz i tierra en su ministerio belicoso i jamas navegable aunque se llame de marina. ¿Se puede asegurar que el actual ministro de la marina haya navegado con algun viento siquiera en las tormentas ministeriales? Cualquiera se figuraria que era el polo del presidente Búlnes. Es el único ministro al abrigo de los vientos contrarios; dejémosle pues fondeado en la arena ministerial hasta que Dios lo llame.

El ministerio está hoi compacto; los pelucones esta vez han debido sonreirse. La unidad de miras en los ministros actuales adquiere mayor fuerza por el vigor que le prestan los caracteres firmes de los hombres que han aceptado semejantes destinos.

El mantenimiento del orden está encomendado en las circunstancias actuales a hombres de pelo en pecho, mas bien que a hombres de Estado. No criticamos la nueva eleccion del partido demasiado conservador porque aun no hemos visto marchar al nuevo ministro. No es bueno tampoco hacerlo todo por el orden por no aparentar mucho miedo. A veces se principia por exigir mui poco; el gobierno entónces se afianza mas i como el temor hace perder terreno, a fuerza de trabas i de nudos se pretende vivir con mas seguridad. — El gobierno de Luis Felipe cayó por no haber concedido la reforma electoral. Es cierto que la oposicion no la pide; al contrario la restrinje. Pero ella no representa al pais i el pais la pide como exige tambien la reforma de la Constitucion. Cuando la oposicion pierda toda esperanza de triunfo, entónces renegará las leyes que pide hoi, e invocará esas reformas liberales; quiere mantener el despotismo si es gobierno i si pierde este invocará la libertad con grandes gritos. Vereis a los mismos Eizaguirre, Garfias i Lastarria proponer el sufragio universal, i la reforma de la Constitucion sin diputados funcionarios. ¿Por qué el ministerio de abril no ha de contentar a la nacion? ¿Cree de buena fé necesitar de esa dictadura militar conferida por la Constitucion al ejecutivo para hacer la prosperidad de Chile? ¿En 20 años ha dejado de adelantar este pobre Chile para no quitarle las mantillas políticas?

Si la oposicion no tiene una idea que presentar; si ella misma no se enmascara con la libertad, ¿no deberá el partido conservador arrojar al pueblo la suya? ¿se contentará con mandar a las provincias el nombre de un candidato? Pero el ministerio de abril se ha desprendido de tal obligacion, se ha atado las manos a ese respecto por subir al poder. — No puede pues recomendar ningun nombre; ha subido al ministerio a condicion de suicidarse como partido. No le queda pues otro partido noble que el de las ideas. — Una reforma electoral i parlamentaria que estendiese el voto i afianzase la independenciam de los diputados contra sus mismos intereses i ambiciones, seria la mejor bandera i la línea de separacion entre los opositores que la han rechazado hasta aquí. Una vez trazado este limite ya no habria confusion; desaparecerian las personas i habria una idea noble porque luchar legalmente en los campos de la política. ¿Temeis a la mayoría? — Dejad el puesto; pero tampoco puede temerse una mayoría que conspira; desde ese momento se constituye en minoria. El número es la expresion mas o ménos perfecta de las instituciones democráticas. Es la única fuerza sin violencia i por eso es superior a la fuerza armada que decapita los hombres; aquella separa las opiniones i encomienda al tiempo las reformas. Por eso nosotros aceptamos los hechos sin apoyar el orden contra la libertad sino contra la anarquia i las conspiraciones saugrientas. El partido conservador tiene pues la mayoría, es dueño del poder i tiene a la opinion del pais de su lado. El ministerio de abril no cometerá ningun acto arbitrario porque seria inútil i perjudicial; dejará obrar a las minorias en los círculos legales, ese es su deber. Toda otra injerencia, cualquier acto violento lo desprestijaria delante del pais i amentaria la fuerza de una minoria débil que a veces puede tener razon contra la mayoría. Las mayorias pecan pues por exceso en el orden; las minorias por exceso en la violencia; estas dos fuerzas sin embargo existen en la naturaleza i entre ellas la razon vaga como una vision diversamente iluminada para cada cual. A primera vista eso es contrario a la razon en si; pero la razon abstracta pertenece al entendimiento i no a las pasiones e intereses que modifican todo; el individuo i la sociedad. La fuerza es pues el origen i base de todos los gobiernos, mas o ménos despóticos; solo el número es la razon del gobierno republicano; es como la espada de Alejandro cortando el nudo gordiano de todas las cuestiones que se resolverian sin él quizás de un modo saugriento o perma-

necerian en un caos inmenso de oscuridad i confusion.

Tenemos pues confianza en el poder, i no tememos las pretendidas conspiraciones que el miedo agranda i que una fuerza facciosa entretiene para imponer al pais.

En la Cámara de diputados ha habido gran bulla por el triunfo de los Sres. Lira i Eizaguirre en la presidencia de la sala. Un abogado i un abate, ambos defensores de nuestra fortuna en la tierra i en el cielo, ambos con su patente legal i divina para hacer la ruina o la salvacion de la vida, son los personajes que presiden e ilustran las conciencias de nuestros desgraciados representantes. Si hubiesen agregado un médico a este par, la cosa habria sido completa. Cuando la vida se encarga por fatalidad a tales seres solo la muerte puede componerlo todo.—Sin embargo no deja de reinar la muerte en los archivos de la cámara: las comisiones se duermen para despachar los asuntos que se les han encomendado; parece haber en todas ellas la intencion clara de enterrar todo proyecto; enjvano la prensa i algunos diputados ajitan los informes; el interes de las comisiones en proyectos bastante conocidos seria despacharlos prontamente. Hai pues algo que detiene esos informes; no es el talento, que ese está de sobra entre los opositores; no es el tiempo, porque disponen de él a sus anchas; no es el interes personal o de partido, porque ningunos son mas patriotas que ellos. Ya que las comisiones se componen en su mayor partes de los hombres de la oposicion, tan activos, tan impacientes, por las reformas; qué puede explicar esa demora?—Nosotros lo ignoramos.

Pero ninguna comision ha sido tan orijinal como la llamada a informar sobre el proyecto del diputado Bello. Los mismos partidarios de la n.acion, los convencidos de ayer se encuentran contrarios hoi. Esta cuestion de mayorazgos, de legal se ha convertido en personal i política— Todo el mundo está de acuerdo en la disolucion de los vínculos; unos quieren la expropiacion pura i simple, otros quieren la equidad en la conversion de los valores. ¿De qué lado está el derecho?—Pero nosotros hemos sido mas afortunados en esta cuestion; hemos tenido escritores en contra nuestra; cosa que jamas se habia visto. ¿I cómo no entusiasmarse por mas sinrazones que le digan a uno con esas páginas frescas del perfume femenino en que parece haber corrido la pluma, libre, suelta hasta dar una gracia particular a los tiros mas certeros? Podrá perderse la causa que se defiende con tanta ventaja, pero se habrá enriquecido nuestra prensa de nuevos es-

critores mas ; i este triunfo se debe en gran parte a nosotros.

Ninguna novedad literaria de importancia ocupa al público ; apenas el mundo elegante se atreve a dejar la política por la danza. Porque es preciso confesar que la política tiene entorpecidos hasta los delicados i danzadores pies de las señoras. La parte que toman las familias en asuntos políticos se hace cada vez mas terrible en mengua de tantos hombres que se dicen independientes. Les parece que los destinos públicos que muchas veces paga el pobre, son un patrimonio hereditario i que todo otro no tiene derecho ni de ambicionarlos ni de preguntar al vecino « qué derecho tiene V. para gobernar & . » La política es una ciencia de hechos que pertenece a todo ciudadano, porque ellos la forman, ellos la representan, ellos la esplican. No hacer diferencia entre la ambicion política i la casa o la familia, es no comprender la dignidad del pais, ni la propia. ¿Hai alguno que pueda justamente enfadarse contra la opinion porque no lo hace diputado, ministro o Presidente? ¿Pertenece las funciones a tódos? ¿Puede escluirse a fulano o sutano, porque no pertenece a tal categoria?—Sea que la ambicion o la vanidad lanzen a un hombre a exigir tal o cual destino, sea que la gloria i los grandes servicios al lado de otro le recomienden al público ; el pais i la opinion tienen derecho de pedirle cuenta por su ambicion o por sus servicios. Es preciso pues para ser hombre público sufrir al público i dejar a un lado la amistad i el parentesco que tiene un círculo mas estrecho i diversas inspiraciones. Pero pretender en la jestion de los derechos del pueblo ahogar toda voz, por independiente que sea, invocando la mas pequeña influencia, el mas insignificante servicio, es un absurdo i una prueba de incapacidad ; es no atreverse a sufrir un exámen severo de parte de los mismos cuyo interes quiere representar ; es pedir el silencio por la corrupcion i aniquilarse de antemano en presencia de la opinion pública que solicita i de quien desconfia i teme.

Las costumbres políticas faltan en nuestra sociedad ; por eso la prensa para hacer efecto en ella es personal, violenta i aun calumniadora. Donde todos se conocen la calumnia no tiene imperio. Pero nuestra sociedad si quiere ser republicana debe separar la política de sus afecciones ; estas se estrechan por el corazon, por los sentimientos ; la opinion en todo i mayormente en asuntos políticos pertenece a la ambicion, al estudio, a la calle si puede decirse asi : tiene un horizonte que cada cual observa i ensancha a su manera ; esta misma diversidad de pareceres es mas

necesaria en un gobierno democrático porque la razón se aclara más en la libertad, la discusión es más tolerante en medio de esa independencia en que solo debe influir el interés del país. Pero restringir la política, estrecharla en el hogar, es matar la opinión o poner un objeto pegado a las pupilas para finjirse ver más. La familia tiene su hogar doméstico, ese es su objeto cercano que las costumbres i la religión vivifican al soplo de la conciencia; la política es la perspectiva, es la ciencia social de los gobiernos que debe atender a todos, a la miseria i a la abundancia, al trabajo i al lujo, a las ciencias i a las bellas artes i en que todos tienen que transijir, perdonarse mucho i favorecerse a costa muchas veces del egoísmo. ¿Pero al ver nuestra sociedad no se figura uno las guerras sociales de los florentinos? ¿Existe todavía un feudalismo anti-histórico en que se peleaba de barrio a barrio, de casa a casa?— Por desgracia no existe en los hechos; pero existe en el hábito, en los lábios, en el silencio sobre todo. Se avergüenzan de confesarlo porque conocen la barbarie i el anacronismo de sentimientos, pero lo sienten débilmente. Nuestras costumbres políticas i leyes antisociales desaparecerán pronto, porque no hai más que comparar la sociedad del año 50 con la del 50 para notar los grandes adelantos naturales, fatales de la sociedad chilena en todos sus intereses.

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION FRANCESA

DE 1848

POR A. DE LAMARTINE,

TRADUCIDA POR J. P.

XVIII.

Espárcese el rumor en la tribuna de los periodistas de que se ha burlado a la revolución; que con los vencedores de las Tullerías se han mezclado al entrar en la sala hombres conducidos i excitados por los partidarios de la rejenia para extraviar o templar el desenlace. Este rumor parecia fundado. Un republicano admirado de la apatía de los primeros grupos introducidos en la Cámara, M. Marrast, se lanza de la tribuna de los periodistas en la que anotaba los pasos de la revolución. «Es el falso pueblo, exclama atravesando el pasillo, voi a llamar al verdadero!» Miéntas que una nueva oleada de invasion popular se amontona

afuera, en el interior el silencio i la inquietud continuan. M. Ledru Rollin, parado al pié de la tribuna a la izquierda, hace esfuerzos por subir las gradas.

Casi el único republicano en la asamblea desde algunos años que a ella pertenece; inspirador de la prensa republicana; orador de los banquetes democráticos; adversario declarado de las composiciones, de las reticencias, de las semi-ajitaciones de la izquierda dinástica; compeliendo la oposicion en la Cámara hasta los términos en que la faccion comienza; fuera de la Cámara hasta los límites en que se convertiría en sedicion. M. Ledru Rollin, jóven, de elevada estatura, sanguíneo de rostro, fogoso de voz i de accion, pero conservando la reflexiva sangre fria del hombre político, bajo la cólera aparente del orador, parecia el hombre preparado i esperado para el suceso. Su palabra, vigorosamente impresa por el estudio de las formas de la elocuencia plebeya, tenia el acento un si es no poético de la Convencion. Notábase en sus discursos la antorcha de Danton. Veíase que su imaginacion móvil i rica, se habia vuelto muchas veces hácia el tiempo pasado, para modelar en él el porvenir; i que suspiraba por las ocasiones perdidas de luchas, de gloria, de muerte histórica en el drama pasado de la grande revolucion.

Aislado en la estremidad de la Cámara en un republicanismo prematuro, M. Ledru-Rollin, solo se hacia notable en ella por su talento. Sus colegas le habian escuchado hasta este dia con mas curiosidad que terror. No era a sus ojos mas que una aparicion revolucionaria, a sus oídos mas que un eco sonoro de un tiempo para siempre mudo i sepultado. Repentinamente cambiaban los papeles. Sus colegas eran los que huian al pasado; el imposible se convertia en realidad.

« En nombre del pueblo armado en todas partes, dijo con la
 « actitud de un jefe que muestra sus soldados en pos de él, en
 « nombre del pueblo dueño de Paris, protesto contra la especie
 « de gobierno que han venido a proponer en esta tribuna. No
 « hago como vosotros una cosa nueva, porque en 1842 cuando
 « la discusion de la lei de rejencia, solo, en este recinto, he decla-
 « rado que esta lei no podia ser votada sin un llamamiento al
 « pais Desde hace dos dias nos batimos por el derecho:
 « i bien! si pretendéis que exista un gobierno por aclamacion,
 « gobierno efimero que ahogue la cólera revolucionaria, noso-
 « tros nos batirémos todavía en nombre de la constitucion de
 « 1791 que domina el pais, que domina nuestra historia!

« No hai rejencia posible de una manera usurpadora! Pro-
 « testo en nombre del pueblo contra esta usurpacion. ¿Hablais
 « de órden, de efusion de sangre? ah! la efusion de sangre nos
 « afecta, porque la hemos visto tan de cerca como el que mas:
 « han muerto tres mil hombres! »

A estas palabras el carnicero se precipita, sin duda para ven-
 gar a sus hermanos, a las gradas que conducen al banco de la
 duquesa de Orleans. « Es preciso acabar, dijo entre dientes. »

M. de Mornay, yerno del mariscal Soult, hombre de oposi-
 cion, pero jeneroso e intrépido, le detiene por su vestido. Los
 diputados le obstruyen el camino i le rechazan con un movi-
 miento de indignacion. Apartan a este hombre. M. Ledru Rollin
 continúa; habla, desenvuelve i prolonga demasiado el mismo
 argumento. El sentimiento es impaciente como el minuto. « Apre-
 surad, pues, la cuestion, le grita M. Berryer; i concluid en un
 gobierno provisorio. »

El trono lejítimo i la república se estienden sin concertarse
 para suprimir un gobierno de aclamacion i de sorpresa que se
 interpone entre sus esperanzas i el descalace.

M. Ledru Rollin continua: cita las abdicaciones de Napoleon i
 de Carlos X, ambas burladas. Resfriase la Asamblea, piérdese el
 tiempo. « Acabad, pues, repite M. Berryer, sabemos la historia. »
 M. Ledru-Rollin concluye en fin pidiendo el nombramiento de
 un gobierno provisorio por el pueblo i una Convencion.

XIX.

Las gradas de ambos lados de la tribuna están sitiadas por
 guardias nacionales, alumnos de las escuelas, combatientes i
 oradores. Lamartine! Lamartine! grita el pueblo i una parte de
 la Asamblea. Haced hablar a Lamartine! Diputados de todos los
 bancos de la Cámara, se agrupan en torno de Lamartine; otros
 le hacen signos de intelijencia mostrándole con el dedo la tri-
 buna: los unos con intencion de verle subir a ella para terminar
 la revolucion; los otros para moderarla i regularizarla lanzán-
 dose en ella.

Lamartine, inmóvil i mudo desde el principio de la sesion,
 temia hablar. Conocia que una palabra arrastraria a la re-
 volucion indecisa hácia una república llena de problemas, o hácia
 una rejencia llena de anarquía. Un tercer elemento de irresolu-

cion hacia vacilar, no sus convicciones, pero si su alma: era la piedad.

Solicitado muchas veces para presentarse en la corte de la señora duquesa de Orleans, que era amante de la literatura, se habia prometido severamente a si mismo toda relacion con esta princesa, temiendo que el reconocimiento comprometiese un dia su libertad politica; pero admiraba desde léjos esta viuda del duque de Orleans, extranjera, desterrada, rechazada de su verdadero lugar de madre por una lei celosa i cruel. Sola en las Tullerias, entre una tumba i un solio, no tenia mas felicidad que el luto; no tenia mas del trono que la perspectiva, i de la maternidad que las zozobras. Se la consideraba igual en todo a su destino, por el jenio, por el alma, por las lágrimas. Su fisonomía, revelaba todos estos misterios. Su belleza, contenia su pensamiento. El corazon de Lamartine debia haber estado tentado cien veces de consagrarse a esta poesia viva i de hacerle restituir el reinado arrebatado por la iniquidad de la lei. ¿No era ella reina en la imaginacion? Habia llegado el momento de realizar este sueño. No se necesitaba para ello mas que lanzar en la tribuna el grito que vive en el fondo de todos los corazones. Las acciones i las voces que a este fin le excitaban, hacian de Lamartine el árbitro de la fortuna. La algo austera imparcialidad que habia demostrado hasta entonces, daba una autoridad seductora a su decision. La presencia de la duquesa, su mirada suplicante, estos niños oprimidos a su corazon, eran la mitad de la elocuencia necesaria para subyugar una Asamblea de hombres sensibles. Nunca tuvo un orador detras de sí, semejante cliente, ni semejantes clientes. Traian a la memoria aquellos acompañamientos fúnebres de mujeres i de niños destronados, de que los oradores hacian ostentacion para enternecer al pueblo romano. El pueblo frauces es mucho mas maleable a las lágrimas.

XX.

Lamartine no tenia mas que decir a la princesa i a sus hijos: « Levantaos! sois la viuda del duque de Orleans, cuya muerte i cuyo recuerdo el pueblo ha coronado en vos! Sois los hijos privados de este padre i adoptados por la nacion! Sois los inocentes i las victimas de las faltas del trono, los huéspedes i los suplicantes del pueblo! Os salvais del trono en

» una revolucion! Esta revolucion es justa, es jenerosa, es
 » francesa! No combate mujeres ni niños! No hereda de viudas
 » ni de huérfanos; no despoja a sus prisioneros i a sus huéspedes!
 » ¡Id a reinar! La revolucion os devuelve por compasion el tro-
 » no perdido por las faltas, de que solo sois víctimas. Los mi-
 » nistros de vuestro abuelo han dilapidado vuestra herencia; el
 » pueblo os la devuelve, os adopta; el mismo pueblo será
 » vuestro abuelo. No teniais por tutor mas que a un príncipe; ten-
 » dreis una madre i una nacion!.....

XXI.

La Cámara en masa se hubiera levantado a estas palabras es-
 forzadas por la vista, las lágrimas, las palabras interrumpidas
 de la duquesa; por el niño levantado en brazos de su madre i lle-
 vado a la tribuna.

Lamartine hubiera arrastrado a la Asamblea i a algunos guar-
 dias nacionales presentes en el palacio en pos de la princesa a
 la plataforma del peristilo. Desde allí hubiera mostrado la viuda
 i el infante al pueblo indeciso, a las tropas leales. Las aclama-
 ciones eran ciertas. Este acompañamiento reforzado en su mar-
 cha por torrentes de guardias nacionales i de pueblo, volvía a
 conducir a la duquesa i sus hijos a las Tullerías. Este séquito
 proclamaba la rejencia. Qué peripecia! qué drama! qué desen-
 lace! qué triunfo del corazon sobre la razon! de la naturaleza
 sobre la política!

XXII.

Lamartine tenia estas palabras en los labios; esta accion en la
 mano; esta idea en la imaginacion; estas lágrimas en los ojos. No
 cedió a esas nobles tentaciones de la imaginacion. Arrancó su
 corazon de su pecho, lo comprimió en su mano para no escu-
 char mas que su razon. Su razon le recordaba mas enérgica-
 mente aun lo que acababa de decir dos horas ántes en el consejo
 de los republicanos.

La rejencia en medio de una crisis que habia sublevado el
 pueblo, arrastrado la guardia nacional, disuelto el ejército,
 derrocado el trono, expulsado al rei, provocado el sufragio uni-
 versal, suspendido el trabajo, lanzado a las calles 20,000 obre-
 ros hambrientos de derechos i de pan no era la paz, era una

tregua corta i ajitada. La revolucion sangrienta no habia terminado; comenzaba terrible, convulsiva, insaciable, con este débil gobierno de sentimiento i de sorpresa. Lamartine hubiese salvado el presente, perdido el porvenir, consolado su emocion i arruinado su pais. No se creyó con el derecho de satisfacer su corazon a expensas de su patria, i de perder millares de vidas por representar un bello papel de un momento en el drama afeinado de una politica sentimental. Hubiera sido fácil, le hubiera sido grato, verter desde la tribuna aquella lágrima que, como a los de todo el mundo, saltaba a sus ojos; pero aquella lágrima se hubiera convertido en un torrente de sangre de los ciudadanos; la contuvo: es una de las severidades de corazon que costó mas a la naturaleza. No es una falta de conciencia de que jamas haya de arrepentirse. Hubiera perdido no solamente la república sino hasta las mismas víctimas de la catástrofe que hubiera sacrificado a ella coronándolas.

XXIII.

Sube en fin, o por mejor decir, es llevado a la tribuna; reina un profundo silencio tan pronto como se participó al pueblo el nombre del orador. Lamartine no se atrevia a levantar sus ojos hasta la princesa, temiendo que una mirada suya no hiciese balbucear su palabra o desfallecer su penosa resolucion.

Con voz sorda como el abismo del destino que iba a sondear: «Señores, dijo, siento tan profundamente como el que mas de
« vosotros el doble sentimiento que ha conmovido hace un instante este recinto, viendo uno de los espectáculos mas patéticos que puedan presentar los anales humanos; el de una princesa augusta en su infortunio amparándose de la inocencia de
« su hijo i viniendo a arrojarse del seno de un palacio invadido
« i abandonado, al seno del asilo de la representacion del pueblo!»

A estas palabras en que los unos presuponen una invocacion a la piedad, los otros una debilidad de patriotismo, un murmullo de aplausos de los centros, de descontento del pueblo, se suscita i se confunde en un lijero rumor. Lamartine se apercibe de ello, i recorriendo los centros i el pueblo de una mirada en la que no puede leerse todavia su pensamiento: «Pido, dijo, que se
« me permita acabar la frase, i ruego que se aguarde la que va
« a seguirla.»

El silencio i la ansiedad redoblan. «Decia, señores, que habia participado con vosotros el sentimiento que acababa de agitar este recinto; yo aquí no distingo entre esta representacion nacional presente en nosotros i esta representacion del pueblo de Paris confundida con nosotros sobre estos bancos! Es el momento de la igualdad, i esta igualdad, estoi seguro, no servirá sino para que este pueblo reconozca en nosotros el derecho de restablecer la concordia i la paz pública!» (Si, si, exclaman los grupos de combatientes de pié a la derecha del orador junto a la tribuna.)

«Pero, señores, continua Lamartine, si participo de esta emocion que inspira el sensible espectáculo de las más grandes catástrofes humanas, si participo de este respeto que nos es más respetuoso por el infortunio, sean cuales fueren nuestras opiniones políticas, no participo con ménos ardor del respeto debido a este pueblo que combate desde hace tres dias por derribar un gobierno retrógrado i por restablecer sobre una base en lo sucesivo firme el imperio del orden i el imperio de la libertad; i por esta razon no me hago la ilusion que se acaban de hacer en esta tribuna. No me figuro que una aclamacion momentánea, arrancada por una honrosa emocion a una asamblea enternecida por un sentimiento natural, pueda fundar un gobierno sólido e incontestable para treinta i seis millones de hombres. Sé que lo que una aclamacion trae, otra aclamacion puede arrebatarse. Sé que, sea cual fuere la naturaleza de gobierno que convenga a la cordura i a los intereses del país darse para salvar de la crisis en que nos hallamos, importa a todo este pueblo, a todas las clases de la poblacion, a aquellas principalmente que han vertido algunas gotas de su sangre en la lucha, les importa ver cimentado con esta sangre, no un gobierno efimero, sino un establecimiento sólido, nacional, popular, *incommovible, en fin!*»

Si, si, exclaman los combatientes ajitando sus banderas, blandiendo sus armas i mostrando en sus manos los vestijios de la sangre i de la pólvora.

«¡bien! prosigue Lamartine con una enerjía de reflexion más vigorosa en la voz: cómo llegar a este fin? cómo encontrar un gobierno entre estos elementos flotantes de este naufragio? en esta tempesta que a todos nos arrastra, en que una ola popular viene a engrosar a cada minuto hasta en este recinto la ola que nos ha sumerjido? cómo hallar esta base *incommovible?*

« cómo, señores? Yendo hasta el fondo del pueblo i del país.
 « Yendo a extraer del derecho nacional este gran misterio de la
 « soberanía universal, del que proceden todo orden, toda liber-
 « tad, toda verdad. Por este motivo, léjos de recurrir a esos sub-
 « terfujios, a esas sorpresas, a esas ficciones de que un país,
 « vosotros lo veis, se arrepiente tarde o temprano cuando estas
 « ficciones se desvanecen, por este motivo, digo, vengo a apo-
 « yar la doble mocion que se ha hecho i que hubiera yo hecho
 « el primero en esta tribuna. La proposicion desde luego de un
 « gobierno de urgencia, de necesidad, de circunstancia; de un go-
 « bierno que restañe la sangre que corre, de un gobierno que
 « suspenda la guerra civil entre los ciudadanos!»

XXIV.

A estas palabras, como si el pensamiento de Lamartine hubie-
 se sido una proclamacion de paz aceptada por el pueblo, el pue-
 blo palmea; por un ademan significativo de esta aceptacion de
 la tregua; el viejo de larga barba que se hallaba a los pies del
 orador, envaina solemnemente su sable.

Lamartine continúa: «de un gobierno que ponga en claro la
 « terrible desintelijencia que existe desde hace algunos años en-
 « tre las diferentes clases de ciudadanos, i que impidiéndonos
 « fundirnos i reconocernos en un solo pueblo, nos impide amar-
 « nos i abrazarnos en una verdadera unidad.»

«Pido pues que se constituya al instante con el derecho de la
 « paz pública, con el derecho de la sangre que corre, con el de-
 « recho de este pueblo hambriento a causa del glorioso trabajo
 « que lleva a cabo desde hace tres dias! pido que se instituya un
 « gobierno provisorio!»

(Estiéndense los aplausos por toda la Cámara, que comprende
 que ninguna otra via de salvacion queda a la situacion.)

«Un gobierno, continua el orador, que de nada juzgue previ-
 « soriamente, ni de nuestros resentimientos, ni de nuestros de-
 « seos, ni de nuestras cóleras actuales, acerca de la naturaleza
 « del gobierno definitivo que plazca darse a la nacion cuando
 « haya sido consultada.» (Mil bravos estallan a esta reserva de
 los derechos de la nacion.) «Esto es, esto es!» exclama el pue-
 blo. «Nombrad, nombrad! nombrad los miembros de ese gobier-
 no!»

—«Esperad, prosigue el orador, la primera mision de este

« gobierno será establecer la tregua urgente entre los ciudadanos. Su segundo deber, convocar el país electoral entero, i cuando digo entero comprendo todo lo que lleva en su título de hombre la capacidad de intelijencia i de voluntad: su título de ciudadano. Una última palabra; los poderes que se han sucedido de cincuenta años a esta parte!....

XXV.

La frase del orador es interrumpida por una salva de tiros cuyo eco hace temblar la tribuna i rueda en los corredores. El pueblo presente lanza un grito de alegría tendiendo las manos ácia la puerta. La Cámara se levanta sobresaltada. Las puertas que separan la tribuna de los pasillos, saltan en astillas a los culatazos o a la presion de las robustas espaldas de un nuevo refuerzo de agresores.

Es una vanguardia de cerca de 500 hombres salidos de las Tuillerias despues del saqueo del palacio. Enardecidos todos por un combate de tres dias, algunos embriagados con el olor de la pólvora i con la marcha, acaban de atravesar la plaza de la Concordia a la vista de los jenerales que han hecho abrir las bayonetas a su aspecto. Llegados a las puertas exteriores de la Asamblea, sus camaradas del interior los han introducido a una señal de M. Marrast. Guiados por cómplices que conocen las entradas secretas del palacio, se sofocan en los corredores i se precipitan lanzando gritos de exterminio en las tribunas de los espectadores. Sus vestidos desgarrados, sus camisas despechugadas, sus brazos desnudos, sus puños cerrados, semejantes a clavas de músculos, sus cabellos erizados i quemados por los cartuchos, sus rostros exaltados del delirio de las revoluciones, sus ojos admirados por el aspecto a ellos desconocido de esta sala en que se sumerjen desde la altura sobre millares de cabezas, todo denota en ellos obreros de fuego que vienen a dar el último asalto al último reducto del trono. Pasan por encima de los bancos, empujan, abogan a los asistentes en las tribunas, elevan con una mano sus sombreros o gorras de fieltro, blandean un arma cualquiera, pica, bayoneta, sable, fusil, barra de fierro! «Abajo la *rejencia!* viva la *república!* afuera los *corrompidos!*» La bóveda tiembla a estos gritos.

La misma irrupcion estalla i truena en las anchas puertas ya obstruidas que se abren al pié de la tribuna. El jefe de la colum-

na, el capitán Dunoyer ajita sobre la cabeza de los oradores la bandera tricolor de franjas de oro, trofeo del trono derribado en las Tullerías. Los diputados consternados palidecen a este testimonio de la victoria del pueblo. «Esta bandera, exclama el capitán Dunoyer, os atestigua que no hai aquí mas voluntad que la nuestra, i afuera hai cien mil combatientes que no tolerarian mas reyes ni rejencias!» Numerosos Diputados se deslizan de sus bancos i se retiran uno a uno por todas las salidas. «¡Campo a los traidores! Vergüenza a los cobardes!» vocifera el pueblo de las tribunas. La duquesa de Orleans queda casi descubierta i abandonada, pálida i temblando por sus hijos: el pueblo no la ve por ocultársela una cortina de diputados.

XXVI.

Lamartine continua siempre de pie en la tribuna que le disputan sin cesar nuevos agresores. El presidente Sauzet se cubre en signo de peligro inminente i de violacion de la asamblea; signo tardío: al notarlo, el pueblo irritado amenaza al presidente con la voz i con la accion. Un hombre corre a él i le quita su sombrero para salvar su vida por este signo de respeto forzado a la victoria.

En este momento, el ruido siniestro de una lucha sorda hace levantar todas las miradas a una de las tribunas de la derecha; un grupo de combatientes se precipita allí como a la brecha de una ciudad tomada por asalto. Sus armas, sus ademanes, sus gritos de impaciencia, manifiestan la última i mas criminal resolucion. Otros combatientes confundidos con estos tratan en vano de contenerlos. Véese ondear el cañon de los fusiles i el acero de las bayonetas en sentido contrario, como espigas agitadas por vientos opuestos. «¿En dónde está ella? en dónde está?» gritan algunos combatientes, mas que mal intencionados, curiosos, miéntras que indican con el dedo el lugar en el centro en que la duquesa de Orleans i sus hijos se hallan todavia olvidados i como sepultados bajo un grupo apénas suficiente de diputados.

A estos gritos, a estas acciones, es arrastrada la princesa fuera de la Sala. Cae con su débil séquito en medio del tumulto de agresores que desborda de los corredores exteriores i de las tribunas. Escapa apénas al insulto, a la sofocacion, a la muerte, merced a su sexo, a su velo, que la impide ser reconocida, i a los brazos de algunos valientes diputados, entre los que se distingue

todavía a M. Mornay. Pero separada por la ondulacion de los grupos de sus dos hijos i del duque de Nemours, consigue sola con sus defensores atravesar la turba de insurrectos i bajar las escaleras que conducen a la sala de los pasos perdidos. Allí nuevas olas de pueblo la envuelven, la hacen flotar de una pared a otra como un despojo en una tempestad. La arrojan en fin medio sofocada i cae desmayada contra una puerta vidriera cuyos cristales se quiebran al choque de este débil cuerpo de mujer. Vuelta en sí no vé a sus hijos; los llama, les son prometidos, corren a buscarlos bajo los pies de la multitud. Consiguese durante este tiempo formar un grupo de algunos amigos al rededor de la princesa. Abren una de las puertas vidrieras que está a pié raso con el jardin de la presidencia de la Cámara. La arrastran en seguridad por este jardin hasta el palacio del presidente para esperar allí su suerte i recoger sus hijos. El conde de Paris arrancado a su madre por el tumulto i designado al pueblo como el rei futuro, habia sido brutalmente sujetado del cuello por un hombre de una estatura colosal. La mano enorme i huesosa de este frenético casi ahogaba al pobre niño, haciendo por un siniestro juego la accion de sofocarle. Un guardia nacional que lo buscaba al instante, testigo de esta odiosa profanacion, repelió de un puñetazo vigorosamente aplicado el brazo de este hombre desalmado. Le arrancó el niño i le llevó trémulo i con los vestidos hechos pedazos a su madre que se deshizo en lágrimas al abrazarle.

¶ Pero faltaba a su madre su otro hijo, el duque de Chartres. Le llamaba a voces i se pegaba a los cristales del jardin para verle traer desde mas léjos. El niño habia caido bajo la masa tumultuosa del pueblo que pasaba de las tribunas a los corredores. Habia sido pisoteado por la muchedumbre, cuyo ruido ni aun dejaba oír sus ahogados gritos; estuvo perdido un momento.

El duque de Nemours, separado igualmente de la princesa por la turba, habia conseguido atravesarla sin insulto. Se habia refugiado en una oficina de la Cámara. Le prestaron vestidos para disfrazarse i para salir sin ser reconocido.

XXVII.

Otros hombres acababan de entrar en los pasadizos. Hablaban, elevaban en sus manos los cascos, las gorras de pelo, los sables todavía ensangrentados de los guardias municipales inmolados en la plaza de la Concordia. Algunos estaban armados de fusiles; uno

de ellos, obrero a juzgar por el traje i por los puños de la blusa ennegrecido por el trabajo, de rostro azorado, de accion brusca i cortada como la demencia, se encarama sobre la baranda de la misma tribuna desde la que habian partido las amenazas contra la princesa. Hace la puntería al presidente, lánzanse mil gritos para advertir a M. Sauzet. M. Sauzet no palidece, pero abandona su sillón para evitar un pretesto al crimen, baja precipitadamente las gradas i sale de la Sala.

En el mismo instante, el jóven obrero no viendo al presidente en el sillón, apercibiendo a Lamartine de traje negro en el centro de la tribuna en medio de las armas i de las banderas, cree que es otro presidente o un orador enemigo del pueblo. Le apunta lentamente como un cazador que hace la puntería con todo espacio. El capitán Dunoyer, colocado a la izquierda de M. de Lamartine, se esfuerza en cubrirle con su cuerpo i le grita: «ocultaos, os van a tirar» — «Veó el fusil sobre mi pecho, responde sonriendo Lamartine, pero apunta mal, no me dará. Por otra parte, ¿qué importa que me mate? Si muero en la tribuna en este instante, muero en mi puesto»

De todas partes levántanse los brazos hácia la galería del segundo piso, desde la que dominan los cañones de los fusiles. «No tireis, es Lamartine,» grita el pueblo de abajo al pueblo de arriba. El hombre armado nada oye. El sarjento de la guardia nacional Villard, se precipita sobre él, levanta el tiro. Otros valerosos combatientes le desarman. Le arrastran a pesar de sus gritos de rabia fuera de la Sala en que queria ensangrentar la tribuna i deshonorar la revolucion.

XXVIII.

Casi todos los diputados de los centros se han retirado despues de la salida del Presidente, despues de la fuga de la duquesa i de la escena de los fusiles. Algunos hombres intrépidos entre los que llama la atencion M. Lascases, corazon animoso en cuerpo frájil, algunos miembros de la oposicion permanecen en sus bancos confundidos con la turba de pueblo i los guardias nacionales que los han invadido. La tribuna misma es sitiada, tomada i descendida alternativamente por un asalto de oradores estranjeros a la Cámara. Suben a hacer en ella algunas acciones de combate, de victoria, de mando, a vociferar algunas mociones entre un tumulto de clamores.

Lamartine firme en la tribuna para no abandonarla a la anarquía de las mociones, solamente se hace a un lado i espera que el desórden se agobie bajo su propio exceso. De todas partes los diputados i el pueblo le hacen signos de intelijencia para que permanezca en la brecha i para conjurarle a que no la abandone hasta que haya sido proclamado un gobierno. « Subid al sillón, « subid al sillón, que nos presida Lamartine, le gritan mil voces. » Lo rehusa; sabe que el sillón dista demasiado del pueblo i que le es necesario en este momento un inspirador próximo a su oído i no un presidente mudo— « Id, dijo a algunos jóvenes activos, intelijentes, intrépidos, que se agrupaban en torno suyo para comunicar sus inspiraciones a la muchedumbre; « id a buscar a « su banco a aquel anciano; es *Dupont de l'Eure*: es el nombre « mas imponente de la Francia liberal i republicana: es el director de la estimacion pública. No hai en este momento mas « fuerza que el respeto; este valiente anciano tendrá a los ojos « del pueblo la inviolabilidad de la veneracion. Su nombre imprimirá el sello de la autoridad moral i de la virtud a los actos « que vamos a intentar para restablecer el órden. Si su modestia « lo rehusa, violentad sus blancos cabellos i arrastradle a su pesar al sillón. Es el hombre necesario; la providencia le reservaba para este día. »

Los jóvenes obedecen; conducen a Dupont de l'Eure al sillón; a su aspecto todos se descubren; aplauden. Serénanse los rostros. La revolucion tiene un moderador; el pueblo una conciencia en su sublevacion; la tribuna una voz digna de pronunciar sus voluntades.

XXIX.

Lamartine se empina i dice en voz baja a Dupont de l'Eure: « Apresuraos a proclamar los miembros del gobierno provisorio « que va a designar la aclamacion de los diputados i del pueblo. « Apoderaos del tiempo ántes de que se nos escape. » Dupont de l'Eure, con la cabeza inclinada ácia Lamartine, hace un jesto de asentimiento.

Confusas voces pedian a grandes gritos el nombramiento del gobierno provisorio. Llevan a Lamartine muchas listas de nombres trazados a toda prisa por jóvenes que los escriben a la ventura sobre sus rodillas. Lamartine les da una rápida ojeada, desgarrá estos, entresaca aquellos. La confusion i la impaciencia

empiezan a hacerse sentir en las filas del pueblo. Los mas cercanos a la tribuna gritan: nombradlos, nombradlos! proclamamos vos mismo, le gritan los mas vehementes. Lamartine resiste; no quiere desacreditar de antemano el escrutinio del pueblo imprimiendo a los nombres designados la autoridad arbitraria de la eleccion de un solo hombre. Limitase a indicar en voz baja a los escrutadores los nombres que mas naturalmente se ofrecen a su imaginacion i que le parecen los mas adecuados para la obra de fusion del pueblo en un núcleo comun de poder i de orden.

Despues de dilatados esfuerzos de MM. Cremieux, Camot, Dumoulin para obtener la calma, Dupont de l'Eure proclama los nombres de los miembros del gobierno provisorio: Son M.M. Dupont de l'Eure, Lamartine, Arago, Marie, Garnier Pagès, Ledru-Rollin, Cremieux. La proclamacion de cada uno de estos nombres es ratificada por una salva de aplausos. Todos los matices de opiniones populares hallaban en ella su representacion: era la tregua necesaria repentinamente personificada en las diversidades de naturaleza, de orijen i de opinion: la unidad provisoria de accion en la variedad pasada i futura de tendencias: un gobierno de hecho para esperar i preparar un gobierno de derecho: la explosion de una revolucion ántes de que el tiempo haya separado i resfriado en ella los elementos contrarios.

El instinto del pueblo lo conocia; sus aclamaciones presajaban la cordura i la fuerza bajo de esta aparente confusion de personas. Dupont de l'Eure, la virtud pública. Lamartine, la fraternidad de las clases en la democracia. Arago, la gloria de la intelijencia. Garnier Pagès, el aprecio hereditario i el reconocimiento del pueblo a un sepulcro. Ledru-Rollin, la fogosidad, la impulsion i talvez el exceso de la república. Cremieux, la palabra útil a todo i la libertad de conciencia personificada en el gobierno.

XXX.

Apénas habian sido proclamados estos nombres cuando comenzaron a elevarse reclamaciones de la multitud. Se criticaba a éste; se temia al otro; se pretendia quitar o añadir nombres a la lista; tres o cuatro voces pronunciaron el de M. Luis Blanc; algunas manos lo escribieron; Lamartine lo pasó en silencio. Conocia la potencia de popularidad de este jóven escritor i apreciaba su talento; pero temia el espíritu de sistema en un go-

bierno de pacificación i de concordia. Las ideas absolutas, cuando son verdaderas, hacen impracticables los gobiernos; cuando son falsas, los hacen naufragar. Lamartine no queria que la República encallase en una utopia. Conocia que si se prolongaba la discusion, las exigencias de la multitud se acrecentarian a cada nuevo nombre pronunciado i que el gobierno provisorio se descompondria ántes de formarse.

Bajó precipitadamente de la tribuna; se perdió entre la masa de combatientes que obstruia la sala. Querian conducirle al palacio del presidente de la Cámara para instalar en él al gobierno.

• No, no, dijo, al Hôtel de Ville! —

« Al Hotel de Ville! » repitió la multitud. Se rechazó penosamente la marejada de pueblo que inundaba las salas i los corredores. Consiguióse llegar a la puerta de la verja que da al malecon.

Lamartine habia comprendido por instinto que si este gobierno provisorio se instalaba en la Cámara de diputados o en el ministerio del Interior, este gobierno sería quizá atacado o anonado ántes de llegar la noche: la guerra civil apagada por la proclamacion del gobierno se volveria a encender en la noche entre dos gobiernos opuestos. El Hotel de Ville! cuartel jeneral de la revolucion, palacio del pueblo, monte Aventino de las sediciones, estaba ocupado por las innumerables columnas del pueblo de los cuarteles circunvecinos i de los arrabales armados. Era imposible que cuando estas masas dirigidas por los hombres mas emprendedores i mas intrépidos supiesen la derrota de los reyes, la fuga de la rejencia i el triunfo de la revolucion, dejasen de nombrarse por sí mismas un gobierno. Las anarquias i las tiranias sangrientas de los comunes de Paris en la primera República debian ofrecerse naturalmente a la imaginacion de Lamartine. Las vislumbró al instante en todo su horror i aumentadas con los elementos de guerra social que las sordas doctrinas de socialismo, de comunismo i de desposeimiento de la propiedad hacian fermentar e iban a hacer reventar en estas masas de obreros sin pan, mas no sin fierro: conceder una hora a la proclamacion de un gobierno municipal i socialista en el Hôtel de Ville, era dejar organizarse la guerra civil en medio de la guerra política; era abrir la vena de la Francia a torrentes de sangre. Garnier Pagés, hombre que posee todas las luces del corazon, lo habia comprendido como Lamartine sin haberle hablado jamas; se habia apresurado a trasladarse al Hôtel de Ville i a tomar en él, con el derecho de su prevision, el puesto de prefecto (maire) de Paris.

Su nombre era una majistratura en estos cuarteles: recordaba al pueblo dos popularidades en un solo hombre.

Garnier Pagès era hermano del jóven diputado republicano primero de este nombre, arrebatado en la flor de su edad por una muerte reciente. Este orador, cuya fama se ensanchaba a cada discurso que pronunciaba, era en la tribuna lo que Carrel en la prensa periódica, un movimiento ácia el porvenir. Su hermano habia heredado su favor i sus principios, moderados en él por un carácter mas cordial i mas simpático. Sus sérios estudios de las cuestiones económicas i financieras, su palabra que ascendia del corazon a los labios, su laboriosa probidad que habia luchado largo tiempo i honrosamente con la fortuna ántes de vencerla, su voz simpática, su fisonomía radiante de serenidad en el ardor, su accion que abría su alma a los espectadores, hacian a Garnier Pagès potente por la primera de las potencias que domina las masas: la bondad. Esta bondad visible, nada minoraba la enerjía en Garnier Pagès. La intrepidez era un candor de mas en su naturaleza; no necesitaba esforzarse para sacrificarse: era la intrepidez del niño.

Dupont de l'Eure, Arago, Cremieux, Lamartine habian conseguido reunirse a la puerta del palacio. Miéntras que esperaban en medio de las aclamaciones del pueblo exterior a sus colegas extraviados en las salas, la tribuna, abandonada, desierta a sus espaldas, servia ya de division a los combatientes que habian quedado en el recinto. Algunos hombres armados en trajes de obreros subian a ella alternativamente para representar el papel de los oradores que habian desaparecido. «No mas lista civil, decia un indijente.—No mas trono, decia un viejo, orgulloso de acordarse de haber vivido sin rei en su juventud en los tiempos fantásticos de la libertad. Desgarremos los lienzos en que el cetro reina aun en imájen! exclamaban hombres del nuevo culto.»

Se precipitaban ya sobre la plataforma del sillón del Presidente para destronar el cuadro de la coronacion de 1850, cuando un obrero armado de una escopeta de dos cañones: «Aguardad, dijo, voi a ajusticiar a los reyes.» En el mismo momento dispara sus dos tiros al cuadro. Estas balas rejicidas en efijie atraviesan el cordon encarnado que adornaba el pecho del rei; la devastacion i la mutilacion empiezan. Un jóven llamado Teodoro Six, obrero tambien, sube a la tribuna: «Respeto a los monumentos!

« inviolabilidad a las propiedades nacionales! decencia i orden
« en la victoria, exclama.»

La multitud aplaude; el pueblo de Paris, pródigo de su sangre, es económico de devastaciones i supersticioso por las artes. Las obras de la intelijencia le inspíran respeto como al pueblo de Atenas; parece comprender que la intelijencia es su cetro ante la historia i ante la posteridad. La sala queda vacia. El capitan Dunoyer i el coronel Dumoulin, que habian permanecido hasta entónces con sus banderas en la tribuna a fin de proteger el palacio de la representacion nacional, se colocan de nuevo al lado de Lamartine i de sus colegas, a la cabeza de la columna que parte al Hôtel de Ville.

(Continuará).

RUI BLAS.

LOS MINISTROS DE ESPAÑA, DESPUES DE HABER ROBADO LAS RENTAS DEL ESTADO, ESTÁN DISPUTÁNDOSELAS, TODAVIA ENTRE ELLOS, RUI BLAS, PRIMER MINISTRO, ENTRA EN ESTAS CIRCUNSTANCIAS. AL VERLO TODOS SE VUELVEN ESPANTADOS, I EL QUE LOS HA ESCUCHADO, EXCLAMA.

ESCENA 2.^a DEL TERCER ACTO.

LOS MINISTROS, RUI BLAS.

O ministros honrados. Consejeros
Virtuosos. He aquí vuestra manera
De servir, despojando a vuestro dueño.
No os asoma en el rostro la vergüenza?
A la España robando, cuando España,
Agonizante ve su muerte cerca,
Si en su abandono, un brazo poderoso
No le dá nueva vida i nueva fuerza?
Acaso no teneis mas intereses
Que los vuestros aquí? La bolsa llena
Retirarse despues? De vuestra Patria
Sobre vosotros caiga el anatema;
Vosotros que venis, viles ladrones,
A despojarla en su desierta huesa.
Pero ved con vergüenza. De la España
El valor desaparece i la grandeza.
Desde Felipe cuarto hemos perdido
El Portugal, sin combatir siquiera;
El Brasil ha triunfado i en Alsacia
Brisach independiente ya se eleva.
Stemfort, el condado, Rousellon

I de Costa ademas cinco mil leguas
 Las montañas azules, Pernambuco
 Tambien hemos perdido. Ya no imperan
 Como en el siglo de esplendor i gloria
 En dos mundos las águilas de Iberia.
 La Europa de el poniente hasta el Oriente
 Riendo de nosotros nos contempla;
 I cual si fuese, pálido fantasma,
 Una sombra este rei que nos gobierna,
 De nuestra patria, como cosa propia,
 Se reparten la Holanda i la Inglaterra.
 Roma nos burla. El duque de Saboya
 Nos abre precipicios por do quiera.
 Prósperos dias solo espera Francia
 Para imponernos yugos i cadenas.
 Austria nos desafia; i orgullosa
 Nuestro poder i ejércitos desprecia.
 El viejo infante bávaro se muere
 Isu muerte predice larga guerra.
 Nuestros virreyes por do quier infaman
 I llenan de baldon la patria nuestra.
 Medina por sus vicios i locuras
 Escandaliza a Nápoles entera.
 Vaudemonta Milan vende sin honra,
 I Leganez imbécil por su inercia
 Pierde a la Flandes toda. ¿I qué remedio
 Podrá atajar la pérdida funesta?
 Nada. El estado pobre, miserable,
 Agotado no alcanza con sus rentas
 Ni aun a pagar las tropas. Acabamos
 De perder en la mar nuestra riqueza:
 Los trescientos navios equipados
 Sin contar con las lanchas i galeras.
 ¿I os atreveis señores? No os retrae
 De nuestra madre patria la miseria?
 El trabajo del pueblo? Hace veinte años
 A que el yugo soporta que le pesa.
 I para sostener vuestros placeres,
 Vuestras orjías, sirven sus gabelas.
 El pueblo, abandonado, miserable,
 Que de llorar i padecer no cesa,
 Cuatrocientos millones al Estado,
 Han dado su trabajo i su miseria.
 I aun quereis apretarlo? Hasta que de hambre,
 Envuelto en sus harapos, triste muera?
 De estar entre vosotros me ayergüenzo.

Decid: ¿tanta desgracia no os aterra?
Donde los inocentes labradores
Mies abundante para su hambre siembran,
Ladrones miserables i bandidos
Despojan al pais, talan la tierra,
Introducen do quiera divisiones
I su lei es la lei de la escopeta :
Trastornan a la patria, la conmueven.
I cual si no bastasen para ella
La guerra de los príncipes, los odios
Que llevan la discordia donde quiera.
¡Todos quereis a una hincar el diente
En el cadáver de la triste Iberia!
Nuestra iglesia, ¿qué es? Escombro mudo
Donde habitan reptiles i culebras,
I en sus naves, un tiempo tan pobladas,
I en el rico arteson, crece la yerba.
I sus hijos, ¿qué son? Hombres malvados
Que olvidando sus nobles ascendencias
En crímenes e intrigas prostituyen
De sus pasadas glorias, la grandeza;
I una infame caverna es nuestra España
Donde el odioso crimen solo impera.
Por la noche en las calles se asesina,
I el mismo criminal amparo encuentra
En el noble, en el juez que deberían
Libertar del puñal a la inocencia.
La mitad de Madrid a la otra roba,
Que la turba de viles es inmensa.
A mí ayer en el puente de Toledo
Me han robado tambien. O Dios! es esta
Por ventura la España belicosa
Que vencedora al mundo dió cadenas!
Qué ejército tenemos? seis mil hombres
Que no alcanza a vestir nuestra pobreza;
Mendigos i judios, montañeses,
Que por única arma un puñal llevan;
Mientras que en la ciudad cada ratero
Cuando llega la noche, banda fiera
De soldados reúne que parece
Un señor de alta alcurnia i de nobleza.
Un pícaro cualquiera, Matalobos
Al rei de España le declara guerra;
I cuando el rei recorre en su carruaje
Los pueblos i los campos donde reina,
El rudo campesino, sin respeto

Insulta su poder con torpe lengua.
I solo, abandonado el rei de España,
Del Escorial se encierra en la almenas
Inclinando en las tumbas pensativo
Su altiva frente que dobló la mengua;
I allí espera el momento en que la patria
Moribunda en el lodo rueda envuelta.
Hé aqui nuestro estado. Grande Europa,
Despreciativa, con la planta huella
Esta nacion, que púrpura fue un tiempo
I hoi es tan solo harapos i miseria.
Ya os empezais a disputar vosotros
Quién robarle podrá lo que le queda.
Ea Europa, la España de los Cides
Del cañon al tronido débil tiembla.
Ya no enristra la lanza ponderosa,
Porque para lidiar no tiene fuerzas.
Enervada, cobarde, sin alientos
La ferrada armadura no sustenta.
I en la sombra se muere carcomida
Por el remordimiento i su vergüenza,
Como el leon que espira desolado
En la boca infernal de una caverna
Del dolor acosado i el veneno
Que al herirle dejó la aguda flecha.
En este siglo de terror i oprobio
O Cárlos Quinto, qué haces en tu huesa?
Hombre jigante, emperador potente,
Por un momento tu sepulcro deja
I ven a ver a tu soberbio imperio
Que de gloria i honor llenó la tierra,
Desfalleciente, exánime, que espira
Entre el inmundo lodo que le cerca.
Ven Cárlos Quinto, ven. Nos es preciso
Tu brazo poderoso i tu grandeza,
Para salvarla del abismo horrendo
I libertar a España que perezca.
Porque se estingue España i aquel globo
Que sustentaba tu potente diestra
Como brillante sol, ahora triste
Apénas luce, pálida centella,
Que pronto ocultarán las mudas sombras
Con que España se ve casi cubierta.
Tu reino es presa de hombres ambiciosos
I han hecho de tu trono una almoneda
Donde empaña su aliento envenenado

El glorioso esplendor de tu diadema!
 Cómo a tanto baldon no te levantas
 I con tu voz humillas su soberbia?
 Mira o gigante de tu real manto
 De estos enanos cada uno lleva
 Un jiron que arrancaron, i los necios
 Lo han cubierto de manchas i de afrentas.
 I el águila imperial que el ancho mundo
 Cubrió de trueno i llamas por do quiera
 Cuando tu escudo real la cobijaba
 I tus glorias trazaba en las banderas
 Hoi yace en el olvido sepultada,
 Ave cobarde de vileza llena,
 Que teme el aire i que se arrastra infame
 Como serpiente vil sobre la tierra.

Los Ministros presentan su dimision, Ruy Blas se las admite i vánse.

(Levantando la tapiceria aparece la reina. Ruy Blas al verla queda como petrificado).

Escena 3.^a

RUY BLAS, LA REINA.

LA REINA, desde el fondo.

Don Cesar Gracias.

RUY BLAS.

Cielos!

LA REINA.

Cuánto aprecio

Vuestro altivo lenguaje. Pronto España
 Se verá libre de esos que la roban
 I su blason lavado de la infamia.
 Oh! dejadme que estreche vuestra mano,
 Esa mano leal, sincera i franca!

RUY BLAS, *aparte*.

Oh! seis meses huirla i de repente
 A mi lado tan bella contemplarla!

(alto)

¿Alli estabais señora?

LA REINA.

Sí, Don César;

I de alli con el alma os escuchaba.

RUY BLAS, *mostrando el gabinete*.

Este cuarto, señora . . .

LA REINA.

Es un oscuro

Gabinete incrustado en la muralla,
Ignorado de todos. Invisible
Desde él se mira cuanto aquí se pasa.
Cuántas veces, sombrío i taciturno
A Don Carlos he visto en esta sala
Asistir al Consejo, do su herencia
Menguados españoles le robaban;
I la patria vendían al estraño!

RUY BLAS.

El Rei entónces ¿qué decia?

LA REINA.

Nada.

RUY BLAS.

I qué hacia?

LA REINA.

A cazar iba a los montes

I en sus manos el reino abandonaba,
Pero vos ¡cuán distinto! en mis oidos
Aun escucho zumbar vuestras palabras.
Oh! cuánta majestad en vuestra frente
Do a la vez el desprecio se mostraba!
Por instantes, alzando la cortina
Osaba contemplar vuestra mirada
Que serena i brillante, como el rayo
A esos próceres viles aterraba!
Pero cómo, decidme, habeis sabido
De todo, los efectos i las causas?
Cómo habeis aprendido ese lenguaje
I hablais Don César cual los reyes hablan?
Por qué estabais, decidme, hace un instante
Como Dios mismo en su soberbio alcázar,
Tan terrible i tan grande?

RUY BLAS.

Porque os amo!

Porque yo sé mui bien que esos que tratan
De desquiciar esta columna inmensa
Caerán sobre vos, cuando ella caiga.
Porque por vos el mundo salvaria,
Que a pasion tan ardiente nada espanta!
Si, pienso en vos como en la luz el ciego.....
Yo soi un infeliz que loco os ama.
Escuchadme, señora. Acá en mi mente

La ilusion me presenta mil fantasmas!
 Donde quiera os contemplo bella i pura
 Como el primer albor de la mañana.
 Ni a tocar vuestra mano me atreviera
 Por temor, ángel puro, de mancharla.
 Oh Dios! cuánto he sufrido! Si supiéseis
 Cuál me ha abrasado esta ardorosa llama
 Que há seis meses oculto! Que he tratado
 A costa de mi dicha, ai! olvidar!a!
 Os huia, señora; mas sentia
 Dentro del pecho desgarrarse el alma!
 Pero olvidense ya tantos pesares:
 Para quien os adora todo es nada!
 Mas a tanto ha llegado mi osadia . . .
 Ah! vuestra majestad mi amor ultraja . . .
 Qué me ordenais hacer? Morid, decidme,
 I moriré contento a vuestras plantas . . .!
 Mi corazon destrozan los delirios . . .
 Perdonadme . . .

LA REINA.

Oh! encántame, habla, habla.
 Ah! jamas he escuchado esos acentos
 Que trastornan el alma i que la embriagan!
 Oh! don César, 'habladme, vuestros ojos
 I vuestra voz en mí tienen tal majia
 Que do no están, el mundo me fastidia
 I en ellos va prendida mi esperanza.
 Yo soi la que he sufrido! Desde el dia
 En que por vez primera, mi mirada
 I la vuestra se hallaron . . . Pero cielos!
 Esta cruel pasion que me avasalla
 No est tiempo aun de revelarla . . . Temo . . .
 I dura obligacion callar me manda . . .
 Triste de mí!

RUY BLAS *que la escucha estasiado.*

Por compasion, señora,
 Acabad, acabad. Cada palabra
 Que vuestra boca celestial pronuncia
 De alegría i placer me colma el alma!

LA REINA.

I bien, escucha pues:

(Levantando los ojos al cielo!)

Decirlo todo
 Quiero a su corazon. Es una falta?
 Amar con tanto amor es quizá un crimen?

Ah! cuando el corazon se despedaza
 Ahogando sus pesares en silencio!
 No puede mas sufrir,... al fin se cansa,
 Ansia un alivio que no encuentra nunca
 I desbordado el vaso se derrama,....

(*Dirijiéndose a Rui Blas*).

Tu huías de la reina, i miétras tanto
 Ella amante do quiera te buscaba.
 Allí venia yo todos los dias
 I muda, recojiendo tus palabras
 Bendecia en silencio, esta que cunde
 Todos los dias, amorosa llama.
 Tú el señor verdadero me pareces,
 Tú el verdadero Rei de las Españas.
 En el altivo puesto que hoi ocupas
 La sien ceñida de gloriosa palma
 Quién te ha elevado? Yo, que cada dia
 Por tenerte mas cerca te elevaba.
 Yo os admiro, Don César, i os respeto.
 Cuanto viene de vos el alma encanta!
 Al presente las glorias de un imperio
 I una flor otro tiempo pura i blanca!
 Dios mio, si es un crimen, por qué impios
 En esta tumba lóbrega me guardan
 Como en jaula de hierro una paloma
 Sin la luz, sin amor, sin esperanza?
 Algun dia sabrás cuanto he sufrido
 Por amarte! En mi alcoba solitaria
 Llorando vivo, i si a la corte salgo
 A cada instante, oh Dios! soi humillada.
 Oid, juzgad. Ayer no mas.... Mi alcoba
 Ya por su lobreguez me disgustaba!
 Cambiar quise—Mirad nuestras cadenas—
 No lo quisieron; porque soi esclava
 De esas que nombran damas de la corte,
 Verdugos que a la reina da el Monarca....
 Duque, es preciso—(el ciclo os ha enviado
 Con tan noble mision!)—salvar la patria
 Que se hunde; retirar con fuerte mano
 Del precipicio al pueblo que trabaja;
 I a mí, que sufro i lloro sin consuelo
 Amarme siempre como a un ángel se ama!

RUI BLAS (*arrodillándose*).

Señora....

LA REINA (*gravemente*)

Mi corazon os doi, Don César.

Para todos soi reina de la España
 I pues os pertenezco por amaros
 Soi para vos una mujer amada.
 Don Cesar, fio en vuestro honor, i el mio
 Creo conservareis puro i sin mancha.
 Elevad vuestra frente al firmamento:
 Una luz inmortal en ella radia!
 Vuela a las nubes águila orgullosa:
 La corona del jenio es tu guirnalda!

(Besa a Rui Blas en la frente.)

A-hos!!.....

(Levanta la cortina i desaparece.)

GUILLERMO MATTIA.

CRÓNICA.

SANTIAGO, JULIO 12 DE 1850.

Exterior.—Las noticias políticas del Perú nos aseguran una nueva candidatura para la próxima presidencia en estas rejiones del placer; es la tierra oriental por lo movible de su política i la frivolidad de las cosas jeneralmente mas sérias. El señor Elias es esta nueva sombra que se avanza a arrebatarse el trono que ambicionan los jenerales Vivanco i Echeñique: esta sombra parece empujada por el presidente actual; lo que le da una fuerza irresistible i quiza un triunfo anticipado. Parece que allí como en Chile comienzan a dudar de los soldadòs i a confiar mas en el ciudadano de frac para tamaños destinos. Si los peruanos triunfan esta vez sin riña, su suerte estará fijada ya para siempre.

En Bolivia el jeneral Belzú con sus nuevas felicitaciones al pueblo parece decidido a trabajar por su pais. Los trastornos no existen ya. ¿Pero puede garantizarse esa paz hablando de Bolivia?

En las orillas del Plata los negocios dan ménos señal de vida. Montevideo, con la serenidad del foseador, ha resistido aun a su duro trabajo de ruina; aun queda allí al borde de su sepúlcro como el foseador envejecido que siente débil su brazo para cavar la tierra. Todavía recordamos aquella especie de península, llana, apoyada en dos pequeños montecillos i lanzándose al rio inmen-

so coronada de almenados edificios, de azoteas vistosas que sombrean de cuando en cuando las flores i las niñas. Parecia desde las inmensas aguas un ancho castillo aplastado en la llanura; con un cielo magnifico i un horizonte despejado de donde se desprendian los colores mas suaves para cubrir el duelo de la ciudad.—En la ciudad todo era sombrío; las familias todas con luto; los soldados hechos pedazos i a toda hora, en las murallas el tiro del cañon i del fusil. Gran parte de la ciudad nueva yacia incendiada, cubierta de balas. No se daba un paso sin encontrar el luto i la ruina: no se oia el acento de una fiesta; la campana era el único instrumento i todas las jentes tenian que ir a rezar por un muerto o a esperar en la iglesia la vuelta del hijo que se batia en las fortificaciones. Sin embargo, en medio de esta tristeza, la ciudad parecia de ayer, aun no concluida; se figuraba uno que en un momento iba a volver i a hervir el jentio. Pero este momento aun no ha llegado despues de tantos años; habrá hoi mas resignacion, mas ruina, ménos hombres; Rivera Iudarte que era la paciencia misma con su mirada tranquila, su paso tardio i una expresion de candor en su imperturbable faz, no existe ya; valia una armada este hombre infatigable, el acusador constante de los crímenes de Rosas. Varela mismo, que hablaba rápidamente, entusiasta por la Inglaterra, hombre de estudio en asuntos americanos ha sido asesinado; i parece que con la pérdida de estos patriotas Montevideo hubiese quedado sin espada i sin consejero.—¿Qué hará la Francia despues de tantos desastres? ¿Qué esperanza habrá en la ciudad castigada así por el desengaño? Parece una niña marchita en la primavera de su juventud. ¡Pobre Montevideo!... el pais donde se aman las flores, donde se oye el pampero resonador, como la voz expresiva del gaicho carnicero en su indomable potro corredor.—Hoi como entónces las cosas pasan del mismo modo i siempre se aleja la esperauza. — *cahub*

Interior.—La oposicion se alarma i grita cada vez mas. Como si uno se encontrase en una casa de fieras, así son los gritos discordantes que llegan a los oidos mas indiferentes. De cuando en cuando en la presion en que se halla, alguna fiera rompe las rejas de la cárcel i viene a turbar los lugares mas tranquilos i serenos. La oposicion se cree siempre eucarcelada, sino en el presente, en el futuro, por su esperanza. Le gusta el papel de martir por el interes que inspira la desgracia; busca el papel de victima por ostentar el sacrificio i conquistar proselitos. Pero todos la abandonan; el mismo círculo que fundaron ayer, hoi se les re-

tira rechazando su programa i su candidato; esta separacion entre la madre i el hijo es un hecho espantoso, una desnaturalizacion indigna de los asociados. ¿Quién tendrá razon de estos dos revolucionarios?—Uno de ellos se dice el solo virtuoso, poseedor de la verdad, el solo leal; no permitirá que nadie sino él, haga la felicidad de los otros aun a pesar de ellos; tiene en fin, el monopolio de la virtud i el monopolio del remedio. ¿Qué dirá la oposicion contra tales protestas?—Deciamos en nuestro número anterior que el hijo n.ataria a su madre. ¿I por qué no? ¿Qué proteccion, qué lazo de amistad puede existir en dos asociaciones contrarias?—La oposicion, en su quijotismo humanitario, queria trabajar por sí i para sí; otros de su mismo seno querian hacerlo de otro modo i con diferentes fines: dejemosles pues solos; que ellos podrán entenderse mejor en sus arlequinadas; el plajio i la farsa sientan bien a los jenios incomprensibles.

Pero los que tienen otros principios, los que por desgracia han seguido siempre una misma linea sin que por esto hayan dejado de apoyar este u otro partido, segun su grado de bondad, esos ministeriales no pueden tener derecho ninguno, esos no pueden abrigar una opinion politica, esos estan llamados a las guillotinas futuras, esos no tienen juicio, talento, honradez ni libertad. ¿I cómo tener todo esto, con mil diablos! si vosotros os lo habeis llevado? ¿Habeis venido a arrancarnos el derecho i la conciencia ¿i quereis que demos alguna cosa?—Nosotros, es verdad, no queremos daros tal derecho ni permitir semejante despojo; ¿pero qué importa nuestra resistencia si nos matais para la tierra i el cielo?—Por piedad, señores opositores, dejad un poco de talento, un poco de libertad a esos ministeriales, ya que les negais el paraiso. Si Dios les ha dado una alma a todos ¿por qué prohibir que cada uno le vuelva la propia?—Los opositores tienen ciencia infusa, han corregido a Adan; no se lo reprobamos. Quieren matar el mal; es cierto. La humanidad tomará en cuenta semejantes servicios. Pero miéntras llega el remedio, es justo que discutamos; i no decir como los bandidos: o tu cabeza o te convencerás por mis razones.

La intolerancia de la oposicion atrae necesariamente la de los ministeriales. Porque aunque los despojen a estos de todo, difícilmente se persuadirán i habrá muchos que en vez de sacar la na vuelvan bien trasquilados.—Los opositores desean todas las virtudes i talentos, quieren la presidencia terrenal i celestial; han rematado en almoneda el pais entero i quieren hacer pasar a to-

do ministerial por el ojo de una aguja. El asunto es milagroso, pero si todos los camellos de la oposicion han pasado ya por ese agujero no creemos que ningun ministerial pueda pasar. Todo se puede hacer estando bien con Dios i nosotros creemos mas bien que los opositores han hecho pacto con el diablo. Ya que estos han atravesado el estrechisimo camino, quédense pues con toda su dignidad, buena fe, talento; i si esos dones son para ellos, es claro que son los únicos de que pueden desprenderse sin envidia los ministeriales. ¡Llévenselos! que no han de ser buenos para otros!

Cuando el Dante se encontró en la mitad de su vida con esas fieras ¿hablaria de los opositores eternos i universales? Siempre hai pues mas o ménos obstáculos en el vivir i la oposicion se halla en los dos extremos del mundo.

La oposicion contra los ministeriales tiene ojos de lince. Eso está conforme con la raza humana que se perdona todo teniendo a quien acriminar.....

Il fit pour nos défauts la poche de derrière
El celle de devant pour les défauts d'autrui.

Pero no solo cumple con este destino la raza opositora i virtuosa. Ninguna tiene mas remedios que ella para todas las enfermedades politicas; asi grita contra la maldad, contra la calumnia, porque ella es el cordero inocente i los ministeriales las espinas que le punzan su inofensiva piel. No es intolerante nunca; obra siempre como un buen pastor, por no decir como el lobo cambiado en pastor del ganado. Pero como decia Lafontaine:

Toujours par quelque endroit fourbes se laissent prendre.
Quiconque est loup agisse en loup;
C'est le plus certain de beaucoup.

Se habla con entusiasmo de un ferro-carril de Santiago a Valparaiso. El nuevo empresario Mr. J. Waddington es uno de los comerciantes de mas crédito i promete de antemano grandes esperanzas para la realizacion de tamaña empresa. Su proyecto consistiria en tomar de Lóndres 6 millones al 4 0/0 presentando en hipoteca todas las acciones de los interesados. Este medio es una seguridad para levantar el empréstito. Pero una vez introducidos los 6 millones ¿cómo pagarán el dividendo los accionistas?— ¿El desembolso en este caso podrán sufrirlo nuestros propietarios?

¿Darante cuántos años tendrán que servir estos dividendos ántes de que el ferro-carril produzca? I una vez concluido el camino ¿dará este un 5 0/0 siquiera? En vista de estos problemas, en que felizmente el gobierno no toma parte, ¿sacudirán su egoismo los propietarios arriesgandose en una empresa gloriosa desde luego i sin duda alguna de mezquina pérdida en caso de aborto mercantil? Hoi cuando la agricultura en Chile progresa, cuando el comercio i los mercados facilitan la exportacion, ¿se espantarán los propietarios del suelo delante de un porvenir tan risueño?

Pero en la Cámara de Diputados ha habido otro proyecto ruidoso. La mocion del Sr. Errazuris. Ya presajiamos en nuestros escritos anteriores i sobre todo en el penúltimo esta táctica de la oposicion. Despues de haber infringido la carta muchisimas veces; despues de no haber podido falsificar por interpretaciones violentas la letra i espíritu de los artículos constitucionales, se han echado en brazos de la Reforma constitucional, de este modo la oposicion alucina a los liberales sin ignorar que la reforma de un solo artículo fundamental dura por lo ménos 6 años. Entre tanto con esta medida, con esta cosecha de mieses aun no maduras, se pretende dar un aire de libertad a la candidatura presidencial. Pero si cuesta lo mismo una reforma parcial que completa por qué no se propone una constituyente? ¿La del año 28 en virtud de una guerra civil sangrienta no se reformó ántes del tiempo prefijado por ella misma i aun sin diputados de algunas provincias?—Dejando a un lado la Cámara de Diputados ¿hai algo mas antirepublicano que el Senado i el Consejo de Estado?—Solo los hombres han hecho ménos malas estas organizaciones que pecan por su base contra toda sana idea.—A los males que tiene una eleccion directa se agregan los de la indirecta; i a los males de ambas se agrega la eleccion colectiva de los senadores. Se habría comprendido el nombramiento de dos senadores por provincia como los diputados, aunque se hubiesen establecido dos grados para la eleccion.—El consejo de Estado, cuya mayoría forman los ministros, ejerce funciones legislativas i judiciales, siendo asi partes i jueces las mismas personas.—Las municipalidades no tienen tampoco autoridad de ninguna especie. Es un poder sin ejercicio. ¿Los tribunales están acaso mejor organizados por la carta del año 33? Los de primera instancia no tienen ventaja ninguna, son mas bien los registros de la mala fe donde quienquiera pone, alarga, estira cualquier pleito.—Los jueces de las cortes superiores no

dan tampoco garantías a la fe pública. Si alguien debiera nombrarlos sería el cuerpo legislativo; el consejo de Estado debiera estar sujeto a igual nombramiento.—Sería nunca concluir enumerar los vicios de toda especie que encierra la carta de 33. Los hombres de Estado han sido hasta aquí mejor que las instituciones mismas. No hai arbitrariedad ni atrazo que no pueda realizarse legalmente en virtud de la constitucion del año 33.—

Se arguye es cierto la efervescencia actual la revolucion venidera. ¿Pero se puede creer entre todos los chilenos tal deseo de ruina para nuestra nueva e infeliz República? Habrá algunos sedientos de venganza i amigos del trastorno sangriento que pretendan elevar su ambicion sobre los cadáveres de la guerra civil; pero esos son mui raros i la mayoría del pais los conoce de tiempo atras: ¿Acaso contais el número de presidarios i asesinos para hacer la reforma de una lei?—El mejor modo de matar la revolucion es saber ceder a tiempo; es no dogmatizar sobre la situacion actual echando una benda en los ojos para no sentir la luz del porvenir que suele ser la de la justicia. Lo hemos dicho muchas veces: no queremos anarquía ni conspiraciones, pero tampoco queremos un órden violento, una inmovilidad a todo trance. Direis que el tiempo no es oportuno. ¿I los 20 años dificiles que han transcurrido, no bastan a vuestra experiencia i sobre todo a la resignacion lejitima del pais?

El origen de la Reforma es de mal presajio sin duda; tal medida es un anzuelo para los ilusos mas que la consagracion sincera de un principio republicano. Nosotros creemos que ambos partidos están de acuerdo en no verificar ninguna reforma política. Unos porque tienen el poder, otros porque esperan tenerlo.

Una reforma electoral para la cual deberian asociarse todos los escritores públicos, con la exclusion ademas de los funcionarios en el Congreso, es mas fácil de obtener en el estado actual.—Todo elector es elejible; toda funcion debe llenarse i retribuirse. Una reforma fundada en estos principios, haria honor a los diputados i escritores de ambos partidos.

Nosotros hemos abogado siempre por la reforma total de la carta de 33.—Ahora vemos de nuestro lado a los que han combatido nuestras ideas. Una constituyente en que viniese a consumirse la agitacion política, una asamblea numerosa elejida con entusiasmo por el pais entero al mismo tiempo que daba una ocupacion a los agitadores, tranquilizase el pais i los adelantos políticos vendrán a coronar los materiales que hace el

país constantemente. ¿Por qué esperar mas violencia con los mas años que pedis para ejercer un cambio justo, político i generalmente ambicionado? El partido ultraconservador teme la reforma si han de realizarla sus contrarios. ¿Quién nos asegura, dicen, que sea mejor que la actual?—Convienen en que la presente es viciosa. ¿Però si con ella suben al poder vuestros enemigos no sereis tiranizados a la vez? Haya o no reforma, el triunfo de la oposicion os destruirá. ¿Teneis acaso segura la victoria? Entónces aplacad la reforma. ¿Dudais de vuestro triunfo?—Aceptad francamente las ideas, porque de ellas pende vuestra libertad i el adelanto del país. ✓

Si en la reforma hubiere un cambio de gobierno, ya comprenderiamos los peligros. La República no tiene un solo enemigo; es la organizacion que exigen los adelantos la que se pide.

✓ Por eso nosotros solo querriamos unos cuantos principios jenerales, que pudiesen caber en una sola pájina; una especie de decálogo político, inmóvil, eterno, porque debia de ser la moral pura, los principios en abstracto—De este modo no se necesitarian nuevas constituyentes; la organizacion variaria segun las necesidades, pero siempre quedaria la República una e indivisible, con su sufragio universal, su libertad de escribir i de pensar, su única Cámara i su impuesto directo segun las fortunas. ✓
 ¿Però llegará este caso para Chile? ¿Podrán convencerse de esta vulgarissima solucion, cuando ni la Francia, con escepcion de raros escritores, ni los Estados Unidos la han admitido?—Dejemos pues esta cuestion i no imitemos a los que querrian quitarnos la cabeza para convencernos; a los que nos quitan la razon para escucharles; a los que nos arrancan las simpatias i la opinion libre para calumniar toda afeccion; a los que en fin llaman lealtad i constancia a la deslealtad, a la intolerancia; a los que se dicen sabios porque son presuntuosos; a los que se llaman estupendos i sublimes, porque plajian los absurdos i las locuras con la gallardia de la audacia. ¿Cómo andaria pues el mundo i los gobiernos con tanto ensayo? ¿Cómo se disputaria la masa social para estampar cada cual un sello?—Cómo cada uno tiene un sistema i su orgullo ¿cuando acabaria esta empresa de hacer i deshacer las sociedades?

Un escritor presuntuoso nos preguntaba si estamos en nuestro lugar para hacer el bien universal. Le responderemos que estamos en lo posible, mientras él está en lo absurdo; estamos con el tiempo, no como él en contra; estamos con la libertad, no

con la adoracion de un sublime amor propio; vivimos en la razon, no en la locura; en la tierra no en el vacio; somos hombres, no mecias redentores; i como Teréncio dirémos:—Homo sum: Nihil humanum a me alienum puto.

Estas ideas que, de paso, no son nuestras, pero que nosotros aceptamos, no queremos imponerlas a nadie, individuo o sociedad. No queremos hacer la guerra al tiempo, porque estamos seguros de morir en la refriega. No tenemos en los bolsillos ni la salud individual ni la pública; no somos los vacunadores de la ciencia infusa ni damos pasaportes de virtud o de talento para esta o la otra vida. No queremos tampoco dejar inocularnos ese remedio maravilloso ni beber una panacea de felicidad i vida eterna. Por otra parte, si nosotros quisiéramos pasmar al mundo sabio con otras necesidades sociales i opositoras, no nos faltaria ni tinta ni pluma, ni papel i mucho ménos audacia; porque no nos admira ni nos sorprende la ciencia de los reformadores que saben ménos que el primer carbonero que aparezca. Despreciamos en gran manera sus conocimientos, porque no nos gusta esa charlatanería cuando las cosas no se remedian con hablar. La oposicion imita en estos casos al *magister* de Lafontaine, que ultrajaba a un niño ántes de sacarlo del agua que lo arrebatava.

En toute affaire, ils ne font que songer

Au moyen d'exercer leur langue.

Eh! mon ami, tire-moi de danger,

Tu feras après ta harangue.

De todas maneras, felicitamos al Sr. Errazuriz por su iniciativa en la cual ha sido dignamente apoyado por el Sr. Vallejos i un número considerable de diputados. Las sesiones de dia en la Cámara presajian pasadas las borrascas, que gustan de la oscuridad para agregar el terror al bullicio i la ceguedad al miedo.— Han sido abolidos los derechos diferenciales, pero los proyectos de lei sobre Estanco i mayorazgos i otros mas aun no asoman las orejas por entre las cortinas de las perezosas, comisiones.

Bibliografía.—*El Último Acento de un Chileno*: tal es el nombre de un panfleto político recientemente publicado por la prensa, nombre a la verdad poco espresivo i que puede señalar o el postrer eco de un moribundo hombre de Estado, o el último grito de un escritor cansado de escribir, hablar i clamorean; pero a pesar del título el folleto está bien escrito en un estilo pintoresco, como

conviene a un cuando de historia contemporánea, en que la verdadera imparcialidad consiste en no tenerla. Es la obra de un escritor de talento i honrado; i merece una lijera plumada. Pocas veces aparece un escrito sin calumnias, sin insultos; i esta novedad hace del panfleto actual una gran cosa, un libro digno de leerse sin náuceas. No es un libelo infamatorio puesto en la estatua mutilada de *Pasquino*, único simbolo de grandeza en que estampa la oposicion sus colores. No ha ido pues, el autor a impregnarse de las exhalaciones pestíferas de un muladar; ha querido preservarse de esa mancha i nos ha venido a hablar de sus proyectos, de sus esperanzas, de sus afirmaciones políticas, como un buen moralista i un hombre de partido que cree en la política sin deshonorarse, en la buena fe de un partido sin infamar a otros, en la libertad del ciudadano sin proferir la calumnia o la muerte contra los adversarios.—Hai en muchos de sus retratos políticos grande animacion; están pintados con vivos colores i manifiestan en el escritor un gran talento de fisiologista. Cuando el panflelista juzga los hombres, los caracteres, su cuadro adquiere una verdad seductora; en el limite estrecho en que se mueve para fijar sus colores, el autor procede con acierto i pinta el objeto pequeño i cercano con una predileccion femenina, delicada; este lado pintoresco del escritor es de un fácil atractivo.

Pero cuando el panflelista deja a un lado los retratos, cuando quiere completar el cuadro con todas las figuras que su situacion descubre, cuando traza las líneas del horizonte o dilata los imperceptibles colores de la perspectiva, entónces su pincel desmaya, los colores se chocan i la unidad se desvanece. No es lo mismo pues, pintar un hombre que una situacion política: no es lo mismo un retrato que un panorama.

En 1846 principia su análisis de los diversos ministerios. ¿Cree el escritor que basta Montt para esplicar las conmociones de entónces i las asonadas de Valparaiso? ¿No habia una sociedad del órden presidida por el señor Errázuris para sostener ese ministerio montista? ¿I puede un ministro de Estado sufrir impasible los trastornos, las conspiraciones divulgadas por los mismos conspiradores? Haya sido engañado o no el ministerio de entónces, ¿debió esperar la ruina para obrar con enerjia? ¿Debia ver reventar la granada a sus pies para apagar la mecha?—Puede decirse que el temor era irracional, que la conspiracion no existia. Pero si los mismos agitadores secretamente iban a divulgar el complot, ¿qué habian de hacer los ministros?—No somos por eso

partidarios de los hombres violentos ni ménos de las medidas extraordinarias i dictatoriales. Solo en el caso de no tener fuerzas suficientes, de no bastar los medios ordinarios, puede un hombre aventurarse a tal empresa. ¿Pero cómo dejar a un lado la responsabilidad política? ¿Cómo medir el temor i los zelos fundados de los ministros por lo que pasa en los que no tienen el poder? ¿Habrá hombre de conciencia política que vacile en el uso del terror moral para acallar una asonada, apaciguar un barrio i evitar la sangre?

Estos errores políticos imputados como un crimen, se cometerán siempre i el historiador imparcial debe tomar en cuenta a l juzgar los hombres públicos, su carácter i las circunstancias en que se vieron.

El mismo Errázuris, candidato para presidente del panfletista, sostuvo entónces a ese ministerio: fué partidario, como lo habia sido en los tiempos de Portales, de las medidas violentas contra la violencia de los facciosos. ¿Qué diferencia hai pues entre estos dos personajes de los cuales uno ha estado fuera de los negocios, de los compromisos?—Es mui fácil ser un gran político en su casa; se puede conseguir una gran reputacion en un alejamiento de 15 años de toda cosa pública. Pero despues de su vida de senador ¿ha hecho algo el señor Errázuris? ¿La libertad se ha sentado junto con él en el banco del senado? ¿Ha inspirado desde allí alguna reforma antes de su vocacion presidencial?—En la época mas triste del pais, este hombre de Estado despues de unos dias de ostracismo i violencia, se retira como un Cincinato a la vida del campo; oye en su silencio este rumor de 15 años de alboroto, de guerra exterior, de elecciones; nunca aparece este nombre tan esclarecido hoi para dar un consejo, para inspirar una idea, para armar un soldado, para recibir a un inválido, para saludar un héroe. Todos los sufrimientos, todas las glorias del pais, no le conmueven públicamente; paga el olvido con el olvido. Pero llega despues un Montt, un hombre desconocido, que sacrifica 10 años al pais, mal o bien; que trabaja por el pais, mal o bien; que toma parte en todos los negocios sin temer a sus enemigos; que se hace responsable de todas las cosas, malas o buenas, hechas en beneficio del pais; este hombre llama al señor Errázuris, lo saca a la luz pública en el senado i despues de este acto de justicia solo viene a resucitar el señor Errázuris para proclamarse candidato a la presidencia de la República.

El ministerio de Setiembre no merece de parte del panfletista

tanto rigor. Las elecciones de 48, que cortaron el último hilo de ese ministerio, le dicen solo que los pelucones son retrógrados i que abogan por la libertad mientras estan debajo.—Está bien. ¿Cuál era el pensamiento de ese ministerio? Era la presidencia para su jefe: era la libertad mentida, el silencio político para hacer pasar sin ruido un presidente imposible.—No hubo sitios; pero hubo desmoralizacion en la distribucion de los empleos, elecciones hechas a palos con presidarios i miserables por electores; hubo en fin una indiferencia política de tres años, en que el ministerio tenía todo el poder, en que el Congreso no le hacia oposicion de ningun jénero. Pero el ministerio tenía para sus fines políticos leyes opresivas contra el comercio, grandes caudales que repartir a los propietarios para hacer caminos mediante su inspeccion, i por último planes despóticos para apoyar su ministerio que se desmoronaba, batido ventajosamente por una oposicion universal, el voto de la opinion pública indignada.—Todas las leyes propuestas por el antiguo ministerio de Abril, no se realizaron por el de Setiembre; las Cortes de Apelaciones, la Universidad, los fondos para caminos, la Escuela de Artes i Oficios i últimamente la lei sobre la enseñanza primaria i gratuita, todo esto fue obra de esos retrógrados. Si no se ha realizado completamente su pensamiento, es debido al ministerio de Setiembre; i en seguida a su mayoría parlamentaria que justifica la deshonra electoral i apoya leyes opresivas contra el comercio i la industria, contra el derecho electoral, contra la libertad de escribir, etc.—Lo único que hizo el ministerio de Setiembre, fue la adopcion de un Banco excepcional; es decir, el monopolio del crédito despues del de los empleos; la organizacion de la corrupcion moral por el dinero, despues de la corrupcion por los funcionarios.

Para el panfletista nada valen las circunstancias ni la situacion política del país, si se trata de Montt. Para Vial, que no tenía la intelijencia, ni los obstáculos, todo se explica por la debilidad i por las intenciones mas o ménos conocidas.—Tampoco se ocupa el escritor de la fusion de esos restos de partido que invocan la presidencia Errazuris; fusion entre ministros caidos i hombres de un pasado infeliz que no les dió juicio i que les concederá ménos el futuro. Es la fusion de los desengaños; la armada de los inválidos, es la oposicion con el Sr. Errázuris a su frente, el hombre póstumo de un partido enterrado há largo tiempo. El ministerio de Junio, el de los oradores magníficos, es trata-

do por el panfletista con bastante buen humor. Cree que el de Setiembre debió esperar el Congreso de 1.º de Junio para morir. Estaba ya muerto para la opinion, muerto para sí mismo, porque no se le dejaba tomar medidas violentas i antipopulares i muerto tambien para las miras del presidente Búlns. —Lo que le faltó al ministerio de Junio fueron hechos que tradujesen sus palabras, que realizasen las promesas de los redactores de la «*Tribuna*.» Sin un plan de ideas fijas, sin un partido puro a su servicio, siempre vacilantes, los ministros de Junio han sido los ministros mas agradables i mas inocentes que hayamos tenido. Su debilidad no estaba tampoco en su carácter, ni en su lisonjera popularidad, i ménos en su alejamiento de los ultra-pelucones; estribaba en la distribución de los ministerios. —El Sr. Tocornal, jefe del ministerio como se combino en los principios, habria dado otro jiro a los negocios, habria hablado i obrado con energía, habria puesto su partido en la administracion i la candidatura Aldunate junto con la solidez de su poder, habria triunfado seguramente. —El ministro Perez i el ministro Tocornal estaban como dos mellizos unidos por la espalda, cada uno tirando para su lado, uno para atras i otro ácia adelante. La desunion en el gabinete de Junio fue palpable desde los primeros dias de su instalacion; los ministros activos i nuevos se ajitaban mas bien en medio de sus trabas que en un espacio libre como el que se habian figurado en sus clubs i en sus diarios. La oposicion mal dirigida i peor representada, solo pudo sostenerlos delante del país i en presencia de una situacion desventajosa i contraria a los principios políticos. El asunto de Colchagua, que se presentaba para los hombres de conciencia de la oposicion como una ocasion honrosa de probar su independenciam i un medio para lavar una mancha de la representacion nacional, fue para la mayoría parlamentaria un pantano mas; corrigió la deshonra electoral con mayor deshonra; dejó a un lado las apariencias de la justicia para legalizar la concepcion; i como si todos sus diputados hubiesen sentido la misma vergüenza que asomaba en los que habian sido ilegalmente elejidos, votaron unánimemente la indignidad de todos, dando por base a la representacion la deshonra electoral. La deshonra producirá siempre lo mismo. Por eso la mayoría opositora decia que, en el temor de ver otras elecciones echas de la misma manera, aceptaba las de hoi. Esta desconfianza respecto al ministerio i este insulto a la provincia de Colchagua, eran las únicas disculpas. Sus conciencias ántes de presenciar

los hechos por venir, estaban ya convencidas del crimen futuro. Este absurdo moral i el número dió a los opositores una triste victoria.

El escritor de que hablamos ha dicho muchas cosas oportunas, ha adivinado otras tantas al traves de los velos con que la intriga de los partidos cubre sus miras políticas. En los intereses i carácter de los señores Búlnes i Vial, encuentra la solucion de la marcha débil del ministerio de Setiembre; i en las bravatas i discursos parlamentarios de los ministros de Junio, encuentra la muerte de un ministerio popular.—El ministerio de abril se le aparece escoltado de todas las leyes opresivas de Montt; es la vanguardia disciplinada de un jeneral que se reserva para otra campaña. El partido conservador, cuya cabeza es Montt, tiene mil temores; es victima de su miedo; para él no hai mas que el orden acual, no hai esperanza ni mejores tiempos. Tiene la pretension de trabajar por sí mismo en el establecimiento de la libertad, porque sabe que los otros partidos ni han conservado el orden ni la libertad; solo han arruinado todos los prestijios sin defender al uno ni llegar a establecer otra cosa que la anarquia en todas partes, en el poder i en la sociedad.

El pauletista ha principiado sin tomar por base ningun principio político; le preceden solo algunas reflexiones morales del mejor gusto. No habla de resistencias para disculpar al señor Montt; le concede sí la capacidad. La marcha del señor Vial ácia su glorificacion presidencial, no la divisa en ninguna parte; como si ignorase los sacrificios que este hacia, como si se pudiese creer que una mediocridad de tal especie habria de tener en vista el interes de otros i la malevolencia del público por solo un interes de familia. Su ambicion solo disculpa sus errores; nosotros la vemos en todos los actos del señor Vial; i esto mas que los intereses mezquinos, nos explica su conducta.

La coalision que ha muerto al señor Vial haciendo aparecer otro candidato con otros jefes, no merece tampoco de parte del escritor una plumada, menos la popularidad del ministerio de Junio i ese gran pronunciamiento del público ilustrado para apoyarlo—Principiando por hacer retratos en lugar de cuadros, el escritor ha tenido que concluir del mismo modo. Sus conclusiones son de un hombre de partido que no se fija en reformas ni en ideas; se fija en un hombre; hace el retrato de éste; encuentra que no se parece ni al señor Búlnes ni a los señores Montt, Vial, etc.; i manifiesta en sus últimas pájinas los razgos valientes

de este personaje. El señor don Ramon Errázuriz: he aqui lo que vendrá a conciliar todo; he aqui la medalla que arroja al pueblo el escritor apasionado: es *nec plus ùltra* de los presidentes por venir.

Se nos figura mas bien un moralista político que un panfletista; por eso concluye con un ejemplo. No le quedaba otra cosa despues de tantas reflexiones morales. Era preciso dejar a un lado las ideas por el partido, los grandes principios por un hombre. Tenemos pues, un nuevo escritor, un nuevo atlante con el mundo presidencial sobre sus hombros. Así vivirá mas seguro el señor Errázuriz; le apoyan escritos decentes, noblemente escritos; su nombre en esas pájinas puede estamparse sin contajio; allí no se vé la calumnia i la infamia codeándole en cada línea. Es un escritor honrado el que patrocina a un hombre honrado; pueden marchar juntos los dos a cualquiera empresa i habrá quienes al pasar les saluden con una simpatia.—Este folleto es por otra parte lo mejor que se ha escrito en política; es la refundicion de lo que se ha exajerado en las polémicas violentas.